

Ambrosio de Milán

ELÍAS Y EL AYUNO
NABOT
TOBÍAS

Introducción, traducción y notas de
Agustín López Kindler



104088


Ciudad Nueva

© Agustín López Kindler

© 2016, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-344-7
Depósito Legal: M-3.433-2016

Impreso en España

Maquetación: *Antonio Santos*

Imprime: Estugraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

En estas tres obras, Ambrosio se ocupa de personajes en sí dispares del Antiguo Testamento, a saber un profeta, un propietario de Jezrael¹, y un israelita piadoso del norte de Palestina, respectivamente. Se trata además de figuras que vivieron en épocas diferentes de la historia del pueblo judío —entre los siglos IX-VIII a. C.—, es decir la última época de la monarquía y la deportación a Babilonia.

Todas ellas, sin embargo, tienen en común que sus historias han alcanzado un grado tal de ejemplaridad, que las convierte en un verdadero paradigma de comportamiento ejemplar. No tiene, por tanto, nada de extraño que el autor se haya fijado en ellas para abordar abiertamente la situación en la que vive una sociedad, ya cristiana, pero flagelada por los vicios de todos los tiempos. En las tres, que pueden considerarse una trilogía, expresa el obispo sus preocupaciones pastorales, al zaherir en tonos duros y hasta dramáticos dos de los pecados capitales que entonces, como en todas las épocas de la historia, causaban estragos, también entre los cristianos: la lujuria, en el amplio sentido de la palabra, (*Elías*) y la avaricia (*Nabot*), que se refleja, entre otros desmanes, en la usura (*Tobías*).

Ambrosio argumenta inicialmente con la igualdad de la naturaleza humana. Todos los hombres participan de la misma fragilidad —*Tob* 3, 9—, son *consortes naturae* —*Nab* 1, 2— y es necesario aceptar y tener en cuenta este principio a la

1. Nabot es, en efecto, un habitante de la ciudad de Jezrahel, en Samaria.

hora de respetar al prójimo y ayudarle en sus necesidades. El avaro y el usurero ignoran esta realidad y contravienen el mandamiento más elemental.

Por encima de ese nivel está la autoridad divina, tanto en la Ley como en el Evangelio, y de un modo especial la doctrina de san Pablo en quien, como de costumbre, encuentra Ambrosio una fuente inagotable de experiencias pastorales y exigencias ascéticas, que exigen la práctica de la largueza y la templanza.

El texto paulino que une estas obras es aquél en el que el Apóstol asegura que todo pecado procede de la avaricia. A esta afirmación, añade el santo obispo que ésta última es consecuencia de la falta de moderación, el desenfreno: *Y no penséis que me he expresado en contradicción con el Apóstol —que dice que la avaricia es la raíz de todos los vicios (1 Tm 6, 10)—, porque la falta de moderación es a su vez la madre de la avaricia. En efecto, cuando uno ha agotado sus propios bienes, a fuerza de vivir lujuriosamente, en lo sucesivo busca ahorrar con avidez².*

Y el ahorro comienza con la usurpación de los bienes del prójimo, como muestra la historia de *Nabot*, o el afán desmesurado de lucro, que provoca la usura, vicio del que se libró la familia de *Tobías*. En la base de esos males —siempre según san Ambrosio— está la mala vida de aquellas personas que han despilfarrado su patrimonio en banquetes y bacanales sin medida, víctimas del ansia desmedida de gozar de los bienes de este mundo: la lujuria.

A partir de ese comportamiento, se derrama sobre sus vidas un río caudaloso de desgracias, ya que la avaricia esclaviza: *Sois esclavos, ¡oh, ricos!, y vuestra esclavitud es miserable, porque sois esclavos del error, sois esclavos de la concupiscencia, sois esclavos de una avaricia que no puede ser saciada. Es*

*una especie de torbellino insaciable, más voraz cuando engulle lo que se le arroja y, una vez desbordado, se enturbia de fango a la manera de un pozo y corroe la tierra, que no le va a ser de ninguna utilidad*³.

Sin embargo, no se puede decir que estos textos sean puramente recriminatorios y se propongan simplemente mostrar los horrores de esos vicios; a la vez, presentan el atractivo de las virtudes opuestas. Por eso, la recepción de estas obras del santo obispo milanés ha captado su intención edificante, hasta el punto de reflejar ya en el título el aspecto positivo de los escritos. Esto se señala sobre todo en el primero que ha pasado a la posteridad con el título *De Helia et ieiunio*, para indicar que el tema principal de la obra es, como veremos cuando hablemos de ella, ese tipo de penitencia tradicional en la vida de la Iglesia.

Algo análogo ocurre con los otros dos en los que, sin que se haya traducido en el título, se ensalza la virtud de la pobreza, el desprendimiento de los bienes de esta tierra, la magnanimidad hacia los menesterosos y sobre todo la generosidad y misericordia divinas, que se vuelcan sobre aquellos que saben ejercitarse en esas actitudes en el trato con sus semejantes: *Los frutos de las buenas obras vuelven a los mismos que las han realizado y la gracia de la generosidad revierte a su autor*⁴.

*Por tanto, es verdaderamente perfecto y digno de gloria aquel que en medio de las riquezas ha sido capaz de recibir aprobación. El que ha podido transgredir —dice la Escritura— y no ha transgredido, hacer el mal y no lo ha hecho*⁵. *Si quieres ser rico, sé pobre para el mundo, a fin de ser rico ante Dios. Quien es rico en la fe, es rico ante Dios; el rico en misericordia, es rico ante Dios; el rico en sencillez de vida,*

3. *Nab.*, 12, 52.

5. *Ibid.*, 13, 55.

4. *Nab.*, 7, 37.

*es rico ante Dios; el rico en sabiduría, el rico en ciencia, es rico ante Dios*⁶.

En esa misma obra, que se apoya sobre el salmo 76 y sobre todo en aquellos pasajes de los evangelios de Mateo y Lucas en los que Jesús proclama la excelencia de la pobreza, se encuentran también ecos de los dos primeros capítulos de la epístola de Santiago en la que el Apóstol zahiere a los ricos y les invita a compartir sus riquezas con los demás miembros de la comunidad. En sus páginas encontramos incluso afirmaciones que a primera vista parecen permitir la idea de que Ambrosio haya predicado que la propiedad es comunitaria, pero que en realidad pertenecen a la doctrina social de la Iglesia de siempre, que sigue afirmando hoy como entonces: ... *puedes vivir en la abundancia tú y otros, tienes una riqueza que es pública*⁷. *No das de lo tuyo al pobre, sino que le devuelves de lo suyo; porque tú solo usurpas lo que es común, lo que ha sido dado para uso de todos. De todos es la tierra, no de los ricos; pero son muchos menos los que utilizan lo suyo, que quienes no lo usan. Por tanto, devuelves aquello que debes, no das lo que no debes*⁸.

Por lo que respecta al más duro de los tres tratados, Tobías, es verdad que el obispo arremete sin piedad contra el vicio de la usura, pero también exhorta a la misericordia de sus oyentes y lectores con palabras conmovedoras: *Dad dinero en préstamo a aquellos de quienes no esperáis que os devuelvan lo que les habéis dado: aquí no hay ninguna pérdida, sino ganancia. Dais un mínimo, recibiréis mucho. Dais en esta tierra y se os devolverá en el cielo; perdéis lo que habéis prestado, recibiréis una gran recompensa; dejáis de ser usureros, seréis hijos del Altísimo; seréis misericordiosos, vosotros que seréis recompensados como herederos del Padre eterno*⁹.

6. *Ibid.*, 14, 60.

7. *Ibid.*, 7, 37.

8. *Ibid.*, 12, 53.

9. *Tob.*, 16, 54.

Y, un poco más adelante: *No penséis... que yo fustigo vuestras ganancias. ¿Pensáis que yo os arrebató un hombre que os es deudor? Le sustituyó por Dios, le cambio por Cristo, os muestro a uno que no puede defraudaros. Por consiguiente, prestad al Señor vuestro dinero en la persona del pobre. Él es quien se vincula y es retenido, Él registra todo lo que el indigente ha recibido —el Evangelio es su fianza—, Él promete por todos los menesterosos, Él garantiza¹⁰. Dad el dinero que os sobra y recibiréis la gracia que da fruto; atenderéis a las necesidades de los pobres y disminuirá vuestra preocupación por custodiarlo. No se perderá lo que haya recibido el pobre y lo que habréis dado al necesitado será guardado sin necesidad de guardián. Y si buscáis un aumento de vuestras ganancias, en la Ley está la bendición, en el Evangelio la recompensa celeste¹¹.*

Los tres tratados tienen también en común que proceden de la misma época¹² y que son sermones en los que se tiene en cuenta una y otra vez la presencia y las reacciones de los oyentes, de las que Ambrosio no tiene inconveniente en hacerse eco: *Habéis oído lo que hoy se ha leído¹³... Lo habéis escuchado hoy en la lectura continuada¹⁴ ... Habéis escuchado lo que hoy se ha leído¹⁵.*

10. *Ibid.*, 16, 55.

11. *Ibid.*, 16, 56.

12. Según J.-P. Migne, que recoge la tradición establecida por la edición de las obras ambrosianas a cargo de los maurinos, no sería éste el caso porque las obras habrían sido compuestas en un largo espacio de tiempo y la sucesión habría sido: *Tobías* (~377), *Elías* (~390), *Nabot* (~395). La compleja discusión posterior sobre este tema, ha aportado nuevas conclusiones: la

más importante sería que el primero de estos textos habría que posponerlo al período entre 385-389 y por tanto los tres procederían de la misma época —entre 385-395—, que corresponde al decenio en el que el obispo milanés siguió las huellas de Basilio de Cesarea, como en el *Hexamerón* o el *Comentario al salmo 1*.

13. *Hel.*, 19, 70.

14. *Ibid.*, 20, 75.

15. *Ibid.*, 21, 77.

A favor de ese carácter habla también el comentario del predicador a la reacción que debió de suscitar entre sus oyentes la primera parte de su diatriba contra la usura: *Y no se me escapa que algunos, cuando hace dos días nuestra exposición ha herido sus sentimientos, han dicho: «¿Qué pretende el obispo al meterse con los usureros, como si se perpetrara algo nuevo, como si esto mismo no lo hubieran hecho nuestros antepasados, como si el prestar dinero a interés no fuera una cosa antigua?»*¹⁶.

Del tenor de estos textos se desprende que su intención es edificante y que sus argumentos, como veremos en los apartados dedicados a cada una de estas obras, buscan la fuerza convincente de la doctrina revelada, tanto en el Antiguo como sobre todo en el Nuevo Testamento.

I. ELÍAS Y EL AYUNO

1. El tema

Con esta obra se enfrenta el obispo milanés a un vicio bien arraigado en la Antigüedad del que no quedaban exentos los cristianos. Basta leer las epístolas de san Pablo para encontrar en ellas frecuentes alusiones a temas como la embriaguez –Rm 13, 13; 1 Co 5, 11; 6, 10; 11, 21–, o las comilonas –Ga 5, 21–, así como apremiantes consejos a sus discípulos Timoteo y Tito, para que en su labor pastoral presten atención a ese punto. *Es preciso que el obispo sea irreprochable... no dado al vino...* (1 Tm 3, 2-3), recomienda al primero; *que las ancianas... no sean esclavas del vino* (Tt 2, 3), amonesta al segundo.

Ese tipo de peligro continuaba vigente en tiempos de Ambrosio, hasta el punto de que creyó conveniente dedi-

16. *Tob.*, 23, 88.

carle un escrito específico, tanto para zaherir sus funestas consecuencias, como para encarecer los frutos de la sobriedad, en su aspecto negativo de evitar la falta de templanza (*abstinentia*: 4, 7), y sobre todo en el fomento de esa virtud (*sobrietates*: 3, 4; 5, 10; *continentia*: 3, 4; *parsimonia*: 6, 18; 8, 22; *ieiunium*: 1, 1; 2, 2. 3; 3, 4).

Que para ello escogiera como modelo la figura del profeta Elías tiene seguramente que ver con dos directrices siempre presentes en su obra literaria. De una parte, su preferencia por temas y personajes del Antiguo Testamento¹⁷, y de otra la fuerte relación con el Mesías de este personaje, reconocido tipo de Jesucristo. La lectura de este texto muestra con evidencia que el modelo a imitar que presenta Ambrosio es Cristo, pero a un auditorio compuesto en parte por personas aún no bautizadas y en todo caso aún poco familiarizadas con el espíritu del Evangelio, le entra mejor por los sentidos el ejemplo de este héroe.

2. La composición

Desde el principio, el autor se ocupa en explicar por extenso la esencia del ayuno y sobre todo sus frutos, dejando claro el nivel de exigencia ascética que le impulsa a escribir sobre este tema, como volverá a recordar en la peroración final. Para él la vida del hombre es una batalla a la que debe aprestarse con gallardía, equipado con el arma del ayuno, como hizo Jesús al comienzo de su vida pública, cuando accedió a ser tentado por el demonio.

En los dos capítulos sucesivos se centra ya sobre el ejemplo de Elías quien, gracias al ayuno, fue no sólo capaz de realizar milagros espectaculares, sino que mereció ser exen-

17. La única excepción es el comentario al Evangelio de san Lucas.

to de la muerte y ser arrebatado en cuerpo y alma al cielo para gozar allí de la presencia de Dios (2). Los frutos del ayuno se aprecian en la vida Elías y en la de Juan Bautista, el precursor, cuya conducta el Señor mismo comparó a la de los ángeles, que no necesitan alimento material (3).

El capítulo cuarto describe el estado de origen de la creación, hasta el pecado de los primeros padres. Es sugestivo el modo cómo Ambrosio describe esos sucesos desde la perspectiva del tema que le ocupa. La creación —demuestra— evolucionó y se perfeccionó en estado de ayuno. Sólo al sexto día, con la creación del hombre y los animales, surgió la función de alimentarse. La primera orden divina a la primera pareja se centró en el ayuno y su contravención provocó una catástrofe de consecuencias funestas. La conclusión es elocuente: si Adán y Eva hubieran mantenido el ayuno que el Creador les había impuesto, no existiría el pecado.

Asentadas esas premisas, el obispo entra de lleno en el combate al vicio de la embriaguez (5). Al hacerlo se esparcen muchas e interesantes ráfagas de luz sobre la historia de este tipo de penitencia. Comienza por los ejemplos de numerosos personajes del Antiguo Testamento, respecto al uso del vino. Noé lo descubre y, por ignorancia de sus efectos, es objeto de risa por parte de uno de sus hijos. Lot, a su vez, es víctima penosa de ese vicio y sus consecuencias. Por el contrario, Abraham y Moisés lo desconocen. Finalmente, Juan el Bautista ayuna y por eso es digno de anunciar al Mesías.

Esa lista de ejemplos tomados del Antiguo Testamento se alarga (6) con Moisés, la madre de Sansón —cuyo nombre calla la Sagrada Escritura—, Ana —la madre de Samuel— y el profeta Eliseo. La enumeración acaba (7) con la alusión a Sidraj, Misaj y Abed-Nego, los tres jóvenes judíos expuestos por Nabucodonosor, rey de abilonia, a las llamas del horno en castigo a su negativa a postrarse ante su estatua para adorarla, y al profeta Daniel, arrojado a la fosa de

los leones. Para Ambrosio, todos ellos salieron incólumes del peligro, gracias al ayuno.

A partir del capítulo octavo comienza la exaltación de la moderación en la comida y la bebida, como actitud del cuerpo que configura el ánimo y hace posible el ejercicio de las virtudes: *El ayuno —enseña Ambrosio— es maestro de la continencia, norma de la modestia, humildad de la mente, mortificación de la carne, modelo de sobriedad, regla de la virtud, purificación del alma, don de la misericordia, educación en la clemencia, encanto de la caridad, ornato de la vejez, defensa de la juventud; el ayuno es alivio de la enfermedad, fortalecimiento de la salud*¹⁸.

Los frutos de la templanza —concluye— pueden apreciarse en la parábola evangélica del rico Epulón y el pobre Lázaro.

El capítulo noveno continúa la descripción de esos frutos a la luz de ejemplos tomados del Antiguo Testamento, pero esta vez de mujeres. En efecto, Judit y Ester son dos paradigmas famosos: gracias a su sobriedad, ambas liberaron al pueblo de los peligros que le acechaban. Sin reducirse al texto sagrado, Ambrosio observa cómo, incluso en lo humano, acarrea ventajas esa virtud. Gracias a ella, resultan más agradables los banquetes, ya que aumenta el gusto por los manjares que no se toman todos los días, como el sol deleita más después de la noche o el sueño resulta más grato cuando se ha estado en vela.

Pero, mucho más importante que al ayuno corporal es la sobriedad del alma, que debe renunciar a la injusticia (10). Ése es el sacrificio que agrada a Dios, el que no se queda en un signo externo. Cuando se practica, entonces el cuerpo tiene que aparecer también sereno, limpio: de ese modo, la actitud interior resplandece y lo que aparece por fuera actúa por dentro.

18. *Hel.*, 8, 22.

Constituyen el núcleo del capítulo once una serie de reflexiones que exhortan al ayuno, tomando pie de nuevo en numerosos ejemplos del Antiguo testamento: Esaú y Jacob, Elías y Eliseo, Juan y Daniel.

Tras una corta introducción, que le sirve para empalmar con los ejemplos del Antiguo Testamento que ha aducido hasta ahora, Ambrosio intercala en su discurso –en los capítulos doce y trece– una larga descripción del espectáculo grotesco que ofrecen quienes abusan de la bebida. A esta altura del discurso, incluso el lector no profesional de la teología se siente atraído por el realismo impactante de las escenas descritas y contempla con asombro qué antiguas son las lacras provocadas por este vicio.

En primer lugar, en los hombres vulgares y sin formación, con un inciso dedicado al famoso caso del filósofo Polemón, de quien se cuenta que cambió radicalmente de vida al oír las palabras del maestro Jenócrates.

Pero no menos triste y lamentable a los ojos de los cristianos es el espectáculo de los banquetes en los que participan militares aguerridos. Por culpa de la bebida, quienes por la mañana aparecían amenazadores y radiantes en sus armaduras, por la noche se convierten en objeto de burla hasta para sus esclavos.

De este amplio inciso, Ambrosio saca una consecuencia con la que interpela (14), no ya a los oyentes del sermón, sino a los lectores de este claro añadido al texto inicial. Apela a su responsabilidad, cuando invitan a comer a alguien: ofrecer vino en exceso en esas ocasiones, es peor que suministrar un veneno porque: *el veneno perjudica a la carne, pero no daña la mente: la embriaguez une, a la muerte del cuerpo, también un crimen contra la mente*¹⁹.

19. *Hel.*, 14, 52.

Vuelve al hilo de sus consideraciones, basadas en el texto revelado y, al testimonio de Moisés, une ahora —en el capítulo 15— el de Isaías, quien se lamenta: *¡Ay de aquellos que están borrachos al declinar el día!* Igualmente desgraciados son aquellos que ya comienzan de mañana a beber, así como quienes introducen mujeres impúdicas en sus banquetes. Se asemejan a Babilonia, pero como ella también serán destruidos.

A continuación (16-17) viene una larga enumeración de las consecuencias perjudiciales que acarrea la embriaguez para el cuerpo y para el espíritu. Por eso, pueden aplicarse a esas personas las palabras de Isaías lamentándose del abandono a que se ve sometida la viña del hombre ebrio. Este vicio arrastra a los hombres hasta el perjurio y provoca su ruina. Aquí introduce el ejemplo de sobriedad de los elefantes que, aunque a veces beban enormes cantidades de agua, no retienen nada superfluo.

En el capítulo dieciocho se indigna el autor ante la falta de sobriedad de las mujeres que, olvidando su verdadero papel en la creación, se dan al vicio de la bebida. Con todos esos ejemplos trata de demostrar qué buena es la sobriedad, y qué perniciosa la falta de templanza.

El capítulo siguiente describe, según el texto de Isaías que se ha leído en la liturgia del día, la incapacidad para arrepentirse de quienes se dedican al vicio de la bebida. Para mostrarlo se sirve de una alegoría que formaba parte de la tradición literaria en la Antigüedad clásica. Compara a esas personas con las naves que, dirigidas por insaciables mercaderes, no dejan de surcar los mares en pos de sus ambiciones, exponiéndose a los peligros de ese elemento, que fue creado por Dios para adorno de la creación, no para que los hombres le hoyaran, abusando de él.

Con el capítulo veinte comienza la conclusión del sermón, como era habitual en la peroración final de un discurso, de acuerdo con los cánones de la retórica. Esta última parte es-

tá marcada por una serie de recomendaciones a sus oyentes, a fin de que vivan la sobriedad. Deben confiar en que Dios perdona también un vicio como la lujuria, ya que su misericordia es infinita, con tal de que el pecador se arrepienta. La limosna es un medio eficaz para redimirse de ese pecado, según aquello de la Escritura: *la limosna libera del pecado*²⁰.

Apoyado en el texto de Isaías (24, 1), que se acababa de leer y en el que se anuncia la destrucción del mundo, Ambrosio vuelve en el capítulo siguiente (21) a la imagen inicial de esta vida, comparable a una batalla, y anima a sus oyentes a no darse por vencidos, sino a fomentar el espíritu de lucha propio de los atletas, que les hará acreedores a la corona del triunfo. Desde esa perspectiva se entiende que la venida del Señor es deseable porque tras ella, al obtener la victoria, contemplaremos su rostro.

La conclusión de esta obra (22) describe la vida lujosa como la fuente de todos los males y amonesta a sus oyentes a desprenderse para siempre de los placeres de la mesa y practicar el ayuno: *Castiguemos, por tanto, nuestro cuerpo con el ayuno, evitemos las comilonas indignas*²¹.

Finalmente, anima a los catecúmenos que aún vacilan en recibir el bautismo, a dar ese paso sin dejarlo para el último momento de su vida. El sacramento trae consigo la gracia del perdón de todos los pecados: *Eres purificado sin ser atormentado por el fuego, eres sanado y no sufres dolor, eres transformado y no desapareces, resucitas y no has recibido el golpe de la muerte*²².

En las ediciones modernas este tratado está dividido en veintidós capítulos, pero ese dato apenas tiene que ver, ni con el sermón pronunciado por el santo, ni con la forma definitiva en que el texto ha llegado hasta nosotros.

20. Tob., 4, 11.

21. Hel., 22, 81.

22. Hel., 22, 85.

En cuanto al primero, cabría pensar —dada su extensión— que estamos ante una serie o ciclo de sermones pronunciados al inicio de la Cuaresma de no se sabe bien qué año, aunque existen indicios que permiten, como veremos, datarlos con cierta exactitud. En cuanto a lo segundo, bien pudiera proceder de la revisión y ampliación a las que el autor de ordinario sometía sus obras antes de ser publicadas.

De hecho, es posible de una parte precisar los pasajes que sin duda debieron de formar parte del sermón inicial y de otra los que pudieron haber sido añadidos. A los primeros pertenecen aquellos en los que se aportan ejemplos de personajes de la Escritura o se alude a las lecturas que se han hecho en la Misa. A los segundos, de una parte las amplias descripciones de banquetes con sus desmanes —capítulos doce a catorce—, que parecen poco apropiadas para ser recordadas en el curso de una ceremonia litúrgica²³. De otra, los últimos capítulos a partir del veinte, que están concebidos como la peroración final de un discurso. Estas recomendaciones seguramente estarían colocadas en el seno de cada una de las homilías a medida que fueran pronunciadas.

Tomando en consideración estos indicios, se admite generalmente que cabe distinguir dos o tres sermones. El primero de ellos se habría ocupado propiamente del ayuno e iría hasta el capítulo doce, mientras a partir del quince y hasta el veinte el autor describe en el segundo los efectos destructivos de la intemperancia.

En su conjunto, la estructura del tratado se presentaría así: Exordio, elaborado para la publicación (1, 1); primer sermón (1, 2-11, 40); descripción insertada de borracheras y

23. A mi modo de ver, el mismo autor delata este añadido cuando inmediatamente después de ese largo inciso, distingue entre el *ser-*

món que en su día fue pronunciado (*praedicatio*) y el *discurso* que publica una vez revisado (*sermo*): Cf. 15, 53.

banquetes (12, 41-14, 52); segundo sermón (15, 53-19, 72); tercer sermón o peroración final²⁴ (20, 73-22, 85).

3. Fecha de composición y fuentes

Se admite pacíficamente que estos sermones, al menos dos, fueron pronunciados por el obispo milanés entre la fiesta de la Epifanía y el comienzo de la Cuaresma del año litúrgico, como una invitación a sus feligreses para que se entregaran sin reservas al ejercicio del ayuno durante las semanas siguientes.

Lo que se discute es el año en que los predicó. En este sentido, el texto mismo aporta algunas pistas que no se deben pasar por alto. En primer lugar, el pasaje de 15, 55 en el que el autor alude a la costumbre piadosa de recitar himnos, que comenzó en la iglesia de Milán, precisamente bajo el pontificado de Ambrosio, a partir de la semana santa de 386²⁵. Además, hay un punto clave a lo largo del discurso en el que, al asociar su exhortación al ejemplo de Elías, declara que, como ya ha tratado de él en bastantes de sus escritos anteriores, tocará sólo de pasada sus hechos: *Pero, como de las gestas de Elías, hemos tratado ya con profusión en diversos escritos, pienso que se debe evitar el recurrir de nuevo a ellas, dado que él mismo se ensalza sobre todo a través de su obra*²⁶.

¿A qué escritos ha podido referirse? Es verdad que, ya desde sus primeros sermones de los años 377-378 había re-

24. Este último tramo está caracterizado, incluso gramaticalmente, por una sucesión de exhortaciones a adoptar un comportamiento comedido y sobrio.

25. Véase a este respecto: MC

LYNN, *Ambros of Milan: Church and Court in a Christian Capital*, Berkeley - Los Angeles - Londres, 1994, especialmente el cap. IV, *The Easter Crisis of 386*, pp. 181-196.

26. *Hel.*, 3, 5.

currido al ejemplo de Elías, sobre todo a su rapto al cielo en un carro de fuego –*Cain et Ab.* 2, 8; *Fid.* IV, 1, 8–, milagro que Ambrosio, como era opinión general en la Antigüedad, atribuía a su virginidad: *Virgb.* I, 12.

Asimismo, tanto en el tratado sobre las viudas –*Vid.* 1, 3. 6; 3, 14–, como en el discurso consolatorio a la muerte de su hermano Sático –*Exc. frat.* II 83– de 378 y en los tratados *Spir. S.* I 17 y *Fid.* III 4, 30 alude a la orden que recibió el profeta para que viajara a Sarepta y allí se alojara en casa de una viuda, cuyo hijo resucitaría.

De modo análogo, en el tratado *Fide* –I 13, 81. V6, 72– y en el *Incarn.*, 4, 28, comenta repetidas veces la aparición del profeta junto con Moisés en la escena de la Transfiguración. Por último, en *Exc. frat.*, II, 125, recuerda la queja de Elías ante la posposición de su propia muerte.

Pero también en los tratados que escribió en la década de los ochenta aludió al profeta: junto a las escenas ya conocidas del rapto al cielo –*Paen.* I 7, 34– aparecen otras, como la lluvia de fuego enviada por Yavé sobre el altar de las ofrendas –*Sacr.* II 4, 11; *Myst.* 5, 26. 9, 52–, el milagro del aceite y la harina que no se agotaron –*Abr.* I 5, 35– y la sequía que sobrevino en Palestina durante el reinado de Acab: *Exam.* II 4, 16.

No obstante, es en dos de sus obras, compuestas entre el 386 y 390, donde Ambrosio se refiere con más amplitud al profeta: el *De officiis* y la *Expositio euangelii secundum Lucam*.

En efecto, en el primero de esos textos Elías es puesto como modelo de maestro-padre que ha formado a su discípulo, mucho más joven que él –II 20, 100– hasta el punto de que el profeta puede dejar en sus manos la continuación de su tarea: I, 41, 206. También, como ejemplo de hombre abandonado en las manos de Dios, quien le provee del sustento necesario, primero por medio de los cuervos y luego gracias a la intervención de la viuda de Sarepta: II, 4, 14.

Por su boca se realizan milagros, tanto cuando a sus ruegos la lluvia dejó de caer sobre la tierra, como cuando no faltó aceite en la vasija, ni harina en el cuenco: III, 1, 4. Finalmente pondera la bajada de fuego desde el cielo, cuando Elías desafió a los profetas de Baal a hacer arder las víctimas: III, 18, 107.

Pero es en el segundo donde encontramos descritos aún más por extenso el poder y el espíritu del profeta tesbita. A propósito de Lc 1, 17, Ambrosio explica que Elías, gracias a su vida sobria en medio del desierto, donde era alimentado por cuervos y a la firmeza de su comportamiento ante el rey impío, mereció la gracia de convertir los espíritus, ejercitarse en la paciencia y obtener el don de profecía (I, 36-37). En el comentario a Lc 1, 35 aparece de nuevo Elías en su enfrentamiento a los profetas de Baal quienes, como consecuencia de su oración, fueron devorados por el fuego del cielo (II, 57).

Más adelante, a propósito de la aparición de Juan Bautista en el desierto –Lc 3, 2–, Ambrosio recuerda cómo los cuervos saciaron el hambre y la sed de Elías (II, 72). Al comentar el mensaje del Bautista en su dimensión escatológica –Lc 3, 16–, el obispo milanés lo aplica a la Iglesia y asegura que al final de los tiempos ésta será arrebatada y trasportada a un lugar más alto que Elías al ser raptado al cielo en un carro de fuego (II, 88).

Cuando describe las tentaciones a las que el demonio sometió a Jesús en el desierto –Lc 4, 1-13– resalta el hecho de que mientras éste tuvo hambre, de Elías y Moisés no se dice nada análogo (IV, 16.20).

Jesús mismo, cuando al inicio de su vida pública, acude a Nazaret y comenta en la sinagoga un pasaje de Isaías –Lc 16, 26–, trae a colación los milagros de Elías en Sarepta (IV, 48.50).

Ya en plena vida pública, pero aún en relación con el mensaje del precursor, manifiesta Jesús que los milagros que

realiza dan testimonio de su autoridad –Lc 7, 22– y Ambrosio confirma la diferencia entre las obras de Jesús y las que Elías, entre otros, llevó a cabo; por ejemplo, en la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta (V, 101), donde lo único que hace es llorar y rogar, pero no tiene el poder de resucitar a los muertos.

También con ocasión de la primera multiplicación de los panes –Lc 9, 13–, Ambrosio recuerda que Elías, alimentado por el pan de harina pura que le dio un ángel, fue capaz de andar durante cuarenta días, sin sentir fatiga (VI, 75.81).

Más adelante, cuando Jesús interroga a los discípulos sobre la opinión que las gentes tienen de Él –Lc 9, 19–, sale de nuevo Elías a colación; de él dice Ambrosio que muchos esperaban que volviese a la tierra porque no había muerto, sino que había sido arrebatado al cielo (VI, 93.96)²⁷.

En el mismo capítulo evangélico, Jesús vaticina que algunos de los presentes no conocerán la muerte antes de ver el reino de Dios –Lc 9, 29– y en su comentario Ambrosio corrobora esa afirmación con el ejemplo de Elías, de cuya muerte corpórea no se tiene noticia (VII, 4).

Como cabía esperar, uno de los momentos álgidos de la presencia del profeta es la escena de la Transfiguración –Lc 9, 28-30–, donde aparece Jesús acompañado de la Ley –Moisés– y el profeta Elías (VII, 10.11). Esta escena sirve a Ambrosio para marcar una vez más la diferencia entre Jesús y sus dos acompañantes, que no son el Hijo de Dios (VII, 20).

Aún dentro del mismo capítulo del Evangelio, Jesús adiestra a los discípulos en el trato con los extraños –Lc 9, 50–, lo que Ambrosio aprovecha para recordar que Elías hizo bajar fuego del cielo para vengar la ofensa que se le había infligido (VII, 27).

27. Esta misma situación aparece de nuevo al comentar las negaciones de Pedro –Lc 22, 54ss.– en X, 79.

En el discurso en el que anuncia la ruina de Jerusalén –Lc 21, 8 ss.–, Jesús no cita a Elías, pero sí lo hace Ambrosio en su comentario (X, 18), aludiendo a las calamidades que asolaron el reino de Judea en tiempos del profeta: Jezabel, hambruna, sequía, etc.

Finalmente, a propósito de la promesa que Jesús hace al buen ladrón –Lc 23, 43–, Ambrosio llama la atención sobre el hecho de que Elías apareció ante los hombres vestido de pieles (X, 122).

Como se ve, es en estas dos últimas obras donde Elías está presente de un modo más exhaustivo. Hasta ese momento, sólo le resulta a Ambrosio digno de mención el uso que había hecho de su ejemplo en el tratado *De uidiuis*, al que se refiere por dos veces en la segunda de estas obras²⁸.

De todos estos datos se puede concluir que el *De Helia et ieiunio*, sólo pudo ser compuesto, e incluso pronunciado, después de que Ambrosio había dado a conocer el *De officiis* y la *Expositio euangelii secundum Lucam*, es decir, después de 390²⁹.

Hay otro dato que nos lleva a atribuir esta obra a una época posterior del episcopado de su autor. Se trata de su método en el comentario de los numerosos textos de la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testa-

28. Cf. *Exp. eu. Luc.*, IV, 49-50.

29. En los escritos de los últimos años de su vida sigue citando al profeta: así en *Isaac* recuerda la escena de su rapto al cielo –8, 77–, en *Bon. mort.*, 11, 51, en *Iac.*, I, 8, 38, en *Patr.*, 6, 30 su aparición junto Moisés en la escena de la Transfiguración, en *Fug.*, 6, 34 su marcha al desierto huyendo de Jezabel, es decir del mundo; allí no estaba solo, sino con Cristo –*Ibid.*, 2, 7– En *Expl. ps.*, 35, 15; 36, 61 cita so-

bre todo el milagro de que, alimentado de un modo milagroso, fue capaz de andar durante cuarenta días. Pero también al milagro de que el cielo se cerrara y no lloviera: *Ibid.*, 45, 2; 36, 32. En el comentario a éste último hace un repaso a toda su vida: 36, 58. En el comentario al salmo 37, 43 alude también a la profecía de Elías sobre la inminente muerte de Ajab. En el del 40, 31 a su rapto en el carro de fuego.

mento. Está muy lejos de la «alegóresis» y opta más bien por una interpretación literal de la palabra revelada. Esta observación, traducida a la cuestión de la fecha en que esta obra fue escrita, nos coloca lejos de la escuela alejandrina a la que parece seguir Ambrosio en los primeros escritos en torno al texto bíblico y nos sitúa en los últimos años de su pontificado en los que parece estar más próximo al método exegético propio de Antioquía.

Un último dato a tener en cuenta es el inciso que hace sobre los elefantes en el capítulo 17 que recuerda al largo inciso que dedica a esos animales en el *Exam.*, VI 5, 30-35, obra posterior al año 386, posiblemente del 387, es decir de una época en la que el obispo se había documentado a fondo a propósito de la biología animal.

En cuanto a las fuentes, es evidente que Ambrosio toma como pauta el relato bíblico que se encuentra en los capítulos 17-18 del libro primero de los Reyes y el evangelio de san Mateo, más concretamente el ejemplo de Juan Bautista y las indicaciones de Jesús sobre el ayuno dentro del sermón de la montaña, sin olvidar sacar partido de las profecías de Isaías sobre el duro destino que espera a las ciudades de Tiro y Sidón por haber puesto sus esperanzas en las riquezas de este mundo.

Para la elaboración del tratado Ambrosio se ha servido una vez más de Basilio de Cesarea. Se inspira concretamente en los discursos, o más bien homilías, de este último *Sobre el ayuno*³⁰, *Contra los beodos*³¹ y *Exhortación al bautismo*³². El paso de una fuente a otra es fácilmente detectable y se corresponde con la estructura que hemos estudiado. Pasa de la primera a la segunda, a partir del capítulo 12, cuando co-

30. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, I: PG 31, cols. 163-184.

31. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, XIV: PG 31, cols. 444-464.

32. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, XIII: PG 31, cols. 424-444.

mienza la descripción de los banquetes, y salta a la tercera cuando llega a la peroración con la invitación final para que se reciba el bautismo cuanto antes, es decir, los cuatro últimos puntos.

Pero a la hora de valorar el sentido de la dependencia de sus fuentes, no hay que olvidar lo que ya expusimos a propósito del Hexamerón³³ sobre la libertad con que el obispo milanés se mueve al seleccionar aquellos elementos que le convienen y sobre todo a la hora de adaptar esas ideas al horizonte cultural de sus oyentes/lectores y a las necesidades pastorales de sus fieles.

Aportemos solamente un ejemplo ilustrativo. Cuando en el capítulo cuarto Ambrosio quiere demostrar que el ayuno fue el primer mandamiento que Dios impuso al hombre, se apoya en Basilio, quien en su homilía sobre el ayuno describe la situación en el Paraíso antes de la caída y el cambio radical que sufrió como consecuencia del pecado.

Pero, así como Basilio acaba este pasaje con la exhortación a practicar el ayuno, si queremos volver al Paraíso, Ambrosio va mucho más allá al añadir la indicación del Maestro a los apóstoles, antes de avanzar él solo hasta el lugar de su oración en el huerto de los olivos. Y, para que la escena gane en dramatismo, no tiene inconveniente en forzar la cita de Mateo 26, 41 y transformar la exhortación: *Vigilad y orad...*, en *Ayunad y orad...*

Con este recurso al nuevo Testamento, su conclusión ya no se queda en una vaga promesa, sino en la seguridad de que Jesús nos ha dado la clave para volver a entrar en el Paraíso: *Por tanto, la gula expulsó del Paraíso al hombre que allí reinaba, la abstinencia reinstaló en el Paraíso a quien andaba errante*³⁴.

33. Véase, AMBROSIO, *Los seis días de la creación*: BPa 86, Ma-

drid, 2011, pp. 12-22.
34. *Hel.*, 4, 7.

Tampoco puede dejar de apreciarse la presencia de los modelos clásicos habituales en toda la obra de Ambrosio –sobre todo Virgilio, pero también Cicerón, sin que falten Horacio y hasta Lucrecia–, si bien ésta se reduce a algo puramente formal. De todas esas dependencias dan fe las notas a pie de página y además, en el caso de las citas escriturísticas, el índice bíblico.

II. NABOT

1. *El tema*

En el sermón de la montaña –Mt 5, 3– Jesús había dejado claro que no era la riqueza material el inconveniente para entrar en el reino que Él había venido a instaurar en la tierra, sino la riqueza de espíritu, es decir el apegamiento de corazón a las riquezas. De ese tipo de peligro sigue hablando con palabras gráficas a sus discípulos más adelante –Mt 19, 24–, cuando les advierte que un rico entraría en el reino de los cielos con más dificultad que un camello por el ojo de una aguja. Por último, pronuncia una parábola –esta vez transmitida por Lc 16, 19-31– que ejemplificaba de manera impresionante las consecuencias de una conducta avariciosa: no pueden concebirse destinos más radicalmente puestos que los del rico epulón y el pobre Lázaro. Y en ambos evangelios –Mt 11, 5; Lc 7, 22– el mismo Jesús resalta como prueba de su mesianismo el hecho de que dirige su mensaje a los pobres.

A partir de estas palabras y ejemplos tan claros y tajantes, no tiene nada de extraño que los cristianos se plantearan desde el principio hasta qué punto eran compatibles las riquezas con la fe en Jesucristo. El primer testimonio literario de esta inquietud data de principios del s. III, época

en la que Clemente de Alejandría, muerto alrededor del año 220, redactó su obrita *¿Qué rico se salvará?*³⁵

En ella se establecen condiciones claras para que eso sea posible: esas personas deben disfrutar con moderación de sus riquezas, no mostrarse orgullosos de ellas, servir a los pobres con sus limosnas e integrarse de corazón en la comunidad creyente.

Pero, aparte de estas soluciones prácticas, resultaba fácil también, de una parte reflexionar sobre el contraste entre ricos y pobres para llegar a la conclusión de que los primeros pueden ser pobres de espíritu y los segundos avariciosos, y de otra relativizar el valor de las riquezas de aquí abajo en comparación con los tesoros del cielo.

Desde la época evangélica y el inicio de esas reflexiones, hasta el momento en que Ambrosio asumió la dirección de la sede milanesa, la tensión entre las exigencias evangélicas y el tenor de vida de la población cristiana, que había ganado paso a paso en posibilidades económicas, había ido agravándose. El mismo obispo, que daba pruebas continuas de sobriedad personal y de desprendimiento de las riquezas –vivía muy por debajo del nivel que habrían exigido su cargo y sus responsabilidades, y había puesto a disposición de las necesidades de la Iglesia su patrimonio familiar– debía de sufrir ante la situación en que se encontraba buena parte de sus fieles.

De un lado, estaban los propietarios de grandes extensiones de terreno, que constituían la nobleza rural, y de otro los pobres que no tenían nada, aunque fueran ciudadanos del imperio. Más marginados quedaban aún los prófugos y extranjeros que ni siquiera tenían acceso a los servicios que

35. Cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Extractos de Teódoto, Éclo-gas proféticas, ¿Qué rico se salva?*,

Fragmentos, M. MERINO RODRÍ-GUEZ (ed.), Ciudad Nueva (Fuentes Patrísticas, 24), Madrid 2010.

la administración de la ciudad milanesa proporcionaba a sus habitantes³⁶.

Contra los primeros, y el peligro de que se dejen dominar por la avaricia, arremete Ambrosio en este escrito *De Nabuthae*, en el que les increpa, ante todo poniendo por testigo a las leyes más elementales, las de la naturaleza: *¿Hasta dónde vais a llevar vuestros locos apetitos? ¿Vivís vosotros solos sobre la tierra? ¿Por qué arrojáis fuera a quienes por naturaleza son vuestros compañeros y acaparáis lo que es propiedad de la naturaleza? La tierra fue creada para propiedad común de todos, ricos y pobres. ¿Por qué vosotros, ricos, os atribuíis un derecho exclusivo de propiedad? La naturaleza, que da a luz a todos pobres, no conoce a ningún rico*³⁷.

Las consecuencias de esa actitud no pueden ser más funestas. En primer lugar para ellos mismos: *El rico no puede dormir. Le mantiene en vela la avaricia, le agita el ansia vigilante de robar los bienes ajenos, le atormenta la envidia, le molesta la espera, le perturba la infecunda esterilidad de sus bienes, le excita la abundancia*³⁸.

Y, por supuesto, para los pobres, que sufren en sí mismos y en sus familias las consecuencias de los abusos perpetrados por los ricos: *Yo he visto que un pobre fue detenido, al ser obligado a pagar lo que no tenía, conducido a la cárcel porque había faltado vino en la mesa de su rico patrón, y poner a subasta a sus hijos, con el fin de poder retrasar por un tiempo la pena. Por fortuna, se encontró a alguien que ayudó en semejante situación. El pobre volvió a su casa con los suyos y vio todo saqueado, nada se le había dejado con que alimentarse. Consternado por el hambre de*

36. Sobre este tema, véase E. DASSMANN, *Ambrosius von Mailand. Leben und Werk*, Stuttgart, 2004, especialmente cap. XVI: So-

ziale Theorie und karitative Praxis, pp. 224-239.

37. *Nab.*, 1, 2.

38. *Nab.*, 6, 29.

*sus hijos, arrepentido de no haberles vendido a alguien que al menos pudiera alimentarles, volvió a su decisión y asumió la responsabilidad de venderles*³⁹.

A unos y otros les amonesta para que vivan sobriamente, no sin advertir que en sí riqueza y pobreza son indiferentes desde el punto de vista moral y que, como con el pecado, hay que contar con el vicio, aquí concretamente con la avaricia.

Es verdad que el *Nabot* no es propiamente una obra exegetica, ya que tiene el tono y la forma de una fuerte diatriba, como la habían concebido escritores cínicos y estoicos; los unos para justificar su escepticismo y los otros para exaltar su ideal de paciencia ante las dificultades. Pero hay que afirmar categóricamente que no es la intención de Ambrosio abolir la propiedad privada, ni mucho menos alentar la lucha de clases entre pobres y ricos, como han pretendido algunas interpretaciones a lo largo del siglo pasado⁴⁰.

La historia de Ajab y Nabot nos es conocida a través del libro III de los Reyes en la Vulgata. Para la Biblia hebrea se trata del libro I de los Reyes. Es verdad que se narra en un solo capítulo —el 21— de ese libro, pero su fuerza dramática es sobrecogedora.

El rey de una de las partes —Samaria— en la que se hallaba dividido el reino davídico se había encaprichado con una viña colindante con su palacio, que Nabot había heredado de sus antepasados y de la que por ese motivo no quería desprenderse. Por esa razón, y sin culpa de su parte, para que Ajab pudiera tomar posesión de ese terreno, Nabot fue muerto, gracias al ardid tramado por Jezabel, la intrigante mujer del rey.

39. *Nab.*, 5, 21.

40. Aunque haya quedado muy atrás, es conocida la polémica surgida en la Italia de la pos-

guerra, que pretendía atribuir a san Ambrosio ideas socialistas e incluso comunistas en su defensa de los pobres.

La intervención de Elías para anunciarle el castigo divino y la misericordia de que Yavé da prueba al ver el arrepentimiento del rey, no interesan a Ambrosio⁴¹. Sólo la primera parte de la historia es para él ejemplo ilustrativo de la avaricia y le sirve para exponer su postura de una manera penetrante con respecto a uno de los vicios preponderantes en su tiempo. Distribuye los papeles de sus tres personajes con toda nitidez y sin matices: Ajab es la personificación del rico, aguijoneado por Jezabel, la avaricia, que se alían para perder al pobre, Nabot⁴². Y advierte ya desde el principio: *La historia de Nabot es antigua en el tiempo, pero de todos los días en la práctica*⁴³.

Y no deja de recordarlo a lo largo de su exposición: *Ésta (la avaricia) es Jezabel, no una sino múltiples, no de una época sino de muchas épocas*⁴⁴.

2. Composición

De un modo directo y hasta brutal arranca este escrito, que traza un cuadro vivo de la realidad social, en la que la tierra cae cada vez en manos de unos pocos, contraviniendo los designios de Dios, que la ha creado para todos. Ya

41. En 12, 50-51 habla brevemente de la interpelación del profeta al rey para mostrar la pertinacia de éste y en el último capítulo -17, 70-73- recuerda el final de la historia de Ajab, demostrando que, a pesar de la misericordia divina, el impío se repite en sus prevaricaciones y acaba mal.

42. No han faltado las interpretaciones que llaman la atención sobre la aplicación que hace Am-

brosio de esta historia a la actualidad de la vida milanese. Enfrentado a la orden imperial de entregar algunas basílicas de la ciudad a los arrianos, lo tiene fácil y sus oyentes lo entienden: él mismo es Nabot, el emperador es Ajab, instigado por Jezabel, que no es otra sino Justina, la madre de Valentiniano II.

43. *Nab.*, 1, 1.

44. *Nab.*, 9, 52.

en el primer capítulo expone el autor de modo descarnado el destino común de ricos y pobres: la muerte que iguala a todos y deja tras de sí no pocos problemas para los herederos de los ricos.

La primera parte del capítulo II (4) es una confirmación más de la arbitrariedad con la que las ediciones modernas de la obra ambrosiana han procedido a su sistematización. En él continúa la interpelación acerba al rico con la que se ha iniciado la obra. Sólo en el parágrafo siguiente (5) somete Ambrosio el texto bíblico que narra la historia a un examen minucioso, para comentarlo punto por punto.

El capítulo tercero continúa el comentario literal de las palabras reveladas, con aplicaciones continuas a la situación del rico, cuya actitud no merece más que reproches.

En el capítulo siguiente acaba el comentario del texto bíblico y hace contrastar la posición del rico con la del pobre, burlándose del primero con la narración de dos anécdotas actuales, con escenas grotescas, que han llegado a sus oídos, o las que tuvo que enfrentarse cuando era funcionario público.

El amplio capítulo quinto está ocupado por la dramática descripción del caso extremo de un padre, que para satisfacer los caprichos de su dueño, que le han abocado a la ruina, se ve obligado a vender a alguno de sus hijos para así poder dar de comer al resto de la familia. Lo más triste de ese espectáculo es que la mujer, al enterarse de la situación, en vez de animar a su esposo a que rescate al hijo, le pedirá que le siga comprando joyas para el adorno de su cuerpo.

El núcleo del capítulo sexto está dedicado a comentar el pasaje de Lc 12, 17-19, donde Jesús describe la insensatez del hombre que, el mismo día de su muerte, se atormenta con los proyectos que le impone la exuberancia de la cosecha en sus campos. Esta descripción prosigue a lo largo del capítulo siguiente.

En relación con el mismo pasaje evangélico se invita al rico en el capítulo octavo a realizar con generosidad obras de

misericordia, sin diferirlas porque en cualquier momento Dios le puede pedir cuentas de cómo ha administrado sus bienes.

En los capítulos nueve y diez, a la vez que narra la historia bíblica del robo perpetrado a sangre fría por la avaricia de Jezabel, expresa el obispo su indignación por el hecho de que en su tiempo hombres con esa mentalidad prepotente sean cristianos que, amparados en el derecho civil vigente, acuden a la iglesia para rezar porque se cumplan sus planes.

El capítulo once describe las consecuencias de la maldad del rico: tanto Ajab como Jezabel reciben el castigo de una muerte ignominiosa; los perros lamerán su sangre y las meretrices se lavarán con ella.

El siguiente capítulo se ocupa de describir poderosas antítesis, que contraponen la riqueza a la pobreza. En primer lugar, el que adquiere injustamente riquezas, peca y es descubierto; el pobre permanece justo a los ojos de Dios y mantiene tranquila su conciencia. Además, la riqueza aprisiona y llega a esclavizar, mientras la pobreza convierte al hombre en un ser libre.

El rico no tiene nada de qué jactarse, mucho menos si ha construido sus riquezas sobre los sufrimientos del pobre. Ambos tienen el mismo origen natural y ambos llegarán al mismo punto final. La única oportunidad que tiene el rico consiste en imitar a Job, cuyo ejemplo es ampliamente descrito en el capítulo trece.

A la luz del Evangelio y el libro de los salmos, el apartado siguiente contiene una exhortación a la generosidad de los ricos, quienes por eso serán recompensados por la bondad de Dios.

El capítulo quince despliega una amplia alegoría para ponderar la necesidad de la prudencia en el uso de las riquezas: éstas son como caballos que se pueden desbocar y arruinar al jinete cuando éste simplemente las posee, es decir las monta, en vez de dirigirlas como vigoroso auriga.

Este panorama sirve a Ambrosio para apelar en el capítulo siguiente a la conciencia de los ricos, de modo que aprovechen el tiempo de la vida en hacer el bien, bajo pena de acabar sus días como Ajab, devorado por los perros.

El capítulo final, que presenta un problema de crítica textual⁴⁵, se enfrenta a la dificultad que supone compaginar la omnisciencia de Dios y su misericordia con el destino del rey Ajab. En un primer momento el Señor le condena a morir del mismo modo que su víctima Nabot. Cuando ve su arrepentimiento, le perdona. Sin embargo, su historia acaba mal, por haber desobedecido los planes divinos respecto a su rival, el rey de Siria. Ambrosio concluye: no es Dios quien cambia, sino el impío quien corre a su perdición por su insensatez.

3. Fecha de composición y fuentes

No es posible determinar la fecha exacta en que Ambrosio compuso esta obra. Sin embargo, como ya hemos dicho, su dependencia de Basilio la aproxima a *Elías y el ayuno* y a *Tobías*. Por tanto, dataría de los años 386-390⁴⁶. Ni siquiera reina concordancia sobre su origen, pues mientras unos especialistas atisban en ella material de predicación, es decir sermones, otros piensan que se trata de un texto elaborado en la mesa de trabajo.

Sirven de pauta a Ambrosio para este texto, la narración contenida en el tercer libro de los Reyes y apoya su argumentación sobre todo en los libros sapienciales —salmos 75-76 y Proverbios, sin olvidar el Eclesiastés y Jesús Sirac— del Antiguo Testamento y los evangelios de Mateo y Lucas.

45. Cf. F. GORI, *Op. cit.*, pp. 24-28.

46. No se olvide que la gran crisis en la relación entre Ambro-

sio de una parte y Valentiniano II y su madre Justina de otra, tiene lugar en la Pascua del año 386.

También aquí se inspira en dos homilías de Basilio el Grande: la sexta, comentario a *Lucas* XII, 18, donde el rico planifica el futuro de su hacienda⁴⁷ y la séptima, en la que recrimina la conducta de los ricos⁴⁸. En el uso de esas fuentes se nos muestra tan libre como de ordinario. En este sentido, nos remitimos a las observaciones que hemos hecho en la Introducción de *Elías y el ayuno* y sobre todo a las que sobre este tema publicamos en el encabezamiento al volumen 86 de esta Biblioteca de Patrística, a propósito de *Los seis días de la Creación*, obra que tenía también como base homilías de san Basilio. Por aportar de nuevo un solo ejemplo, llamamos la atención sobre la amplia exhortación final a que los ricos hagan un uso adecuado de sus riquezas, que abarca los capítulos 14-16 y se basa en el salmo 75 y numerosos pasajes del nuevo Testamento. En las citadas homilías del gran Padre capadocio no se encuentra nada semejante.

III. TOBÍAS

1. *El tema*

El libro de Tobías —más propiamente Tobit padre, a diferencia de su hijo Tobías— brinda a Ambrosio la ocasión de pronunciar una serie de homilías contra la usura. La historia de este israelita piadoso presenta rasgos análogos a la más conocida de Job. En ambos casos se trata de varones piadosos, cuya virtud es sometida a prueba por una serie a primera vista incomprensible de desgracias, y que al final se ven recompensados con largueza por Dios. En este caso,

47. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, VI: PG 31, cols. 261-277.

48. Cf. BASILIO, *Homilía*, VII: PG 31, cols. 277-304.

Tobit sufre con entereza, primero la persecución cuando aún se encontraba en su patria Palestina, luego el cautiverio en Asiria y finalmente la pobreza, la incomprensión de su propia mujer y la ceguera. De todas esas pruebas salió airoso y fue digno de recibir las bendiciones del cielo a través de la intervención de su hijo Tobías, ayudado por el arcángel Rafael que baja a la tierra con el fin de asistirle.

Entre otras virtudes —piedad, paciencia, compasión— destaca Ambrosio en Tobit la magnanimidad que le impulsa a no exigir intereses de los préstamos hechos a gentes de su pueblo, concretamente a su pariente Gabael. Antes de partir hacia el cautiverio le había entregado en préstamo diez talentos de plata —Tb 1, 14—, cuyo cobro encarga a su hijo cuando se encuentra ya al borde de la muerte (4, 1.20). Para que Tobías pueda cumplir esa misión le entrega el recibo (5, 2) y será el arcángel quien directamente cumplirá ese objetivo del viaje de ambos (9, 2.5).

Pues bien, este hecho que en la sagrada Escritura aparece como un detalle anecdótico, sirve al obispo milanés para flagelar en toda regla el vicio de la usura. De la exhibición de detalles en la descripción de ese pecado y el alarde de términos técnicos que en ella utiliza, se deduce fácilmente que el problema era familiar a Ambrosio desde sus tiempos de funcionario público y a la sazón con más dramatismo en medio de sus funciones pastorales.

El título del escrito es equívoco porque, con excepción del comienzo, su protagonista no es Tobit, ni Gabael, ni mucho menos Tobías y Sara con su familia, sino la figura abstracta, pero cruel y funesta del usurero.

Ambrosio arremete contra la licitud del interés y la aceptación de cualquier tipo de prenda y para eso se apoya, no tanto en esta historia y otras fuentes —Salmos, Eclesiástico— del Antiguo Testamento, como en el mensaje de Jesucristo y en la descripción de las consecuencias de semejantes prácticas, tan perniciosas para el tejido social, que encuentran su

punto culminante en la traición de Judas⁴⁹. El Nuevo, según él, no significa la abolición del Antiguo Testamento, sino más bien su cumplimiento y perfección.

Es indudable que grandes abusos de la usura en su diócesis dieron ocasión al obispo para aplicar a esa situación la dureza del texto sagrado. Sus palabras afectan tanto a los deudores como a los acreedores. De ambos tipos recibimos interesantes rasgos de carácter, que incluso encuentran aplicación en el presente.

El autor pinta este pecado con colores sombríos: la usura es para él veneno, espada, esclavitud, lazo nefasto y llega a utilizar incluso una palabra dura de Catón, que él había leído en el *De officiis* ciceroniano: «exigir intereses equivale a matar»⁵⁰. Sobre todo el aumento desmesurado del capital es terrible para él. Su tono patético se traduce no pocas veces en una lucha verbal y un juego de palabras; pero tampoco faltan advertencias que calan hondo. Varias veces llega a comparar al usurero con el demonio⁵¹.

Pero, como hemos adelantado ya en la Introducción general a las tres obras, este escrito no contiene sólo páginas negativas; también las hay positivas: Ambrosio impulsa a sus oyentes a practicar, en vez de la material, la usura del espíritu, es decir a ayudar a los pobres con su dinero, a anunciar la palabra de Dios y a señalar el camino de salvación a quienes se han descaminado. También da intereses esta usura espiritual, ya que nos proporciona un derecho a la felicidad eterna.

Estos sermones llamaron poderosamente la atención. Provocaron disgusto en los círculos agredidos, que objetaron que el préstamo a interés era algo recibido y practi-

49. Cf. *Tob.*, 4, 12.

50. Cf. Cicerón, *De officiis*,

II, 89; *Tob.*, 14, 46.

51. Cf. *Tob.*, 4, 12; 20, 77.

cado en el pasado. Esas habladurías llegaron a oídos del obispo y se enfrenta con ellas en un pasaje de su obra⁵².

Esta es la prueba que esgrimen los especialistas para concluir que este tratado es la elaboración de una serie de predicaciones. Parece evidente, sin embargo, que Ambrosio evita cualquier tipo de alusión personal y que su discurso tiene sólo por objetivo combatir el vicio de la avaricia.

2. *Composición*

El texto, dividido en 24 capítulos, está envuelto en la historia del personaje que presta su título a la obra: comienza con la alusión a sus virtudes, descritas al inicio del libro sagrado, y acaba con la trascripción de los consejos de Tobit a su hijo, antes de que éste emprenda el viaje acompañado de Rafael.

Los dos primeros están dedicados a describir las virtudes de Tobit padre, sobre todo la piedad que le impulsa a enterrar a los cadáveres de sus compatriotas de exilio, a pesar de la prohibición real. En segundo lugar cuentan sus desgracias, si bien aborda ya el tema del préstamo y contrasta la actitud del hombre justo con la del usurero.

Con el capítulo tercero entramos ya de lleno en el tema que ocupa el escrito. En él, Ambrosio no escatima expresiones duras para calificar la usura, que practican los ricos. Les reprocha ante todo su falta de humanidad que les lleva a ofrecer un veneno a quienes buscan una medicina, espada a quien implora pan, esclavitud a quien suplica libertad, un lazo nefasto a los que buscan liberación.

Judas —capítulo cuarto— ejecutó su traición tras haber caído en manos de quienes le prestaron dinero a cambio. Es

52. Cf. *Tob.*, 23, 88.

diabólica la acción de los usureros que llevan a cabo la tarea más inicua y vil. Los delitos civiles y hasta los pecados admiten grados, las deudas revisten todas la misma gravedad.

Una larga alegoría utiliza Ambrosio para describir la usura: en ese tipo de préstamo el dinero no descansa jamás, es como el flujo de las aguas del mar, incluso más pernicioso, porque siempre provoca tempestades y tormentas. No menos dramática es la suerte de quien toma dinero a préstamo, porque es efímera su vida lujuriosa. Cuando quiere reflexionar sobre su situación ya es tarde y debe resignarse a perder el mayor bien: la libertad.

Pero culpables de esas desgracias —afirma Ambrosio en el capítulo sexto— son los usureros, que tienden sus redes con astucia para que en ellas caigan jóvenes incautos, que no intuyen su pronta ruina.

El capítulo siguiente compara al usurero con un cazador y convierte al deudor en una fácil presa. El primero acecha, acorrala, cae sobre el segundo que no puede huir, víctima de un terror que día y noche le obsesiona. El uno peca de avaricia, el otro de estupidez. Éste último no puede salvar ni siquiera el sepulcro de sus antepasados, que se ve obligado a vender, por más que intente disimular su deshonor con complicadas operaciones, como la búsqueda de garantes, que no hacen más que multiplicar su desgracia. Arrastrado hasta la desesperación, prefiere quitarse la vida a vivir sin honor.

Algo análogo ocurre cuando es el padre quien se endeuda y se ve obligado a sacar a sus hijos a pública subasta para salvarse. Pero más grave que la dimensión social que tiene el hecho de endeudarse y ofrecer dinero a préstamo es el pecado en que ambas partes incurrir: el préstamo es fuente de mentira, es origen de perfidia.

El usurero es el diablo, que es la peor especie de ejecutor de una sentencia. Procede con engaño, simula ser uno que se fía y se porta como un desconfiado.

El capítulo décimo lo ocupa un caso al que seguramente debió enfrentarse Ambrosio en sus tiempos de magistrado. No sin ironía describe su actitud tolerante para que el usurero pudiera trasladar a su propia casa, como prenda, el cadáver de un deudor; al final el prestamista se veía obligado a llevarle hasta el sepulcro sobre sus propios hombros.

Los usureros no dudan en buscar sus víctimas incluso entre los jugadores –capítulo once–, sobre cuya suerte deciden con una tiranía superior a la de los dados. Este es un vicio muy difundido incluso entre los hunos, que caen víctimas de él, más que de la fuerza de sus enemigos.

Todos los eufemismos semánticos de su vocabulario –letras de cambio, contratos, hipotecas, prendas, cesiones, tantos por ciento, intereses– se reducen a deudas que el usureiro reclama de un modo inhumano. Su dinero es comparable a una serpiente que da a luz una serie de desgracias; todavía peor, porque mientras ese reptil tarda en dar a luz y revienta en el parto, el préstamo produce desde el primer momento nuevas víboras y sigue vivo. Por eso la palabra «interés» en griego tiene la misma raíz que «parto».

Por su parte, en latín la palabra «usura» tiene que ver con «uso», porque del mismo modo que los vestidos se rompen con el uso, así también los patrimonios se dilapidan con la usura. Los males que este vicio provoca sobrepasan cualquier comparación con la vida de las plantas o de los animales, es insaciable, monstruoso.

Con el capítulo decimocuarto Ambrosio cambia su perspectiva y comienza a apoyar su diatriba contra la usura, no ya en argumentos que son evidentes a los ojos de cualquier ciudadano, sino en textos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, en los que Dios condena su práctica, que aparece como un verdadero fraude a la Ley y al Evangelio. Ese cambio de nivel apoya la tesis, generalmente admitida, de que aquí hay una cesura en el texto y es como si el autor comenzara un nuevo sermón.

Amparado en la misma Ley antigua, Ambrosio hace una excepción en el caso del enemigo a quien es lícito vencer también con el arma de la usura, que se puede considerar como un derecho de guerra. Pero a los hermanos de raza, y mucho más a los hermanos en la fe está terminantemente prohibido prestar cualquier cosa a interés. Cuando, no obstante se hace, no se obtiene más que tristeza, amargura, ansiedad.

El capítulo decimosexto constituye, a partir ya de la doctrina evangélica, la parte más positiva de todo el escrito, en la que se impulsa la generosidad de los ricos hacia los pobres a imitación de Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre para que los hombres nos enriqueciéramos con su pobreza.

En el corto capítulo siguiente introduce un inciso para anunciar un tema que tratará pormenorizadamente más adelante: expone la obligación prescrita por la Ley de devolver las prendas.

Pero inmediatamente vuelve al préstamo para precisar, de acuerdo con la Ley, qué y a quiénes es lícito prestar. Se presta la palabra de Dios, se presta el celo por las almas, también las de los gentiles a quienes fueron enviados Pedro, Pablo y los demás Apóstoles.

En el capítulo decimonoveno despliega Ambrosio la doctrina que pretende quede clara con este escrito. El préstamo querido por Dios es el que los primeros padres —Moisés, Josué, Gedeón, Samuel, David, Salomón, Elías, Eliseo— proporcionaron a los gentiles. Cuando el pueblo judío comenzó a no observar la Ley, los extranjeros —es decir, aquellos de entre los gentiles que creyeron en el Señor Jesús, como Timoteo y ahora los sacerdotes— comenzaron a dar en préstamo a aquel pueblo antiguo la interpretación de las Escrituras. Quien las acepta se salva, quien las rechaza se envilece y es el último en el reino de los cielos.

En el capítulo más amplio de todo el tratado, el veinte, Ambrosio vuelve a hablar de la prenda. Tanto en la Ley co-

mo en el Evangelio se explica que no es lícito tomar objetos en prenda, pero a él le interesa tratar de una prenda espiritual, que debe ser devuelta como ocurre con las materiales: esta prenda es el depósito de la fe, la túnica con la que el pobre se cubre y no es lícito arrebatarle.

Los capítulos siguientes, hasta el final, son una sucesión de exhortaciones del obispo con el fin de apartar a sus oyentes de ese vicio, basadas en una serie de reflexiones que muestran el camino errado que emprende, tanto el que busca dinero prestado, como el que presta. El primero se condena a la pobreza, el segundo arriesga ser aplastado por la piedra que ha tomado en prenda, sobre todo si se trata de algo necesario para la vida material o la vida del alma.

El capítulo 22, a la vez que pondera la misericordia divina, siempre dispuesta a hacernos el préstamo de su perdón, describe el diferente comportamiento de la Iglesia y el pueblo judío ante el Evangelio. Para ello se sirve del contraste entre el fariseo y la pecadora que describe el capítulo séptimo del evangelio de san Lucas.

El capítulo 23, tras salir al paso de sus detractores por haber criticado esta práctica, que no por ser antigua deja de ser perniciosa, también desaconseja la fianza, a no ser que sea comedida y de acuerdo con unos cálculos bien hechos, para que su pérdida no provoque la ruina del garante.

La obra acaba recogiendo los consejos que Tobit imparte a Tobías en el capítulo cuarto del libro sagrado, antes de que el joven emprenda el viaje que tantos bienes habría de reportar a la familia, pues en su fiel cumplimiento consiste el préstamo eterno y la usura que no tendrá fin.

3. Fecha de composición y fuentes

Sobre la época en que esta obra fue compuesta no es posible deducir nada con seguridad. Las características internas

del escrito, en el que sobresale la alegría en la palabra y en la frase, son síntomas de que corresponden a la primera época de su producción literaria, en la que Ambrosio estaba aún fuertemente influenciado por su formación retórica.

La única alusión a fechas históricas es la que el autor hace a los hunos⁵³, que entraron en contacto con el imperio romano en los años 375-376 según el historiador Ammiano Marcelino⁵⁴, pero ese dato no aporta mucho. Tampoco proporciona una base segura para su datación el hecho de que Ambrosio se encandile contra la usura en una carta dirigida al obispo de Trento, Vigilio⁵⁵, escrita en torno al 385.

Los datos que más peso tienen son los que acercan esta obra a las otras dos que componen esta trilogía. Éstos son, fundamentalmente, aparte de la afinidad de temas y objetivos, aquellos pasajes en los que se narra la dramática situación del padre que se ve obligado a vender a sus hijos (*Tob.* 8, 29: *Nab.* 5, 21) y la reflexión sobre la igualdad de naturaleza de ricos y pobres (*Tob.* 14, 48: *Nab.* 1, 2). Tales coincidencias aproximan de modo definitivo el *Tobías* al período que va entre el año 385 y el 389.

Para esta obra utiliza Ambrosio, con el método acostumbrado que le permite ordenar el material base como le parece más oportuno y desarrollar a partir de él pensamientos propios, la segunda homilía de Basilio sobre el salmo XIV, conocida con el título: «Contra los prestamistas»⁵⁶. En ella, el padre capadocio continúa el comentario de ese texto bíblico que no había podido analizar en el sermón del día anterior y, apoyándose en el libro de los Proverbios, describe el papel del prestamista -n. 1- y sobre todo el de la víctima -n. 2- en este tipo de negocio, para acabar -nn. 3-

53. Cf. *Tob.*, 11, 39.

54. Cf. AMMIANO MARCELINO, *Rer. gest.*, 31, 1-4.

55. Cf. *Ep.*, 19, 4.

56. Cf. BASILIO DE CESAREA, *II Homilía in Psalmum XIV*: PG 29, cols. 268-280.

5— exhortando, tanto al pobre como al rico, a mantenerse alejados de esa trampa.

Las diferencias entre esta fuente y el uso que Ambrosio hace de ella resaltan a simple vista. Para empezar, mientras Basilio da cabida en su sermón a una sola cita indirecta del evangelio de san Lucas y a dos del de san Mateo en la parte conclusiva —n. 5— de su homilía, nuestro autor busca la fuerza de su palabra en el recurso continuo al Nuevo Testamento, sobre todo a los Evangelios, pero también a la epístola de san Pablo a los Romanos.

El resultado es que, si bien es verdad que —como se apunta en las notas a pie de página— las consideraciones y hasta las expresiones son las mismas, el texto ambrosiano se adapta a la situación de la sociedad milanesa, muy diferente de la de su casi contemporáneo Padre oriental.

Al obispo milanés le urge salir al paso del pecado de usura que debía de estar bastante extendido, aún entre los cristianos, y provocar no pocos abusos y espectáculos dolorosos en la población en general. Aunque una y otra vez se ha buscado en este texto una actitud polémica frente a los prestamistas judíos, no acierto a detectarla. Las alusiones que hace el autor ellos y a la sinagoga no van más allá del reproche a la actitud cerrada ante la fe en Cristo de los primeros y ante la Iglesia de la segunda, anclada en una esperanza muerta, como es habitual en tantos otros pasajes de sus obras.

IV. LA PRESENTE TRADUCCIÓN

El texto latino que de ordinario seguimos es el del *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (CSEL), preparado por Carl Schenkl en 1897, y que incluye estas obras en la segunda parte del volumen 32 (XXXII/II). En notas a pie de página reflejamos las excepciones a esa regla, siem-

pre que las variantes que han introducido ediciones posteriores, tal como las refleja F. Gori en su edición de 1985 para la Biblioteca Ambrosiana, nos han parecido dignas de ser tenidas en cuenta.

También señalamos en las notas los textos de la Sagrada Escritura en los que Ambrosio sigue claramente la versión de los Setenta, en la traducción latina, la *vetus latina*, previa a la Vulgata de san Jerónimo.

Ambrosio de Milán
ELÍAS Y EL AYUNO

ELÍAS Y EL AYUNO

Capítulo 1

1. A nuestros padres fue proclamado el oráculo divino¹ de que, al partir para la batalla tocaran la trompeta —a cuyo sonido el Señor se acordaría de su pueblo, a quien concedería la ayuda solicitada, ya que Él es quien mejor conoce lo que estimula su misericordia— y en los días de alegría, en sus neomenias², cantaran al sonido de las tubas.

Por eso, también dice David: *Haced sonar la trompeta al comienzo del mes, en el día de vuestra concurrida fiesta*³. Así pues, llegará para nosotros, y ya se avecina, el día de fiesta. Toquemos la trompeta como si avanzáramos hacia la batalla, hagamos sonar la trompeta para proclamar el día de fiesta. Se nos acerca la batalla y al mismo tiempo se nos promete la victoria. Nuestra victoria es la Cruz de Cristo, nuestro trofeo la Pascua del Señor Jesús.

Pero antes Él combatió para vencer, no porque tuviera necesidad de combatir, sino para mostrarnos de antemano la forma de luchar y darnos después la gracia para triunfar. Nuestra lucha es el ayuno. En una palabra, el Salvador ayunó y así el tentador le abordó. Y ante todo le di-

1. Cf. Nm 10, 9-10. En el capítulo 10 de Nm Dios manda a Moisés construir dos trompetas de plata para transmitir sus órdenes al pueblo. En los versículos 9-10 le indica que las utilice en dos situaciones precisas: para tocar alarma ante un ataque enemigo y para anunciar los días de fiesta. El so-

nido de ese instrumento recordará que Yavé es su Dios.

2. *Neomenias*, días de fiesta en honor de la luna nueva.

3. Sal 81, 4. El sonido de las trompetas invita, a estas alturas de la historia de Israel, a celebrar dignamente la Pascua, la liberación de la esclavitud en Egipto.

rigió la flecha⁴ de la gula, al decirle: *Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan*⁵. El demonio puso por delante la comida como el cebo de la trampa, a fin de que así el apetito del cuerpo cayera en el lazo. El Señor puso por delante ante todo el ayuno para desatar ese lazo y las cadenas del tentador.

En efecto, así está escrito: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de Dios*⁶. Con aquel lazo Adán había sido estrangulado; por medio de esta solución a la tentación del diablo, todo hombre es liberado⁷.

Capítulo 2

2. Grande es el poder del ayuno: en efecto, es un ejercicio tan hermoso, que al mismo Cristo le complació ayunar; tan saludable, que eleva a los hombres hacia el cielo. Y, para emplear ejemplos humanos, más que divinos: la voz que emitió la boca ayuna de Elías cerró el cielo al sacrílego pueblo judío⁸. Porque cuando Ajab construyó un altar al ídolo⁹, según la palabra del profeta, no cayó sobre la tierra ni una sola gota de lluvia durante tres años y seis meses¹⁰. Justo castigo para reprimir de modo adecuado la falta de templanza, de manera que el cielo se cerrase para los impíos que habían manchado las cosas de la tierra. Justo también que, en señal de condena al rey sacrílego, el profeta fuera enviado a una viuda de Sarepta, en la región de Sidón, la cual, al preferir la

4. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 7, 497; 11, 654; OVIDIO, *Metamorfosis*, 12, 606.

5. Lc 4, 3.

6. Lc 4, 4.

7. La fuerza expresiva de Ambrosio, en éste como en tantos pasajes de su obra, arranca de las vigorosas figuras retóricas que utiliza y procuramos mantener en

la traducción, sobre todo paralelismos y antítesis: (1) con aquel lazo / con esta solución; (2) Adán / todo hombre; (3) fue / es; (4) estrangulado / liberado.

8. Cf. 1 R 17, 1. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 6.

9. Cf. 1 R 16, 32.

10. Cf. 1 R 17, 1; 18, 1.

devoción a la comida, mereció ser la única en no sentir la tribulación de la carestía general¹¹. Por eso, *no faltó la harina en el ánfora*¹², aún cuando faltaba el agua del torrente¹³.

3. ¿Para qué voy a relatar el resto de sus hazañas? El ayuno resucitó de los infiernos al hijo de la viuda¹⁴, ayuno hizo con su palabra descender la lluvia¹⁵, ayuno logró que descendiera fuego del cielo¹⁶, ayuno fue arrebatado al cielo en un carro¹⁷ y, gracias a su ayuno durante cuarenta días, se ganó la contemplación de Dios¹⁸. En una palabra, cuanto más ayunó, tanto más mereció. En ayunas paró la corriente del Jordán y lo atravesó a pie enjuto, tras haberse secado de repente el lecho del caudaloso río¹⁹.

Merecidamente la justicia divina le consideró digno del cielo, hasta el punto de haberle arrebatado incluso con el cuerpo²⁰, ya que dentro de él llevaba una vida celestial y mostraba en la tierra una conducta digna de la contemplación divina²¹.

Capítulo 3

4. Porque, ¿qué es el ayuno, sino una imagen sustancial del cielo? El ayuno es refuerzo del alma, alimento de la mente²²; el ayuno es vida de los ángeles, el ayuno es muerte del pecado, aniquilación de los delitos, medio eficaz de salvación, fuente de la gracia, fundamento de la castidad. Por este camino se llega antes a Dios, por este camino Elías ascendió incluso antes que con el carro; cuando subió al

11. Cf. 1 R 17, 9-10.

12. 1 R 17, 16.

13. Cf. 1 R 17, 7.

14. Cf. 1 R 17, 22. Cf. BASILIO

DE CESRAEA, *Homilía*, 1, 6.

15. Cf. 1 R 18, 45.

16. Cf. 1 R 18, 38.

17. Cf. 2 R 2, 11.

18. Cf. 1 R 19, 8.

19. Cf. 2 R 2, 8.

20. Cf. 2 R 2, 11.

21. Cf. Flp 3, 20.

22. El ayuno alimenta, no el alma sensitiva sino la intelectual; no el cuerpo, sino el espíritu.

cielo²³, dejó a su discípulo este legado de sobria abstinencia; con esta virtud y este espíritu de Elías vino Juan²⁴.

Efectivamente, también éste en el desierto practicaba el ayuno²⁵ *y su comida eran langostas y miel silvestre*²⁶. Y por eso, aquel que con la abstinencia había superado las limitaciones de la vida humana, mereció ser tenido por un ángel, no por un hombre. Leemos de él: *Sí, (habéis salido a ver) más que a un profeta. Éste es aquel de quien está escrito: He aquí que yo envío delante de tu faz a mi mensajero, que preparará tu camino ante ti*²⁷.

¿Quién, con su fuerza humana, habría sido capaz de montar sobre caballos de fuego, sobre un coche de fuego y dominar el coche por los aires²⁸, sino alguien que había transformado la naturaleza del cuerpo humano, gracias a la fuerza del ayuno que le hace incorruptible?

5. Mas, de las gestas de Elías hemos tratado con profusión e insistencia en diferentes libros y pienso que se debe evitar repetir lo mismo, sobre todo dado que se da gloria a sí mismo con su comportamiento. Imitémosle, pues, y busquemos aquel alimento con cuya fuerza seamos capaces de hacer progresos día y noche en el conocimiento de las realidades celestiales.

Porque no todo alimento es material, ni toda comida es para el cuerpo: como ya hemos dicho, hay un alimento espiritual, del que se nutren las almas; de él dice el Señor: *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos*²⁹.

He aquí el pan de los ángeles: servir los mandatos de Dios. No se preocupan de la comida, ni de frecuentar banquetes,

23. Cf. 2 R 2, 15.

24. Cf. Mt 3, 1.

25. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 9.

26. Mt 3, 4.

27. Mt 11, 9-10.

28. F. Gori edita una variante que habría que traducir: «abrirse camino por los aires».

29. Jn 4, 34.

ni de alimentos refinados³⁰, ni de beber vino o sidra, ni de llenarse el estómago, ni de dañar su vientre.

Capítulo 4

6. Por tanto, para que nadie piense que el ayuno es algo terreno o nuevo, el mundo tomó del ayuno su principio, cuando resplandeció la claridad de la luz³¹. El segundo día transcurrió en ayuno, cuando fue hecho el firmamento del cielo³². Al tercer día la tierra comenzó a hacer brotar la hierba³³, la naturaleza presentó su contribución, pero la sabiduría celestial mantuvo el ayuno. En el día cuarto fueron creados la luz del sol y la luna³⁴: y todavía había ayuno. Al quinto, produjeron *las aguas una multitud de seres vivos que se arrastraban por la tierra o volaban sobre ella bajo el firmamento del cielo y Dios vio que eran buenos. Y Dios los bendijo, diciendo: Procread y multiplicaos y henchid las aguas del mar; y que las aves se multipliquen sobre la tierra*³⁵; y todavía se mantenía el ayuno. En efecto, está escrito que *los bendijo, diciendo: Creced*; no dijo: «alimentaos y comed».

En el día sexto fueron creados los animales³⁶ y con ellos surgió la posibilidad de comer y el uso de los alimentos. Cuando se comenzó a comer, se puso fin a la creación del mundo: desde ese momento la creación no conoció un crecimiento ulterior, desde ese momento cesó la obra creadora de Dios respecto al mundo. De este modo quedó patente que el mundo habría de disminuir precisamente a causa de los alimentos por los que había cesado de crecer. Nadie

30. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas*, 3, 527.

31. Cf. Gn 1, 3.

32. Cf. Gn 1, 6.

33. Cf. Gn 1, 11.

34. Cf. Gn 1, 16.

35. Gn 1, 20-22.

36. Cf. Gn 1, 25. 28 ss.

conocía el pecado, nadie temía el castigo, nadie había experimentado la muerte.

7. *Plantó el Señor el Paraíso*³⁷ para dicha de los bienaventurados, *puso allí al hombre para que lo trabajara y guardara*³⁸ y, para que supiéramos que el ayuno no es una cosa reciente, estableció allí por primera vez la ley del ayuno; en efecto, sabía que el pecado habría de entrar a causa del pecado. El primer castigo proviene de la trasgresión del ayuno, puesto que el mandato de Dios dice: *No comeréis del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que comáis de él ciertamente moriréis*³⁹. Hasta tal punto es verdad que a la sazón nadie conocía el pecado, que aún no existía aquella que por primera vez transgredió el precepto de la abstinencia⁴⁰.

La ley procede de Dios nuestro Señor, la trasgresión del diablo⁴¹: a través del alimento, la culpa; después del alimento, el escondite⁴². En la comida, la conciencia de la debilidad; en el ayuno, la virtud de la fortaleza.

En definitiva, mientras se abstuvieron de lo que estaba prohibido, no sabían que estaban desnudos; después de que comieron el fruto del árbol prohibido, reconocieron que estaban desnudos⁴³. Por eso, justamente la mujer, cuando se reconoció autora de la culpa, respondió al ser interrogada: *La serpiente me engañó y comí*⁴⁴. La serpiente incita a la gu-

37. Gn 2, 8.

38. Gn 2, 15.

39. Gn 2, 17. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 3. En *Parad.*, 9, 43-45 explica Ambrosio con extensión el sentido de la expresión enfática *morte moriemini* que emplea Dios en este pasaje.

40. Según la tradición «yahvista», a la que responde la segunda na-

rración de los comienzos —más antigua que la primera, y abarca desde Gn 2, 4b hasta el final del capítulo 4—, Eva no había sido creada (Gn 2, 22) cuando Dios transmitió el mandamiento a Adán (Gn 2, 11-17).

41. Cf. Gn 3, 1.

42. Cf. Gn 3, 8.

43. Cf. Gn 3, 7.

44. Gn 3, 13.

la, el Señor persuade al ayuno. En efecto, Él mismo dice: *Ayunad y orad para no entrar en la tentación*⁴⁵. Por tanto, la gula expulsó del Paraíso al hombre que allí reinaba, la abstinencia reinstaló en el Paraíso a quien andaba errante⁴⁶.

8. Y dijo Dios: *He aquí que Adán se ha convertido en uno de nosotros*⁴⁷. Dios habla ciertamente en un sentido irónico, no aprobatorio, esto es: «¿te creías que ibas a ser semejante a nosotros? Puesto que has querido ser lo que no eras, has dejado de ser lo que eras. Por tanto, ya que pretendes ser alguien por encima de sí mismo, has comenzado a ser inferior a ti».

Por eso, le vistió en primer lugar con una túnica de piel y luego dijo: *He aquí Adán*⁴⁸, como si dijera: «He aquí tu manto, he aquí una indumentaria digna de ti, ésta es la vestidura que te mereces».

A quienes ambicionan atributos divinos se les considera dignos de tal atuendo. He aquí a donde te ha conducido tu pecado⁴⁹; he aquí que ahora has abierto los ojos, como si fueras uno de nosotros, en esta túnica de piel. Contémplate detalladamente: te encuentras desnudo, tú que te creías vestido.

9. Así pues, la gula desnuda, el ayuno cubre incluso a quienes están sin vestido. Por eso dice el Señor: *He revestido mi alma con el ayuno*⁵⁰. Es buena la cobertura que oculta también el alma a fin de que el tentador no la sorprenda ni la desnude. Bueno es el velo que cubre el pecado: lo cubre la abstinencia, lo cubre la gracia.

45. Mt 26, 41.

46. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilia*, 1, 3-4. Véase lo dicho en la Introducción a propósito de este pasaje.

47. Gn 3, 22.

48. Gn 3, 21.

49. A las consecuencias de es-

te pecado vuelve Ambrosio una y otra vez a lo largo de su obra, en estos o parecidos términos. Véase, por ejemplo, *Parad.*, 11, 52; *Exp. eu. Luc.*, 7, 240-241.

50. Sal 69, 11. Sobre el ayuno, como vestido del alma, véase *Exp. eu. Luc.*, 5, 23.

En efecto, *bienaventurados aquellos a quienes les han sido perdonadas sus iniquidades y a quienes les han sido cubiertos sus pecados*⁵¹. La gracia cubre, por cuanto perdona y borra todo tipo de error; la abstinencia cubre, porque difumina el vicio y lo esconde con la contrición y sobre todo lo elimina con la penitencia. En efecto, el ayuno y la limosna liberan del pecado⁵².

Adán, antes de haber prevaricado, estaba cubierto por el velo de las virtudes pero, como si hubiera sido desvestido por el pecado, vio que estaba desnudo⁵³ porque había perdido el atuendo que tenía.

Efectivamente, en los días de vuestros ayunos –dice la Escritura– *brillará tu luz como la aurora y surgirá pronto tu salud e irá delante de ti la justicia y te rodeará la majestad del Señor*⁵⁴. La luz es un buen vestido. En efecto, está escrito: *Rodeado de luz, como de un vestido*⁵⁵. Buena es la vestidura cuando es el Señor quien rodea y cubre a quienes ayunan.

Capítulo 5

10. Noé estaba desnudo cuando se embriagó⁵⁶: le cubrió el respeto piadoso de sus hijos. Mas él estaba desnudo por ignorancia, no por falta de templanza, porque hasta ese momento no se conocía el vino. Al principio del género humano no se conocía la embriaguez. Él mismo fue el primero que plantó una viña⁵⁷: le dio su naturaleza, pero no conocía su fuerza⁵⁸. Y así, el vino no perdonó ni siquiera a su artífice.

¿Qué tiene de sorprendente, desde el momento en que el Señor mismo ha alabado a sus criaturas, que Noé tam-

51. Sal 32, 1.

52. Cf. Tb 4, 10.

53. Cf. Gn 3, 7.

54. Is 58, 8.

55. Sal 104, 2.

56. Cf. Gn 9, 21 ss.

57. Cf. Gn 9, 20.

58. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 5.

bién se haya admirado? Y así, mientras la degustación del don que acababa de descubrir le deparaba placer, su criatura sometió a dura prueba los miembros no habituados del anciano y la nueva bebida le perturbó.

Se adormecieron —dice— *quienes montaron a caballo*⁵⁹. El justo montó las pasiones del cuerpo y se durmió. Pero su embriaguez nos enseña a nosotros la sobriedad. De hecho, Noé se embriagó una sola vez, pero cuando experimentó el mal de la ebriedad, moderó el uso de su descubrimiento para que sirviera de medicina, no dejó que se deslizara hasta el vicio. Por eso dice el apóstol: *Haz uso de un poco de vino por tus frecuentes enfermedades*⁶⁰.

11. Antes de que fuera descubierto el vino, todos conservaban firme e inconcusa su libertad; ninguno sabía exigir el servicio de la obediencia a quien compartía su propia naturaleza. No existiría hoy la esclavitud, si no hubiera habido embriaguez. Es verdad que se había introducido la envidia por la predilección paterna⁶¹, pero se mantenía aún la reverencia piadosa ante el padre. La piedad fue conculcada cuando la embriaguez fue motivo de risa⁶².

Por tanto, el vino no sólo hace mal a quienes caen en esa tentación, sino más aún a aquellos ante cuyos ojos aparecen desnudos los miembros temulentos de los borrachos. De ahí surge la risa irreverente, de ahí se enciende la pasión libidinosa, de modo que el vino provoca, en aquellos cuyos ojos y cuya mente ha perturbado, una embriaguez mayor que en aquellos cuyos miembros ha doblado.

59. Sal 76, 7.

60. 1 Tm 5, 23. Es decir, había perdido las virtudes: cf. *Parad.*, 13, 63; *Ios.*, 5, 25.

61. Cf. Gn 4, 4-5. Se refiere a la historia de Caín y Abel. Ambrosio

explica los motivos de esa predilección en *Cain et Ab.*, I, 10, 40-42.

62. Cf. Gn 9, 22. En efecto, Cam se mofó de su padre Noé, al verlo ebrio.

12. Leemos también que las hijas de Lot embriagaron a su padre, sobre aquel monte al que habían huido por temor al incendio de Sodoma y en una de cuyas grutas vivían. A la embriaguez se unió y se sumó la edad, el sexo, la soledad, el lugar, más adecuado para guaridas de fieras que para habitación de seres humanos⁶³. Fue por tanto la ebriedad la causa del incesto, hijo aún peor de una pésima madre.

13. Por el contrario, Abraham no servía vino en su banquete: inmolaba un cabrito y ofrecía mantequilla y leche también a los ángeles, sus huéspedes⁶⁴, —en quienes reconocía al Señor del cielo, al Creador del mundo— porque no podía presentarles vino. Mas, con toda razón faltaba la materia del pecado, allí donde estaba la remisión de los pecados⁶⁵.

14. Por fin anunció al Mesías Juan, *quien no comía pan, ni bebía vino*⁶⁶, porque quien anuncia a Cristo debe evitar todo incentivo al vicio. Así pues, la embriaguez venció al santo Noé y también a Lot, el sobrino de Abraham; gracias al ayuno, el primero de ellos sobrevivió al diluvio, el segundo al fuego⁶⁷.

15. Sabemos también que Moisés atemperó agua amarga, no vino, para el pueblo sediento. No podía faltar vino en abundancia a quien fue capaz de hacer surgir agua de la roca. Por eso, el Señor le dijo: *Golpearás la roca y saldrá agua y el pueblo beberá*⁶⁸. No dijo: «Saldrá vino para el pueblo», porque habría sido peligroso servir vino, que incluso los más fuertes apenas habrían podido soportar.

63. Cf. Gn 19, 33 ss. Es la historia de las hijas de Lot, que concibieron hijos de su padre.

64. Cf. Gn 18 2. 8.

65. Es decir, en el banquete que se ofrece a Dios, quien tiene el poder de perdonar los pecados.

66. Lc 7, 33. Mt 3, 4. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 9.

67. En efecto, Lot fue salvado del fuego que destruyó Sodoma y Gomorra y se refugió en Segor.

68. Ex 17, 6. Cf. Nm 20, 11.

Capítulo 6

16. Y así Moisés promulgó una ley sobre el ayuno, no sobre el vino. Y, porque ayunaba, no le asustaron los grandes ruidos, ni los rayos, ni las densas nubes, ni el Sinaí envuelto en humo⁶⁹. Ni tampoco habría sido capaz de entrar en la nube, ni de oír sin peligro para su salud la voz de Dios que le hablaba desde el interior del fuego⁷⁰, si no hubiera estado protegido por las armas del ayuno.

Ayunó efectivamente durante cuarenta días en el monte, mientras recibía la Ley del Señor Dios nuestro. Y en la cima del monte se le entregaba la Ley a Moisés que ayunaba; al pie, el pueblo que comía era envuelto en el fuego de una prevaricación sacrílega por culpa de los excesos de quienes banquetearon⁷¹. Indignado ante tal espectáculo, Moisés rompió las tablas por considerar que era impropio entregar la ley a un pueblo embriagado⁷². Y así, la embriaguez hizo que fueran despedazadas las tablas de la Ley que había recibido la abstinencia.

17. Pero, ¿qué más puedo decir? ¿No es verdad que la sobriedad hizo fecunda la esterilidad de la madre de Sansón y de estéril que era la hizo fecunda porque, siguiendo el precepto del Señor, no bebió vino⁷³? ¿Acaso no escuchó Dios a Ana cuando no comía y no es verdad que el ayuno solucionó su infecundidad⁷⁴? Los dos hijos que engendraron tales madres –fortísimo el uno, fidelísimo el otro– se mostraron dignos de haber sido nutridos por un largo espacio de tiempo en el seno del ayuno y como engendrados en el vientre de la abstinencia. Y así el mismo Sansón, que

69. Cf. Ex 19, 16 ss.

70. Cf. Ex 24, 18.

71. Cf. Ex 32, 1. 6; BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 5.

72. Cf. Ex 32, 19.

73. Cf. Jc 13, 4. 14.

74. Cf. 1 R 1, 15. 20.

fue engendrado por la sobriedad de su madre, se vengó por la embriaguez de los enemigos que le insultaban⁷⁵.

18. El profeta Eliseo, que había aprendido la sobriedad de su maestro⁷⁶, cuando alimentaba a los hijos de los profetas, llenaba la mesa de productos de una vid salvaje y cumplía con el deber de una hospitalidad cortés⁷⁷ a base de inadecuados frutos silvestres⁷⁸. Como no podían comer, disgustados por el sabor de aquellos alimentos, mitigó aquel sabor amargo con una leve capa de harina, anulando así la fuerza del veneno con el don de la abstinencia profética.

Capítulo 7

19. Hay una sustancia creada, llamada amianto, que ningún fuego puede consumir fácilmente, que prende una vez puesta sobre el fuego, pero que apenas se aparta de la llama resplandece pura, como si hubiera sido regada con agua. Así eran los cuerpos de los jóvenes hebreos que, transformados por el ayuno en amianto, recibían del calor del fuego, no daño sino gracia⁷⁹. Y así, mientras las llamas del horno se extendían de modo que se elevaban por encima de cuarenta codos y devoraban a gran cantidad de los caldeos que encontraban y que alimentaban el fuego con nafta, pez y ramas secas, en cuanto entraron en ayunas los muchachos hebreos se apagó el ardor de las llamas y en un instante comenzaron a humedecerse por el soplo de un viento refres-

75. Cf. Jc 16, 23. 29-30.

76. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 6.

77. Esta expresión *-hospitalis humanitas-* se encuentra en VALERIO MÁXIMO, *Facta et dicta memorabilia*, 1, 1, 10.

78. 2 R 4, 38 ss. Cf. AMBROSIO, *Exam.*, VI, 2, 5. F. Gori co-

rrige aquí el texto del CSEL de un modo que parece coherente, y habría que traducir: «... a base de hortalizas salvajes que no había comprado».

79. Cf. Dn 3, 46 ss. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 6. Es la historia de los tres jóvenes hebreos, Ananías, Azarías y Misael.

cante, hasta el punto de que no se quemó ni un cabello de sus cabezas, porque incluso sus cabelleras habían sido alimentadas por el ayuno.

20. *Daniel, varón de deseos*⁸⁰, ayunando durante tres semanas, enseñó a ayunar también a los leones. Arrojado a la fosa⁸¹, gracias a la solidez de su abstinencia, endureció sus miembros hasta que adquirieron la dureza del acero⁸² y no se expuso a heridas. El ayuno le había endurecido hasta tal punto que en su cuerpo no había lugar para los mordiscos de las fieras. Los leones mantenían las bocas cerradas; las sellaba la santidad de la abstinencia profética hasta el punto de que no podían abrirlas: el mérito las había atado con una especie de lazos.

21. El ayuno, por tanto, apaga la fuerza del fuego; el ayuno cierra la boca de los leones; el ayuno solidificó las aguas del mar⁸³; el ayuno convirtió la piedra en fuente de aguas; por la fuerza del ayuno, transformados en su naturaleza, el mar se secó y la roca dejó fluir el agua.

Capítulo 8

22. Y ¿para qué recurrir a ejemplos del pasado, cuando el ayuno nos ofrece abundantes beneficios de gracia también hoy día? ¿Quién ha arruinado su casa, quién ha disminuido su hacienda con el ayuno? ¿A quién no le resulta sospechosa la gula, a quién no le es digna de respeto la abstinencia? ¿Qué lecho conyugal ha deseado la frugalidad, de quién no ha herido el pudor la embriaguez?

El ayuno es maestro de continencia, norma de modestia, humildad de la mente, mortificación de la carne, modelo de

80. Dn 10, 11. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 7.

81. Cf. Dn 6, 16.

82. Cf. LUCRECIO, 5, 1368; HORACIO, *Sátiras*, 1, 4, 119-120.

83. Cf. Ex 14, 21.

sobriedad, regla de la virtud, purificación del alma, don de la misericordia, educación en la clemencia, encanto de la caridad, ornato de la vejez, defensa de la juventud; el ayuno es alivio de la enfermedad, fortalecimiento de la salud. Nadie al ayunar ha caído en la pesadez de estómago, nadie ha sufrido un ataque de apoplejía por culpa de la templanza; más bien lo ha rechazado y mantenido lejos de sí. Es una buena provisión para el camino, un bien para toda la vida, un bien en el mar: mitiga los naufragios, conserva el alimento.

23. Dicen que el ayuno es dañino; respondan a esta pregunta: ¿quién se ha debilitado por culpa del ayuno? Muchos han expirado en medio de un banquete, con frecuencia mientras vomitan lo que han comido.

En definitiva, ¿qué animal se ha quejado de que haya sido el ayuno la causa de su muerte? A causa de la comida no se evita el lazo, en la comida se oculta el anzuelo; la comida lleva a la fosa, la comida atrae a la red, la comida hace caer en la trampa a las aves, la comida condena a muerte a los animales que vuelan. ¿Qué peligros no acechan por culpa del vientre? Los animales mudos no conocen el delito y sólo por eso son castigados, como si lo hubieran cometido.

El ayuno es sobriedad de la mente. Gracias a él se vigorizan los sentidos, en él se ponderan las decisiones, mientras en los banquetes lo que se pondera son los vasos. El ayuno es salvaguarda de una conducta correcta, a la destemplanza sigue la miseria. *La gula es madre del hambre*⁸⁴, según la palabra del profeta. El ayuno ama la tranquilidad; la destemplanza, la agitación. El ayuno siembra la paz; la intemperancia, las preocupaciones.

24. Descanse en buena hora el cuchillo de los villanos cocineros, repose el proveedor⁸⁵ que antes del alba llama a la puerta ajena y, como si fuera inminente una guerra, despierta a los que aún duermen. Se le ve turbado, se le siente ansioso. Se le pregunta por el motivo de su turbación y te dice: «Mi señor da un banquete y busca dónde se vende un vino mejor, dónde su cura una matriz más consistente⁸⁶, dónde un hígado más tierno, dónde un faisán más cebado, dónde un pescado más fresco».

Corretea por doquier y cuando encuentra a su señor se precipita a la carrera, le agita cuando está aún somnoliento, puja por los precios. Si el precio del pescado alarma a éste, le asegura que en ningún otro sitio se encuentra uno mejor, incluso afirma que falta: «Ayer —dice— hubo tormenta; hoy, borrasca. Difícilmente he podido descubrir éste, que estaba escondido. Son muchos los que pujan en el mercado. Si tú lo pospones, otro dará más y entonces, ¿qué presentarás en el banquete?». «Este vino es de tal cosecha famosa⁸⁷, estas ostras han sido pescadas en tal lago conocido».

Y así tiene lugar una deliberación sobre el precio de cada producto; entre el siervo que hace las compras y el amo⁸⁸ se origina una especie de subasta. Éste, perturbado, gasta su

85. *Obsonator* es el esclavo que hace las compras para la cocina. He aquí una de las múltiples descripciones que Ambrosio hace en su obra de las costumbres culinarias de los ricos en su época. Véase a este respecto: *Nab.*, 5, 20; *Tob.*, 5, 17.19; *Exam.*, V, 10, 27; VI, 2, 5; *Cain et Ab.*, I, 4, 14; *Exp. en. Luc.*, Prol. 6; *Expl. ps.* 37, 30; *Ep.* 14 (63).

86. La matriz de la cerda, una vez curada, se consideraba un pla-

to exquisito. Véase también *Tob.*, 14, 50. Cf. HORACIO, *Epístolas*, I, 15, 41; PLINIO, *Historia natural*, XI, 84, 210; MARCIAL, *Epigramas*, VII, 20, 11; XIII 56.

87. Véase *Tob.*, 5, 17.

88. El tono crítico y hasta despectivo de esta descripción se marca con el término *pastor* que Ambrosio aplica aquí por dos veces al patrón: «el que da el pasto». Algo análogo ocurre en *Hel.*, 13, 49; *Tob.*, 5, 19; *Expl. ps.*, 1, 46.

patrimonio y aún se pregunta por culpa de quién se ven reducidos los recursos de sus bienes.

25. Se corre a la cocina, se hace un enorme estrépito, se origina un tumulto. Toda la servidumbre se agita, todos maldicen porque no se les concede un respiro.

Haz descansar alguna vez finalmente al cocinero, frena la mano derecha del copero⁸⁹, que está aterido de frío. Él es quien sumerge sus manos en agua fría, quien lava los suelos de mármol; se limpian los pavimentos encharcados de vino y cubiertos de espinas de peces. ¡Cuántos se hieren al andar! En el mismo banquete se escucha el clamor de los comensales y el lamento de los que son vapuleados. Si por casualidad algo ha desagradado a los amigos, ellos se ríen, tú te indignas.

Haya silencio de vez en cuando en la casa⁹⁰, lejos de la gran confusión de quienes corren de acá para allá, de los gritos de los animales inmolados; sea liberada del humo y de los efluvios de las carnes a medio asar. No pensarías que es una cocina, sino una sala de tortura, donde se combate una batalla, no se prepara una comida: hasta tal punto todo está anegado en sangre⁹¹.

26. Se es esclavo de una señora infame, la gula, que siempre exige, nunca se satisface. Porque, ¿qué cosa hay más insaciable que el vientre? Hoy recibe, mañana exige. Una vez que está lleno, disputa a propósito de la continencia⁹²; cuan-

89. *Pincerna* es el esclavo que mezcla las bebidas y las da a degustar a los comensales. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 7.

90. Cf. *Ibid.*

91. Véase CICERÓN, *Pro Gallo*, frag. 1; *Cain et Ab.*, I, 4, 14.

92. Aquí seguimos las variantes propuestas por F. Gori en su edición, que parecen más razona-

bles que el texto editado por el CSEL. Aunque esta última edición se apoya en los manuscritos más fiables, son más difíciles de entender, ya que, en vez de escribir «disputa» y «dice adiós», con «vientre» como sujeto, transmite estos verbos como impersonales: *disputatur... dicitur...* Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 7.

do ha digerido, dice adiós a las virtudes y busca la intemperancia. Entre copas se ensalza la filosofía, entre filósofos se elogian los vinos. *Insomnios* —dice la Escritura—, *retortijones y cólicos para el hombre insaciable*⁹³. Come, y poco después se arrepiente.

27. La falta de templanza no proporcionó placeres durante mucho tiempo a aquel hombre rico, *que vestía de púrpura y lino y celebraba cada día espléndidos banquetes*⁹⁴, a cuyas puertas yacía el mendigo Lázaro cubierto de úlceras y deseando saciarse con lo que caía de la mesa del rico. Poco después de que éste murió, situado en el infierno, comenzó a rogar que aquel pobre pudiera mojar la punta de su dedo en agua y refrescar su lengua, que ardía en el fuego.

¿Dónde han quedado sus riquezas, dónde aquellas bacanales? Está sediento el que se embriagaba, mientras está en la abundancia quien mendigaba. Mientras dura el banquete, los que beben tienen sed y, cuando están ya ebrios, beben aún más. Como si se hubiera abierto una sima, ya no se bebe vino sino que se engulle, no se degusta la copa⁹⁵, sino que se vacía.

Capítulo 9

28. *En la mano del beodo* —dice la Escritura— *brotan espinas*⁹⁶. En efecto, él mismo lacera sus manos, él se inflige a sí mismo heridas en el pecho. Con esas espinas desgarrar el vestido de la fe que ha recibido y no será capaz de guardar su tesoro, porque todo borracho y fornicador caerá en la miseria y se vestirá los vestidos rotos de la insensatez. Y por eso está prohibido a los poderosos beber vino, *no vaya a ser que, cuando beban, olviden la sabiduría*⁹⁷.

93. Si 31, 24.

94. Lc 16, 19.

95. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 3,

354.

96. Pr 26, 9.

97. *Ibid.*, 31, 4-5.

29. De hecho, bebían *vino en su embriaguez*⁹⁸ los potentados que tramaban entregarse a Holofernes, jefe del ejército asirio⁹⁹; pero no bebía Judit, la mujer que ayunaba *todos los días desde que había quedado viuda*, salvo en la solemnidad de los días de fiesta¹⁰⁰. Provista de esas armas se presentó y sorprendió a todo el ejército asirio. Con la fuerza de su sobria decisión arrancó la cabeza a Holofernes¹⁰¹, mantuvo la pureza¹⁰² y consiguió la victoria. En efecto, ceñida por el ayuno se adentró en el campamento enemigo, que yacía como muerto por el vino¹⁰³, hasta el punto de no poder sentir el golpe de la espada. Así, el ayuno de una sola mujer aniquiló innumerables ejércitos de beodos.

30. También Ester, que se había vuelto más bella gracias al ayuno¹⁰⁴ —porque el Señor había aumentado la hermosura de una mente sobria¹⁰⁵—, liberó a toda su raza, esto es a todo el pueblo judío, de la crueldad de la persecución, hasta el punto de lograr que se le sometiera el rey, no trastornado por el fuego de la pasión carnal, sino convertido por la misericordia divina. Y así, el castigo se revolió contra el impío y se tributó de nuevo honor a los sagrados altares. Por eso, aquella que había ayunado durante tres días ininterrumpidos y lavado su cuerpo con agua, complació más y consiguió la reivindicación. Por el contrario, Amán que se pavoneaba de la invitación del rey, recibió el castigo de su embriaguez precisamente durante el banquete¹⁰⁶.

98. Tb 4, 5.

99. Cf. Jdt 3, 1 ss.

100. Jdt 8, 6.

101. Cf. Jdt 13, 8. La expresión *abstulit... caput* se encuentra en VIRGILIO, *Eneida*, 9, 332; 12, 382.

102. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas*, 2, 524.

103. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 2, 265; PROPERCIO, 3, 11, 56.

104. Cf. Est 4, 16.

105. La misma expresión aparece en Noe, 11, 38

106. Véase HORACIO, *Epístolas*, 1, 7, 28; PERSIO, 3, 100.

31. Por tanto, el ayuno es un sacrificio de reconciliación, un progreso en la virtud que hizo fuertes también a estas mujeres, un aumento de gracia.

El ayuno no conoce al usurero¹⁰⁷, ignora los intereses del dinero tomado en préstamo; la mesa de quienes ayunan no exhala el olor de la usura; al hijo de un hombre parco no le estrangulan porcentajes de intereses contraídos por su padre; la viuda de un varón sobrio no es afligida por los deberes de pignoración de su esposo difunto; la casa de un hombre que ayuna no excluye al heredero, por estar arruinada.

32. El ayuno hace incluso agradables los banquetes¹⁰⁸. Cuando se tiene hambre, resultan más gustosos alimentos que, tomados con frecuencia, se hacen pesados y pierden valor por su asiduidad¹⁰⁹. El ayuno es el condimento de la comida. Cuanto mayor es el apetito, tanto más agradables son las viandas.

La sed invita a la bebida. No sabe reconocer las delicias del vino quien lo traga todo de una vez, hasta quedar saciado, sin degustarlo¹¹⁰ para emitir un juicio. Con el uso se devalúan, incluso las cosas preciosas. Por el contrario, resulta agradable utilizar aquellas cuya adquisición es difícil.

También el sol deleita más después de la noche¹¹¹; la misma luz reluce más tras las tinieblas y el sueño es más grato cuando se ha estado en vela; asimismo, la salud es más placentera tras los asaltos de la enfermedad.

107. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 8.

108. F. Gori llama la atención con razón sobre el tono sentencioso de todo este pasaje, que recuerda el porte argumentativo propio de la diatriba.

109. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 8.

110. Ambrosio utiliza una expresión, tomada de las *Sátiras* de HORACIO (I, 6, 5; II, 8, 64), que literalmente quiere decir «fruncir la nariz», en señal de aquiescencia o de desacuerdo.

111. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 8.

Hemos aprendido del mismo Creador del mundo que muchas veces los contrastes aumentan la belleza. Por tanto, de una parte el hambre justifica las comidas, y de otra la mesa resulta más agradable gracias al ayuno.

Capítulo 10

33. También la mesa mística se compara al ayuno, aquella mesa de la que David dice: *Tu pusiste ante mí una mesa, enfrente de aquellos que me hacen sufrir*¹¹²; se accede a ella con el precio del hambre y se busca con la sed aquel cáliz que embriaga con la sobriedad propia de los sacramentos celestiales. En efecto, el Señor ha dicho: *Los que tenéis sed, venid a las aguas y los que no tenéis dinero, id y comprad y bebed y comed*¹¹³. Y en otro lugar dice: *He aquí que mis siervos comerán, pero vosotros tendréis hambre; he aquí que mis siervos beberán y vosotros tendréis sed*¹¹⁴. ¿Quiénes sois vosotros, sino los que antes bebisteis? De ellos ha dicho poco más arriba: *Preparasteis la mesa a los demonios y llenasteis la copa para libar a la Fortuna*¹¹⁵. Luego, si los santos ayunos nos conducen a aquella mesa digna de veneración, si con esta hambre adquirimos los bienes eternos, ¿por qué, a propósito de aquellos que son de uso humano, dudamos de que el ayuno nos los pueda hacer más agradables?

34. Mas, no todo tipo de hambre hace agradable el ayuno, sino aquella que es aceptada por temor de Dios. Piensa. En cuaresma se ayuna todos los días, excepto los sábados y domingos¹¹⁶. La Pascua del Señor pone fin a este ayuno. Ya

112. Sal 23, 5.

113. Is 55, 1.

114. Is 65, 13.

115. Is 65, 11.

116. En esta frase y las siguientes Ambrosio alude a peculiaridades de la liturgia en la Igle-

sia milanese: sábados y domingos festivos, Jueves santo punto final de la Cuaresma, bautismo de los catecúmenos en la vigilia pascual, donde reciben por primera vez la Eucaristía.

llega el día de la Resurrección, los elegidos son bautizados, acceden al altar, reciben el sacramento, los que tienen sed beben a grandes sorbos. Con razón dice cada uno de los que han sido rehechos con el alimento y la bebida espiritual: *Tú pusiste ante mí la mesa y cuán precioso es tu cáliz que embriaga*¹¹⁷. Por tanto, no se requiere sólo el hambre, sino el ejercicio completo del ayuno¹¹⁸. Por eso dice a otros: *En realidad, en los días de vuestro ayuno satisfacéis vuestros deseos y oprimís a todos vuestros siervos. ¿Acaso no ayunáis para litigar y reñir y herir con los puños? ¿Para qué me sirve tal ayuno, de manera que se eleve vuestra voz como un clamor ante mí? Yo no he querido tal ayuno, ni ese día para que el hombre humille su corazón, ni aunque doblegase el cuello como un junco, se impusiera ceniza y se endosara un cilicio; ni siquiera así podréis decir que vuestro ayuno ha sido acogido. Yo no he querido un ayuno semejante*¹¹⁹.

Hemos oído qué ayuno no es aceptado, escuchemos ahora cuál es digno de aprobación. *Por el contrario, rompe todo tipo de atadura con tu iniquidad, deshaz las obligaciones impuestas por la fuerza, libera a los oprimidos y anula toda escritura injusta. Comparte tu pan con el hambriento y, si no tienes indigentes en tu casa, acógelos en ella. Si ves a uno que está desnudo, cúbrelo y no desprecies a los hermanos de tu propia sangre*¹²⁰. Ves cuál es el tipo ideal del ayuno que es una disposición de la mente: dedicarse a la oración, meditar día y noche la ley de Dios¹²¹.

35. Incluso la actitud del cuerpo debe estar llena de gravedad: no ilumine las mejillas un color, propagado por la embriaguez, que ofenda la mirada de los observadores, si-

117. Sal 23, 5.

118. Es decir, no se trata de castigar el cuerpo, sino de purificar las disposiciones del alma.

119. Is 58, 3-6 (*Sept.*).

120. Is 58, 6-7. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 1.

121. Cf. Sal 1, 2.

no un rostro que infunda respeto por su modesta palidez. Una conversación seria, una mirada recatada, un paso seguro y moderado, porque con frecuencia la agitación del alma se manifiesta en un modo de andar inestable. El rostro, serio y, por decirlo así, juez imparcial de sus pensamientos y mudo intérprete de los sentimientos, de modo que ni finja tristeza ni suelte una risa desenfrenada.

No pienses que todas estas advertencias sean superfluas, porque la Sabiduría dice en el Evangelio: *Y cuando ayunéis, no estéis tristes como los hipócritas*¹²². Dijo hipócritas, porque adoptan con simulación la máscara de otro personaje, como quienes en el escenario recitan las tragedias expresan sus sentimientos de acuerdo con las palabras de las personas que representan, de modo que se muestran airados, tristes o exultantes. En efecto, esos tales tratan de aparentar que ayunan, deseosos de conseguir la aprobación de los hombres, más que la de Dios, como hacían los judíos.

36. Y por eso se nos dice: *Vosotros, sin embargo, cuando ayunéis, perfumad vuestra cabeza y lavad vuestra cara, para no hacer ver a los hombres que ayunáis, sino a vuestro Padre, que está presente en el secreto. Y vuestro Padre, que ve en el secreto, os recompensará*¹²³. ¿Qué significa *perfumad vuestra cabeza*? Porque también los descomedidos dicen: «Colmémonos de vino y de perfumes». En verdad, se ungen con perfumes quienes buscan el placer del olor corporal, pero esos aromas libidinosos suelen incitar a la seducción. Es diferente el perfume de la sobriedad, del que dice la Iglesia a su esposo: *Tu nombre es un perfume que se derrama*¹²⁴, otro tipo de aceite con el que se ungen las articulaciones y, por así decir, los miembros del alma.

122. Mt 6, 16. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 1.

123. Mt 6, 17-18. Cf. BASILIO

DE CESAREA, *Homilía*, 1, 2.

124. Ct 1, 3.

Por eso, también David dice: *Has ungido con óleo mi cabeza*¹²⁵; éste es el óleo de la alegría¹²⁶, con el que Jesucristo fue ungido por Dios Padre, para que sobresaliera por encima de todos sus semejantes. Con este óleo se nos ordena que unjamos nuestra cabeza, a fin de que el aceite de la alegría destierre todo tipo de tristeza farisaica, de modo que no parezca que tú pretendes hacer ostentación ante los hombres de tu ayuno y estés afligido por la salvación de tu alma. Porque ninguno recibe la corona si está triste, ninguno triunfa si está mustio.

Así pues, perfuma tu cabeza, que es el lugar donde están los sentidos del hombre sabio: porque *los ojos del sabio están en su cabeza*¹²⁷. Eres llamado a participar en los misterios y no lo sabes; aprenderás, cuando vengas. Pero acuérdate de aquello: *Como el perfume sobre la cabeza, que desciende por la barba*¹²⁸; entonces conocerás qué significa ungir vuestra cabeza, cómo puedes agradar a Dios a fin de que te permita acceder a sus sacramentos y te conceda la gracia espiritual.

37. Hay también otra cabeza, mística. ¿Cuál es? Escucha: *La cabeza de la mujer es el varón y la cabeza del varón, Cristo*¹²⁹. Derrama el perfume sobre Cristo, derrámalo también sobre su cabeza: su cabeza es Dios¹³⁰. Aquella mujer, que es símbolo de la Iglesia, al derramar sobre su cabeza el perfume¹³¹, proclamó su divinidad, y la que lo derramó sobre sus pies¹³², anunció su pasión. Ambas son alabadas.

Tú también actúa de modo que seas alabado, de modo que recibas la remisión de tus pecados. *Lava tu cara*¹³³, lim-

125. Sal 23, 5.

126. Cf. Sal 45, 8.

127. Qo 2, 14. Véase Noe, 7, 17.

128. Sal 133, 2.

129. 1 Co 11, 3.

130. Cf. *Ibid.*

131. Cf Mt 26, 7. Se trata de María, la hermana de Lázaro; Jn 12, 2 ss.

132. Cf. Lc 7, 37-38. La pecadora arrepentida.

133. Mt 6, 17.

pia tu alma pecadora, purifica tu conciencia. Porque muchas veces la cara es espejo de la conciencia y una especie de lenguaje tácito de la mente¹³⁴, ya sea que nos arrepintamos del pecado, o que nos alegremos por ser íntegros.

No desfigures esa cara, lávala y limpia toda mancha de tu conciencia. Desfigura su cara todo aquel que lleva una cosa en su corazón y muestra otra hacia fuera¹³⁵. No nos cubramos como con un velo: resplandezca por fuera lo que está dentro, lo que está fuera actúe por dentro. Nadie encubra una culpa en el ayuno, sino que lleve consigo una inocencia pura, porque el ayuno es algo que destruye la culpa.

Capítulo 11

38. Ninguno prefiera lo dulce a lo amargo. El placer parece dulce, el ayuno amargo. Elimine este amargor aquella dulzura. Medicinas amargas suelen ayudar más también al cuerpo. Porque, del mismo modo que los gusanos que surgen en el intestino de los niños por indigestión de los alimentos no pueden desaparecer sin que se ingiera una bebida amarga, o se inhale una medicina penetrante de modo que mueran a causa del mal olor, así también la virtud del ayuno, introduciéndose hasta lo más profundo del alma, destruye el pecado que allí se oculta¹³⁶.

39. ¿Qué convirtió a Esaú en esclavo de su hermano¹³⁷? ¿No fue acaso una comida, dulce en aquel momento, amarga más tarde? ¿Qué convirtió a Jacob en dueño de su hermano? ¿No fue acaso el desprecio a la comida, duro por el

134. Esta expresión está tomada de CICERÓN, *Contra Pisón*, 1.

135. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 2.

136. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 1.

137. Cf. Gn 25, 29 ss.

momento, pero saludable en lo sucesivo? Incluso los cuerpos engordan con frecuencia a causa de los dulces y la miel hace que se dilate el hígado, mientras vuelve a equilibrarse con el amargor de las viandas. Por eso, no es de poca importancia, sino digno de alabanza el enigma: *Del que come salió lo que se come, y del fuerte la dulzura*¹³⁸. Otros leen: *y del triste la dulzura*, sobre todo los códigos griegos. Pero también lo que es fuerte resulta laborioso, porque lo dulce surge de la amargura o del trabajo.

40. Por tanto, no te jactes cuando ayunas. No te gloríes, de manera que de nada te aproveche el ayuno. Pues lo que se hace por ostentación no dará fruto en el futuro, sino que se consume en el premio presente¹³⁹.

Elías estaba en el desierto para que nadie le viera ayunar, salvo los cuervos cuando le alimentaban¹⁴⁰. Eliseo estaba en el desierto, donde no podía encontrar más que comida amarga¹⁴¹. Juan estaba en el desierto, donde podía encontrar sólo langostas y miel silvestre¹⁴². El piadoso servicio de los ángeles llevaba alimentos a los que ayunaban. Daniel comía entre los leones que permanecían ayunos¹⁴³. Él consumía un banquete ajeno, las fieras no tocaban el suyo propio.

Llega por los aires el alimento de quienes ayunan¹⁴⁴, vacilan los pies de quienes comen: para los primeros, desciende maná del cielo¹⁴⁵; para los segundos, asciende el pecado de la rebelión¹⁴⁶.

138. Jc 14, 14. Véase este mismo texto en *Tob.*, 15, 53 y la nota correspondiente.

139. Cf. Mt 6, 2.

140. Cf. 1 R 17, 6.

141. Cf. 2 R 4, 39.

142. Cf. Mt 3, 4.

143. Cf. Dn 6, 22; 14, 31 ss.

144. Cf. Ex 16, 13.

145. Cf. Ex 16, 15.

146. Cf. Ex 32, 6.

Capítulo 12

41. Mas, ¿qué es esto? Mientras trato del ayuno, escucho el estruendo de los banquetes. Si no me engaño, mi discurso difunde el aroma de la comida. En consecuencia, el sonido de las palabras incita y los ejemplos de falta de moderación no provocan temor. En efecto, el pueblo que no soportó esperar a quien ayunaba y traía los mandamientos de la Ley, *se sentó a comer y beber, y todos se entregaron a la diversión*¹⁴⁷. Vemos que a la embriaguez se añadió el sacrilegio. Porque, así como la continencia es madre de la fe, así también la embriaguez es madre de la infidelidad. ¿En qué delito no hace caer este vicio?

42. Están sentados a la puerta de la taberna hombres sin túnica y sin dinero para el día siguiente. Enjuician a emperadores y potentados; es más, parece como si gobernaran ellos mismos y mandaran ejércitos. La embriaguez convierte en personas ricas a quienes en realidad son pobres. Regalan oro, distribuyen dinero a los pueblos, edifican ciudades¹⁴⁸, unos que no tienen dinero para pagar al tabernero lo que han bebido, a no ser con su propio cuerpo¹⁴⁹. Porque en ellos hierve el vino y no saben lo que hablan. Son ricos, mientras están borrachos; más tarde, cuando han digerido el vino, caen en la cuenta de que son unos mendigos. En un solo día se beben el dinero de muchas jornadas de trabajo.

147. Ex 32, 1. 6.

148. A partir de este momento, Ambrosio se inspira en BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 3 (contra los beodos).

149. Estamos ante un texto corrupto, que ha sido interpretado de diversas maneras por los edito-

res. Damos la traducción de la versión del CSEL (C. Schenkl), de la que difiere la de la Biblioteca Ambrosiana (F. Gori), quien traduce: «quienes no tienen dinero para pagar al tabernero lo que ha bebido su propio cuerpo».

43. De la embriaguez se pasa a la violencia¹⁵⁰, a las copas siguen las armas. En vez de vino, se derrama sangre y es el vino mismo el que hace derramar sangre. ¡Qué fuertes creen ser los hombres cuando han bebido! ¡Qué sabios! ¡Qué elocuentes! Incluso, ¡qué hermosos y elegantes¹⁵¹, cuando a duras penas pueden mantenerse en pie!

Necesariamente el pensamiento vacila, la lengua balbucea, una palidez exangüe se extiende por la cara, el mal olor de la embriaguez resulta horrible¹⁵². Los bárbaros se precipitan a las armas¹⁵³, la plebe a las riñas. Si alguno de entre ellos ha sido alcanzado por un puñetazo, puedes ver que, herido en la cara¹⁵⁴, derrama lágrimas de vino y perora de una manera digna de lástima. La embriaguez tiene una sola ventaja: que desata y entenece el corazón de los beodos, pues como *el fuego doblega el hierro duro*¹⁵⁵, así también con la llama del vino se disuelve el corazón de los hombres soberbios.

44. En el vino, todos se sienten iguales, nadie inferior. El pobre no cede ante el rico, dado que no es consciente de ser pobre; ni el enfermo ante el que tiene salud, dado que en la bebida consiste toda su fortaleza; ni el mendigo ante el adinerado; ni el de baja cuna ante el que detenta honores, porque los bebedores tienen siempre por rey a aquel que a fuerza de beber ha superado a todos los demás. Con razón está escrito: *El vino consumido en la embriaguez iguala la vida para los hombres*¹⁵⁶. Pero, ¡ojalá escucharas tam-

150. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 10, 90.

151. Cf. HORACIO, *Epístolas*, I 5, 19.

152. En este pasaje mantenemos el texto tradicional y nos apartamos del CSEL que propone un *ut* antes del último miembro de frase, lo cual rompe la armonía del

párrafo entero.

153. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas*, 2, 503.

154. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 12, 652.

155. Si 31, 31.

156. Si 31, 32.

bién lo que viene a continuación: *Bebe vino con moderación, para permanecer sobrio*¹⁵⁷! No tienes ningún reproche que hacer al vino. *Desde el principio fue creado para la alegría, no para la embriaguez. Si lo bebes con moderación, hace exultar al alma y al corazón. Pero beberlo de manera immoderada excita a la ira y provoca muchos desastres*¹⁵⁸.

45. Mas, quizás algunos digan que este modo de beber es propio de hombres vulgares y de poco fundamento. Por tanto, consideremos ahora los banquetes de hombres poderosos y llenos de fortaleza.

No hablaré aquí de adolescentes ungidos con perfumes y coronados de rosas, como se cuenta fue aquél que, ungido de perfumes, coronado de flores, rodeado de meretrices, ebrio por haber bebido hasta el alba, y acompañado en pleno día por la luz de unos cirios, entró en el aula donde un filósofo mantenía una disertación. Al oírlo, según cuentan, poco a poco se desprendió de las coronas, se secó los perfumes, despidió a las cortesanas y después se convirtió en un filósofo tan grande que llegó a ser ejemplo de sobriedad, él que antes había sido un paladín de la embriaguez¹⁵⁹.

Ciertamente, no les miro con malos ojos por el hecho de que uno de ellos se haya enmendado, a fin de demostrar que este tipo de intemperancia suya, no me la he inventado yo. Lo cierto es que, si bien ese hombre se recuperó del vicio de beber, sin embargo permaneció por siempre ebrio de idolatría.

157. *Ibid.*

158. Si 31, 35-36. 38.

159. Este ejemplo es el del filósofo Polemón, citado en numerosas fuentes antiguas – DIÓGENES

LAERCIO (IV, 3, 16), VALERIO MÁXIMO (6, 9) –, que posiblemente ha llegado hasta Ambrosio a través de manuales escolares.

Capítulo 13

46. Dejemos, pues, de lado a los jóvenes disolutos y ven-gamos a los banquetes de los que combaten. Tienen que comer entre las armas. Hay aquí ayudantes de campo que sirven recamados de oro y con sus costados ceñidos por cinturo-nes babilónicos; sus cuellos resplandecen con gorjales dora-dos, adornan su cintura con remaches del mismo metal, in-crustan en fundas de oro sus puñales, con los que combaten a la hora de trincar las viandas.

Les asisten jóvenes de cabellera reluciente, escogidos pa-rra estos menesteres entre los pueblos bárbaros, selecciona-dos por su edad. Puedes contemplar filas de diversas copas¹⁶⁰, que tomarías por un ejército en orden de batalla. La expo-sición de vasos de plata creerías que es un cortejo triunfal¹⁶¹. En medio, un cuerno lleno de vino lo tomarías, no por una especie de trompeta de guerra, sino de banquete, que incita a la batalla a los convidados.

47. Primero se comienza la batalla con pequeñas copas, como con tropas ligeras. Pero ésta no es una especie de so-briedad, sino una regla del arte de beber. En efecto, del mis-mo modo que los actores de las tragedias elevan la voz al principio moderadamente, mientras abren el camino desli-zante de la voz¹⁶² hasta que pueden gritar con fuerza, así también éstos al principio hacen ejercicios con copas pre-paratorias para estimular la sed, por miedo a extinguirla y, una vez saciados, no poder beber más.

160. También aquí es preferible por el contexto aceptar la lectura *poculorum* que dan algunos ma-nuscritos, dejando de lado *populo-rum* que editan, siguiendo a los

maurinos, J. -P. Migne y el CSEL.

161. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 6.

162. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 7, 533.

Sucesivamente, cuando el ambiente se ha comenzado a calentar, exigen copas más grandes¹⁶³, el ardor guerrero se inflama, la sed se vuelve ardiente con la comida y, cuando parece que disminuye, se estimula con un vino más puro. Las copas chocan con los tenedores y a menudo entre un bocado y otro se vuelven a llenar. Más tarde, cuando el beber se prolonga y se vuelve más intenso, se hacen diversas y grandes apuestas sobre quién es el bebedor más fuerte¹⁶⁴. Es una grave descalificación si uno se excusa, si alguien piensa que acaso el vino debe ser mezclado con agua. Y todo esto hasta que se llega a los postres.

48. Pero cuando se han consumido los manjares¹⁶⁵, se pensaría que ha llegado la hora de levantarse: es entonces cuando comienzan a beber de nuevo. Tras haber terminado, dicen que es entonces cuando empiezan, entonces se traen las grandes copas metálicas, entonces aparecen las crateras más grandes, como si fueran instrumentos bélicos. Y para que no se piense que esto es un desmán, se fija la medida, se discute sobre la intervención de un árbitro, se establecen las normas. Director de sus certámenes es el arrebató, su recompensa el debilitamiento, el premio de su victoria el pecado¹⁶⁶.

El resultado de la batalla se mantiene por largo tiempo incierto y dudoso, tal es el furor de los combatientes. Caden de fatiga las manos de los coperos que escancian el vino y desfallecen las fuerzas de los cocineros que preparan los platos calientes; se rinden quienes someten a riguroso examen las porciones generosas de bebida, para que nada se derrame. No se rinden los bebedores.

163. Cf. CICERÓN, II *Contra Verres*, I, 26, 66.

164. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 6.

165. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 7.

166. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 6.

49. Sólo este tipo de batallas son las que no admiten ninguna excusa. En la guerra, si uno ve que es inferior, depone las armas y merece perdón. Aquí, si uno aparta el cáliz, es obligado a beber. En la palestra, si uno levanta la mano, ciertamente queda excluido de la victoria, pero permanece inmune a una afrenta. En los banquetes, por más que uno aparte su mano del vino, se le derrama en la boca. Todos se embriagan; vencedores y vencidos, todos yacen beodos y muchos dormidos.

Pero a éstos no se les puede llevar al sepulcro antes de que quien ha dado el banquete se cerciore de que ha castigado a todos, con el fin de cobrarse los gastos. El que, por el contrario, no se preocupa de sus pérdidas, piensa que es un honor para su mesa si todos salen de ella heridos y malparados como de la palestra.

50. Es un espectáculo triste y de aspecto miserable a los ojos de los cristianos¹⁶⁷. Se observa a jóvenes, cuyo solo aspecto causa terror a los enemigos¹⁶⁸, que son trasportados fuera del banquete y se les vuelve a traer a él, que se llenan para devolver y devuelven para seguir bebiendo¹⁶⁹. Si alguno tiene una pizca de vergüenza de modo que se sonroja por ponerse en pie cuando ya no puede retener lo que ha bebido en exceso, respira agitadamente, gime, suda, expresa con gestos lo que le avergüenza decir.

Allí cada uno cuenta sus batallas, allí todos proclaman sus propias gestas de valentía¹⁷⁰, bañados en vino narran sus victorias y, abandonados al sueño¹⁷¹, su mente no sabe lo

167. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 7.

168. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 6, 277.

169. Cf. SÉNECA, *Consolatio ad Helviam*, 10, 3.

170. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 1, 641; SÉNECA, *Epístolas a Lucilio*, 120, 5.

171. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 9, 236.

que la lengua profiere. Cada uno ronca y bebe, duerme y combate, y si en algún momento hay que levantarse, esos guerreros aguerridos no son capaces de mantenerse en pie y vacilan al salir.

Los esclavos se ríen de los hechos vergonzosos de sus amos, sujetan con sus manos al soldado combatiente, le ponen sobre el caballo. Y así, se tambalean de una parte a otra como barcas sin timonel¹⁷² y se desploman en tierra como si hubieran sido abatidos por un golpe, si no son sostenidos por sus siervos.

Otros son trasportados sobre los escudos: es el triunfo del bochorno. Aquellos mismos, a los que por la mañana habías contemplado resplandecientes con sus armaduras, con gesto amenazador, puedes verles ahora por la noche objeto de burla impune hasta para sus esclavos¹⁷³: heridos, sin intervención de la espada; muertos, sin batalla; aniquilados, sin enemigo; temblando, sin haber llegado a la vejez; marchitos en plena flor de la juventud.

Capítulo 14

51. ¿Quién ha mezclado semejante copa de locura? ¿Quién ha infundido semejante veneno en las mentes? El hombre corre el riesgo de convertir su propio cuerpo en fango¹⁷⁴ y él mismo se hace culpable de una locura voluntaria, de una ruina querida.

Y no pretendáis excusaros vosotros, que invitáis a personas como amigos y las despedís como enemigos. ¡Cuánto mejor habría sido que hubieras derramado por tierra tus vinos! Pero también la tierra se embriaga y vuelve más feroces a las mismas fieras, si les alcanza el olor del vino. En

172. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 7.

173. Cf. BASILIO DE CESAREA,

Homilía, 14, 7.

174. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 6.

efecto, si entran en una viña al tiempo de la vendimia, suelen enardecerse con la embriaguez.

¿Por qué te gusta lo que daña, sin ninguna ventaja? Tú invitas a una fiesta y provocas una muerte; invitas a una comida y quieres llevar a esa persona a la tumba¹⁷⁵; prometes unos alimentos y aplicas torturas; presentas vinos y derramas venenos en ellos. Porque todo lo que daña es veneno. Priva de los sentidos, quema las vísceras, afecta al sueño, lesiona la cabeza¹⁷⁶.

52. Incluso es mayor el efecto del vino que el del veneno. En efecto, el vino elimina al veneno, no el veneno al vino. Por eso justamente Dios, por boca de Moisés, comparó al vino, no sólo con el veneno, sino con el veneno de los dragones, al decir: *Su vino es como el furor de los dragones y como la ira mortal de las víboras*¹⁷⁷. Y con verdad ha añadido *mortal*, porque muchos se curan del veneno de las serpientes, nadie del vicio de la bebida. Ciertamente, el veneno perjudica a la carne, pero no daña la mente: la embriaguez une, a la muerte del cuerpo, también un crimen contra la mente.

Pero advierte que con la palabra «vino» se indica también el veneno de la perfidia. Porque inmediatamente antes la Sagrada Escritura dice a propósito de los pueblos extranjeros que no conocían a Dios: *Porque su vino procede de la viña de Sodoma y su vid es la vid de Gomorra: su uva es uva ponzoñosa, sus racimos son amargos*¹⁷⁸.

Capítulo 15

53. Quizá pensáis que yo, como si me encontrara ebrio de vino, he añadido de una manera excesiva estas palabras

175. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 7.

176. Cf. BASILIO DE CESAREA,

Homilía, 14, 5.

177. Dt 32, 33.

178. Dt 32, 32.

a un sermón sobre el ayuno. Y, sin embargo, ¡cuántas cosas he pasado por alto hasta aquí a propósito de estos «hé- roes»! ¡Cuánto menos he dicho en comparación con lo que ha dicho el Señor!

Habéis oído lo que ha dicho por boca de Moisés; escuchad ahora lo que está escrito en el libro del profeta Isaías. De hecho, el Señor arremete contra esos espectáculos¹⁷⁹ y dice: *¡Ay de aquellos que se levantan con el alba y van en busca de sidra, que están ebrios al atardecer, porque el vino les hará arder! Pues, mientras beben vino en abundancia entre cítaras, arpas y panderos, no contemplan las obras de Dios y no reparan en las obras de sus manos*¹⁸⁰. ¿A quién —dice— los ayes, a quién las querellas, a quién los tumultos¹⁸¹? Cada uno de estos reproches se dirige a distintos tipos de personas, todos a los beodos. Verdaderamente, *¡ay de aquellos que están borrachos al declinar el día!*

Pues entonces, ¿qué decir de aquellos que incluso antes del atardecer, y con frecuencia hasta el alba, están ebrios? Porque estos desastres acarrearán consigo confrontaciones. Los borrachos se enzarzan en riñas, escalan hasta el homicidio, presentan acusaciones o son convocados a juicio. En consecuencia, son también sometidos a un proceso, como reos.

A veces se produce un tumulto de cierta gravedad, porque el vino perturba la mente del beodo: *Y —como está escrito— no tiene en cuenta al rey ni al magistrado y todo lo dice por medio del dinero. Y, cuando han bebido, olvidan las amistades, los deberes de la fraternidad; mas, poco después, echan mano a las espadas y cuando se levantan, tras haber estado sumergidos en el vino, ellos mismos no recuer-*

179. Traducimos según la propuesta de Gori, quien lee aquí *visus*, en vez de *versus* (CSEL).

180. Is 5, 11-12. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 6.

181. Pr 23, 29.

*dan lo que han hecho*¹⁸². Los tumultos tienen, por tanto, una digna recompensa.

54. De propósito había pasado por alto las cítaras, arpas y panderos que sabemos se emplean con frecuencia en este tipo de banquetes, con el fin de excitar las pasiones por medio del vino y el canto. Muchos también, siguiendo la costumbre persa¹⁸³, mandan que se introduzcan mujeres dignas de la compañía de los borrachos y reciben de sus manos las copas e incluso se inclinan hacia ellas cuando están sentadas. Éste es el rito sagrado que observan, un servicio a la embriaguez.

Por eso, también los bárbaros poseen vino: de buena gana condescienden los romanos con ellos, con el fin de que también ellos se debiliten bebiendo y, enervados por la embriaguez, puedan ser vencidos¹⁸⁴.

Y no sólo provoca la embriaguez el vino, sino también la sidra. De hecho, los hebreos llaman sidra a toda bebida embriagante¹⁸⁵.

182. 1Esd 3, 21-22 (*Sept.*) Para orientación del lector, advertimos las divergencias entre la versión de los Setenta y la Vulgata. La primera acepta como canónico 1 Esd, mientras la segunda lo denomina 3 Esd, lo tiene por apócrifo y no lo incluye. Véase la misma problemática en *Tob.*, 20, 70. En esta cita seguimos la versión de F. Gori, no sin dejar constancia de que el CSEL la corta después de *fraternidad*, lo que le obliga a entender a continuación *después del tumulto*. La edición de F. Gori —pág. 93—, y nosotros con ella, traduce *poco después*, adoptando la

versión de la mayoría de los manuscritos ambrosianos. También vale la pena llamar la atención sobre otra variante que aportan algunos manuscritos con el fin de aclarar la difícil lectura *por medio del dinero*: en vez de *per talenta*, leen *aperta*, aludiendo a la locuacidad que acompaña al vino.

183. CURCIO RUFO, V, 1, 38, habla de esta costumbre persa.

184. Cf. TÁCITO, *Germania*, 23.

185. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 6. Sobre la oración matutina escribe Ambrosio en *Expl. ps.* 118, 19, 32.

55. No sin razón, por tanto, son desgraciados quienes ya de mañana buscan una bebida que les embriague. A esos les habría convenido dar alabanza a Dios, levantarse antes del día y en oración haber salido al encuentro del sol de la justicia¹⁸⁶, que visita a los suyos y se levanta para nosotros, siempre que nos levantemos para Cristo, no para el vino o la sidra.

Las personas piadosas recitan himnos; y tú, ¿empuñas la cítara? Se cantan salmos; y tú, ¿tienes en la mano el arpa o el pandero? Con razón, ¡ay de ti!, porque abandonas la salvación, eliges la muerte. Apenas amanece y ya se corre de una taberna a otra¹⁸⁷, se busca el vino, se sacuden las alfombras, se apresuran a preparar el diván, se sacan fuera las botellas de plata, los cálices dorados. ¡Ay —dice— de aquellos que buscan esas cosas!

56. *Es Babilonia en manos de Yavé una copa de oro que embriaga toda la tierra. De su vino han bebido todas las gentes y por eso han enloquecido. Y de repente Babilonia ha caído y fue destruida*¹⁸⁸. Así pues, el cáliz de oro fue destruido, porque fue destruida Babilonia, que es el cáliz de oro.

Ahora bien, aunque se pavonee en su oro y en su riqueza, ella misma está bajo el poder del Señor. Y en definitiva fue aniquilada por la indignación divina. ¿Por qué razón era *copa de oro*? Porque el que no posee la verdad busca la seducción para que al menos su preciosa apariencia induzca a algunos a beber.

57. Presenta ante tus ojos la pompa de este mundo: ves que la seducción es aparentemente hermosa, pero su belleza es vana. No te dejes atraer por los vasos de oro y plata. *También nosotros tenemos un tesoro en vasos de barro*¹⁸⁹. El vaso del Apóstol es de barro, pero en él está el tesoro de Cristo.

186. Cf. Mt 4, 2.

187. Cf. BASILIO DE CESAREA,

Homilía, 14, 6.

188. Jr 51, 7-8.

189. 2 Co 4, 7.

¡Ay de aquellos que buscan la sidra ya por la mañana! Esto es un vaso de oro, un cáliz, pero en este cáliz hay un veneno mortal, un veneno de placer, el veneno de la embriaguez. Quien lo beba, tambalea y cae. Se tambalea no sólo en el cuerpo, sino que también se turba su corazón. En efecto, la perturbación es efecto del pecado.

Capítulo 16

58. De hecho, Caín, al alejarse de la presencia de Dios, *habitó en la tierra de Nod*¹⁹⁰, que traducido significa «conmoción». Por eso, el que se embriaga con el cáliz dorado, es sacudido por el pecado. ¿Por qué te sometes a la maldición de Caín¹⁹¹, aquel parricida, para temblar y ser sacudido? Por lo demás, también los que perseguían al Señor movían la cabeza al pasar¹⁹², porque les agitaba el espíritu maligno, que suele sacudir los cuerpos que están llenos de él. Y cuando este espíritu desfallece, cesa el temblor; por el contrario, la embriaguez provoca un temblor perenne¹⁹³. Los cuerpos de los borrachos rezuman vino; al más leve contacto, exprimes vino.

59. La embriaguez fomenta el placer, la embriaguez es un incentivo a la locura, la embriaguez infunde el veneno de la necesidad. Ella trastorna los sentidos y el aspecto de los hombres; por su causa las personas se trasforman de hombres en caballos que relinchan¹⁹⁴ porque, inflamados sus cuerpos, ya de por sí cálidos, por encima de lo natural por el calor

190. Gn 4, 16. Esta etimología procede probablemente de ORÍGENES, *In Ier. hom. Lat.*, II, 10, 15.

191. Cf. Gn 4, 14.

192. Cf. Mc 15, 29.

193. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 5.

194. Cf. Jr 5, 8. Basilio utiliza repetidas veces esta imagen en sus homilías: 1, 9; 14, 3. 4. Sobre ese comportamiento irregular del hombre frente a los ciclos regulares en la procreación de los animales, véase *Exam.*, 5, 10, 30.

y los vapores del vino, son incapaces de contenerse y son excitados a placeres bestiales, hasta el punto de que no tienen un tiempo establecido para gozar de la cópula carnal de modo decente.

Pierden la voz, cambian de color, sus ojos echan chispas, respiran entrecortadamente, resoplan con las narices, se inflaman hasta la locura, pierden el sentido. De ahí pasan a un delirio peligroso, de ahí el grave sufrimiento de los cólicos, de ahí la funesta pesadez de estómago, de ahí el vómito frecuente de quienes arrojan los alimentos ingeridos junto con la sangre de los órganos internos.

Mentiría si negara que el Señor por boca de Jeremías no hubiera dicho eso mismo: *Bebed, emborrachaos y vomitad: caeréis y no os levantaréis*¹⁹⁵.

60. De ahí proceden también las alucinaciones, las visiones inciertas, el paso inseguro. Con frecuencia pasan sombras que son como fosas¹⁹⁶. Para esas personas, la tierra vacila: de repente parece que se eleva y se inclina, como si se revolviera. Atemorizados, caen de bruces y se aferran con sus manos al suelo o tienen la impresión de que les comprimen montañas que se juntan a su alrededor¹⁹⁷. Hay un murmullo en sus oídos, como el fragor de un mar tempestuoso y un sonido de costas que resuenan por las olas¹⁹⁸.

Si ven perros, huyen creyendo que son leones. Algunos se dejan llevar por una risa descompuesta, otros lloran con una tristeza que no tiene consuelo, otros sienten angustias irracionales. Cuando están despiertos sueñan¹⁹⁹, cuando duermen riñen. Para ellos la vida es un sueño y su sueño es pro-

195. Jr. 25, 27.

196. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilia*, 14, 3.

197. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 8, 692.

198. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas*,

1, 357 ss.; 3, 338; ID., *Eneida*, 1, 154.

199. Esta expresión se encuentra ya en PLAUTO, *Captivi*, 848; *Amphytruo*, 697; *Pseudolus*, 386.

fundo. Ninguna voz puede despertarles: por más estimulantes que sean las sacudidas con las que piensas poder hacerlo, si no vuelven en sí, no llegan a estar despiertos.

61. Por eso acertadamente piensa Jeremías que un hombre de este tipo debe ser compadecido como una criatura superflua. Pues, ¿qué es un hombre ebrio sino una criatura superflua? Por eso dice así: *Lloraré por ti, viña, como por Jazer, porque la ciudad de Jazer ha sido abandonada*²⁰⁰. Y, a continuación: *Había vino en tus lagares: por la mañana no pisaron la uva, y a mediodía no trabajaron*²⁰¹. Jazer (*poíesis perissós*), significa «criatura superflua»; en efecto, la moderación es una cualidad natural y todo lo que va más allá de la medida es superfluo²⁰². Así es la embriaguez, que el llanto profético deplora²⁰³. Por eso dice el Apóstol: *No os embriaguéis de vino, en el cual está la liviandad. Llenaos, por el contrario, del Espíritu*²⁰⁴. Por tanto, hay una embriaguez del pecado y una embriaguez de la gracia. Y quizás ésta de la gracia es la natural porque, creados a imagen y semejanza de Dios, debemos estar llenos del Espíritu Santo.

Capítulo 17

62. Y, ¿qué decir de las afirmaciones solemnes de los bebedores? ¿Qué recordar de los juramentos que ellos consideren un perjurio violar? «Bebamos», afirman. «Deseo salud a los emperadores, de manera que quien no brinde sea reo de desacato, porque parece que no ama al emperador el que no beba a su salud». ¡Oh, qué homenaje de piadosa devoción!

200. Jr 48, 32. (Sept.)

201. Jr 48, 33.

202. Etimológicamente, «superfluo» es todo aquello que se desborda, que se sale del curso natural —véase también *Expl. ps.*, 61,

32—, y por tanto también el pecado: *Abr.*, II, 11, 9 ss.

203. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 6.

204. Ef 5, 18.

«Bebamos por la salud del ejército, por el valor de los jefes, por la indemnidad de los soldados». Y piensan que estos votos se elevan hasta Dios, como los de aquellos que llevan cálices a las tumbas de los mártires, para beberlos allí hasta el atardecer²⁰⁵; creen que de otra manera no pueden ser escuchados.

¡Oh, estupidez de los hombres, que piensan que la embriaguez es un sacrificio, que creen que la embriaguez es propicia para aquellos que, por medio del ayuno, han aprendido a dominar la pasión!

63. ¡A cuántos hemos conocido que de un banquete desmedido han pasado a la tortura! Mientras en su borrachera discutían de su poder, se prometían reinos y distribuían honores a otros, fueron llevados al suplicio porque no sabían lo que decían.

Por eso, muchos buenos jueces han pensado que lo que se dice en estado de embriaguez no debe ser considerado como reato.

Muchos utilizan también el vino como instrumento de tortura y tientan con la bebida a aquellos de quienes los tormentos no logran obtener una palabra de delación, a fin de que así delaten el estado de la patria, la moral de los ciudadanos y sus planes de defensa.

Porque la virtud en muchos casos supera el dolor; por el contrario, la bebida elimina la fidelidad. He conocido a muchos que, aún llenos de úlceras producidas por las cuerdas, se han negado a decir su nombre. ¿Quién en medio de copas de vino ha escondido lo que deseaba ocultar²⁰⁶?

205. Una costumbre que al parecer se había difundido entre los cristianos y que Ambrosio prohibió. Véase AGUSTÍN, *Confesiones*, VI, 2.

206. Ambrosio emplea la pala-

bra *cymbia*, lámparas o, en este caso, copas que tenían la forma de barco. El argumento es que, mientras personas que son torturadas no delatan a sus cómplices, los beodos son incapaces de dominar la lengua.

64. ¿Para qué volver a contar lo que he oído sobre una manera de beber que no es en copa, sino en un canal por el que el vino se derrama en la boca de los hombres en flujo continuo a través de una especie de tubo²⁰⁷? ¿Debería yo tener a esos tales por hombres, o más bien por odres? Mas, incluso los odres se rompen a veces, si no se les llena con moderación.

También fluye el vino hasta la garganta de los hombres a través del cuerno y, si alguno respira, comete un acto deshonroso, rompe el orden de batalla, se le toma por un desertor. El agua que baja del Líbano²⁰⁸ disuelve las duras rocas: ¿cómo se puede pretender que el ímpetu de los torrentes de vino no dañe en absoluto el blando intestino?

65. Se dice que también los elefantes aspiran una gran cantidad de agua con la trompa; en realidad, se contentan con una bebida moderada para calmar su sed²⁰⁹. Pero si por un acaso son privados de su ración por un tabernero, llenan indignados la cavidad de la trompa, no para beber sino para expulsar fuera y anegar con repentinas inundaciones la tienda de aquel de quien han juzgado necesario vengarse. En un instante se secan las superficies con algo que beber y de repente lo sueltan, anegándolo todo. ¿Quién no se admira de que los cuerpos tan enormes de estas bestias no retengan nada superfluo?

Capítulo 18

66. Mas, ¿para qué hablar de hombres, cuando también las mujeres, a las que corresponde vigilar con solicitud por

207. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 7.

208. Cf. Ct 4, 15.

209. Este ejemplo, que no aparece en la homilía de Basilio, po-

ne esta obra en relación con *Exam.*, VI, 5, 31. Véase lo que decimos a este propósito en la Introducción.

la sobriedad en favor de la castidad, beben hasta la embriaguez²¹⁰? Después, levantándose, precisamente aquellas que ni siquiera en el interior de su casa conviene que sean oídas o vistas por extraños, ¡se presentan en público con la cabeza descubierta, con rostro desvergonzado!

El Apóstol ordena que las mujeres se callen incluso en la iglesia, manda que pregunten a sus esposos en casa²¹¹. Éstas participan en las plazas en danzas indecorosas, incluso para hombres, bajo la mirada de jóvenes viciosos, sacudiendo sus cabellos, arrastrando las túnicas, con los vestidos desgarrados, los brazos desnudos, batiendo las palmas, saltando, gritando, atrayendo sobre ellas las miradas libidinosas de los jóvenes con movimientos grotescos, ojos desafiantes, desvergonzados gestos. Un círculo de adolescentes las contempla y se origina un teatro digno de lástima. Entre los traspies de las danzarinas y los pecados de los espectadores, el cielo se contamina de estas imágenes impuras, la tierra se mancha de esta danza impúdica, que la flagela con sus pasos llenos de obscenidad.

67. ¿Cómo hablar de este tema con serenidad, pasarlo por alto con benevolencia, deplorarlo de un modo adecuado? ¡El vino nos acarrea la ruina de tantas almas! En efecto, si el vino y las mujeres nos hacen apartarnos de Dios²¹², porque cada uno de por sí y por separado —la embriaguez o el placer carnal— es un aliciente a la prevaricación, ¿qué no lograrán los dos unidos?

De ahí que, no sin razón, ha dicho un sabio antes de nosotros: *Una mujer borracha suscita gran indignación*²¹³.

68. ¿Qué tiene de extraño que el vino haga descarriar el alma de las mujeres, cuando todas aquellas tribus de nues-

210. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 14, 1.

211. Cf. 1 Co 14, 34-35.

212. Cf. Si 19, 2

213. Si 26, 11.

tros padres eran capaces de vencer pueblos poderosísimos, cuando bebían el agua que había saltado de la roca y comían el maná²¹⁴, y no había entre ellos ninguno que desfalleciera²¹⁵? Pero, cuando comenzaron a desear carne y añorar las comodidades de Egipto²¹⁶, ni uno solo de entre aquellos miles de hombres, a excepción de dos, merecieron entrar en la tierra prometida²¹⁷.

Por tanto, a través de estos sucesos se nos brinda la posibilidad de comprender qué buena es la sobriedad, qué mala la falta de templanza. Cuando murmuraban, exigiendo las delicias de Egipto, eran exterminados por las serpientes²¹⁸; cuando atravesaban el camino abierto a través del mar Rojo, bebían agua. Así pues, ¿no vamos a temer esos ejemplos, no vamos a evitar los placeres, por miedo a que nos impidan obtener los bienes futuros?

Capítulo 19

69. Y, ¿para qué recurrir a las opiniones de otros? Escuchemos qué esperan para sí mismos quienes se alimentan bien y viven en el lujo. Porque el profeta Isaías pone en su boca estas palabras: *Comamos y bebamos, porque mañana moriremos*²¹⁹, y con razón exclama: *Lamentaos, naves de Cartago, porque perecieron y ya no viven más*²²⁰. Esto está dicho a propósito de la visión de Tiro que, como sabemos, es una ciudad que vive en el lujo.

Y por eso Tiro es la novena visión²²¹, no la séptima ni la octava, porque esa ciudad, ni guarda la Ley ni tiene la gra-

214. Cf. Ex 16, 13 ss.

215. Cf. Sal 105, 37 ss.

216. Cf. Ex 16, 3.

217. Cf. Nm 26, 65. Caleb, hijo de Yefuné, y Josué, hijo de Nun.

218. Cf. Nm 21, 6; BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 1, 9.

219. Is 22, 13.

220. Is 23, 1.

221. El juicio sobre Tiro y Sidón —Is 23— es, en efecto, el último de los oráculos contra las naciones contenidos en ese libro profético.

cia del Evangelio, dado que la primera prohíbe dejarse llevar por la llama de los placeres el día del sábado prescrito por la Ley y, según la numeración del segundo, el día octavo resplandece como el día de la Resurrección. Ahora bien, el día primero y el octavo son el mismo, porque el domingo se repite a sí mismo²²².

Por tanto, la falta de moderación no posee, ni la fe (del Evangelio), ni la observancia de los preceptos (de la Ley); la falta de moderación es semillero y fuente de vicios. Y no penséis que me he expresado en contradicción con el Apóstol —que dice que la avaricia es la raíz de todos los vicios²²³—, porque la falta de moderación es a su vez la madre de la avaricia²²⁴. En efecto, cuando uno ha agotado sus propios bienes, a fuerza de vivir lujuriosamente, en lo sucesivo busca ahorrar con avidez.

70. Habéis oído lo que hoy se ha leído: *Los mercaderes fenicios —dice [la Escritura]— que surcan el mar; en la inmensidad de las aguas la semilla de los comerciantes es como la cosecha que se almacena*²²⁵. Estas ciudades son vecinas, Tiro la fenicia y Sidón, cercanas tanto en su localización como en sus vicios. Sus mercaderes afrontan los peligros de la navegación en busca de provecho para sus transacciones²²⁶.

222. Esta formulación se entiende mejor si se tiene en cuenta que en la Antigüedad se contaban tanto la cifra inicial como la de partida: entre domingo y domingo distaban ocho días.

223. Cf. 1 Tm 6, 10.

224. Cf. CICERÓN, *De oratore*, 2, 171.

225. Is 23, 2-3. Por múltiples razones, no es posible entender el sentido de esta cita. Se trata de un

texto de por sí muy contaminado, que Ambrosio reproduce en una versión que difiere, tanto de la Septuaginta, como de la Vulgata.

226. El tema del mercader que arrostra los peligros de la navegación para obtener ganancias es un tópico en la literatura latina, al menos desde Cicerón. En la misma idea abundan, tanto poetas —Tibulo, Horacio—, como prosistas: Séneca. Véase también *Off.*, 3, 37-41.

La vida de los hombres es tormentosa, inquieta su convivencia y, por decirlo así, transcurre en un torbellino, más movida que los vientos mismos por los que es envuelta y muchas veces arrojada de acá para allá. Es cierto que os quejáis de frecuentes naufragios, pero ¿quién os obliga a navegar? ¡Como si no fuera por excesivo afán de riquezas por lo que vosotros hacéis las costas inseguras y provocáis a muchos a la rapiña!

Dios no hizo el mar para que se navegara, sino por la belleza de ese elemento. Ciertamente dispuso el mar sobre una gran extensión, con el fin de que rodeara la tierra con sus olas de modo que tú no te alejases errante y peregrino²²⁷. Pero el mar es sacudido por la tempestad: por tanto, debéis temerle, no apoderaros de él. Un elemento inofensivo no hace ningún daño: es la temeridad del hombre la que se busca el peligro. De hecho, el que no navega, desconoce el temor del naufragio.

El Señor dijo: *Dominad sobre los peces del mar*²²⁸, no ha dicho. «Navegad entre las olas». En definitiva, también el profeta Jonás —que fue enviado a Nínive a fin de predicar la penitencia— fue sacudido por la tempestad, porque quiso hacerse a la mar para huir de la presencia de Dios; y, tirado a suertes, fue arrojado al mar y engullido por la ballena²²⁹.

71. También el profeta David dice, recordando la benevolencia de Dios con el hombre: *Todo lo has sometido a sus pies: las ovejas, los bueyes y además también las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar que recorren las rutas marinas*²³⁰. Ha concedido a los peces, no al hombre,

227. Cf. CICERÓN, *Pro Cluentio*, 62, 175.

228. Gn 1, 28.

229. Cf. Jon 1, 1- 2, 1. Al ser azotada por la tempestad, los marineros de la nave donde Jonás se

había refugiado, huyendo del Señor, echaron a suertes para ver de quién procedía el mal y la suerte cayó sobre el profeta.

230. Sal 8, 7-9.

el don de recorrer la senda del mar. A ti te ha sido dado el mar para alimentarte, no para que te arriesgues: utilízalo como comida, no para hacer comercio.

¿Por qué conviertes en peligro lo que ha sido creado para tu placer? ¿Por qué quieres explorar las profundidades de un elemento que está separado? ¿Por qué remueves los secretos más arcanos del mundo? ¿Por qué, en definitiva, te afanas tanto por surcar y recorrer las ondas como marinero impaciente? ¿Por qué afrontas frecuentemente los inofensivos mares y provocas tormentas?

¡Oh, insaciable avaricia de los mercaderes! Se te somete incluso el mar y el océano no puede oponerse a tu impaciencia. Por eso, recorrido en todos los sentidos por los comerciantes, *dijo el mar: Sonrójate, Sión*²³¹. Ésta es la voz del elemento que, como si estuviera cansado, dice: *Sonrójate, Sión*, esto es: «Negociante, tú te quejas de mis olas, siendo así que tú eres más inquieto que ellas. Sonrójate al menos de vergüenza, ya que no te dejas impresionar por el peligro. Los vientos son más moderados que vuestras ambiciones. Ellos tienen sus momentos de calma, vuestras ambiciones de riqueza jamás reposan. Incluso cuando la tempestad está en calma, nunca permanecen ociosas vuestras naves. El agua se revuelve bajo el efecto de los remos, cuando deja de ser agitada por el viento».

72. *No he engendrado —dice—, ni he dado a luz, ni he alimentado hijos*²³². ¿Por qué me preocupan aquellos de quienes no sé nada, a quienes no conozco? ¡*Id a Cartago; lamentaos, vosotros que habitáis las islas*²³³! Antes ha dicho: ¡*Lamentaos, oh naves de Cartago*²³⁴! Porque Cartago fue fundada por los tirios y por eso los cartagineses

231. Is 23, 4.

232. *Ibid.*

233. Is 23, 6.

234. Is 23, 1.

siguen la destemplanza de los fundadores, que les ha sido transmitida a través de una degenerada sucesión de maldad, por la que son aún peores herederos de los vicios más abyectos.

Y con razón llama el profeta naves a los intemperantes. Porque como aquéllas son sacudidas por el viento, del mismo modo éstos lo son por la comida y el vino. Los cuerpos llenos de vino habitan islas, repiten el eco de naufragios, son batidos por las olas de la embriaguez, no tienen calma ni de día ni de noche. Por tanto, la semilla de estos comerciantes está en el agua, su mies en las olas²³⁵. En efecto, siembran en el agua sus afanes para recoger peligros: su mies germina en el agua, en el agua ésta crece con vigor, en el agua está también el fruto, que jamás es seguro y estable. Por eso, dice con verdad: «No entró nunca en negocios el que sembró en tierra, sino más bien el que sembraba en el cielo. Pero es también buena la tierra; el que haya sembrado en ella, nacerá para él un fruto celestial²³⁶».

Capítulo 20

73. *Lamentaos* –dice, y lo dice por segunda vez–, *vosotras, naves de Cartago, porque perece vuestro refugio. Y sucederá en aquel día, que Tiro será abandonada*²³⁷. Y más adelante: *Setenta años después ocurrirá a Tiro lo que se dice en el canto de la meretriz*²³⁸. Considera qué palabras emplea el profeta y cómo no evita la vileza de semejantes términos. Nosotros a veces los evitamos, no porque nuestra

235. También aquí seguimos el texto de F. Gori por las razones que aporta en p. 113 de su edición. Según el CSEL, aquí diría: «Por tanto, la semilla de estos comerciantes está en el agua, en el agua

el fruto de su mies», es decir su cosecha.

236. Cf. Mt 13, 23.

237. Is 23, 14-15.

238. Is 23, 15.

lengua sea más casta que la de los autores sagrados, sino porque es menor nuestra autoridad²³⁹.

Porque la fuerza de la realidad es mayor cuando se expresa con estas palabras, de manera que quien no se ruboriza por los delitos, se ruborice al menos por el nombre de los mismos. *Ocurrirá a Tiro* —afirma— *lo que se dice en el canto de la meretriz*. Mirad, no vaya a ser que alguno, cuando contemple aquellas danzas²⁴⁰, cuando oiga que se cantan torpes palabras, no diga: «He aquí que con Tiro ha ocurrido como se dice en el canto de la meretriz, se ha cumplido el oráculo de la profecía».

74. Y añadió: *Toma la cítara, haz una gira por la ciudad, olvidada prostituta, toca lo mejor posible y bien alto muchas canciones, para que se acuerden de ti. Y al cabo de setenta años sucederá a Tiro lo que se dice en el canto de la meretriz y Dios visitará Tiro*²⁴¹. Por eso podemos entender también en el buen sentido el cántico de Raab, aquella meretriz que acogió con lealtad a los exploradores de Josué²⁴².

Porque también el Señor dice: *Hemos cantado para vosotros y no habéis bailado*²⁴³, y David dice: *Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra*²⁴⁴. Éste es el canto de la prostituta, que la tierra ha cantado, ya prostituida en Adán y Eva y luego prostituida en los pueblos paganos. Esta meretriz ha producido muchas meretrices buenas; de ellas ha dicho el Señor, refiriéndose a aquel pueblo de Dios, elegido y antiguo: *Los publicanos y las meretrices os preceden en el reino de Dios*²⁴⁵.

239. En la mente de Ambrosio el orden de la autoridad está claro: pensamiento pagano, ley mosaica, contenida y transmitida por el Antiguo, y mensaje del Nuevo Testamento

240. Cf. *supra* 18, 66.

241. Is 23, 16.

242. Cf. Jos 2, 1.

243. Lc 7, 32.

244. Sal 96, 1.

245. Mt 21, 31.

75. Por tanto, puesto que tenemos un Señor tan misericordioso que perdona incluso un pecado grave, convirtámonos de los vicios, no nos apartemos de la ley, sigamos el precepto del Señor con el celo diligente propio de los servidores. ¿Qué tenemos en común con las impurezas y las corrupciones, qué con las obras del diablo?

Habéis oído hoy en el pasaje de la lectura qué dijo la legión de demonios: *¿Qué hay entre mí y ti, Jesús, hijo de Dios*²⁴⁶? Di tú también, si acaso ves que las tentaciones del diablo te asaltan: «¿Qué hay entre mí y ti, Belial²⁴⁷? Yo soy siervo de Cristo, redimido con su sangre, me he entregado completamente a Él. ¿Qué hay entre mí y tú? No conozco tus obras, no busco nada tuyo, no poseo nada tuyo, no deseo nada tuyo».

¡Cuánto más debemos separarnos del diablo, si él se separa de Cristo! Y si en algo nos hemos sometido a él, ahora no lo estamos más. Nos refugiamos en el médico. Él nos ha curado las heridas del pasado y, si sobrevive algo de amargura, no faltará el remedio. Aunque hayamos cometido alguna injusticia, no lo recordará Aquél que ha perdonado una vez para siempre. Aunque hayamos cometido delitos graves, hemos encontrado un gran médico, hemos recibido la gran medicina de su gracia, porque de hecho esta gran *medicina quita los grandes pecados*²⁴⁸.

76. Tenemos también a disposición muchas cosas, con las que podemos redimir nuestros pecados. Tienes dinero, redime tu pecado. No es venal el Señor, sino que tú eres venal. Te has vendido a tus pecados, redímete con tus obras, redímete con tu dinero. Vil es el dinero, pero la misericordia es preciosa. Porque *la limosna libera del pecado*²⁴⁹, y en otro lu-

246. Lc 8, 28.

247. Cf. 2 Co 6, 15.

248. Qo 10, 4.

249. Tb 12, 9.

gar: *La redención del hombre son sus riquezas*²⁵⁰, y en el Evangelio: *Haceos amigos con el dinero de la iniquidad*²⁵¹.

También el veneno es a menudo neutralizado con el antídoto; es decir: el veneno es eliminado con veneno y con el veneno se expulsa a la muerte, se conserva la vida.

Capítulo 21

77. Habéis escuchado lo que hoy se ha leído: *He aquí que el Señor viene a destruir el mundo*²⁵². Como si lo señalara con la mano, como si contemplara con sus ojos la llegada del día del juicio, el santo profeta habla así: *He aquí que el Señor viene a destruir el mundo*. Es más, puesto que a los profetas se les revelan en espíritu las cosas futuras, como si fueran presentes²⁵³, por eso mismo quería mostrarnos también a nosotros lo que veía, a fin de apartarnos del error y llevarnos a la conversión.

78. No obstante, nadie debe desanimarse cuando oye que el Señor destruirá la faz de la tierra, no vaya a ser que pueda decir: «Es verdad que nosotros hemos cometido pecados graves, pero ¿cuánto ha pecado el cielo, cuánto la tierra, cuánto el mar, para merecer que también los destruya? ¿Por qué no parece toda esta hermosa decoración?».

Esta manera de razonar es propia de un ánimo mezquino. Por lo demás, si lo analizas más a fondo, verás que es para provecho nuestro lo que piensas que es contra nosotros; llegarás a la conclusión de que favorece al mundo, lo que juzgas que va en su perjuicio.

No siempre el estadio está lleno de espectadores, no siempre agitado por las luchas, no siempre envuelto en el polvo; pero, cuando hay luchas, entonces el pueblo está pre-

250. Pr 13, 8.

251. Lc 16, 9.

252. Is 24, 1.

253. Cf. LACTANCIO, *Divinae institutiones*, VII, 24, 9.

sente en el espectáculo, el luchador en la arena, el polvo en el estadio.

En cuanto acaban las competiciones, la multitud se dispersa, cada uno se retira: el vencedor hacia los honores, el vencido hacia el oprobio. La corona eleva al vencedor²⁵⁴, la vergüenza oprime al vencido, la humillación le angustia. De resultas, si uno entra después en el estadio y le ve privado de vida y pregunta al que dirige el espectáculo la razón por la que el estadio está vacío, se han extinguido las competiciones y no se celebra ninguna fiesta, el presidente le contestará: «Conviene que los atletas descansen, conviene que descansen también los espectadores». Porque ¿qué recompensa tiene la fatiga, sino el descanso después del trabajo?

De manera análoga, también el mundo debe ser algún día destruido, a fin de que los que están fatigados encuentren reposo.

79. Somos atletas. Combatimos en una especie de estadio espiritual²⁵⁵. Efectivamente, un buen atleta decía: *Nos hemos convertido en espectáculo para este mundo*²⁵⁶, y en otro lugar: *Yo corro, no como a la ventura; lucho, no como quien azota al aire, sino que castigo mi cuerpo*²⁵⁷, y en otro pasaje: *Olvidando lo que ya queda atrás y anhelando lo que tengo delante, corro hacia la meta, hacia el galardón*²⁵⁸.

Así pues, somos atletas; debemos luchar según las reglas²⁵⁹. Hay muchas peleas y el que hoy es vencido, mañana se recupera. Primero se lucha por el premio, luego por la corona. ¿Acaso el atleta se entrega al ocio, una vez que se ha inscrito en la competición? Se ejercita cada día, cada

254. Cf. HORACIO, *Odas*, I 1, 6.

255. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 13, 7. Esta es la primera alusión a la homilía 13, en la que Basilio exhorta a recibir el sacra-

mento del bautismo.

256. 1 Co 4, 9.

257. 1 Co 9, 26-27.

258. Flp 3, 13-14.

259. Cf. 2 Tm 2, 5.

día se unge. Se le da incluso un alimento apropiado a su actividad agonística, se le exige disciplina²⁶⁰, se guarda la castidad.

Tú también te has inscrito²⁶¹ en la competición de Cristo, has dado tu nombre a la lucha por la corona: medita, ejercítate, úngete con el aceite de la alegría, con el ungüento que se derrama²⁶². Sea el tuyo un alimento sobrio, que nada tenga de descomedimiento, nada de exceso. Sea parca tu bebida, para que no sobrevenga la embriaguez. Guarda la castidad del cuerpo, a fin de que estés preparado para la victoria, de manera que la opinión que de ti se tiene no sea una ofensa al afecto que sienten por ti los espectadores y tus partidarios no te vean negligente y te abandonen.

Te contemplan los arcángeles, las potestades, las dominaciones²⁶³ y las decenas de millares de decenas de millares de ángeles²⁶⁴. Considera qué bochornoso es ruborizarse ante tales espectadores y, una vez entrado en el estadio, recobra el vigor de tu alma, sacude tus brazos. Tras haberte adentrado en la arena, es inevitable estar expuesto al polvo, sufrir los rayos del sol estival. El calor pesa, pero la victoria es agradable. Es molesta la niebla provocada por el polvo, pero aguantarla es encomiable. Nadie entra en el estadio cubierto de polvo, pero los combates le convierten en un ser polvoriento: se acumula polvo precisamente allí donde se

260. Cf. 1 Co 9, 25.

261. Como explica F. Gori en su edición —pág. 119 n. 7— alude el obispo en este pasaje a la praxis bautismal milanesa. Los catecúmenos que habían de recibir el bautismo en la vigilia pascual, se inscribían en la lista de los *compententes*. Ecos de esta costumbre se encuentran en otros pasajes de la obra ambrosiana, como *Exp. eu.*

Luc., 4, 76; *Sacram.*, 3, 2, 12; *Abr.*, 1, 4, 23.

262. Cf. Ct 1, 3.

263. Cf. Col 1, 16.

264. Cf. Ap 5, 11. La formulación para esta cifra difiere en las diversas traducciones de la Sagrada Escritura, pero en definitiva todas coinciden en que es inconmensurable.

concede la palma del triunfo²⁶⁵. No es coronado alguien que se ha limpiado de nuevo: la victoria conviene a quien está aún polvoriento²⁶⁶.

80. Ven, pues, ¡oh, Señor Jesús!, comparezca tu corona, manda a los vencedores a la paz, a los vencidos al arrepentimiento. Aunque destruyas la faz de la tierra, tus obras invisibles son muchas más que las que hemos visto. Quien tiene un ánimo mezquino no ve las primeras y se queja porque vas a destruir el mundo; pero el que sabe contemplar tus obras invisibles, se alegra de que vengas a liberar a todos.

Se alegran los atletas, que pueden decir: *Venga tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo también en la tierra*²⁶⁷. Se alegrarán todas las criaturas del orbe por ser liberadas de la vanidad de este mundo, porque ahora gimen y dan a luz, ya que también ellas están sujetas a la vanidad hasta que se multipliquen los hijos adoptivos y se cumpla la redención de todo el cuerpo²⁶⁸.

Por tanto, destruirá el mundo para su bien²⁶⁹. Porque después habrá un nuevo cielo²⁷⁰ y *la noche no existirá más*²⁷¹. En definitiva —dice—, *revelará su rostro*, a fin de que contemplemos *la gloria de Cristo a rostro descubierto*²⁷².

Capítulo 22

81. Así pues, nosotros, que nos encontramos en el estadio, advertimos a cuántos proporcionaremos alegría o dolor, porque ellos ahora son los que nos sostienen, y procuraremos que no se avergüencen de nosotros. Porque, como *habrá alegría en el cielo por un pecador que haga penitencia*²⁷³,

265. Cf. HORACIO, *Odas*, 1, 5.

266. Cf. HORACIO, *Epístolas*, I, 1, 50.

267. Mt 6, 10.

268. Cf. Rm 8, 20-23.

269. Cf. Is 13, 5.

270. Cf. Ap 21, 1.

271. Ap 22, 5.

272. 2 Co 3, 16. 18.

273. Lc 15, 10.

así también habrá tristeza por quien haya acabado la carrera de esta vida sin haber implorado perdón²⁷⁴.

Castiguemos, por tanto, nuestro cuerpo²⁷⁵ con el ayuno, evitemos las comilonas indignas. Guardémonos de que se pueda decir de nosotros: *Lamentaos por el vino*²⁷⁶, a fin de que no venga Moisés y llame a los levitas²⁷⁷. El que está preparado para servir al Señor con las armas en la mano, apártese de quienes han cometido pecados graves comiendo y bebiendo. También hoy viene Moisés, cuando se examina la Ley: y Moisés llama, cuando la Ley manda²⁷⁸.

82. El Apóstol nos enseña que *nos apartemos de todo hermano que actúe desordenadamente*²⁷⁹. Golpeémosle con la espada espiritual que es el Verbo de Dios²⁸⁰. No acojamos a un hermano, a un pariente, sino que alejemos de los altares de Cristo a toda persona inmunda, para que se purifique y corrija sus errores, de manera que merezca volver a los sacramentos de Cristo.

83. Y si uno no está bautizado, conviértase sin temor, recibiendo la remisión de sus pecados... como una especie de fuego perdona los pecados, ya que Cristo bautiza en fuego y en Espíritu²⁸¹.

En efecto, encuentras la prefiguración del bautismo en los libros de los Reyes²⁸², cuando Elías colocó leña sobre el

274. Cf. CICERÓN, *Pro Caelio*, 17, 39.

275. Cf. 1 Co 9, 27.

276. Jl 1, 5.

277. Cf. Lv 10, 9. Ambrosio alude a los sucesos lamentables que se narran en Lv 10, provocados por la desobediencia de los hijos de Arón, Nadab y Abiú.

278. Quiere decir que la Ley de Moisés sigue actual hoy, a través del Evangelio.

279. 2 Ts 3, 6.

280. Ef 6, 17.

281. Cf. Mt 3, 11; Lc 3, 16. Esta laguna en el texto ha sido observada por el CSEL. Hasta entonces las ediciones daban: «Porque el bautismo, como una especie de fuego, perdona los pecados, ya que Cristo...». Véase, por ejemplo, PL XIV, 727.

282. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 13, 3.

altar y dijo que derramaran encima el agua de las ánforas. *Y dijo: Repetidlo, y lo repitieron. Y dijo volvedlo a hacer por tercera vez, y lo repitieron por tercera vez*²⁸³, y cuando el agua corrió, rezó Elías y descendió fuego del cielo²⁸⁴.

Tú eres sobre el altar un hombre que ha sido purificado por el agua, cuyo pecado ha sido consumido por el fuego, a fin de que tu vida se renueve. El fuego, en efecto, consume la leña y la paja. No temas el fuego que te ilumina. Por eso se te dice: *Acercaos a él y seréis iluminados*²⁸⁵. Tomad el yugo de Cristo²⁸⁶. No temáis, porque es un yugo: apresuraos, porque es ligero. No doblega los cuellos, sino que los ennoblece. ¿Por qué vaciláis, por qué lo posponéis? No ata la cabeza con maromas, sino que une la mente a la gracia; no impone retraimiento, sino que mueve a la voluntad a realizar el bien²⁸⁷.

84. ¿Por qué dices que todavía no es el momento? Todo tiempo es oportuno para obtener el perdón. Si te ofrezco oro, no me dices: «Vendré mañana», sino que lo requieres al momento. Nadie lo difiere, ninguno busca excusas. Se promete la redención del alma, y nadie se apresura²⁸⁸.

Juan impartía un bautismo de penitencia²⁸⁹ y toda Judea acudía a él²⁹⁰. Cristo bautiza en Espíritu, Cristo dispensa la gracia y se acude a Él a regañadientes²⁹¹. Elías mostró la prefiguración del bautismo y abrió el cielo que había permanecido cerrado durante tres años y seis meses²⁹². ¡Cuán ma-

283. 3 R 18, 34.

284. *Ibid.*, 18, 38.

285. Sal 34, 6. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 13, 1.

286. Cf. Mt 11, 29.

287. También aquí el CSEL señala una laguna. Sin embargo, puede llenarse aceptando la versión de algunos códices como hace F. Gori, a quien seguimos.

288. Cf. BASILIO DE CESAREA,

Homilía, 13, 3.

289. Cf. Mt 3, 11.

290. Cf. Mt 3, 5.

291. Ambrosio se ha ocupado de la distinción entre el bautismo de Juan y el de Cristo en muchos pasajes de su obra. Véase, por ejemplo, *Expl. ps.* 37, 3; *Expl. ps.* 118, 16; *Exp. eu. Luc.*, 10, 140.

292. Cf. 3 R 17, 1; 18, 44-45.

yores son los dones de la gracia! Es evidente que no fue la lluvia al descender la que abrió el cielo, sino la gracia al ascender. Porque nadie ha ascendido hasta el reino de los cielos, sino mediante la gracia y el Espíritu²⁹³.

85. La infidelidad había cerrado el cielo para los hombres, pero la fe lo abrió. Incluso antes era accesible el cielo para los hombres. En efecto, Enoc fue arrebatado al cielo²⁹⁴. De nuevo se cerró, pero lo abrió Elías, que fue arrebatado en un carro²⁹⁵.

También vosotros podéis ascender, si conseguís la gracia del sacramento²⁹⁶. ¿Hasta cuándo los deleites, hasta cuándo las comilonas? El día del juicio es inminente: mientras se retrasa la gracia, se acerca la muerte. ¿Quién va a decir: «Ahora no tengo tiempo, estoy ocupado, no me muestres la luz, no quiero que me redimas tan pronto, aún no tengo necesidad del reino de los cielos»²⁹⁷? ¿No es cierto que dice eso el que rechaza el bautismo con excusas?

Además, oh hombre, ¡qué grande es la gracia con la que te renuevas! Eres purificado sin ser atormentado por el fuego, eres sanado y no sufres dolor, eres transformado y no desapareces, resucitas y no has recibido el golpe de la muerte. Y ¿todavía te muestras indiferente, todavía esperas, para poder vivir para el mundo y más tarde servir a Dios²⁹⁸? ¿No sabes que el sacrificio de Caín no fue grato, precisamente

293. Cf. Jn 3, 5.

294. Cf. Gn 5, 24.

295. Cf. 4 R 2, 11.

296. En otro contexto y con posterioridad a este escrito —en el discurso *De obitu Valentiniani*, 52, del año 392— Ambrosio admitirá la posibilidad de lograr la gracia del bautismo a través del deseo de recibir el sacramento.

297. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 13, 3.

298. Abundan en su obra los pasajes en los que Ambrosio rechaza con vehemencia la costumbre de dilatar el bautismo hasta el último momento: *Ios.*, 8, 43; *Paen.*, II, 11, 99; *Sacr.*, III, 2, 13; *Exp. eu. Luc.*, 7, 221.

porque no ofreció las primicias, sino que él mismo disfrutó de ellas y pretendió ofrecer a Dios el sacrificio de los frutos subsiguientes, mientras Abel fue preferido por haber ofrecido las primicias y mereció fama de hombre piadoso²⁹⁹?

299. Cf. Gn 4, 3 ss. Cf. *Cain et Ab.*, I, 10, 40-42.

Ambrosio de Milán
NABOT

NABOT

Capítulo 1

1. La historia de Nabot es antigua en el tiempo, pero de todos los días en la práctica¹. Porque, ¿qué rico no desea cada día los bienes ajenos? ¿Quién de entre los más opulentos no pretende expulsar al pobre de su pequeño campo y alejar al miserable de los límites de la parcela que ha heredado de sus antepasados? ¿Quién se contenta con lo suyo? ¿El alma de qué rico no arde por el deseo de la propiedad colindante?

Por tanto, no ha nacido un solo Ajab, sino que —lo que es peor— cada día nace un Ajab y nunca muere para este mundo. Si uno fenece, surgen muchos; son más numerosos los que roban, que quienes son despojados.

No un solo Nabot pobre fue matado; cada día un Nabot es abatido, cada día un pobre es asesinado. La raza humana, abrumada por este miedo, abandona cada vez más sus tierras, el pobre emigra con sus hijos, cargando con el más pequeño; su mujer le sigue llorando, como si acompañara al marido al sepulcro².

1. Es decir, sigue siendo actual, como toda la Sagrada Escritura. Cf. *Hel.*, 22, 81.

2. Como hemos ya apuntado en la Introducción, éste es el telón de fondo social que provoca, de un lado la acumulación de tierras

por parte de los ricos, junto al abandono del campo por parte de los pobres, y de otro la aglomeración de menesterosos en una ciudad como Milán, a la sazón sede de la corte imperial.

Verdaderamente es menor el dolor de aquella que llora la muerte de sus seres queridos, porque, aunque haya perdido la protección de su esposo, tiene su tumba; aunque haya perdido a sus hijos, no sufre por su destierro, no lamenta la penuria de su tierna prole, que es más insoportable que la muerte.

2. ¿Hasta dónde, ricos, vais a llevar vuestros locos apetitos? ¿*Acaso vivís vosotros solos sobre la tierra*³? ¿Por qué arrojáis fuera a quienes por naturaleza son vuestros compañeros y acaparáis lo que es propiedad de la naturaleza? La tierra fue creada para propiedad común de todos, ricos y pobres. ¿Por qué vosotros, ricos, os atribuíis un derecho exclusivo de propiedad⁴? La naturaleza, que da a luz a todos pobres, no conoce a ningún rico. En efecto, nacemos sin vestidos, hemos sido engendrados sin oro ni plata. La tierra nos trae a la luz, desnudos, necesitados de alimento, vestido, bebida y ella recibe desnudos a los que ha engendrado: no puede incluir dentro de la tumba los confines de nuestras posesiones. Un pequeño trozo de hierba es suficiente para el pobre y para el rico, y la tierra, que no pudo contener su ambición mientras vivía, ahora contiene por completo al rico.

Así pues, la naturaleza ignora las distinciones cuando nacemos y las ignora cuando morimos. A todos nos crea iguales, a todos nos encierra por igual en el seno del sepulcro. ¿Quién es capaz de distinguir la condición de los muertos? Remueve la tierra y, si puedes, identifica al rico⁵. Vuelve a abrir al poco tiempo la tumba y, si lo reconoces, señala al pobre, a no ser que acaso le reconozcas por este solo indicio: porque, junto con el rico, perecen muchas más cosas⁶.

3. Is 5, 8.

4. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 7.

5. Cf. *Expl. Ps.1*, 46.

6. Es decir, la tumba del rico contiene más objetos enterrados junto con él.

3. Los vestidos de seda y los velos recamados de oro, en los que se envuelve el cuerpo del rico, son una pérdida para los vivos, no una ayuda para los difuntos. Rico, recibes perfumes y hueles mal; echas a perder la gracia ajena y no adquieres una propia⁷.

Dejas a unos herederos que litigarán entre ellos. Dejas un depósito hereditario a tus sucesores, más que unos bienes a usar libremente, de manera que ellos temen disminuirlo o llevarlo a la ruina. Si tus herederos son frugales, lo custodian; si intemperantes, lo agotan. De ese modo, o condenas a tus herederos buenos a una constante preocupación, o perdonas a los malos el hecho de que con su conducta condenen tus actos⁸.

Capítulo 2

4. Mas, ¿cómo es que piensas que durante tu vida gozas de todo tipo de bienes? ¡Oh, rico!, no sabes cuán pobre eres, cuán menesteroso apareces a tus mismos ojos, tú que te declaras rico. Cuanto más tienes, más deseas y a pesar de que hayas adquirido todo lo que quieras, estás indigente todavía. La avaricia se inflama con la ganancia, no se apaga. La concupiscencia tiene una especie de escalones: cuanto más se ha subido, tanto más se apresura uno a los superiores y así, grave es la caída para quien un día sucumbirá⁹.

7. Es decir, la del perfume. Véanse reflexiones análogas en *Exam.*, VI, 8, 51.

8. Este párrafo debe interpretarse como una serie de fuertes antítesis expresadas del modo más retórico posible: en él habla Ambrosio del contraste entre buenos y malos herederos a quienes el difunto condena o absuelve; a los pri-

meros, les condena a vivir con la preocupación de no disminuir el patrimonio heredado y a los segundos, les absuelve de su conducta irresponsable, que contrasta con el esfuerzo que el difunto tuvo que poner, al acuñar su fortuna.

9. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 5.

Al menos ése tal, modesto mientras tenía menos, al contemplar su situación económica alentaba aspiraciones mediocres; con la llegada del patrimonio, llegó el aumento de su voracidad. Ya no quiere ser despreciable por sus ambiciones, ni pobre en deseos. Y así une al mismo tiempo dos cosas irreconciliables, de manera que en él crece la ambición del rico y no abandona la mentalidad del pobre.

En definitiva, la Escritura Santa nos enseña hasta qué punto el rico es miserablemente indigente y qué innoblemente mendiga.

5. En Israel vivían el rey Ajab y el pobre Nabot. El primero abundaba en las riquezas del reino, el segundo poseía un pequeño pedazo de tierra. El pobre no deseaba nada de las posesiones del rico, el rey era de la opinión de que le faltaba algo, porque su pobre vecino poseía una viña. En consecuencia, ¿quién te parece pobre? ¿Quien se contenta con lo suyo o el que ambiciona lo ajeno? Ciertamente, el uno parece pobre de riquezas, el otro lo es en su corazón. Un alma rica no conoce la indigencia, la riqueza en abundancia no es capaz de satisfacer el corazón del avaro¹⁰. Por eso, el rico se muestra ávido, envidiando las propiedades de otros y lamentándose de su propia pobreza.

6. Pero, consideremos ya las palabras de la Escritura: *Después de estos sucesos, ocurrió que el israelita Nabot tenía una viña en Israel junto a la casa de Ajab, rey de Samaría. Y Ajab interpelló a Nabot y le dijo: «Dame tu viña y yo la convertiré en un huerto de legumbres, porque está muy cerca de mi casa y te daré por ella otra viña. O, si lo prefieres, te daré dinero por esa viña y será para mí un huerto de legumbres». Entonces, Nabot dijo a Ajab: «Guárdeme Dios de darte la herencia de mis antepasados». Y el espíritu de Ajab se*

10. Cf. *Abr.*, I 3, 12.

turbó, se acostó en su lecho, cubrió su rostro y no tomó alimento¹¹.

7. Antes había contado la Sagrada Escritura que Eliseo, siendo pobre, había abandonado sus bueyes y corrido en pos de Elías; los inmoló, los distribuyó entre el pueblo y siguió al profeta¹². Por tanto, esos acontecimientos precedieron a la condena del rico, representado por este rey que, aún habiendo recibido beneficios de Dios —como es el caso de este Ajab, a quien el Señor había entregado el reino y había concedido la lluvia, gracias a la oración del profeta Elías¹³—, violó los preceptos divinos.

8. Prestemos atención, por tanto, a las palabras que pronuncia. *Dame*, dice. ¿Qué otra palabra pronuncia el indigente que pide públicamente limosna, sino «dame»? Esto es, «dame, porque lo necesito. Dame, porque no puedo tener otra ayuda para vivir. Dame, porque no tengo pan para comer, una moneda para beber, dinero para alimentarme, bienes para vestirme. Dame, porque el Señor te ha dado a ti aquello de lo que debes repartir, mientras a mí no me lo ha dado. Dame, porque si tú no me lo das, yo no puedo tenerlo. Dame, porque está escrito: *Dad limosna*¹⁴».

¡Qué abyectas, qué viles son las palabras de Ajab! Porque no tienen una disposición de humildad, sino el ardor del deseo. Y ¡cuánta desvergüenza se encierra en su vileza! *Dame tu viña*, dice. Declara que es de otro, para pedir lo que no se le debe.

9. *Y te daré por ella otra viña*, dice. Al rico le es tedioso lo suyo, como si fuera cosa de poco valor, y desea lo ajeno, como algo preciosísimo.

11. 3 R 21, 1-4.

12. Cf. 3 R 19, 20-21.

13. Cf. 3 R 18, 45.

14. Lc 11, 41.

10. O, si lo prefieres, te daré dinero. Enseguida repara su error, ofreciendo dinero por la viña porque, el que desea ocuparlo todo con sus propiedades, no quiere que la posea otro.

Capítulo 3

11. *Y será para mí un huerto de legumbres*, dice. Ésta era, por tanto, toda su locura, ésta su furia: buscar un lugar para unas vulgares legumbres. Así pues, vuestro objetivo no es poseer algo útil, sino excluir a los demás. Vuestra mayor preocupación es expoliar a los pobres¹⁵, más que enriqueceros. Pensáis que se os ofende, si el pobre tiene algo que se considera digno de que un rico lo posea. Creéis que os perjudica todo lo que pertenece a otro.

¿En qué os complace contradecir a la naturaleza? El mundo, al que pocos ricos intentáis acaparar para vosotros, ha sido creado para todos. Porque no sólo se reivindica para uso de unos pocos ricos la posesión de la tierra, sino también la del cielo, el aire, el mar. Este aire, que tú encierras en tus vastas posesiones, ¡a cuántos pueblos puede alimentar! ¿Acaso los ángeles poseen espacios separados de cielo, a la manera de como tu divides la tierra, trazando confines?

12. Clama el profeta: *¡Ay de aquellos que añaden casa a casa y terreno a terreno!*¹⁶, y les demuestra la inutilidad de la avaricia. Porque se niegan a habitar junto a hombres y para eso expulsan a los vecinos; pero no pueden evitarlo, por-

15. Ambrosio critica aquí, como en múltiples pasajes de otras obras suyas, más que la opulencia de los ricos frente a la indigencia de los pobres, los abusos de los propietarios de grandes latifundios respecto a los pequeños propietarios. Este fenómeno, extendido en aquel tiempo, tiene que ver con la

aparición de la aristocracia rural, el abandono de las ciudades por parte de la misma y las tensiones producidas por los repartos de tierras entre los caudillos de los bárbaros.

16. Is 5, 8. Cf. *Exam.*, V,I 8, 52. Véase también BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 5.

que tras haberlos alejado, de nuevo encuentran otros y, tras haber echado fuera a éstos, necesariamente llegan hasta cerca de otros. De hecho, no pueden habitar solos la tierra.

Las aves se juntan a otras aves y así muchas veces el cielo se cubre de una inmensa multitud de volátiles¹⁷; el ganado se une al ganado, el pez a otros peces; y no se hacen daño, sino que establecen un intercambio vital, por cuanto se integran en un gran grupo y se proporcionan seguridad al amparo de una comunidad numerosa¹⁸.

Sólo tú, ¡oh, hombre!, excluyes a tus semejantes, aceptas a las fieras, construyes casas para las bestias, destruyes las de los hombres, introduces el mar en tus posesiones para que no te falten los peces, adelantas los confines de tus tierras para que sea imposible tener vecinos¹⁹.

13. Hemos oído la voz del rico, que pretende los bienes de otro; escuchemos la voz del pobre, que reivindica su propiedad: *Guárdeme Dios de darte la herencia de mis antepasados*. Piensa que el dinero del rico es una especie de peste, como si dijera: *Perezca tu dinero, y tú con él*²⁰, yo por mi parte no puedo vender la heredad de mis padres. ¡Oh, rico!, ahí tienes una lección a seguir, si eres prudente: no vendas tu campo por una noche con una meretriz, no renuncies a tus derechos por una algazara y una inmersión en los placeres, no juegues a los dados tu casa²¹, no sea que vayas a perder el reconocimiento agradecido de tus herederos.

14. Al oír esto, se turbó el espíritu del avaricioso rey. *Y se acostó en su lecho, cubrió su rostro y no tomó alimento*. Lloran los ricos, cuando no pueden apropiarse de los bienes ajenos: si el pobre no ha perdido sus propiedades, no pueden ocultar la fuerza de su desconsuelo. Desean dormir,

17. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 11, 611.

18. Cf. *Exam.*, V, 16, 53 ss.

19. Cf. *Exam.*, V, 10, 27.

20. Hch 8, 20.

21. Cf. *Tob.*, 11, 38-39.

cubren su rostro, para no ver nada ajeno sobre la faz de la tierra, para no reconocer que hay algo en este mundo que no es suyo, para no oír que el vecino de al lado posee algo, para no escuchar al pobre que se opone a sus deseos. Estas son las almas de aquellos a quienes dice el profeta: *Mujeres ricas, despertad*²².

Capítulo 4

15. *Y no tomó alimento*, dice: porque deseaba el ajeno. En efecto, los ricos comen más bien el pan ajeno que el suyo propio; ellos, que viven del robo²³ y se proveen del sustento de sus rapiñas²⁴. O es verdad que no comió su pan, queriendo condenarse a muerte²⁵ porque se le negaba algo.

16. Fíjate ahora en el estado de ánimo del pobre. No tiene nada y no sabe prescindir de su voluntad, si no es para Dios; no conoce el ayuno, sino es por necesidad. Vosotros, ricos, despojáis a los pobres de todo, les quitáis todas las cosas, no les dejáis nada y, sin embargo, sufrís más bien vosotros las penas de los pobres. Ellos ayunan, cuando no tienen alimento; vosotros, cuando lo tenéis.

Por tanto, os imponéis penas a vosotros mismos, más que infligírselas a los pobres. Además, por vuestra ambición, aliáis el peso de la miseria de los pobres y es verdad que ellos no tienen recursos, pero vosotros, ni los utilizáis vosotros mismos, ni permitís que otros lo hagan. Extraéis el oro de las minas y de nuevo lo escondéis. ¡Cuántas vidas habéis sepultado en ese oro!

22. Is 32, 9. Este texto de Isaías aparece en medio de un oráculo profético que promete paz, la paz del Mesías, con la condición de que esas almas despierten, es decir se conviertan.

23. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 7, 749.

24. Cf. TERCENCIO, *Autontimorumenos*, 143.

25. Cf. CICERÓN, *Tras su vuelta al senado*, 34.

17. ¿Para quién se guardan todas esas riquezas, cuando leéis de aquel rico avaro: *Esconde tesoros y no sabe para quién los acumula*²⁶? El heredero tranquilo, espera; el impaciente, se queja porque tardáis en morir. Odia que la herencia aumente, el que se apresta a dilapidarla. Y ¿qué cosa hay más triste que no dejar sentimientos de gratitud, ni siquiera en aquel por quien os afanáis? Por su causa soportáis un hambre penosa durante días enteros, por temor a que vuestras comidas supongan pérdidas; en beneficio suyo calculáis los ayunos de cada día.

18. Yo he conocido a una persona rica que, cuando iba al campo, solía contar los panecillos traídos de la ciudad, para calcular, por el número de panes, cuántos días pasaría en la campiña. No quería abrir el silo, que permanecía sellado, para que no disminuyera lo que había almacenado. Se asignaba un solo pan por día, que apenas podía saciar a un avaro como él.

He sabido también de fuente fidedigna que, cuando se le preparaba un huevo, se lamentaba de que hubiera sido matado un pollo. Escribo todo esto para que sepáis que es vengativa la justicia divina, que reivindicará las lágrimas de los pobres con vuestro ayuno.

Capítulo 5

19. ¡Qué agradable a Dios habría sido tu ayuno, si hubieses destinado a los pobres los gastos de tus banquetes! Más digno de excusa era aquel rico, de cuya mesa los restos que caían, recogía el pobre Lázaro, deseando saciar su hambre; pero también su mesa se asentaba sobre la sangre de muchos pobres y sus copas bullían con la sangre de muchos a los que había obligado a colgarse.

26. Sal 39, 7.

20. ¡Cuántos son matados a fin de que tengáis a vuestra disposición lo que os apetece! Funesta es vuestra hambre, funesta vuestra falta de templanza.

Aquél se precipita desde lo alto del tejado para construir grandes depósitos para vuestro trigo. Aquél otro cae desde la copa de un alto árbol, mientras examina qué tipo de uvas debe cortar con las que hacer vinos dignos de tus banquetes. Otro se ahoga en el mar, por el temor de que peces o unas ostras falten en tu mesa. Otro sucumbe al frío invernal²⁷, mientras va a la caza de liebres o se afana por apresar pájaros con lazo²⁸. Otro, que quizás no ha satisfecho en algo tus deseos, es azotado a muerte ante tus ojos y salpica incluso los manjares con la sangre que ha derramado.

En definitiva, era rico aquel que ordenó que se le presentara en la mesa la cabeza de un pobre profeta, y que no había encontrado otra manera de recompensar a la danzarina que dar la orden de que un pobre fuera ejecutado²⁹.

21. Yo he visto que un pobre fue detenido, al ser obligado a pagar lo que no tenía, fue conducido a la cárcel porque había faltado vino en la mesa de su rico patrón, y sacó a subasta a sus hijos³⁰, con el fin de poder retrasar por un tiempo la pena. Por fortuna, se encontró a alguien que ayudó en semejante situación. El pobre volvió a su casa con los suyos y vio todo saqueado, nada se le había dejado con que alimentarse. Consternado por el hambre de sus hijos, arrepentido de no haberles vendido a alguien que al menos pudiera alimentarles, volvió a su decisión y asumió la responsabilidad de venderles.

27. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 6, 205.

28. Cf. VIRGILIO, *Georgicas*, 1, 139.

29. Cf. Mt 14, 6 ss.

30. Cf. *Tob.* 8, 29. Esta práctica, que no procede del derecho ro-

mano, parece que se extendió en el bajo imperio, quizá por influencia de los pueblos germanos, y se plasmó ya en el código de Justiniano (IV, 43, 2), así como en el de Teodosio (III, 3, 1).

Pero luchaban en él la pobreza injusta y el sentimiento de piedad paterna³¹; el hambre le urgía a ponerles un precio, la naturaleza a cumplir su deber. Muchas veces llegó hasta el punto de estar dispuesto a morir con sus hijos antes de separarse de ellos, y otras tantas se retractó³². Pero al fin venció la necesidad, no la voluntad, e incluso la piedad paterna cedió ante la necesidad.

22. Consideremos ahora el tormento de aquel corazón paterno³³, agobiado por decidir a cual de sus hijos entregaría primero. «¿A quién —se decía— venderé primero? Porque sé que el precio de uno solo no es suficiente para dar de comer a los demás. ¡Sólo este pensamiento, es de una exuberante fecundidad para mi angustia³⁴! ¿Qué hijo entregaré? ¿A quién verá con mejores ojos el mercader de grano³⁵?»

«Daré al primogénito. Pero, él fue el primero que me llamó padre: es el mayor de los hijos, a quien yo honro con razón como al de más edad. Entonces, entregaré al más joven. Pero, a ése le abrazo con más ternura. Del primero, me sonrojo; del segundo, me compadezco. Aquél me causa dolor, por su dignidad; éste, por su edad; el uno siente ya el sufrimiento, el otro lo ignora: me conmueve el dolor de aquél, la inconsciencia de éste».

«Me volveré a los otros: aquél me conmueve más; ése es más respetuoso; aquél se parece más a su padre, éste le es de más utilidad; en aquél vendo mi imagen, en éste traiciono mis esperanzas».

«Miserable de mí, no sé qué hacer, no tengo elección. Me rodea un panorama de calamidades, un escenario de

31. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 4.

32. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 6, 128.

33. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 9, 798.

34. En su concisión, esta frase

puede ser interpretada también: «Hacer solo esto, es de una rica fecundidad para mi angustia».

35. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 4.

tribulaciones. Elegir a quién entregar me provoca esta rabia feroz».

23. «Incluso las fieras, cuando sienten que un peligro acecha a sus cachorros o a sí mismas, suelen elegir a quiénes salvar, no a quiénes sacrificar. Pero yo, ¿cómo seré capaz de dejar de lado el cariño natural, cómo voy a olvidar, cómo podré prescindir de la mentalidad de un padre³⁶? ¿Cómo voy a presentar a mis hijos en una subasta, con qué palabras trataré el precio, con qué manos entregaré a la esclavitud a un hijo, con qué ojos le veré esclavo, con qué besos le diré adiós cuando parta, con qué razones justificaré lo que he hecho?»

«Hijo, yo te he vendido a cambio de mi comida. Así pues, la mesa del pobre se ha convertido desde ese momento en más funesta que la del rico. Él adquiere hijos de otros, yo vendo el mío; él impone a los otros una coacción, yo aporto mi voluntaria decisión. Para hacer el motivo más excusable, diré: Hijo, serás esclavo por tus hermanos, para que ellos encuentren alimentos».

«También José, tras haber sido vendido como esclavo por sus hermanos, les alimentó a ellos y a su padre³⁷».

«Y él responderá: pero no le vendió su padre, quien le lloró al perderlo, sino que él mismo más tarde cayó en poder de un rico y a duras penas pudo permanecer libre. Después, su estirpe sirvió durante muchas generaciones a las riquezas de Egipto. En último término, padre, véndeme, con una condición: que no sean ricos los que me compren».

24. «Dudo, lo confieso, pero ¿qué puedo hacer? No venderé a ninguno. Pero, mientras me ocupo de uno solo, verá morir de hambre a todos. Si entrego a uno, ¿con qué ojos verá a los demás, que sospechan de mi falta de piedad y piensan que también venderé a otros? ¿Con qué sentimien-

36. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 4, 319.

37. Cf. Gn 37-50.

to de vergüenza volveré a casa, cómo entraré, en qué estado de ánimo la habitaré, yo que me he privado de un hijo a quien, ni la enfermedad me ha arrebatado, ni la muerte me ha quitado? ¿Con qué conciencia contemplaré mi mesa, que estaba adornada por tantos hijos, formando un círculo alrededor como brotes de olivo?».

25. Estos son los lamentos que pronuncia el pobre en tu presencia, pero la avaricia te hace sordo y tu corazón no se ablanda con el horror de tu comportamiento miserable. Todo el pueblo gime y tú solo, ¡oh, rico!, no te doblegas ni oyes a la Escritura, que dice: *Pierde tu dinero por amor al hermano y al amigo y no lo escondas bajo una piedra para tu ruina*³⁸. Y puesto que no oyes, por ese motivo exclama el Eclesiastés, diciendo: *Hay un trabajoso afán que he visto bajo el sol: riquezas guardadas para la perdición de su dueño*³⁹.

Mas, quizás al volver a casa, cuando hables con tu mujer, ella te exhortará a que rescates al hijo vendido. Pero más bien te exhortará a que le regales adornos femeninos⁴⁰, con una pequeña parte de los cuales podrías liberar al pobre. Ella te impondrá la necesidad de hacer gastos, para que pueda beber en copas adornadas de piedras preciosas, dormir en ropa de púrpura⁴¹, recostarse sobre divanes de plata⁴², cubrir sus manos de oro, su cuello de joyas.

26. A las mujeres les gustan incluso las cadenas en los pies⁴³, con tal de que sean de oro⁴⁴. No piensan que son un

38. Si 29, 13.

39. Qo 5, 12. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 7.

40. Cf. TERTULIANO, *De cultu feminarum*, I, 4, 2.

41. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas*, 2, 506.

42. Cf. OVIDIO, *Fastos*, 2, 345.

43. *Compedes* son grillos, ce-

pos, cadenas con que se aprisionan los pies de los esclavos, pero también cadenas que utilizaban como adorno las mujeres por encima del tobillo. Cf. PLINIO, *Historia natural*, 23, 54; PETRONIO, *Satiricón*, 67.

44. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 4.

peso, si son preciosas; no juzgan que sean unos lazos, si en ellas resplandece un tesoro. Gozan incluso con las heridas, para introducir oro en sus oídos y pendientes de perlas.

Las joyas tienen su peso y los vestidos no protegen del frío. Se suda bajo el peso de las alhajas, se pasa frío con los vestidos de seda: sin embargo, gustan los objetos valiosos y lo que la naturaleza desaconseja, lo recomienda la avaricia. Con gran pasión se buscan esmeraldas, jacintos, berilios, ágatas, topacios, amatistas, jaspes, sardónices⁴⁵. Aunque cueste la mitad del patrimonio, no se repara en gastos, mientras satisfagan la ambición.

No niego que estas piedras tengan un cierto esplendor agradable, pero son piedras. Incluso ellas mismas, que han sido pulidas contra su naturaleza para que pierdan la aspereza de las piedras, nos advierten de que sería necesario más bien pulir la dureza de la mente.

Capítulo 6

27. ¿Qué artesano ha sido capaz de añadir un solo día a la vida del hombre⁴⁶? ¿A quién han rescatado del infierno sus riquezas? ¿Ha sido un alivio el dinero para la enfermedad de alguien? *Su vida* —dice la Escritura— *no está en la riqueza*⁴⁷. Y en otro lugar: *Las riquezas no aprovechan a los injustos, la justicia en cambio libera de la muerte*⁴⁸. Con razón exclama David: *Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón*⁴⁹. Porque ¿de qué me aprovechan, si no me pueden liberar de la muerte? ¿De qué me aprovechan, si no pueden estar conmigo después de la muerte?

45. *Ibid.*, 7, 7. Ambrosio critica con frecuencia en su obra este lujo. Véanse en este volumen: *Hel.*, 10, 36; *Tob.*, 5, 17.19; 6, 23.

46. Cf. BASILIO DE CESAREA,

Homilía, 7, 7.

47. Lc 12, 15.

48. Pr 10, 2.

49. Sal 62, 11. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 5.

Aquí se adquieren, aquí se abandonan. Por eso, hablamos de un sueño, no de un patrimonio. Por eso, ha dicho bien el mismo profeta a propósito de los ricos: *Durmieron su sueño y nada han encontrado en sus manos todos estos hombres ricos*⁵⁰, es decir: no han logrado nada con sus obras, los ricos que no han ofrecido nada a los pobres. No han aliviado la pobreza de nadie, no han podido encontrar nada que les fuese de utilidad.

28. Considera la misma palabra. Los paganos llaman *Dis* al dios del infierno, al árbitro de la muerte. Y llaman *Dis* también al rico⁵¹ porque éste no sabe dar otra cosa que la muerte; él, que reina sobre los muertos y cuya sede son los infiernos.

Pues, ¿qué otra cosa es el rico, sino un torbellino insaciable de riquezas, un hambre y una sed insaciables de oro⁵²? Cuanto más bebe, más ardiente es su sed. *Quien ama el dinero —dice— no se harta de él*⁵³, y más adelante: *Y ciertamente éste es un pésimo mal, porque como vino, así se ha ido y su abundancia se ha desvanecido en el viento. Y así todos sus días transcurrirán en tinieblas, en llanto, en desasosiego, dolor e ira*⁵⁴, de manera que es más soportable la condición de los esclavos, porque éstos sirven a hombres, mientras aquél sirve al pecado.

En efecto, *el que peca es esclavo del pecado*⁵⁵. Está siempre entre lazos, siempre entre cadenas, nunca libre de impedimentos, porque siempre está envuelto en pecados. ¡Qué miserable esclavitud, servir a los pecados!

50. Sal 76, 6

51. La mitología presenta a *Dis* como al Júpiter del mundo subterráneo. Es la traducción latina de *Pluto*, dios al que los griegos habían dado ese nombre, que significa «Rico». En latín, «rico» se dice

también *dis*, una forma sincopada de *dines*. Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, 2, 66.

52. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 3, 57.

53. Qo 5, 9.

54. *Ibid.*, 5, 15-16.

55. Jn 8, 34.

29. Le son desconocidos los deberes que la misma naturaleza impone: ni siquiera conoce el turno del sueño, o disfruta del placer de la comida, del que ningún esclavo está privado, pues *dulce es el sueño del esclavo, coma poco o coma mucho, pero a aquél que está saciado de riquezas, no le es permitido dormir*⁵⁶.

Le mantiene en vela la avaricia, le agita el ansia vigilante de robar los bienes ajenos, le atormenta la envidia, le molesta la espera, le perturba la infecunda esterilidad de sus bienes, le excita la abundancia. Por eso, a aquel rico, cuyas posesiones habían producido una abundante cosecha y pensó, diciendo para sus adentros: *¿Qué haré, puesto que no tengo dónde almacenar mis cosechas? Y dijo: Haré esto, destruiré mis graneros y los haré más grandes y almacenaré allí todo lo que la tierra me ha producido y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes recogidos para muchos años: descansa, come, bebe, banquetea*⁵⁷, Dios le respondió: *Estúpido, esta noche te pedirán tu alma; y lo que has preparado, ¿para quién será*⁵⁸? Ni siquiera el mismo Dios le permite dormir. Le interpela mientras piensa, le despierta mientras duerme.

30. Pero ni siquiera él mismo soporta estarse quieto, él que se agita por la riqueza y que en medio de la abundancia de las cosechas se lamenta como un indigente⁵⁹. *¿Qué haré?*, se pregunta. *¿Acaso no es ésta la voz de un pobre que no tiene medios para vivir? El que carece de todo mira acá*

56. Qo 5, 11. Entre esta cita y la frase siguiente, el códice Vaticano (V) coloca el siguiente texto, aceptado por F. Gori en su edición: «Por lo demás, utilicemos un ejemplo evangélico para demostrar que el rico no puede dormir».

57. He aquí el texto que sirve a

Basilio para su homilía sexta, en la que Ambrosio se inspira en buena parte de este tratado. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 1. 6.

58. Lc 12, 17-19. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 6.

59. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 1.

y allá, revuelve la casa, no encuentra nada que comer. Nada considera más miserable que estarse consumiendo de hambre y morir de falta de alimento, busca atajos hacia la muerte y combina tormentos más llevaderos para marcharse, empuña la espada, cuelga la soga, prende el fuego, examina el veneno. Y, dudando de qué medio escoger entre todos ellos, se pregunta: *¿Qué haré?* Luego, reclamado por la dulzura de esta vida, desea revocar su decisión, por si puede encontrar medios para vivir. Ve todo despojado, todo vacío. Dice: *¿qué haré?* *¿De dónde sacaré alimentos, de dónde vestidos?* Quiero vivir, a condición de encontrar el modo de soportar esta vida; pero, *¿con qué alimentos, con qué medios?*

31. *¿Qué haré* —dice— *siendo así que no tengo?* El rico grita, diciendo que no tiene: éste es el modo de hablar de la pobreza; el que abunda en todo tipo de frutos, se queja de penuria. *No tengo* —dice— *dónde almacenar mis cosechas.* Pensarías que dice: no tengo cosechas de las que tengo que vivir. ¿Es feliz quien se encuentra en peligro a causa de su abundancia? Al contrario, ése es a causa de su abundancia más desgraciado que el pobre, que se encuentra en peligro a causa de su indigencia. Al menos éste tiene una excusa para su desgracia, sufre ciertamente una injusticia, no tiene culpa. El rico, sin embargo, no tiene a nadie a quien acusar, sino a sí mismo.

32. Y dijo: *Haré esto, destruiré mis graneros.* Podrías pensar también que dice⁶⁰: «Abriré mis graneros para que entren aquellos que no pueden soportar el hambre, para que vengan los indigentes, entren los pobres y llenen sus regazos. Destruiré las paredes que impiden la entrada al hambriento. ¿Para qué voy a esconderlo yo, a quien Dios ha concedido en abundancia lo que ofrezco? ¿Para qué voy a

60. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 2.

encerrar tras los cerrojos de unas puertas el trigo con el que Dios ha querido cubrir toda la extensión de mis campos y que surge abundante sin que nadie lo guarde?».

Capítulo 7

33. La esperanza del avaro ha sido superada, los viejos hórreos están llenos a reventar con el nuevo grano⁶¹. «Antes tuve menos, y en vano lo he conservado; ahora ha nacido más. ¿Para quién lo conservo? Mientras intento saber si los precios aumentan, me he desacostumbrado a hacer el bien. ¿Cuántas vidas de pobres pude salvar con el trigo del año pasado? Me habrían hecho más feliz estos precios que no se valoran en dinero, sino en gracia. Imitaré al santo José⁶² anunciando solidaridad, clamaré a grandes voces: *Venid, pobres, comed mis panes*⁶³, ensanchad vuestro regazo, recibid el trigo. La abundancia del rico, la riqueza del mundo entero, debe ser bienestar para todos⁶⁴».

Tú, sin embargo, no hablas así, sino que dices: *Destruiré mis graneros*. Con razón los destruyes, porque de ellos ningún pobre ha vuelto cargado⁶⁵. Tus hórreos son depósitos de iniquidad, no auxilios que son fruto de la piedad. El rico los destruye con razón porque no ha sabido construir con sabiduría. Destruye sus bienes quien desconoce los eternos; destruye sus graneros quien no ha sabido repartir su grano, sino encerrarlo.

34. *Y los haré más grandes*, dice. ¡Desventurado, distribuye al menos entre los pobres, lo que inviertes en los cos-

61. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas*, 1, 49.

62. Cf. Gn 41, 56. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 2.

63. Pr 9, 5.

64. F. Gori propone una puntuación diferente de esta frase, que

diría: «La abundancia del rico debe ser riqueza para el mundo entero, bienestar para todos».

65. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 6.

tos de los edificios! Mientras evitas el mérito de la liberalidad, pagas el precio de la construcción.

35. Y añadió: *Almacenaré allí todo lo que la tierra me ha producido y diré a mi alma: Alma mía, tienes muchos bienes*. El avaro se consume siempre ante la abundancia de sus productos, porque calcula la depreciación de los alimentos. En efecto, una abundante cosecha es un bien para todos, la carestía es sólo beneficiosa para el avaro. Él se alegra con la subida de los precios más que con la abundancia de los productos y prefiere tener lo que él solo puede vender, a venderlo junto con todos los demás. Obsérvale cómo teme que desborden los montones de trigo de manera que, difundiéndose por encima de los hórreos, vengán a caer sobre los pobres y los necesitados tengan ocasión de obtener algún beneficio⁶⁶. El rico reivindica sólo para sí mismo los productos de la tierra, no porque quiera usarlos, sino para negárselos a otros.

36. *Tienes muchos bienes*, dice. El avaro no sabe llamar bienes sino a aquellos que producen dinero. Pero estoy de acuerdo con él en que se llamen bienes a aquellos que son convertibles en dinero. Ahora bien, ¿por qué convertís cosas buenas en malas, cuando deberíais hacer de las malas, cosas buenas? Porque está escrito: *Con las riquezas injustas haceos amigos*⁶⁷. Por tanto, para quien las sabe usar, son cosas buenas; para quien no las sabe usar, son con razón malas. *Dios, distribuyó a los pobres y su justicia permanece para siempre*⁶⁸. ¿Qué hay mejor que esto? Son cosas buenas, si se las das al pobre, con lo cual conviertes a Dios en deudor tuyo, como si le hubieras concedido un préstamo de

66. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 1.

67. Lc 16, 9.

68. Sal 112, 9. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 2.

piedad. Son cosas buenas, si abres los graneros de tu justicia, de modo que te conviertes en pan de los pobres, vida de los menesterosos⁶⁹, ojos de los ciegos⁷⁰, padre de niños huérfanos⁷¹.

37. Tienes el modo de hacer el bien, ¿qué temes? Estoy de acuerdo con tus palabras. *Tienes muchos bienes recogidos para muchos años*, puedes vivir en la abundancia tú y otros, tienes una riqueza que es pública. ¿Por qué destruyes tus hórreos? Yo te muestro dónde puedes guardar mejor tus granos, dónde puedes vallarlos para que los ladrones no te los puedan robar. Guárdalos en el corazón de los pobres, donde ninguna polilla les corroe⁷² y el tiempo no les consume⁷³. Tienes como almacén el seno de los indigentes, tienes como almacén las casas de las viudas, tienes como almacén las bocas de los niños, de manera que se te pueda decir: *De la boca de los niños y de los lactantes te has procurado alabanza*⁷⁴. Éstos son los almacenes que duran para siempre, éstos los hórreos que no destruye la cosecha futura.

Porque, ¿qué volverás a hacer si el año próximo tienes una cosecha aún más abundante? Demolerás por eso de nuevo los graneros que ahora te dispones a hacer y los construirás mayores. Dios, en efecto, te da la fecundidad, o bien para vencer, o bien para condenar tu avaricia, de manera que no puedas tener excusa.

Tú, sin embargo, reservas en exclusiva para ti lo que Dios ha querido que naciese para todos por medio de ti; más aún, tú mismo te privas de ello. Porque lo conservarías mejor para ti, si lo distribuyeras a otros. En efecto, los frutos de las buenas obras vuelven a los mismos que las han realiza-

69. Cf. Si 34, 25.

70. Cf. Jb 29, 15.

71. Cf. Sal 68, 6.

72. Cf. Mt 6, 20.

73. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 6.

74. Sal 8, 3.

do y la gracia de la generosidad revierte a su autor⁷⁵. Por eso, en definitiva, está escrito: *Sembrad para vosotros en justicia*⁷⁶. Sé un agricultor espiritual, siembra lo que te es útil. Haz una buena siembra en el corazón de las viudas. Si la tierra te devuelve frutos más copiosos de los que ha recibido, ¡cuánto más la recompensa a tu misericordia te devolverá multiplicado lo que hayas dado!

Capítulo 8

38. Por lo demás, ¡hombre!, ¿no sabes que el día de la muerte precede a la cosecha de la tierra y que, en cambio, la misericordia excluye el asalto de la muerte? Están ya presentes los que piden tu alma, ¿y tú aún retrasas los frutos de tus obras, tú te mides aún a ti mismo un largo espacio de vida⁷⁷? *Estúpido, esta noche te pedirán tu alma*. Dice bien, *esta noche*. De noche se le pide el alma al avaro: comienza en tinieblas y persevera en las tinieblas.

Para el avaro es siempre noche; para el justo, día. A éste se le dice: *En verdad, en verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso*⁷⁸. *El necio, sin embargo, cambia como la luna*⁷⁹, por su parte *los justos brillarán como el sol en el reino de su padre*⁸⁰. Con razón se tacha de insensato al que pone su esperanza en la comida y la bebida. Y por eso se presenta demasiado pronto para él el momento de la muerte, según aquello que se ha dicho de quienes son esclavos de la gula: *Comamos y bebamos, porque mañana moriremos*⁸¹. Con razón se llama insensato a quien prepara para

75. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 3.

76. Os 10, 12.

77. En esta expresión subyace la creencia pagana de que la vida es un hilo tejido por las Parcas. La muerte sobreviene al hombre,

cuando le cortan. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 6.

78. Lc 23, 43.

79. Si 27, 12.

80. Mt 13, 43.

81. Is 22, 13.

su alma bienes corporales, porque almacena cosas sin saber para quién las guarda.

39. Y por eso se le dice: *Lo que has preparado, ¿de quién será?* ¿Para qué mides y numeras y sellas a diario? ¿Para qué examinas el oro y pesas la plata? ¡Cuánto mejor es ser generoso donante, en vez de celoso guardián! ¡Cuánta más gracia te reportaría que muchos huérfanos te llamaran padre, en vez de tener innumerables monedas bajo sello en una bolsa⁸²! Porque el dinero se deja aquí, la gracia la llevamos con nosotros ante el Juez de nuestros méritos.

40. Pero quizá dirás lo que habitualmente soléis decir: «No debemos dar a quien Dios ha maldecido, hasta el punto de querer que sufra necesidad». Pero los pobres no son malditos, porque está escrito: *Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos*⁸³. No del pobre, sino del rico dice la Escritura: *Será maldito aquel que controla el precio del grano*⁸⁴.

Después, no indagues lo que cada uno merece. La misericordia no suele juzgar sobre los méritos, sino socorrer las necesidades, ayudar al pobre, no calcular lo que es justo. Porque está escrito: *Bienaventurado el que atiende al miserable y al pobre*⁸⁵. ¿Quién es el que lo entiende? El que se compadece de él, el que reconoce que tiene la misma naturaleza, el que es consciente de que el Señor ha creado tanto al rico como al pobre, el que sabe que santifica sus bienes⁸⁶, si de ellos destina una parte a los pobres.

Así pues, cuando poseas algo con lo que hacer el bien, no lo retrasas diciendo: *Mañana daré*⁸⁷, no sea que pierdas la posibilidad de dar. Es peligroso el aplazamiento, cuando

82. Cf. BASILIO DE CESAREA,
Homilía, 6, 3.

83. Mt 5, 3.

84. Pr 11, 26.

85. Sal 41, 2.

86. Cf. Si 35, 11.

87. Pr 3, 28.

se trata de salvar a otro; puede ocurrir que, mientras tú lo difieres, él muera. Más bien, adelántate a la muerte, no vaya a ser que la avaricia te lo impida también mañana y las promesas no se cumplan.

Capítulo 9

41. Pero, ¿qué digo: no retrases la generosidad? ¡Ojalá no aceleres el robo, ojalá no extorsiones lo que has deseado, ojalá no busques lo que es de otro, te despreocupes de lo que te ha sido negado, soportes con paciencia a quien rechaza tu proposición! No escuches a aquella Jezabel, que es la avaricia, cuando te dice, como en una emanación de vanidad⁸⁸: *Yo te daré*⁸⁹ la propiedad que deseas. Tú estás triste porque quieres sopesar la medida de la justicia, a fin de no robar lo que es de otro; yo tengo mis derechos, tengo mis leyes. Calumniaré para despojar y, a fin de que la propiedad del pobre sea arrebatada, atentaré contra su vida.

42. ¿Qué otra cosa se describe en esta historia, sino la avaricia de los ricos, que es una corriente vana, que lo arrebatata todo a la manera de un río y transporta cosas que no sirven para nada?

Ésta es Jezabel, no una sino múltiples, no de una época sino de muchas épocas. Ésta dice a todos, como aquélla dijo a su marido Ajab: *Levántate, come pan y vuelve en ti mismo. Yo te daré la viña de Nabot el israelita.*

43. *Y escribió una carta en nombre de Ajab, la selló con su sello y envió la carta a los ancianos y a los magistrados que habitaban con Nabot. Y en la carta estaba escrito: Pro-mulgad un ayuno, traed a Nabot al frente del pueblo y ele-*

88. Esta interpretación del nombre de Jezabel -*profluuium vanitatis*- aparece de nuevo en

Exh. II, 5, 30: *uanum et saeculare profluuium.*

89. 3 R 21, 7.

*gid dos hombres, hijos de la iniquidad, que le sean hostiles para que den un falso testimonio contra él, diciendo: Ha bendecido a Dios y al rey; conducidle fuera y lapídale*⁹⁰.

Capítulo 10

44. ¡Con qué evidencia se describe la manera habitual de actuar de los ricos! Se entristecen, si no roban lo ajeno; prescinden de la comida; ayunan, no para atenuar su pecado, sino para condescender con el crimen. Entonces, los ves venir a la iglesia solícitos, humildes, perseverantes, con el fin de merecer la obtención del éxito para su crimen.

Pero a ellos les dice el Señor: *No es éste al ayuno que he querido; aunque encorves la cabeza como un junco y te cubras de ceniza e incluso te vistas de saco, ni siquiera así convocaríais un ayuno grato. Yo no quiero semejante ayuno, dice el Señor. Por el contrario, desata todo lazo de iniquidad, disuelve las obligaciones de los pactos impuestos por la fuerza, libera a los oprimidos y rompe toda escritura injusta. Comparte tu pan con el hambriento y acoge en tu casa a los pobres que no tienen techo. Si ves a uno que está desnudo, cúbrele y no desprecies a los parientes de tu sangre. Entonces brillará tu luz como la aurora y se dejará ver pronto tu salvación e irá delante de ti la justicia y la majestad de Dios te rodeará. Entonces llamarás y Dios te escuchará y antes de que hayas acabado de hablar te dirá: Heme aquí*⁹¹.

90. 2 R 21, 7-10. La expresión latina que utiliza Ambrosio para describir la estrategia de Jezabel, indicando que pongan a Nabot *in principem populi*, corresponde seguramente a la de la *vetus latina* que traduce a la letra la versión de los Setenta. La Vulgata, sin embargo, dice *inter primos populi*, es decir: «haced que tome asiento en-

tre los príncipes del pueblo». También es digna de comentario la minuciosidad con que Jezabel, que está a punto de cometer un crimen, se pliega a la costumbre judía de evitar toda palabra indecorosa, por lo que emplea el verbo «bendecir», por «blasfemar».

91. Is 58, 5-9.

45. ¿Oyes, ¡oh rico!, lo que te dice el Señor Dios? Y tú vienes a la iglesia, no para dar nada al pobre, sino para quitárselo. Ayunas, no para que aprovechen a los necesitados los gastos de tu banquete, sino para obtener el despojo de los menesterosos. ¿Qué quieres obtener junto con el registro, el documento, el sello, la escritura y la obligación del derecho? ¿No lo has oído? *Desata todo lazo de iniquidad, disuelve las obligaciones de los pactos impuestos por la fuerza, libera a los oprimidos y rompe toda escritura injusta.*

Tú me presentas las tablas legales, yo te recito la ley de Dios; tú escribes con tinta, yo te recuerdo las palabras de los profetas, escritas por el Espíritu de Dios⁹²; tú compones falsos testimonios, yo pido el testimonio de tu conciencia, del que, como juez tuyo que es, no puedes huir ni prescindir. No podrás rechazar ese testimonio el día en el que Dios revelará los secretos de los hombres.

Tú dices: *Destruiré mis graneros*; el Señor dice: «Deja, más bien que todo lo que está en el granero sea adjudicado a los pobres, deja que esos almacenes aprovechen a los indigentes⁹³». Tú dices: *Los haré más grandes y almacenaré allí todo lo que la tierra me ha producido*; el Señor dice: *Comparte tu pan con el hambriento*. Tú dices: «Quitaré al pobre su casa»; pero el Señor dice: *Acoge en tu casa a los pobres sin techo*. ¿Cómo pretendes, ¡oh rico!, que Dios te escuche, cuando tú no crees que debes escucharle a Él? Si no se somete todo al arbitrio del rico, se monta una escena⁹⁴; si se rechaza la petición del rico, se toma por una injuria hecha a Dios.

92. Cf. 2 Co 3, 3.

93. En este punto de su obra, Ambrosio atribuye a Dios la idea que ya había expuesto antes en 6, 32, siguiendo a BASILIO DE CE-

SAREA, *Homilía*, 6, 2.

94. La que Jezabel prepara, ante la negativa de Nabot a plegarse a la voluntad del rey Ajab.

Capítulo 11

46. Dice: *Ha bendecido a Dios y al rey*; es evidente que se equipara a las personas, para que la ofensa sea considerada igual. *Ha bendecido* –dice– *a Dios y al rey*. Para evitar que la palabra «maldición» perjudique al rico y el mismo sonido de la palabra le ofenda, se dice «bendición», en vez de «maldición»⁹⁵. Se buscan dos testigos inicuos. También Susana fue deseada por dos testigos⁹⁶; asimismo, la sinagoga encontró dos testigos para que lanzaran falsas acusaciones contra Cristo⁹⁷; por la declaración de dos testigos, se mata al pobre. Por tanto, *sacaron afuera a Nabot y le lapidaron*⁹⁸. ¡Ojalá le hubiera sido permitido al menos morir entre los suyos! El rico niega al pobre, incluso la sepultura.

47. *Y sucedió* –dice– *que, cuando Ajab oyó que Nabot había muerto, rasgó sus vestiduras y se vistió de saco. Y sucedió después de todo esto que Ajab se levantó y bajó a la viña de Nabot el israelita, para tomar posesión de ella*. Los ricos se encienden de ira y calumnian para acarrear el mal, si no obtienen lo que han deseado. Pero cuando han hecho daño con sus calumnias, entonces fingen dolor; no obstante, tristes y como compungidos –no en su corazón, sino en el rostro– se dirigen al lugar de una propiedad arrebatada a la fuerza y toman posesión de ella con inicua satisfacción.

48. Esto conmueve a la justicia divina, que condena al avaro con la adecuada severidad, diciendo: *Has matado y has tomado posesión de una herencia. Por eso, en el lugar en que los perros han lamido la sangre de Nabot, allí lamerán los perros tu sangre y las meretrices se lavarán en tu sangre*. ¡Qué justa, qué severa es esta sentencia, según la

95. Cf. nota a 9, 43.

96. Cf. Dn 13, 34.

97. Cf. Mt 26, 60; Mc 14, 56.

98. 3 R 21, 13.

cual se le impone que la misma muerte cruel⁹⁹ que él infligió a otro, él mismo la pague con el horror de su propia muerte!

Dios contempla al pobre insepulto y por eso decide que el rico yazca insepulto, para que también de muerto pague la pena de su iniquidad, él que pensó que ni siquiera un muerto era digno de perdón. Y así, el cadáver cubierto por la sangre de sus heridas manifestó la crueldad de su vida a través del género de su muerte. Cuando el pobre la soportó, el rico era condenado; cuando este último la sufrió, el pobre fue vengado.

49. ¿Qué significa que *las meretrices se lavaron en la sangre de Ajab*, sino quizás expresar que en aquella crueldad del rey se encerraba una perfidia como la de una meretriz o una avidez sanguinaria, puesto que fue tan ávido como para desear un terreno y tan sanguinario como para matar a un hombre a causa de ese terreno? Una pena justa, adecuada a su avaricia, destruye al avaro.

Por lo demás, también a la misma Jezabel la comieron los perros y las aves del cielo, para demostrar que la tumba del rico se convierte en presa del espíritu maligno. Evita, pues, ¡oh rico!, un final como éste. Pero evitarás un fin semejante, si evitas un comportamiento tan infame. No seas como Ajab, no desees la propiedad vecina. No habite contigo Jezabel, la avaricia feroz que llegue a persuadirte de cometer crueldades, que no te disuada de tus apetencias, sino que las fomente, que te haga aún más triste, aunque te hayas apoderado de lo que deseabas, que te deje desnudo, aunque hayas llegado a ser rico.

99. Cf. CICERÓN, *Pro Sestio*, 83. Véase también *Iac.*, I, 6, 25. Aquí también nos apartamos de la

versión de C. Schenkl y preferimos la de F. Gori, más de acuerdo con el contexto.

Capítulo 12

50. En realidad, todo hombre hacendado se tiene por pobre, porque piensa que a él le falta lo que otros poseen. Le falta todo el mundo a aquél, cuyas ambiciones no contiene todo el mundo¹⁰⁰. Por el contrario, *todo el mundo de las riquezas pertenece a aquel que es fiel*¹⁰¹. Huye de todo el mundo aquél que, al examinar su conciencia, teme ser detenido.

Y por eso, según la historia, Ajab dice a Elías (o más bien, en alegoría, dice el rico al pobre): *Me has hallado, enemigo mío*¹⁰². ¡Qué miserable es una conciencia que se lamenta de haber sido descubierta!

51. Y Elías le dijo: *Te he hallado porque has hecho el mal en la presencia de Dios*¹⁰³. Su interlocutor era rey, exactamente el rey Ajab de Samaría. Elías era pobre y necesitaba pan: le habría faltado la base de la subsistencia, si los cuervos no le hubieran proporcionado alimento.

La conciencia del pecador estaba tan hundida que ni siquiera la pompa del poder real era capaz de elevarla. Por eso, como si fuera una persona vil y degenerada, dice: «*Me has hallado, enemigo mío* y has captado en mí lo que yo creía que estaba oculto. Ningún secreto de mi mente se te escapa; me has encontrado, están abiertas ante ti mis heridas, mi cautividad está próxima. El pecador es descubierto, cuando se desvela su iniquidad».

Por el contrario, el justo dice: *Me has sometido a la prueba del fuego y se ha encontrado iniquidad en mí*¹⁰⁴. Cuando Adán estaba escondido, fue hallado; a su vez, la tumba de Moisés jamás fue hallada; Ajab fue descubierto, Elías no

100. Cf. *supra* 1, 2.

101. Pr 17, 6a (*Sept.*).

102. 3 R 21, 20.

103. *Ibid.*

104. Sal 16, 3.

y la Sabiduría divina dice: *Los malvados me buscarán y no me hallarán*¹⁰⁵. De ahí que también, en el Evangelio, buscaban a Jesús y no le encontraban¹⁰⁶.

La culpa, por tanto, descubre a su autor. Por eso, también el tesbita dice: *He descubierto que has actuado mal a los ojos del Señor*¹⁰⁷, porque el Señor entrega al poder de sus enemigos a los culpables, no a los inocentes. En efecto, Saúl buscaba al justo David y no podía encontrarle, mientras el justo David encontró a Saúl, a quien no buscaba, porque el Señor le entregó a su poder¹⁰⁸. Así pues, la abundancia es prisionera, la pobreza es libre¹⁰⁹.

52. Sois esclavos, ¡oh ricos!, y vuestra esclavitud es miserable, porque sois esclavos del error, sois esclavos de la concupiscencia, sois esclavos de una avaricia que no puede ser saciada. Es una especie de torbellino insaciable¹¹⁰, más voraz cuando engulle lo que se le arroja y, una vez desbordado, se enturbia de fango a la manera de un pozo y corroe la tierra, que no le va a servir para nada¹¹¹.

También con este ejemplo es útil advertiros: porque un pozo, si no sacas agua de él, se contamina fácilmente por culpa del estancamiento ocioso y la degradante inmovilidad, mientras que, si es utilizado, el agua se mantiene nítida y es agradable de beber¹¹². Así también la abundancia de riquezas, polvorientas mientras se acumulan, resplandece cuando se utilizan, pero se las tiene por inservibles cuando no se las emplea.

105. Pr 1, 28.

106. Cf. Jn 8, 21.

107. 3 R 21, 20. Elías, a lo que parece, procedía de la ciudad de Tesbes en la región de Gilcad, situada en el este de Jordania.

108. Cf. 1 R 23, 15; 24, 4-5; 26, 4.

109. Los razonamientos que Ambrosio expone en este capítulo tienen reminiscencias estoicas, que culminan en esta conclusión.

110. Cf. *supra* 6, 28.

111. Cf. *supra* 9, 42.

112. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 5.

Así pues, saca algo de este pozo. *El agua apagará el fuego que arde y la limosna vencerá los pecados*¹¹³, pero el agua estancada pronto produce gusanos. No esté inactivo tu tesoro, no permanezca encendido tu fuego. Caerá sobre ti, si no lo desvías con las obras de tu misericordia. Considera, ¡oh rico!, en cuántos incendios estás envuelto. Es tu voz la que dice: *Padre Abraham, di a Lázaro que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua*¹¹⁴.

53. Por consiguiente, te aprovecha a ti todo lo que has dado al menesteroso, redunda en crecimiento para ti todo lo que hayas disminuido. Te alimentas de aquella comida que hayas entregado al pobre, porque el mismo que se compadece del pobre se nutre a sí mismo y esto es ya una buena cosa. Se siembra misericordia en la tierra y germina en el cielo; se planta en el pobre y fructifica en la presencia de Dios.

Dios dice: *No digas: daré mañana*¹¹⁵. El que no soporta que tú digas: *Daré mañana*, ¿cómo va a soportar que digas: no daré¹¹⁶? No das de lo tuyo al pobre, sino que le devuelves de lo suyo; porque tú solo usurpas lo que es común, lo que ha sido dado para uso de todos. De todos es la tierra, no de los ricos; pero los que utilizan lo suyo son mucho menos que los que no lo usan¹¹⁷. Por tanto, devuelves aquello que debes, no das lo que no debes. Y por eso te dice la

113. Si 3, 33 (32).

114. Lc 16, 24.

115. Pr 3, 28.

116. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 6.

117. El CSEL, así como los editores anteriores, dicen justamente lo contrario; no obstante, parece razonable la conjetura de F. Gori, quien cambia el *non* al se-

gundo *utuntur*. Así lo traducimos, no sin anotar que —como ya advertimos en la Introducción— estas afirmaciones de Ambrosio se han pretendido interpretar como una proclama a favor del comunismo, cuando en realidad critican la acumulación de tierras por parte de unos pocos.

Escritura: *Inclina tu oído al pobre, devuélvele lo que le debes y respóndele palabras amables con mansedumbre*¹¹⁸.

Capítulo 13

54. Pues, ¿por qué te ensoberbeces, oh rico? ¿Por qué dices al pobre: «no me toques»? ¿No es verdad que has sido concebido en un útero y has nacido de un útero, como ha nacido el pobre¹¹⁹? ¿Por qué te enorgulleces por la nobleza de tu origen? Soléis llevar cuenta de los orígenes de vuestros perros, como si fueran los de los ricos; soléis hablar de la nobleza de vuestros caballos¹²⁰, como si fuera la de los cónsules. Aquél ha sido engendrado por tal padre y parido por tal madre; el otro se jacta de tal abuelo y aquel otro se gloria de sus bisabuelos.

Pero, al que corre, no le sirve de nada todo eso; no se concede la palma de la victoria a la nobleza, sino a la carrera. El que ha sido vencido hace peor figura, precisamente porque su nobleza ha sido puesta en entredicho.

Por tanto, guárdate ¡oh rico!, de que en ti no sean deshonrados los méritos de tus antepasados, no vaya a ser que también a ellos se les pueda decir: «¿Por qué habéis educado a semejante persona? ¿Por qué habéis elegido a semejante heredero?». Los méritos del heredero no consisten en atesonados de oro¹²¹, ni en pavimentos de profirio¹²². De estas cosas no tienen el mérito los hombres, sino las minas donde los hombres cumplen sus penas. El oro es buscado por los pobres y a los pobres se les niega. Trabajan para buscar, trabajan para encontrar aquello cuya posesión desconocen.

118. Si 4, 8.

119. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 6, 7.

120. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 2.

121. Cf. *Exam.*, VI 8, 52: VIR-

GILIO, *Eneida*, 1, 726.

122. Esta expresión latina podría traducirse también: «paredes revestidas de profirio»: cf. L. A. SÉNECA, *Epístolas a Lucilio*, 86, 6.

55. Y me produce estupor que vosotros, ricos, penséis que tenéis derecho a jactaros de esto, cuando el oro es más causa de ignominia que motivo de honor. *En efecto, también el oro es causa de ignominia y jay de aquellos que le persiguen!*¹²³ En definitiva, es bendecido el rico *que ha sido hallado sin pecado y que no ha corrido tras el oro, ni puesto su esperanza en los tesoros del dinero*¹²⁴. Mas, como si no fuese conocido, desea demostrarlo. *¿Quién es —dice— y le alabaremos?*¹²⁵ Porque ha hecho algo que debemos admirar como una novedad, más que reconocerlo como algo habitual.

Por tanto, es verdaderamente perfecto y digno de gloria aquél que en medio de las riquezas ha sido capaz de recibir aprobación. *El que ha podido transgredir —dice— y no ha transgredido y hacer el mal y no lo ha hecho*¹²⁶. Así pues, el oro que es una tentación tan grande al pecado, no os es recomendado tanto por su propio valor, como por el sufrimiento que proporciona a los hombres.

56. ¿Acaso os enorgullecen vuestros amplios atrios¹²⁷, que más bien deberían entristeceros porque, mientras acogen multitudes, excluyen la voz del pobre? Si bien es verdad que no sirve para nada que esa voz sea escuchada, porque aunque se escuche no logra ningún favor.

Por lo demás, ni siquiera vuestro palacio suscita vergüenza en vosotros que, al edificarlo, queréis superar vuestras riquezas y sin embargo no lo conseguís. Revestís paredes, despojáis a hombres. El desnudo grita ante tu casa y tú le desprecias; grita un hombre que está desnudo y tú te preocupas de escoger los mármoles con los que cubrir tus pavimentos. El pobre pide dinero y no lo obtiene; un hombre pide pan, y tu caballo mastica entre sus dientes un freno de oro¹²⁸.

123. Si 31, 7.

124. Si 31, 8.

125. Si 31, 9.

126. Si 31, 10.

127. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 1, 725-726.128. *Ibid.*, 7, 279.

Pero a ti te gustan los adornos costosos, mientras los demás no tienen trigo, ¡qué terrible sentencia asumes, oh rico! El pueblo pasa hambre, y tú cierras tus graneros; el pueblo llora, y tú haces girar la piedra de tu anillo. ¡Desgraciado, en cuyo poder está salvar de la muerte a tantas almas, y no lo quieres hacer! La piedra preciosa de tu anillo habría podido salvar la vida de todo el pueblo¹²⁹.

57. Escucha bien, qué tipo de alabanza conviene al rico. *He liberado –dice– de la mano del poderoso al pobre y he escuchado al huérfano, que no tenía a nadie que le ayudara. Ha venido sobre mí la bendición de quien va a perecer y la boca de la viuda me ha bendecido. Me revestía de justicia, era el ojo de los ciegos y el pie de los cojos; yo era padre de los enfermos*¹³⁰. Y más adelante: *El huésped no ha pasado la noche ante mi puerta y la puerta de mi casa ha permanecido abierta a todo viajero. Si, no obstante, he pecado por imprudencia, no he escondido mi culpa ni he temido a la multitud de la gente hasta el punto de negarla en su presencia. Tampoco he permitido que un enfermo saliera de mi puerta con las manos vacías*¹³¹.

También recordó que había devuelto roto el recibo del deudor, sin haber recuperado la deuda¹³². Y ¿para qué voy a repetir todo lo que dice: que lloró y gimió por cada enfermo, cuando veía a un hombre en necesidad, mientras él estaba rodeado de bienes; y que más bien fueron para él días de sufrimiento, siempre que constataba que él tenía riquezas y otros estaban en la indigencia?

Si dice esto aquél que jamás hizo que se debilitaran los ojos de la viuda, que nunca comió solo su pan, negándose al huérfano a quien desde su juventud alimentó, for-

129. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 4.

130. Jb 29, 12-16.

131. Jb 31, 32 ss.

132. Cf. *Off.*, I, 32, 168.

mó, educó con afecto de padre, que ni una sola vez menospreció al desnudo, que cubrió al moribundo, que con las pieles de sus ovejas calentó las espaldas de los enfermos, no ha oprimido al huérfano, nunca se ha deleitado en las riquezas, nunca se ha regodeado con la caída de sus enemigos; si el que ha hecho esto, de riquísimo que era, ha comenzado ya a ser indigente; si de un patrimonio tan grande no ha sacado más provecho que el fruto de su misericordia, ¿qué será de ti, que no sabes hacer uso de tu patrimonio, que aún teniendo grandes riquezas mantienes tiempos de miseria porque no das nada a nadie, no ayudas a nadie¹³³?

Capítulo 14

58. Por tanto, eres guardián, no señor de tus riquezas; tú, que escondes el oro bajo tierra, eres ciertamente su servidor, no su dueño. Pero *allí donde está tu tesoro, allí también está tu corazón*¹³⁴. En consecuencia, con ese oro has escondido bajo tierra tu corazón. Vende más bien tu oro y compra la salvación, vende la piedra preciosa y compra el reino de Dios, vende el campo y cómprate la vida eterna.

Expongo la verdad, porque apporto palabras de verdad. *Si quieres ser perfecto —dice—, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo*¹³⁵. Y no te entristezcas al oír estas palabras, para que no se diga también de ti: *¡Qué difícil es que quienes tienen riquezas entren en el reino de Dios*¹³⁶!

133. No son las riquezas en sí mismas, sino el uso que los ricos hacen de ellas, lo que Ambrosio critica. Expone las mismas ideas en *Expl. Ps.* 36, 28; *Exp. eu. Luc.*, 8, 85.

134. Mt 6, 21. Cf. BASILIO DE

CESAREA, *Homilía*, 7, 3.

135. Mt 19, 21-22. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 1.

136. Mc 10, 23; Mt 19, 23. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía*, 7, 3.

Es más, cuando lees estas palabras, piensa que la muerte puede quitarte esas cosas, que un poder superior te puede despojar de ellas; y después, considera que se te piden cosas pequeñas a cambio de otras grandes, perecederas a cambio de eternas, tesoros de dinero a cambio de tesoros de gracia. Los de aquí se corrompen, los otros permanecen.

59. Piensa que estos tesoros no los posees tú solo. Contigo los posee la polilla, los posee el orín, que corroe la riqueza. La avaricia te ha dado estos compañeros. Contempla, por el contrario, qué deudores te da la gracia: *Los labios de los justos bendecirán al que es generoso en dar pan y surgirá el testimonio de su bondad*¹³⁷. Hace deudor tuyo a Dios Padre quien, por el servicio que has prestado en ayuda del pobre, te paga un interés como todo deudor de un buen acreedor. Hace deudor tuyo al Hijo, que ha dicho: *Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era huésped y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis*¹³⁸. Porque dice que lo que se hizo a cualquiera de los más pequeños, se le hizo a Él.

60. No sabes, ¡hombre!, acumular riquezas. Si quieres ser rico, sé pobre para el mundo, para ser rico ante Dios. Quien es rico en la fe, es rico ante Dios; el rico en misericordia, es rico ante Dios; el rico en sencillez de vida, es rico ante Dios; el rico en sabiduría, el rico en ciencia, es rico ante Dios.

Hay hombres que viven en la abundancia siendo pobres y otros que en medio de las riquezas son menesterosos. Viven en la abundancia los pobres cuya *profunda pobreza se convirtió en la riqueza de su sencillez*¹³⁹; por el contrario, *los ricos se encontraron en la necesidad y pasaron hambre*¹⁴⁰. Porque no en vano ha sido escrito: *Los pobres precederán a los*

137. Si 31, 28.

138. Mt 25, 35.

139. 2 Co 8, 2.

140. Sal 34, 11.

ricos y los siervos prestarán con intereses a sus señores¹⁴¹, ya que los ricos y los amos siembran cosas inútiles y malas, de las que no recogen fruto, sino que cosechan espinas¹⁴².

Y, por tanto, los ricos estarán sometidos a los pobres y los siervos prestarán a sus amos bienes espirituales, como el rico rogaba que el pobre Lázaro le prestase una gota de agua¹⁴³. También tú, ¡oh rico!, puedes observar esta enseñanza. Sé generoso con el pobre y habrás hecho un préstamo al Señor; en efecto, *el que da al pobre, hace un préstamo a Dios*¹⁴⁴.

61. El santo David, en el salmo setenta y cinco –cantando un himno a Dios, escrito contra el rey asirio, es decir, contra el asirio de la iniquidad espiritual, príncipe inútil y vano de este mundo–, bellamente comienza así: *El Dios conocido en Judea*¹⁴⁵, es decir Dios no es conocido entre los ricos, los nobles y potentados, sino en el alma creyente. Y añade: *Su nombre es grande en Israel*¹⁴⁶, no entre príncipes y cónsules, sino en aquél que ve a Dios. Porque Israel es todo aquel en quien una fe profunda ha sido capaz de llegar al conocimiento de Dios.

62. *Y el lugar donde habita –dice– se ha convertido en un lugar de paz*¹⁴⁷, donde la tranquilidad del alma no es agitada por las olas de las diversas pasiones, no es turbada por las tempestades de la avaricia, no arde en la hoguera del deseo de buscar riquezas. Es el mismo que contempla los bienes eternos y habita en Sion, que destruye todas las armas de las guerras del espíritu, que rompe en pedazos los arcos con los que el diablo, disparando flechas de fuego, suele inflamar graves pasiones en los corazones humanos.

141. Pr 22, 7.

142. Cf. Pr 22, 8; Jr 12, 13.

143. Cf. Lc 16, 24.

144. Pr 19, 17.

145. Sal 75, 2.

146. *Ibid.*

147. Sal 75, 3.

Pero esas flechas no pueden hacer daño al justo cuya luz es Dios y está a tanta distancia del miedo a la oscuridad tenebrosa, que no puede encontrar ningún lugar en él su adversario; éste suele insinuarse también en los poderosos, como se insinuó en Judas el traidor derribando las puertas de la fe como árboles en un bosque, para así poder entrar en su corazón y poseer la habitación del nombre eterno, consagrada con el don del apostolado que le había sido conferido.

Por eso, ese adversario, como malvado usurpador, arranca las puertas para penetrar con violencia; el Señor, por el contrario, alumbra piadosamente a sus siervos e ilumina las tinieblas de este mundo con sus resplandecientes méritos y la claridad de sus virtudes. Esta gracia tienen ante Dios los mansos y los pacíficos, fundamentados en la sobria serenidad de su mente; en cambio, los ignorantes son turbados en su corazón y ellos mismos son la causa de su propia agitación, ya que están agitados por el fuego de sus deseos y fluctúan como las olas del mar.

Capítulo 15

63. Quiénes son éstos, lo ha indicado expresamente la Escritura cuando dice: *Todos los hombres de la riqueza*¹⁴⁸. *Todos* ha dicho, no excluye a ninguno. Y justamente les ha llamado «hombres de la riqueza», no «riqueza de los hombres», para mostrar que no son ellos los poseedores de la riqueza, sino que su riqueza les posee a ellos, porque la propiedad debe ser del propietario, no el propietario de la propiedad¹⁴⁹.

Por tanto, todo aquel que no utiliza su patrimonio como una propiedad, que no sabe dar y distribuir al pobre, ése es

148. Sal 75, 6.

149. Este principio estoico se encuentra formulado en parecidos

términos en L. A. SÉNECA, *De uita beata*, 22. 26 y en VALERIO MÁXIMO, 9, 4.

esclavo de sus bienes, no señor de sus riquezas, ya que custodia las riquezas de otro como un esclavo, no como un señor usa sus bienes. Así pues, en este sentido hablamos de hombre de la riqueza y no de riqueza de un hombre.

*Porque la inteligencia es una cosa buena para quienes la utilizan*¹⁵⁰, pero quien no la usa, ése evidentemente no puede reivindicar para sí la gracia de la inteligencia y por eso se dormirá, como aletargado por el sopor de la embriaguez. Por consiguiente, hombres de esta especie *duermen su sueño*¹⁵¹, esto es duermen su propio sueño, no el de Cristo. Y quienes no duermen el sueño de Cristo, no tienen el descanso de Cristo, no resucitan con la resurrección de Cristo, que ha dicho: *Yo he dormido y he descansado y he resucitado, porque el Señor me recibirá*¹⁵².

64. También en este mundo están adormilados aquellos que han sido hallados dignos del reproche celestial, *aquellos que montaron unos caballos*¹⁵³, a los que no han sido capaces de frenar.

En otro lugar leemos que la Iglesia, o el alma, dice: *Me ha puesto en los carros de Aminadab*¹⁵⁴. Por tanto, si el alma es el carro, cuida de que el caballo no sea la carne; el auriga es el vigor de la mente, que gobierna la carne y reprime sus impulsos, como si fueran caballos, con las riendas de la prudencia¹⁵⁵. Así pues, se adormilaron aquellos que

150. Sal 110, 10.

151. Sal 75, 6.

152. Sal 3, 6.

153. Sal 75, 7.

154. Ct 6, 11. Este versículo del Cantar de los cantares es particularmente oscuro, tanto por la dudosa transmisión del texto, como por lo singular de la metáfora. Parece que habla de la vuelta del

pueblo a Jerusalén, tras el destierro babilónico, con ayuda de los mismos gentiles, maravillados por las grandezas de Yavé.

155. Este principio, de raíces estoicas, está muy presente en la obra de Ambrosio. Véase, *Abr.*, II, 5, 20; II, 6, 27; *Iac.*, I, 2, 4; *Off.*, I, 3, 12; 15, 94.

han montado a caballo en las pasiones del cuerpo, sin gobernarlas por algún tipo de moderación.

Por eso la Escritura ha preferido llamar a esos tales «montadores», más que «jinetes» o «aurigas». En efecto, el auriga dirige los caballos a su arbitrio, con rigor y habilidad, ya sea incitándoles a correr, o sujetándoles cuando están nerviosos, o frenándoles si están fatigados o poniéndoles al trote según su voluntad.

De ahí que, cuando Elías fue arrebatado y como transportado al cielo en un carro, Eliseo le gritó: *Padre, padre, auriga de Israel y su jinete*¹⁵⁶, es decir: tú que gobernabas con buen tacto al pueblo del Señor, has recibido como premio a tu constancia estos carros, estos caballos que corren hacia la divinidad, porque el Señor te ha confirmado como moderador de las mentes humanas y por tanto, como buen auriga que ha vencido el combate, eres coronado con un premio eterno.

También en el profeta Habacuc se lee que al mismo Señor se le dice: *Montarás sobre tus caballos y tu caballería será nuestra salvación*¹⁵⁷. En efecto, espoleó a sus apóstoles, enviándoles en diversas direcciones a fin de que predicasen el Evangelio por todo el mundo. *Montarás* —dice—, como a un conductor de caballos, no como a uno que monta. Porque también un jinete monta, pero para dirigir, no sólo para sentarse porque, si es descuidado y perezoso, no puede hacer avanzar la mente oprimida por el sueño.

65. Además, a propósito del jinete, se ha escrito: *Y el jinete caerá hacia atrás, esperando la salvación del Señor*¹⁵⁸. Y dado que nadie está exento de caídas, aunque un jinete caiga y esté inclinado a ciertos vicios terrenos, no obstante, si no rechaza la esperanza de resucitar, alcanza la salvación fortalecido por la misericordia divina.

156. 4 R 2, 12.

157. Ha 3, 8.

158. Gn 49, 17-18.

Por el contrario, hay un indicio claro de que el que sube al caballo es hallado digno de reprensión, cuando Moisés en persona dice en el canto del Éxodo: *Ha arrojado al mar al caballo y a quien lo monta*¹⁵⁹. Y en Zacarías el Señor ha dicho: *Heriré de locura a todos los caballos y a quien les monta con insensatez*¹⁶⁰. No habló sólo del caballo, sino también de quien lo monta, como está escrito también en el Éxodo: *Al caballo y a quien lo monta*.

En efecto, cuando monta uno que no puede gobernar su propio caballo, también éste va hacia el precipicio¹⁶¹ y su inquietud fuera de control le arrastra hacia lugares abruptos y peligrosos¹⁶². Por tanto, ¡oh ricos!, ¿qué confianza tenéis en los caballos? *Falaz es el caballo para la salvación*¹⁶³. ¿Qué es lo que vosotros aplaudís en los carros? *Éstos por sus carros y éstos por sus caballos, nosotros en cambio seremos ensalzados en el nombre del Señor. Ellos vacilaron y cayeron, nosotros en cambio hemos resurgido y nos mantenemos firmes*¹⁶⁴.

No tengáis afecto a caballos que relinchan¹⁶⁵, no os dejéis atraer, ¡oh ricos!, por el estímulo del placer. Terrible es el Señor y ningún poderoso ni ningún rico pueden resistirle. Él arroja su juicio desde el cielo.

Capítulo 16

66. Es bueno que ya desde ahora os tranquilicéis y, renunciando a vuestros crímenes, temáis el poder del Señor. Por eso se le dijo al parricida Caín: *Has pecado, sosiségate*¹⁶⁶, a fin de que pusiera un freno a su pecado. Haced patentes al Señor vuestros pensamientos. No digáis: no he-

159. Ex 15, 21.

160. Za 12, 4.

161. Cf. Abr., II, 7, 43.

162. Ibid., II, 6, 27. Virgt., 15, 94.

163. Sal 32, 17.

164. Sal 19, 8-9.

165. Cf. Jr 5, 8. 13, 27. Véase, Abr., II, 7, 43; Exam., VI, 3, 10; Expl. Ps. 36, 32; Exp. Ps. 118, 4, 8.

166. Gn 4, 7.

mos pecado. Pablo ha dicho: *Aunque soy del todo inconsciente*¹⁶⁷, pero ha añadido, *no por eso estoy justificado*. También vosotros, aunque seáis del todo inconscientes, abríos al Señor, para que no haya nada que se os escape. Efectivamente, quien se abre al Señor y le confía hasta sus pensamientos más recónditos, celebrará un día festivo en el secreto de su corazón y banqueteará *no con una levadura de maldad e iniquidad, sino con el pan ácimo de la sinceridad y la verdad*¹⁶⁸.

67. Y así el salmista, volviéndose a vosotros al final, dice: *Rogad y restituid al Señor Dios vuestro*¹⁶⁹, esto es: no finjáis, ¡oh ricos!, el día se acerca; rogad por vuestros pecados y restituid con dádivas los beneficios que habéis recibido. De Él habéis recibido lo que ofrecéis, suyo es lo que le dais. Míos son los dones —dice— y mío es lo que os he dado, es decir, lo que me ofrecéis son dones que os he concedido¹⁷⁰; yo os los he dado y os los he concedido.

En definitiva, es el profeta quien dice: *No tienes necesidad de mis bienes*¹⁷¹, por tanto te ofrezco lo que es tuyo, porque nada tengo que no me lo hayas dado tú. La fe es la que hace agradables los dones; la humildad, la que hace valiosas las ofrendas.

*Gracias a la fe ofreció Abel a Dios un sacrificio más excelente*¹⁷²; por eso, la ofrenda de Abel fue preferida a los dones de su hermano Caín: porque le superó en la fe¹⁷³.

En efecto, ¿por qué el sacrificio del pobre es más agradable que el del rico? Porque el pobre es más rico en la fe, está más dotado en sobriedad. Y precisamente porque es pobre, está entre aquellos de quienes se dice: *Los reyes te ofrecerán*

167. 1 Co 4, 4.

168. 1 Co 5, 8.

169. Sal 75, 11.

170. Cf. 1 Cro 29, 14.

171. 1 Cro 15, 2.

172. Hb 11, 4. Cf. Gn 4, 4-5.

173. Cf. *Cain et Ab.*, II, 2, 7;*Fug.* 8, 51.

*presentes*¹⁷⁴. Porque el Señor Jesús se complace, no ante los hombres vestidos con púrpura que le presentan ofrendas, sino ante aquellos que gobiernan sus propios impulsos, que dominan la lujuria del cuerpo con la fuerza de la mente.

Rogad, pues, ¡oh ricos! En vuestras obras no hay nada que sea agradable. Rogad por vuestros pecados y maldades y ofreced dones al Señor Dios vuestro, devolvédselos al pobre, sed liberales con el indigente, prestádselos a aquel menesteroso, a quien no podéis dar satisfacción de otra manera por vuestras infamias. Convertid en deudor a aquel a quien teméis como vengador.

*No aceptaré –dice– terneros de tu casa, ni cabritos de tus rebaños, porque son míos todos los animales de los bosques*¹⁷⁵. Cualquier cosa que ofrezcáis –dice– es mía, porque todo el mundo es mío. No quiero lo que ya es mío; lo que podéis ofrecerme vuestro es el celo de la devoción y de la fe. No me deleitan los sacrificios hechos por ostentación; solamente, ¡hombre!, *ofrece a Dios un sacrificio de alabanza y vuelve al Altísimo tus plegarias*¹⁷⁶.

68. Si lo preferimos, también podemos ciertamente interpretarlo así: al decir [el salmista] que los ricos han dormido su sueño¹⁷⁷, les ha anunciado los reproches del Señor hacia ellos, ha insinuado el terror, ha exaltado su poder al que ni siquiera los ricos podrán resistir. Dirigiéndose a todos ha dicho: duerman los ricos, reciban reproches los ricos, vosotros *rezad y satisfacéd al Señor Dios vuestro, todos los que a su alrededor le ofrecen dones*¹⁷⁸, es decir dad gracias, pobres, *porque Dios no hace acepción de personas*¹⁷⁹.

Acumulen ellos sus riquezas, recolecten dinero, amasen tesoros de oro y de plata; vosotros, que no tenéis otra co-

174. Sal 67, 30.

175. Sal 49, 9.

176. Sal 49, 14.

177. Cf. Sal 75, 6.

178. Sal 75, 12.

179. Hch 10, 34.

sa, rezad; vosotros, que sólo tenéis esto, que es más precioso que el oro y la plata, rezad. Ofreced dones, vosotros que no os habéis apartado de Dios, que *estáis en torno a Él*, porque vosotros que *estabais alejados, os habéis acercado*¹⁸⁰. Pero aquellos que creen haberse acercado mediante las riquezas y el poder, se han alejado a causa de su avaricia.

En efecto, ninguno está fuera, si la culpa no le ha excluido, como expulsó a Adán del Paraíso y puso fuera a Eva; ninguno ha sido alejado, si sus propias infamias no le han arrojado lejos.

69. Por tanto, vosotros que estáis cerca rezad y ofreced dones *a Aquél que es terrible y quita la vida a los príncipes, a Aquél que es terrible ante los reyes de la tierra*¹⁸¹, por la sencilla razón de que no es sobornado por ningún favor del rico, no se pliega a ninguna altanería de los poderosos. Él es quien distribuye las penas según las culpas, quien cuanto más ha dado a cada uno, más le exige¹⁸².

A Saúl, que era de humilde cuna, le confirió el reino; pero perdió el reino y la vida porque no cumplió su mandato¹⁸³. Él [Dios] hizo que muchos reyes del pueblo de nuestros padres se convirtieran por su infidelidad en cautivos de los paganos y, para hablar de la historia que nos hemos propuesto, fue Él el que ordenó que Ajab, el rey ingrato a los beneficios que había recibido del cielo, fuera matado de tal manera que los perros lamieran sus heridas¹⁸⁴.

En efecto, por haber deseado la viña del pobre no contento con las enormes riquezas del reino, el Señor le redujo a una miseria total. No se halló a nadie que lavara sus heridas, a nadie que cubriera su cuerpo. Le faltó la piedad de los hombres, fue sustituida por la voracidad de los

180. Ef 2, 13.

181. Sal 75, 13.

182. Cf. Lc 12, 48.

183. Cf. 1 R 9, 21.

184. Cf. 3 R 21, 19.

perros. El avaro encontró ciertamente dignos ministros para su funeral.

Capítulo 17

70. Llegados a este punto, se plantea la famosa pregunta de cómo interpretar lo que leemos que el Señor dijo a Elías: *¿Has visto cómo se ha humillado Ajab en mi presencia? No haré venir el mal durante su vida; durante la vida de su hijo haré venir el mal*¹⁸⁵; con otras palabras, ¿en qué sentido decimos que es valiosa la penitencia ante el Señor?

He aquí que el rey *se turbó en la presencia del Señor, iba llorando, rasgó sus vestiduras, se cubrió de ceniza y se vestía con un saco desde el día en que mató a Nabot el israelita*¹⁸⁶, hasta tal punto que movió a Dios a misericordia y le hizo cambiar de decisión. Por tanto, una de dos, o la penitencia no tuvo valor ni hizo cambiar al Señor misericordioso, o el oráculo es falso, porque Ajab fue vencido y muerto.

71. Pero, considera que tenía por mujer a Jezabel, cuyos caprichos le enardecían. Ella convirtió su corazón y le hizo execrable a causa de sus enormes sacrilegios¹⁸⁷. Y por consiguiente le hizo revocar su propósito de penitencia. El Señor, a su vez, no puede ser tenido por voluble si juzgó que, a uno que había olvidado su confesión, no debía serle mantenida la promesa que se le había hecho cuando confesó su culpa.

72. Oye una explicación aún más segura. Incluso el Señor mantuvo el tenor de su decisión respecto al rey indigno, pero éste no retuvo los favores divinos a su respecto. El rey de Siria había declarado la guerra; fue vencido y se salvó por clemencia; incluso, tras haber sido hecho prisionero,

185. 3 R 21, 29.

186. 3 R 21, 27.

187. Cf. 3 R 22, 34 ss.

se le concedió la libertad y fue devuelto a su reino. Por lo que respecta a lo que había dispuesto Dios, Ajab, no sólo se salvó, sino que llegó a triunfar; por lo que se refiere a la maldad del rey, armó a su enemigo, por el que habría sido vencido.

Y ciertamente había recibido el aviso del Profeta, que le dijo: *Piensa y mira lo que haces*¹⁸⁸. Repito que había sido advertido de que los siervos del rey de Siria merecían la asistencia de la gracia divina porque había dicho: *El Dios de los montes es el Dios de Israel*¹⁸⁹ y no el dios Baal. *Por eso —dice— nos han vencido. Y por eso —dice el profeta— si no les vencemos completamente, instituye sátrapas en el lugar del rey de Siria*¹⁹⁰, a fin de que les sustraiga a la fuerza y al poder del rey.

En efecto, Ajab venció en el primer encuentro, hasta el punto de poner en fuga al enemigo; venció en el segundo, cuando restituyó su reino al que había hecho prisionero. Por ese motivo quedó patente la profecía sobre la victoria del rey de Siria, cuando uno de los hijos de los profetas dijo a su colega: *¡Mátame! Y el otro no le quiso matar. Entonces dijo: Puesto que no has obedecido a la palabra del Señor, he aquí que apenas te alejes de mí, te matará un león. Y se alejó de él y le encontró un león y le mató*¹⁹¹.

Y después de esto, se presentó otro profeta ante el rey de Israel y le dijo: *Esto dice el Señor: Puesto que has dejado irse libre al hombre de la destrucción, he aquí que tu vida responderá de la suya y tu pueblo de su pueblo*¹⁹².

73. Por tanto, estas profecías muestran claramente que el Señor mantiene sus promesas incluso hacia los indignos; pero los impíos, o son heridos por su estupidez, o son casti-

188. 3 R 20, 22.

189. 3 R 20, 23.

190. 3 R 20, 24.

191. 3 R 20, 35-36.

192. 3 R 20, 42.

gados por otra prevaricación, aunque hayan escapado a los lazos de la primera trasgresión.

Mas, conviene que nosotros actuemos de tal manera que, dignificados por la buena conducta, merezcamos recibir las promesas del Dios omnipotente.

Ambrosio de Milán
TOBÍAS

TOBÍAS

Capítulo 1

1. Tras haber leído el libro profético¹ titulado Tobit, aunque la Escritura nos ha mostrado cumplidamente las virtudes del santo profeta, sin embargo, pienso que debo dedicar a exponeros, en un sermón que los resuma, sus méritos y sus actos, de manera que aquello que el libro sagrado ha narrado por extenso, de acuerdo con el género literario histórico, nosotros lo tratemos de un modo más conciso, recogiendo sus virtudes según su especie, como en un compendio.

2. Fue un hombre justo, misericordioso, compasivo²; y, a pesar de estar dotado de este conjunto de virtudes, padeció los sufrimientos de la cautividad. Él la llevó serena y humildemente, doliéndose más del ultraje común que del suyo propio³, y sin deplorar el hecho de que el testimonio de sus virtudes no le sirviera de nada, sino más bien pen-

1. Como señala F. Gori en su edición de esta obra, el término «profético» debe entenderse, no en sentido técnico —como si Ambrosio lo incluyera entre los libros proféticos—, sino como confirmación de que se trata de un libro inspirado y, por tanto, está incluido en el canon de la Revelación. Este testimonio adquiere más peso aún, si se tiene en cuenta que

san Jerónimo manifiesta sus dudas al respecto cuando redacta la Vulgata.

2. Cf. Tb 1, 3.

3. Esta idea de anteponer lo general a lo personal es muy ambrosiana y se encuentra en todas sus obras. Véase, por ejemplo, lo que expone a propósito del dolor producido por la muerte de su hermano Sátiro en *Exc. frat.*, I, 5.

sando que la humillación que se le infligía era una pena inferior a la que merecía por sus pecados⁴.

3. Incurrió en un edicto que prohibía dar sepultura a los muertos de entre los hijos de la cautividad, pero a él esta prohibición no le reprimía, sino más bien le enardecía, para que no diera la impresión de que, por miedo a la muerte, dejaba de cumplir un deber de piedad. En efecto, la pena de muerte era el premio a esta obra de misericordia.

Declarado reo de tal delito, a duras penas pudo finalmente –gracias a la intervención de un amigo– ser restituido a los suyos, despojado de su patrimonio, indigente, exilado.

4. Se dedicaba de nuevo a esos menesteres y, si tenía algún alimento, buscaba a un peregrino con quien compartirlo⁵. Y así, cuando volvía cansado de su tarea de dar sepultura, tras haber preparado algo que comer, mandaba a su hijo en busca de algún compañero para su mesa.

Mientras se buscaba al comensal, le llegaba la noticia de los restos de un cuerpo insepulto y entonces abandonaba la comida y pensaba que no era compatible con la piedad que, mientras él se alimentaba, yaciera en un sitio público un cuerpo exánime.

5. Esta era su tarea cotidiana, y ciertamente se trataba de una gran tarea. Porque si la ley ordena cubrir a los desnudos⁶ mientras viven, ¡cuánto más debemos cubrir a los muertos! Si acostumbramos a acompañar a los que recorren un largo camino⁷, ¡cuánto más a quienes han partido hacia aquella morada eterna, de donde ya no volverán!

Yo –dice Job– he llorado con cada enfermo⁸. ¿Quién más enfermo que un difunto, de quien en otro lugar dice la Es-

4. Cf. Tb 3, 3-6.

5. Tb 2, 1-8.

6. Cf. Mt 25, 36.

7. Cf. Mt 5, 41.

8. Jb 30, 25.

critura: *llora a un muerto*⁹? El Eclesiastés dice por su parte: *El corazón del sabio está en la casa del duelo, el corazón del necio, por el contrario, en la casa del banquete*¹⁰.

Ninguna tarea hay más noble que ésta: dar a aquél que ya no puede corresponderte; arrebatar a las aves, arrebatar a las bestias, a uno de nuestros semejantes. Se dice que las fieras dispensan a los cuerpos de sus muertos ese trato; ¿se les va a negar a los hombres?

Capítulo 2

6. Mientras el profeta, cansado de este servicio tan santo, reposaba en su aposento, quedó ciego por los excrementos caídos de un nido de pájaros¹¹. No gimió en son de queja, ni dijo: «¿es éste el premio a mis fatigas?». Le dolió más verse privado de rendir sus servicios que de la vista y pensaba que la ceguera no era una aflicción, sino un impedimento.

Y, sosteniéndose con el sueldo de su mujer, se preocupaba de que no entrara nada robado en su casa¹². Su esposa había recibido un cabrito como regalo y Tobit, pensando más en su honor que en sus deberes de piedad hacia ella, no se fiaba de aquélla a quien debía su mantenimiento.

Había prestado dinero a un pariente suyo, a quien no se lo pidió a lo largo de toda su vida, por más que se encontraba en una indigencia tan grande. Apenas se vio cansado y debilitado por la vejez¹³, se lo comunicó a su hijo, no tanto por el deseo de reclamar el préstamo, sino por la solitud en no defraudar a su heredero¹⁴.

9. Si 22, 11 (10).

10. Qo 7, 4.

11. Cf. Tb 2, 9-10.

12. Tb 2, 11-14.

13. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 12,

395. Véase también *Exam.*, V, 16, 55; *Cain et Ab.*, II, 13, 12; *Bon. mort.*, 8, 37; *Iac.*, II, 8, 36.

14. Véase la misma idea en *Ep.*, 19, 5.

7. Así pues, observó el deber de un hombre justo, por el hecho de que dio en préstamo un dinero, sin exigir intereses; en efecto, es malo un préstamo con el que se practica la usura. Por el contrario, no es malo aquel préstamo del que está escrito: *Presta a tu prójimo al tiempo de su necesidad*¹⁵. Pues, también David dice: *El justo se compadece y presta*¹⁶.

Aquel otro préstamo es con razón execrable: prestar dinero a interés, cosa que prohíbe la ley¹⁷. Pero Tobit rechazaba este comportamiento, él que advertía a su hijo para que no descuidara el precepto del Señor de dar limosna con sus riquezas, no prestar dinero con intereses, no volver la cara ante ningún pobre¹⁸.

El que da estas órdenes condena las usuras de los préstamos, de los que muchos han sacado ganancias; para muchos, prestar dinero ha sido un negocio. Pero es cierto que las personas santas lo han prohibido.

8. Cuanto más grave mal es el préstamo con intereses, tanto más loable es aquél que lo evita. Da dinero, si lo tienes: ayudará a otro, lo que para ti es superfluo. Da, como si no fueras a recuperarlo de modo que, si te es devuelto, lo recibas como una ganancia. El que no devuelve el dinero, devuelve benevolencia¹⁹.

Si se te hace un fraude de dinero, se te regala justicia, porque es justo *el que se compadece y presta*²⁰. Si se pierde dinero, se obtiene misericordia, porque está escrito: *El misericordioso presta a su prójimo*²¹.

15. Si 29, 2.

16. Sal 37, 26; 112, 5.

17. Cf Dt 23, 19. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía II in ps. XIV*, 1.

18. Cf. Tb 4, 7-10.

19. Según lo que viene a continuación, esta frase quiere decir

que, cuando no se devuelve el dinero, se ofrece al que lo ha dado, no tanto las gracias, sino más bien la oportunidad de ser generoso e indulgente con el deudor.

20. Sal 112, 5.

21. Si 29, 1.

Capítulo 3

9. Muchos no prestan por miedo a perder, por cuanto temen ser defraudados y esto es lo que suelen decir a quienes les piden. A cada uno de estos se les dice: *Por amor al hermano y al amigo, pierde tu dinero y no lo escondas bajo una piedra para perdición tuya. Pon tu tesoro en los preceptos del Altísimo y te aprovechará más que el oro*²².

Pero los oídos de los hombres se han hecho sordos²³ a preceptos tan saludables y, sobre todo los ricos, tienen las orejas aturdidas por el sonido de sus monedas²⁴ de bronce. Mientras cuentan el dinero, no escuchan las palabras divinas²⁵.

Apenas uno cualquiera, obligado por la necesidad o ansioso por rescatar a los suyos, a quienes los bárbaros²⁶ tienen intención de vender como esclavos, comienza a suplicar al rico²⁷, éste de inmediato vuelve la cara, no reconoce en él su misma naturaleza, no se compadece de la humillación de quien suplica, no alivia su necesidad, no tiene en cuenta la fragilidad que tienen en común; se mantiene inflexible, erguida la cabeza, no se pliega a las plegarias, no se

22. Si 29, 10-11.

23. Cf. CICERÓN, *De republica*, 6, 19.

24. Véase *Exp. ps.* 118, 8, 9.

25. Cf. *supra* Nab., 5, 25.

26. Las tensiones de la sociedad romana con los bárbaros asoman una y otra vez a las páginas escritas por Ambrosio. De las múltiples causas que las provocan, nos limitamos a citar las que aparecen en estos textos unas veces se originan en los banquetes en los que coinciden romanos y aliados bárbaros, cuando todos han bebi-

do en exceso -*Hel* 12, 43-; otras, cuando los jóvenes bárbaros que han servido a los señores se mofan de ellos -*Ibid.*, 13, 46-; a veces los romanos emplean el vino -*Ibid.*, 15, 54-, o el juego -*Tob.*, 11, 39- como una táctica para debilitar a sus adversarios. El pasaje que ahora comentamos refleja un conflicto más serio, causado por la creciente riqueza de los bárbaros que les permite comprar esclavos romanos.

27. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía II in ps. XIV*, 1.

conmueve por las lágrimas, es insensible a los sollozos; jura que no tiene dinero, incluso que él mismo busca un prestamista que le ayude en sus propias necesidades²⁸.

¿Por qué añades un juramento a tu insensibilidad y a tu avaricia? Con un perjurio, no te desligas, sino que te atas.

10. Pero, en cuanto se menciona la usura o el empeño, inmediatamente el prestamista, fruncido el ceño, sonríe y, como si le viniera al recuerdo una amistad casi paternal, acoge con un beso a aquel a quien antes negaba conocer, le llama hijo en virtud de un amor hereditario, le prohíbe llorar.

«Buscaremos –dice– si en casa tenemos algo de dinero; por ti, despilfarraré la herencia paterna, que es una obra de artesanía. Será un sacrificio enorme. ¿Qué intereses pueden compensar el valor de objetos que han sido elaborados? Pero, por un amigo, no tendré miedo de cometer un despilfarro. Cuando lo devuelvas, lo reharé».

Y así, antes de dar, se apresura a recibir, y el que dice que él en definitiva ayuda²⁹, exige intereses. «Los días primeros de mes –dice– me pagarás los intereses; entretanto, si no puedes restituirme el préstamo, no te lo exijo».

De este modo, habiendo dado una sola vez, remueve ese hecho con frecuencia y logra que continuamente se le deba. Así va trabajando al deudor: primero le vincula con documentos escritos y luego le ata con los lazos de su propia voz. Se cuenta dinero, pero es la libertad lo que se pone en venta³⁰; el pobre se libera de una deuda menor, pero se ata con una más grande.

28. Como hemos dicho en la Introducción, el argumento sobre el que Ambrosio construye su alegato contra la usura es precisamente éste: prestamista y víctima tienen la misma naturaleza: *fragilitas communis*.

29. La expresión *in summa*, que traducimos «en definitiva», podría interpretarse también, «en una situación extrema».

30. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía II in ps. XIV*, 1.

11. Así son, ¡oh ricos! vuestras buenas obras: dais poco y exigís mucho. Vuestra «humanidad»³¹ es tal, que robáis aún cuando socorréis. Incluso el pobre os ayuda a enriqueceros. El indigente os produce intereses: coaccionado por vosotros, tiene dinero que restituir, no lo tiene para gastar en él mismo. Hombres verdaderamente misericordiosos, que lo que soltáis para otro, lo acumuláis para vosotros mismos. Paga intereses uno que no tiene qué comer.

¿Acaso hay algo más grave? A aquél que busca una medicina, vosotros le ofrecéis un veneno; implora pan, le alcanzáis una espada; suplica libertad, le infligís esclavitud; pide liberación, cerráis el nudo de un lazo nefasto.

Capítulo 4

12. El santo David deplora sobre todo esta injusticia, cuando dice: *He visto la iniquidad y la discordia en la ciudad. Y la usura y el engaño —dice— no se han apartado de sus plazas*³². Y así, antes de aludir a la traición de Judas, puso por delante estas palabras, ya sea porque, a la ofensa sacrílega de los conspiradores en la muerte del Señor, se añadió el crimen de la usura, ya sea porque un sacrilegio tan grande habría de ser castigado con la suficiente amplitud por los intereses del préstamo³³.

Malvados los prestamistas que dieron dinero para matar al autor de la Salvación, y malos también éstos que prestan para

31. Ambrosio emplea aquí el término *humanitas* con una ironía punzante. El concepto de «educación, cultura», tan rico y característico del mundo antiguo, que está en la base de la civilización occidental, es vilipendiado por la conducta de tales hombres. Para él está claro que sobre esa base se asienta la doctrina del Evangelio.

32. Sal 54, 10.12. Este salmo contiene en sus versículos 10-16, según Ambrosio, una profecía de los acontecimientos en torno a la traición de Judas y su trágico final.

33. Para Ambrosio las palabras del salmo profetizan la traición de Judas, agravada por la presencia de un negocio de préstamo.

matar a un inocente. E incluso ése que ha recibido el dinero, como Judas el traidor, se colgó a sí mismo de una cuerda³⁴. El salmista pensó que también Judas debía ser condenado con esta maldición: que el usurero le despojase de sus bienes, ya que lo mismo que suele producir la confiscación de bienes por obra de tiranos o de manos de ladrones, eso mismo acostumbra a provocar por sí misma la maldad del usurero.

Por su parte, los sabios piensan que el usurero es comparable al mismo demonio que, con el préstamo –por decirlo así– de la iniquidad característica de la usura, trastoca los bienes del alma y el precioso patrimonio de la mente. De ese modo cautiva con la prodigalidad, de ese modo gana adeptos con el oro, de ese modo involucra en delitos, de ese modo, a cambio del tesoro prestado, reclama la vida.

13. ¿Qué cosa hay más inicua que vosotros, que no os contentáis con el pago de vuestro capital³⁵? ¿Qué cosa hay más inicua que vosotros, que dais dinero y os apoderáis de vida y patrimonio? Admitís en prenda oro y plata, ¿y aún decís que es deudor vuestro el que os ha confiado más de lo que ha recibido de vosotros?

Afirmáis que sois acreedores, vosotros que debéis aún más; decís –repito– que sois acreedores, vosotros que habéis puesto vuestra confianza, no en un hombre, sino en una prenda. Con razón se llama *heno* a lo que dais: tan vil y sin ningún valor es³⁶.

34. Cf. Mt 27, 3-5.

35. Ambrosio hace aquí, como en pasajes sucesivos, un juego de palabras: emplea el término «caput», que es en el lenguaje bancario «capital», pero significa por lo común «cabeza». Así expresa la idea de que el usurero exige la devolución de su dinero –«capital»–,

pero en realidad pone en peligro la «cabeza» del deudor.

36. Otro juego de palabras entre *faenus*, *faeni* «heno» y *faenus*, *faenoris* «interés», que surge repetidas veces a lo largo de toda la obra: 7, 26; 10, 36. El usurero da «heno», algo sin valor, y pide «intereses».

14. Llamáis «parte» a lo que se os debe³⁷. En efecto, como en una urna fúnebre se agita la infeliz suerte que debe pagarse con el suplicio del deudor, condenado a morir. Los reos esperan pálidos lo que va a ser de su suerte. No tiemblan así aquellos cuya condena se decide, no tan hundidos y en suspenso se estremecen aquellos cuya cautividad está a punto de ejecutarse. En aquel caso, en efecto, se trata de la prisión de uno solo, aquí se decide la de muchos. Y quizás por ese motivo se le llama «parte», porque están en juego patrimonios que se resuelven bajo la influencia de esta parte.

Es un beneficio grande y memorable de Dios, que de un modo especial es proclamado por boca del profeta y que concedió a los padres: *les liberó de la usura y la iniquidad*³⁸. Y con toda propiedad ha dicho: *les liberó de la usura y la iniquidad*, porque la usura trae consigo la esclavitud, como si dijera: devolvió a la libertad a quienes ha arrancado de las cadenas de la esclavitud.

15. Grave es la palabra «deudas». Se dice que uno debe por sus pecados, también se llama deudores a los criminales; pues, de esa manera, éstos, como aquéllos, se exponen a una pena capital. Pero las culpas obtienen una diferencia, de acuerdo con la diversidad de los actos correspondientes. Las deudas, aunque sean de diversa cantidad, tienen un solo nombre, una sola gravedad, comportan el mismo peligro. Por consiguiente, el desgraciado que pide dinero en préstamo, no sabe lo que pide, ignora qué es lo que recibe.

Capítulo 5

16. El dinero del prestamista no sabe estar fijo largo tiempo en un lugar, acostumbrado a pasar por muchas manos.

37. Ambrosio utiliza de nuevo el doble sentido del término «sors», que es de una parte la suer-

te y de otra la participación en un capital.

38. Sal 72, 14.

No sabe estar encerrado en una bolsa, anhela ser volcado y contado; requiere que se le use para poder dar intereses.

Es como el flujo del mar, no su fruto. El dinero nunca reposa. Se desliza como después de haber chocado contra un escollo³⁹: así golpea el regazo del deudor y de inmediato vuelve al punto de donde procede. Llega con un murmullo, se retira con un lamento.

Al menos el mar está con frecuencia tranquilo, sin vientos⁴⁰; las olas del préstamo están siempre agitadas. Sumer-gen a los náufragos, les escupen desnudos, quitan sus ropas a quienes están vestidos, los dejan insepultos. Así pues, pides dinero prestado y recibes un naufragio. De una parte, Caribdis⁴¹ profiere gritos amenazadores; de otra, las Sirenas que —como dicen los mitos— con el espejismo del placer y con la suave dulzura de su canto⁴² quitaban la esperanza y el deseo de volver a casa a aquellos que habían atraído a ba-
jíos invisibles⁴³.

17. De repente, los vendedores de perfume y de variados objetos preciosos irrumpen como ciertos perros atraídos por su fino olfato al olor de la presa que se debate: cazadores, pescadores, pajareros y también taberneros que, mientras mezclan agua con el vino, alaban la nobleza de la ancestral calidad y el origen y año de cosecha del vino⁴⁴.

Inmediatamente los parásitos se sitúan alrededor, saludan al que antes solían despreciar, le acompañan, le invitan a di-

39. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas*, 3, 261. Véase, *Exp. eu. Luc.*, 4, 4.

40. Cf. VIRGILIO, *Églogas*, 2, 26. Véase, *Exam.*, V, 13, 40.

41. Un monstruo, situado por la mayoría de los autores —HOME-RO (s. VIII a. C.), *Odisea*, XII; APOLONIO DE RODAS (s. III a. C.), *Argonautas*, IV— en el estrecho de Mesina, frente a Escila, que impe-

día el paso a los navegantes, al hacer que éstos, aterrorizados, se es-trellaran contra las rocas del litoral.

42. Aparecen en los mismos au-tores que Caribdis y provocan en los navegantes los mismos efectos, a través de sus cantos atrayentes.

43. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 1, 536. Véase *Exp. eu. Luc.*, 4, 3.

44. Cf. *Hel.*, 8, 24.

vertirse, le incitan a gastar, diciendo: *Venid y gocemos de los bienes presentes y démonos prisa en disfrutar de la creación como en la juventud. Hartémonos del precioso vino y de perfumes, y no se nos escape el tiempo florido. Coronémonos de rosas, antes de que se marchiten. No haya prado que no recorra nuestra voluptuosidad: dejemos por doquier señales de alegría, porque ésta es nuestra porción y ésta nuestra suerte*⁴⁵. Y en verdad, la fortuna está toda en sus manos, tú por el contrario te encuentras privado de bienes.

18. No te ha mostrado la Escritura semejante suerte; el santo David recuerda que no conviene dormir entre tales riquezas, cuando dice: *Si dormís en medio de las fortunas*⁴⁶. Porque si te hubieras dormido en medio de esas fortunas, es decir las del Antiguo y Nuevo Testamento, la avidez de dinero no te habría arrastrado a la vorágine de una deuda de la peor especie, sino que la gracia espiritual de la fe te habría dado el dinero y te habría formado en la sabiduría divina a imagen del oro.

Y si hemos aducido solamente un testimonio de la Sagrada Escritura y hemos evitado ese banquete descomulgado, es cierto que también ese hombre habría podido salvarse con certeza, si se hubiese dejado guiar por las enseñanzas celestiales.

19. Mas, volvamos al banquete, no para degustar sus platos, sino para mostrar a otros que deben evitarlos. La mesa está cargada de platos exóticos y exquisitos⁴⁷, se emplea a servidores resplandecientes, comprados a gran precio y todavía más caros de mantener, se bebe durante toda la noche, el día se cierra con el banquete, pero eso no es suficiente para llegar a la embriaguez.

45. Sb 2, 6-9.

46. Sal 68, 14.

47. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía II in ps. XIV, 2.*

Aquél se levanta, lleno de vino, vacío de dinero; duerme hasta avanzado el día, al despertarse cree que está soñando. Efectivamente, como en los sueños, le parece que, de pobre que era, de repente se ha vuelto rico, cuando en realidad se ha convertido en un indigente, de rico que era. En el entretanto, mientras el dinero ha corrido, ha crecido su deuda. El tiempo se reduce, el dinero prestado aumenta; las riquezas desaparecen, el préstamo se acumula.

Poco a poco se retiran los comensales, se reúnen los garantes. Por la mañana, el usurero llama a la puerta, se queja diciendo que han caducado los días previstos para la devolución, interpela con injurias al deudor, si está despierto, o le desvela si duerme.

No hay ya noches tranquilas, ni días serenos, ni sol placentero. Se prescinde poco a poco de los vestidos de oro y de seda, y se venden a menos de mitad de precio. Llorando, la esposa entrega las joyas compradas a alto precio, para que sean vendidas a uno más bajo. Los esclavos que sirven la mesa⁴⁸ son puestos a subasta, y alejan al comprador por mal adiestrados. Se le ofrece el dinero al acreedor, que responde: «Esto basta apenas para pagar los intereses, me debes aún el capital».

20. Vuelve a casa con el patrimonio agotado, reo de una culpa capital y con la deuda íntegra; obtiene una prórroga, más triste que las de la guerra, como si fuera a combatir al cabo de dos días.

Porque en la guerra, es incierta la victoria, aquí es segura la miseria; allí uno se cubre con el escudo, aquí corre desnudo; allí encierra el pecho en la coraza, aquí está todo preso en la cárcel; allí provee a sus manos de proyectiles, las arma de flechas, aquí las extiende vacías de dinero para que sean atadas con cadenas.

48. Cf. *Hel.*, 13, 46.

De ordinario, ambos son hechos prisioneros. El soldado tiene alguien a quien acusar: el desenlace adverso de la guerra; el deudor no tiene a quien culpar, si no a sí mismo. No hay nada más intolerable que la miseria que no puede ser justificada. La propia conciencia agrava el peso de la injuria.

21. Entonces reflexiona consigo mismo, entonces se acuerda de las Escrituras, entonces dice: «¿No es verdad que ha sido escrito para mí: *Bebe el agua de tus vasos y de las fuentes de tus pozos*⁴⁹?». ¿Qué tengo yo que ver con el pozo del usurero, donde incluso el agua está cerrada con llave? Las coles que tomaba en seguridad eran más gustosas que los banquetes consumidos con dinero ajeno, en medio de preocupaciones⁵⁰.

No me convino pedir dinero prestado. Tras haber contraído deudas, debí buscar remedio con mis propios recursos. En casa tenía vasos más pequeños. Habría sido mejor que faltara el servicio, en vez de la comida; que hubiera puesto en venta un vestido costoso, en vez de sacar a subasta mi libertad. ¿De qué me ha aprovechado sentir vergüenza de mostrar en público mi pobreza? He aquí que otro la ha hecho pública. Yo no quise vender a los esclavos que me han alimentado, mas he aquí que otro se los adjudica.

22. Tardía es esta reflexión. Habría sido conveniente temer por tus bienes, cuando recibiste los ajenos; habría sido conveniente aplicar la cura, cuando surgieron las primeras heridas. Habría sido mejor disminuir los gastos al principio y aliviar la necesidad de recurrir a las deudas con el rigor en la gestión de la familia, que ser despojado incluso de los bienes propios, después de haberte enriquecido por un tiempo con los ajenos.

49. Pr 5, 15.

50. Cf. Pr 15, 17.

Capítulo 6

23. Acusamos al deudor porque se ha conducido de un modo imprudente, pero nada es más inicuo que los usureros que consideran ganancias propias las desgracias de otros y tienen por pérdidas propias todo lo que los otros poseen⁵¹.

Acosan a los nuevos herederos, expían a los ricos adolescentes por medio de sus amigos, se juntan con ellos simulando una paternal y hasta ancestral amistad, se empeñan por conocer sus necesidades domésticas. Si encuentran un motivo, condenan la reserva, reprochan el pudor de que no se haya tenido confianza en ellos y no se haya contado con ellos.

Si, por el contrario, no han encontrado ningún indicio de cualquier tipo de necesidad, se inventan historias, dicen que está en venta una mansión señorial, una casa amplia, exageran la cantidad de sus productos, multiplican su renta anual, animan a comprarla. Algo semejante hacen cuando hablan de vestidos preciosos y joyas deslumbrantes.

Al que dice no tener dinero, le ofrecen el suyo, diciendo: «Utilízalo como si fuera tuyo; con los frutos de la propiedad que has comprado, multiplicarás su precio y pagarás la deuda».

24. Muestran al hombre joven los fondos ajenos, con el fin de despojarle de los suyos; tienden las redes, en cuanto ha penetrado en el espacio acotado en torno a él⁵², le aprisionan en la maraña de las cauciones, en los lazos de la usura; exigen que se hipotequen a su favor la mansión de los antepasados, el sepulcro del padre⁵³.

51. Cf. *Nab.*, 12, 50.

52. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 4, 121.

53. Dos tipos de propiedad que es especialmente importante proteger en la tradición clásica.

Se fija la fecha del pago, se ignora el contrato cuando la deuda puede cubrirse. Cuando le han convertido en alguien suficientemente seguro de sí mismo, de repente caen sobre él y le acosan con vehemencia; si trata de excusarse, insisten diciendo: «Tú tienes tus propiedades, nosotros no tenemos nuestro dinero: te dimos oro, tenemos leña⁵⁴; a ti te lleguen las ganancias de tus productos, para nosotros no hay ningún aumento del dinero. Es inútil excusarse; al menos, sea renovado el contrato».

Capítulo 7

25. Así pues, mientras al principio el joven piensa que no deberá vender ninguno de sus vestidos o propiedades, o pide una prórroga para hacerlo, se aplican al capital los intereses y se acumulan los réditos⁵⁵.

Entonces el deudor comienza a suspirar y a reconocer ya su desgracia. Día y noche está obsesionado por la usura: cualquier cosa que ocurra, piensa que es el usurero; cualquier cosa que crujía, a él le parece escuchar la voz del usurero. Si tienes el dinero, ¿por qué no pagas? Si no lo tienes, ¿por qué sumas un mal a otro y buscas remedio con una herida? ¿Por qué soportas cada día el asedio del usurero y temes su asalto?

Hay un dicho antiguo: *El usurero y el deudor se van al encuentro, el Señor observa a entrambos*⁵⁶. El uno busca la presa, como un perro; el otro, como presa, huye de los lugares abiertos⁵⁷; aquél, como un león, busca a quien

54. Es decir, la tabla en la que consta documentalmente la existencia del préstamo.

55. Para designar lo que aquí se traduce por «réditos», Ambrosio utiliza el término *centesima*. En efecto, el interés normal era el 1% mensual, cantidad que se acumula-

ba al montante de la deuda para el mes siguiente. Cf. *infra* 12, 42.

56. Pr 29, 13.

57. El CSEL edita el texto que traducimos. F. Gori, de acuerdo con algunos códices, prefiere esta variante: «el otro, como presa, intenta eludir a la fiera».

devorar⁵⁸; éste, como un novillo, teme el ataque del predador; aquél, como un azor, busca apoderarse del cisne con sus garras; éste, como un pato o una oca, prefiere caer en un precipicio o hundirse en una profunda garganta, a afrontar este ave rapaz con cuerpo de hombre.

¿De qué huyes cada día? Aunque no te salga al paso el prestamista, te sale al paso la indigencia, como un buen corredor.

Así pues, el Señor contempla a entrambos –al usurero y al deudor–, les observa mientras se encuentran, testigo de la iniquidad del uno y de la injusticia sufrida por el otro; condena la avaricia del primero, la estupidez del segundo.

Aquél cuenta cada paso del deudor, espía sus rodeos; éste, esconde de continuo su cabeza detrás de las columnas⁵⁹, porque el deudor no tiene ninguna dignidad. Ambos, cada vez con más frecuencia, repiten con los dedos el cálculo de los intereses⁶⁰. Es la misma preocupación, pero los sentimientos son diferentes: el uno se alegra con el aumento del préstamo, el otro se aflige con la acumulación de la deuda; aquél cuenta las ganancias, éste las desgracias.

26. ¿Por qué huyes de un hombre, a quien ni siquiera habrías podido temer? ¿Por qué huyes, o hasta cuándo huirás? Si alguien llama a la puerta de noche⁶¹, crees que es el usurero: inmediatamente te escondes bajo la cama. Si tienes la sensación de que alguien ha entrado de repente, tú sales corriendo fuera. Ladra un perro y tu corazón palpita, rompes a sudar, te sacude el ansia, buscas cualquier mentira para apartar de ti al usurero y, cuando has obtenido una prórroga, eres feliz.

58. Cf. 1 P 5, 8.

59. Cf. BASILIO DE CESAREA,
Homilía II in ps. XIV, 4.

60. Cf. BASILIO DE CESAREA,

Homilía II in ps. XIV, 2.

61. Cf. BASILIO DE CESAREA,
Homilía II in ps. XIV, 3.

El usurero finge que tu ruina le acarrea un perjuicio, pero te concede de buena gana la dilación, como un cazador que ha rodeado al animal está seguro de su presa. Tú le besas el rostro, le abrazas las rodillas y, como un ciervo alcanzado por una flecha envenenada, avanzas un poco para al fin caer vencido por el veneno; o, como un pez que ha mordido el anzuelo, lleva su herida allí donde vaya.

Y es cierto que ese pez devora la muerte, encerrada en el cebo, traga el anzuelo, mientras busca comida, pero no ve el anzuelo que está oculto por el cebo; tú, sin embargo, ves el anzuelo y te lo tragas. Tu anzuelo es el interés del prestamista: devoras el anzuelo y el gusano te corroee de continuo. La misma comida es la que engaña. Y así, también a ti, el alimento del préstamo no te ayuda y el anzuelo te hiere.

¿Ignoras acaso que una vez que alguien está enganchado por un nudo, se ahoga a sí mismo si trata de huir y que un preso entre redes las acumula sobre sí, al escapar? Huyes a las plazas, dado que en tu casa no puedes estar seguro. El prestamista te encuentra siempre que quiere. Finalmente, cuando has cumplido el plazo, el lobo se lanza sobre ti de noche, no te deja dormir, el día ansiado te arrastra en público o te obliga a firmar el contrato de venta.

Para esconder tu deshonor, suscribes inmediatamente la venta del sepulcro de tus antepasados⁶². Por supuesto, con el fin de mostrar un cierto respeto por la propiedad paterna, uno compra un terreno árido, se jacta de haber vendido terrenos infructuosos y de haber infligido al comprador graves pérdidas y las desgracias del presente se atribuyen a los dispendios del pasado. Al poco tiempo se venden tam-

62. He aquí uno de los típicos temas de declamaciones escolares, tratados en los manuales de retórica clásicos —SÉNECA, *Controver-*

sias, IV, 1—, que, con variantes, pasarían a autores posteriores, como ENNODIO, *Declamación*, 19.

bién las propiedades anteriormente ensalzadas y a partir de ahí no se muestran contratos de compra, sino cadenas.

27. Todavía, sin embargo, se concede una tregua al deudor que busca garantes, no para que encuentre una presa que le procure la libertad, sino para que envuelva a un compañero de esclavitud que se una a su desventura. Mas, ¿de qué sirve pretender la desgracia de otros? A estas alturas, incluso los amigos huyen, los comensales no le reconocen. Él mismo rehúye la mirada de todos y, como el boxeador intenta esquivar los golpes de los adversarios, así éste evita coincidir con las personas honestas y cuando, inquieto, se tropieza con alguno, se aleja con mirada desconfiada⁶³.

Vuelve, presto para ser encarcelado, vuelve deseando la muerte, pensando que, si muriera, la misma muerte le proporcionaría un alivio⁶⁴. Vuelve condenándose a sí mismo de un modo miserable, por no haber rehusado el dinero ajeno y haberse dejado encadenar por el dinero del prestamista.

28. ¡A cuántos ha reducido a la miseria el dinero ajeno⁶⁵! ¿De qué te aprovecha —dice— beber el agua del Sijor⁶⁶? ¿De qué te aprovecha —digo yo— haber bebido el cáliz del usurero?

«Muchos —dice— han tomado un préstamo por un tiempo, han atendido sus necesidades y han devuelto el dinero».

Y ¿cuántos se han estrangulado por culpa de un préstamo? Te fijas en los primeros y no tienes en cuenta a los segundos.

Te acuerdas de que algunos se han escapado, no recuerdas a los que han salido a su encuentro; calculas los dine-

63. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 5, 438. Véase *Exam.*, VI, 8, 50; *off.*, I, 10, 32.

64. Traducimos según el texto del CSEL. F. Gori conjetura: «pensando en infligírsela a sí mis-

mo, si se retrasa».

65. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía II in ps. XIV*, 4.

66. Jr 2, 18. El Sijor es uno de los principales brazos del Nilo.

ros que han sido devueltos, no tienes en cuenta las cuerdas de las que han echado mano muchos que, demasiado timoratos para soportar la ofensa y demasiado frágiles para tal ultraje, han deseado y preferido la muerte a la vergüenza de un contrato tan deshonesto, por temor más a una vida sin honor que al suplicio de la muerte.

Capítulo 8

29. He presenciado en persona el espectáculo miserable de unos hijos, puestos a subasta por las deudas del padre⁶⁷ y tratados como herederos de una desventura, ellos que no participarían en el reparto del patrimonio; y el acreedor no se avergonzaba de tamaña brutalidad: insiste, urge, adjudica.

«Ya que han sido alimentados con mi dinero —dice— acepten la esclavitud a cambio de la comida, soporten la puja por el gasto que he sufragado. Hágase una subasta por el precio de cada uno⁶⁸».

No sin razón se celebra una subasta, cuando se exige el capital; no sin razón se recurre a una subasta, cuando se pide la devolución del dinero prestado a interés. Esto es lo inhumano del usurero, ésta la estupidez del deudor: a saber, que quita la libertad a unos hijos a quienes no deja dinero, que les trasmite un contrato en vez de un testamento, una obligación escrita en vez del beneficio de una herencia.

¿Qué tiene de paternal una escritura de maldición para los hijos, allí donde no hay ninguna muestra de pecado contra la piedad? ¿Acaso puede darse una maldición más dura, una esclavitud más gravosa? Muchas veces un difunto tiene esta ventaja después de su muerte: que no ve las desgracias de sus hijos.

67. Cf. *Nab.*, 5, 21.

68. Cf. *Hel.*, 8, 24.

30. La mayoría de las veces el padre vende a sus hijos por el derecho que se deriva de haberlos engendrado, pero no arrastra a esos miserables a una subasta con la voz de la piedad y la vergüenza en el rostro, diciendo: «Pagad, hijos, lo que ha gastado mi gula, pagad los costos de la mesa paterna; vomitad lo que no habéis comido; devolved lo que no habéis recibido; por esto seréis mejores, porque con vuestro precio rescatáis a vuestro padre, con vuestra esclavitud compráis la libertad paterna».

31. Admitamos que se presente alguno que pueda ayudar⁶⁹. ¿Quién puede saciar a semejante Caribdis, quién puede conocer los cálculos del usurero, quién es capaz de colmar su avaricia, qué costes no aumentará en cuanto vea a uno dispuesto a rescatar? Porque no se alimenta tanto de la propia ganancia, como del perjuicio ajeno.

Ciertamente es veraz, veraz por cuanto es una sentencia divina, proferida por Dios que, cuando estaba enojado por la impiedad del pueblo judío porque seguía a dioses ajenos, dijo: *¿A qué usurero os he vendido*⁷⁰? En efecto, se vende el que se ha atado a un usurero y se vende, no a un precio una sola vez, sino a diario; se vende, no a un precio convenido, sino al suplementario de cada día.

Hay un nuevo aumento de intereses cada mes, una nueva venta en subasta cada día. El que más ofrece, la prolonga sin fin; es adjudicado uno que ha sido puesto en venta, pero que jamás es considerado como definitivamente vendido.

Grande es, por tanto, la fuerza de la sentencia divina. El Señor no ha juzgado suficiente decir: *¿A quién os he vendido*? Ha añadido: *Al usurero*. El ofendido no ha podido encontrar nada más grave para castigar a los pérfidos. Abandonado, pregunta por qué han huido de ese modo del au-

69. Cf. *Nab.*, 5, 21.

70. *Is* 50, 1.

tor de la Salvación, como si el Señor les hubiera vendido a un usurero en justo castigo para el que se aparta de Él.

Los esclavos tienen algo más que temer que las penas de la cárcel y las cadenas, las personas libres tienen algo que temer por no haberse preocupado por su libertad.

32. Considera al mismo tiempo esto: que la usura es considerada materia de trasgresión, porque quien se ha sometido a un usurero fácilmente se aparta del Señor; en efecto, el préstamo es fuente de mentira, origen de perfidia.

«Yo —dice— no os he vendido, sino que *vosotros habéis sido vendidos a causa de vuestros pecados*⁷¹». Por tanto, quien se somete a un usurero se vende y, lo que es peor, no se vende por dinero, sino por el pecado.

Capítulo 9

33. ¿Quién es este prestamista del pecado, sino el diablo, de quien Eva ha tomado en préstamo el pecado, endeudando a todo el género humano con la usura de una descendencia culpable⁷²?

En efecto, como un malvado usurero ha retenido en su poder el documento, que más adelante el Señor ha destruido con su sangre. Porque lo que estaba escrito con caracteres de muerte, hubo de ser anulado con la muerte.

El usurero es por tanto el diablo. Por eso mostraba al Salvador sus riquezas, diciendo: *Todo esto te daré, si postrándote me adoras*⁷³. Pero, en verdad, el Señor que paga las deudas, nada le debía⁷⁴. Él podía decir: *He aquí que viene el*

71. *Ibid.*

72. Este párrafo entero es citado por AGUSTÍN, *Contra Iulianum pelag.*, I, 3, 10. Cf. *infra* 23, 88.

73. Mt 4, 9.

74. Siguiendo el código Vatica-

no (V), F. Gori introduce aquí: «... nada le debía y vino como si fuera un deudor para liberar a los deudores del préstamo contraído por el pecado. Nada debía el que podía decir...».

*príncipe de este mundo y no ha encontrado en mí nada suyo*⁷⁵. Nada debía, pero devolvía por todos, como Él mismo atestigua, diciendo: *Devuelvo ahora lo que no he robado*⁷⁶.

34. ¿En qué es diferente la maldad del príncipe de este mundo? El prestamista de dinero hipoteca la vida del deudor, conserva su firma, toma las riendas del capital, exige tantos por ciento⁷⁷.

!Oh, triste palabra, que procede de una dulce! El Señor ha liberado a la centésima oveja⁷⁸ —la del Evangelio es la centésima oveja respecto a la salvación; ésta lo es, en relación a la muerte —y también la tierra buena produce un fruto del ciento por uno. ¡Ay de aquellos que dicen que lo amargo es dulce y lo dulce amargo⁷⁹!

¿Qué cosa hay más amarga que la usura, qué más dulce que la gratuidad? Con este término, con el que se indica la centésima, ¿no deberían traer a la memoria al Redentor, que ha venido a salvar, no a perder, a la centésima oveja?

35. ¿Qué cobrador es más severo⁸⁰? También ésta es una palabra triste. En efecto, el Señor dice: *Pueblo mío, los exactores os oprimen*⁸¹, y en el Evangelio lees: *Mientras vas con tu adversario al magistrado, procura liberarte de él, no sea que te entregue al juez y el juez te entregue al exactor y el exactor te envíe a la cárcel*⁸².

75. Jn 14, 30.

76. Sal 68, 5.

77. *Centesima*, como ya hemos apuntado, es el nombre técnico para designar el interés al que se presta el dinero. Ambrosio contrasta este sentido con el genuino del adjetivo ordinal, con el que se emplea en el Evangelio.

78. Cf. Mt 18, 12; Lc 15, 4. Juega con el doble sentido de *centésima*: el ordinal cien (la centésima ove-

ja) y el tanto por ciento de interés.

79. Is 5, 20. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Homilía II in ps. XIV*, 5.

80. La palabra técnica que Ambrosio utiliza en estas frases es *exactor*, para expresar que el usurero es la peor especie de cobrador.

81. *Ibid.*, 3, 12. *Exactores* son los ejecutores de las órdenes de los magistrados, ya sean recaudadores de impuestos, alguaciles, etc.

82. Lc 12, 58.

Comprende quién es ese exactor, que exige hasta el último ochavo y que se llama a sí mismo acreedor, aunque ya con esta misma palabra comete un fraude, como aquel que cubre con miel la copa del veneno, de modo que bajo un aroma agradable se oculte la muerte y los untados bordes del cáliz escondan la fuerza del engaño. El acreedor simula ser uno que se fía y se porta como un desconfiado; quien se confía a él, se empeña.

Capítulo 10

36. ¡Cuántas veces he visto a usureros secuestrar a difuntos y negarles la sepultura, hasta que se les pagara la deuda! Yo les he consentido de buen grado que retuvieran a su deudor para que, una vez retenido éste, quedara libre el fiador⁸³, porque éstas son las leyes que regulan el préstamo⁸⁴. Y por eso les decía:

«Retened a vuestro reo y, para que no se os pueda escapar, llevadle a casa, encerradlo en vuestra alcoba, vosotros que sois más despiadados que los matarifes, porque a quien vosotros tenéis no le recibe la cárcel, no le libera el alguacil. La cárcel pone en libertad después de muertos, vosotros les volvéis a encerrar; un difunto se libera del rigor de las leyes, vosotros le retenéis; se dice con toda certeza que esa persona ha pagado ya su deuda».

83. *Fideiussor*, el que había dado la garantía de que el préstamo sería devuelto.

84. Este párrafo, que comienza con un *quotiens* hace pensar en casos que se repetían, bien durante la época en que Ambrosio era administrador provincial, bien —menos probablemente— ante la audiencia episcopal en la que se podían resolver causas penales. He

aquí el motivo por el que traducimos los perfectos puntuales del texto latino como imperfectos reiterativos. Toda la descripción tiene un tono irónico, aunque existen constituciones imperiales que prohíben infligir cualquier tipo de injuria a los cadáveres de los difuntos, como es el negarles sepultura hasta que paguen sus deudas.

«Sin embargo, no os impido que os reservéis vuestra prenda. No hay ninguna diferencia entre funeral y empréstito, ninguna distancia entre muerte y dinero prestado: emite, emite un lamento fúnebre la usura del empréstito. Ahora, en verdad, ha perdido sus derechos aquél a quien habéis convocado a juicio. No obstante, le encadenáis aún más estrechamente, por temor a que no sienta vuestros lazos. El deudor está ahora endurecido y rígido y en tal estado que no puede sonrojarse. Hay ciertamente una sola cosa que ya no podéis temer: que no puede pedir os que le alimentéis».

37. Ordenaba, por tanto, que el cadáver fuera transportado y que el cortejo fúnebre se dirigiera a la casa del prestamista; pero también desde allí resonaban gritos semejantes a los de los que estaban presos. Allí también se podía haber creído que se celebraba un funeral, allí se podía pensar que se lloraba a personas muertas y uno no se equivocaba, si no fuera porque resultaba evidente que allí estaban a punto de morir muchos.

El usurero, vencido por las costumbres religiosas —se dice que en otros sitios se aceptan incluso este tipo de prendas⁸⁵—, rogaba que el cadáver fuera conducido al lugar de la sepultura. Sólo entonces he visto usureros humanos y eso me entristecía: porque aún entonces recordaba que debía guardarme de su humanidad, no fuera a ser que después se quejaran de haber sido engañados, mientras ellos mismos, cargados sus hombros con el féretro, llevaban al sepulcro al difunto, deplorando con una aflicción mayor el entierro de su dinero.

Capítulo 11

38. Escuchad otro ejemplo, no menos cruel. Personas de esta calaña observan los círculos de jugadores de dados e

85. Podría tratarse de una costumbre practicada entre algunos pueblos germánicos.

interpretan la desventura de quien pierde como su propia fortuna. Son garantes de cada uno de los jugadores: al principio, la suerte juega con resultados alternativos⁸⁶; con frecuencia, la victoria pasa de uno a otro y ganancias y preocupaciones cambian sucesivamente. Todos pierden y vencen, sólo el usurero gana: para los demás es una palabra vacía haber vencido, sólo para el usurero es el fruto, y no de un año, sino de cada momento. Sólo ellos se enriquecen en perjuicio de todos, sólo para ellos es el botín de la victoria.

Podrás ver a los demás pobres de improviso, de repente ricos, más tarde desnudos, cambiando su situación a cada golpe de dados. En efecto, su vida cae de un lado o de otro como una ficha, su patrimonio rueda sobre la mesa, el riesgo se convierte en un juego y el juego en un riesgo: a tantas apuestas, tantas confiscaciones. Se oye el clamor de los que aplauden, el llanto de los arruinados, los lamentos de quienes se desesperan.

Entre todos ellos se sienta el prestamista como un tirano, condenando cada uno a la pena capital, esgrime el asta⁸⁷, comienza una fúnebre subasta de los despojos de cada uno. A unos les destina a la confiscación, a otros a la esclavitud: no son tan numerosos los condenados a muerte bajo los tiranos.

Por tanto, sería más correcto decir que se echa a suertes la vida, más que el dinero; en un instante se decide lo que valdrá para siempre. Una embriaguez es la que decide,

86. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 10, 160.

87. Inicialmente un arma, este instrumento caracteriza la ceremonia de compra y venta, por subasta, de personas u objetos que han perdido su libertad por razones de guerra, muerte o ruina de sus an-

tiguos propietarios. Aquí se toma el instrumento por el concepto, en virtud de una figura retórica conocida con el nombre de sinécdoque. Expresa la amenaza de que quien ha perdido en el juego pase a ser vendido públicamente.

y ninguno puede apelar. También el juego de los dados tiene sus propias leyes, que no puede abolir la justicia del foro. Es tachado de infame –¡por increíble que parezca!– quien llegue a pensar que debería echarse atrás y la decisión de personas infames marca de oprobio más gravemente que una sentencia judicial, porque los que son condenados por un juez, son dignos de gloria para ellos; pero los que son condenados por jugadores, son culpables también ante el juez.

Moisés instituyó el noble tribunal de los ancianos⁸⁸; no obstante, éstos juzgaban los asuntos más leves; de ordinario reservaban al juicio de Moisés las sentencias importantes, es decir las de más peso. Aquí, se dice: «Ha decidido el consejo de los jugadores de azar», y su poder es más temido que el de los leones. Tú, usurero, vives y ejerces tu oficio entre estas fieras, disputas el alimento a estas bestias, se te tiene por más tétrico que a ellas, por tu crueldad se te teme más que a ellas.

39. Se dice que las tribus de los hunos hacen la guerra a todas las naciones, pero que sin embargo están sometidos a los usureros, y que, aunque viven sin leyes, obedecen sólo a las del juego; juegan en equipo de combate, llevan los dados junto a las armas y mueren más por sus propios golpes que por los de los enemigos; en medio de su victoria, caen prisioneros y soportan ser despojados por su propia gente, cuando desconocen ser despojados por el enemigo.

Por ese motivo, no deponen jamás su afán de pelear, ya que el que es vencido en el juego de los dados, al haber perdido la riqueza de todo el botín de guerra, busca en el riesgo de la pelea bienes que jugarse. Y con frecuencia son arrebatados por una pasión tan grande que, cuando uno que pierde ha entregado sus armas –lo único que ellos estiman

88. Cf. Ex 18, 25-26.

de gran valor—, se juega la vida a un solo golpe de dados, entregándola al poder del vencedor o del usurero.

Y así se ha sabido que uno de ellos, conocido también del comandante romano, pagó fielmente el precio de la esclavitud, que él mismo se había inferido al perder de esta manera, con el suplicio de la muerte que le fue infligida. Por tanto, el usurero subyuga incluso a los hunos y les incita a la guerra, oprime a los bárbaros con el terror de su crueldad.

Capítulo 12

40. En realidad, ¿qué cosa hay más tétrica que el que hoy presta y mañana reclama? *Es odioso un hombre semejante*⁸⁹, dice la Escritura. Ciertamente, el ofrecimiento es lisonjero, pero la reclamación es cruel. Pero, la misma cortesía de la oferta es la que hace odiosa la exacción. Ha dado dinero, exige hipotecas y las esconde en sus almacenes. Los usureros dan una sola suma de dinero, y ¡cuántas exigen de sus deudores!

¡De cuántas palabras se han apropiado! Se da dinero, se le llama préstamo; se habla de dinero a interés, su nombre es capital; todo se escribe como deuda. Este inhumano prodigio provoca numerosas reclamaciones de múltiples títulos: habla de letras de cambio, apela a contratos escritos, reclama hipotecas, roba prendas, exige cesiones fiduciarias, pide obligaciones, anuncia intereses, invoca tantos por ciento⁹⁰.

41. El dinero del prestamista es una víbora que da a luz una larga serie de desgracias. Aún la víbora, arrastrando a

89. Si 20, 15 (16).

90. Este párrafo abunda en palabras técnicas de las que se ha apropiado el negocio de la usura: en primer lugar, ha cambiado el sentido de algunas: «dinero», «présta-

mo», «capital» y luego ha inventado otras: «letras», «contratos», «hipotecas», «prendas», «cesiones fiduciarias», «obligaciones», «intereses», «tantos por ciento».

ese tormento sus entrañas fecundas⁹¹, revienta en el parto y con su muerte enseña que su descendencia no ha degenerado respecto a la madre. En efecto, tan pronto como las serpientes comienzan a crecer la devoran con sus mordiscos. De ahí se deduce de dónde viene el veneno.

En cambio, el dinero del prestamista concibe todos sus males, les da a luz, les nutre y crece mucho él mismo en su prole, más numeroso incluso que esa triste descendencia, no menos sinuoso que la serpiente; y, enrollándose toda ella en espirales⁹² para proteger la cabeza, golpea con el resto del cuerpo, haciéndola avanzar sólo para producir heridas; con sus enormes anillos ciñe⁹³ a los que ha capturado, pero únicamente mata con la cabeza; y si ha puesto a salvo la cabeza, aún cuando el resto haya sido apedreado, revive⁹⁴.

42. Además, las serpientes tienen tiempos diferentes para copular y para dar a luz, el dinero dado en préstamo, desde el día en que se hace el contrato, comienza a serpear con el crecimiento del interés; pero no conoce el parto, porque esos dolores se los trasfiere más bien a otros. *Allí hay dolores como de mujer en parto*⁹⁵.

Por eso los griegos llamaron a los intereses también *tó-kous*, por cuanto parece que provocan dolores de parto en el alma del deudor⁹⁶. Llega el primero de mes y el dinero produce la centésima parte; llegan un mes tras otro, se producen los intereses, malos hijos de padres malvados.

Así nacen las víboras⁹⁷. Crece el interés; se reclama, pero no se paga; se suma al capital. Se cumple la maldición

91. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 6, 598-599.

92. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas* 2, 154.

93. Cf. VIRGILIO, *Eneida*, 2, 217.

94. Véase *Exp. ps.* 118, 20, 2.

95. Sal 47, 7.

96. De las dos posibles etimologías de esa palabra griega de las que habla BASILIO DE CESAREA, *Homilía II in ps.*, XIV, 3-, Ambrosio se queda con la segunda.

97. Cf. Mt 3, 7; 12, 34.

profética *engaño sobre engaño*⁹⁸; el interés es un fruto aún peor de una mala simiente⁹⁹. Y así comienza, no ya a ser un tanto por ciento, sino una parte de la suma que se debe; es decir, no un tanto por ciento del préstamo, sino un préstamo del interés.

Capítulo 13

43. Pienso también que usura deriva de «uso», porque del mismo modo que los vestidos se rompen con el uso, así también los patrimonios se dilapidan con la usura. La primera letra escrita sobre la tabla encerada emite un sonido lúgubre, da a luz, es un grito de dolor¹⁰⁰. ¿Qué puede haber de bueno en aquello que comienza con un dolor y una obligación?

Se dice que las liebres al mismo tiempo conciben, desarrollan e inmediatamente dan a luz; también éstos que anotan las usuras, engendran y multiplican los intereses. Se desarrollan y nacen y apenas nacidos ya producen a su vez.

Incluso las raíces de los árboles se plantan en primer lugar para que prendan; cuando han prendido, entonces comienzan a brotar, luego a crecer. Por el contrario, el dinero dado en préstamo, apenas plantado ya comienza a crecer. Las semillas brotan con el tiempo, con el tiempo dan a luz los animales. Porque *hay un tiempo de nacer y un tiempo de morir; un tiempo de plantar y un tiempo de arrancar lo plantado; un tiempo de herir y un tiempo de curar*¹⁰¹, y más adelante: *hay un tiempo de adquirir y un tiempo de devolver; un tiempo de guardar y un tiempo de tirar*¹⁰², como dice el Eclesiastés.

98. Jr 9, 6.

99. Véase *Hel.*, 5, 12.

100. Es decir, el simple trazo de la «u», la letra inicial de «usu-

ra», provoca un sonido lúgubre en la tablilla.

101. Qo 3, 2-3.

102. Qo 3, 6.

El dinero prestado se siembra hoy, mañana da fruto; siempre da a luz y nunca muere; siempre se planta, apenas se puede desarraigar. El usurero quiere ganar siempre, nunca perder; nunca conservar su dinero, siempre darlo en préstamo; nunca curar, siempre matar.

44. Y dado que el Eclesiastés, libro de Salomón, es un buen maestro para todo, sigámosle por un momento: *El ojo no se cansará de ver* —dice—, *ni el oído se cansará de oír*¹⁰³. Tampoco el usurero se cansa de recibir, ni su ansia se sacia de escuchar cada día el sonido de las monedas al contarlas.

De nuevo el Eclesiastés dice también: *Todo lo que fue, eso mismo será*¹⁰⁴. El dinero crece siempre, la avaricia no conoce el ocio, la usura no conoce vacaciones. *Todos los ríos* —dice— *corren hacia el mar y el mar no se llena*¹⁰⁵. Ese mar es el usurero: absorbe el patrimonio de todos, como si fuera un río y él mismo nunca está saciado. Al menos muchos sacan provecho del mar; el usurero a nadie aprovecha, sino para su ruina; en el mar hay ventajas para muchos, aquí naufragio para todos.

45. Muchas son las especies de animales que comienzan pronto a engendrar, pero también pronto dejan de hacerlo; el dinero prestado engendra enseguida y nunca deja de hacerlo: es más, cuando ha iniciado su crecimiento, extiende su aumento al infinito.

Además, todo lo que se desarrolla, cuando adquiere la forma, la medida y el tamaño propios de su naturaleza, cesa de crecer; pero el dinero de los usureros con el tiempo aumenta siempre y, superando los límites del capital originario, no mantiene la medida.

103. Qo 1, 8.

104. Qo 1, 9.

105. Qo 1, 7.

También la mayor parte de los animales, cuando aquellos que han nacido de ellos empiezan a engendrar, pierden la capacidad de reproducirse, como si se hubieran extenuado sus fuerzas. Por el contrario, el capital del préstamo, cuando su montante es igualado por los intereses acumulados, rejuvenece sus fuerzas y multiplica sus frutos habituales con la ayuda de ellos.

Capítulo 14

46. Éste no es un pecado nuevo o de poca importancia, porque está prohibido por el mandamiento de la antigua y de la divina Ley¹⁰⁶. El pueblo que había despojado a Egipto, que había pasado a pie el mar, recibe la advertencia de que se guarde de los naufragios provocados por el dinero prestado. Y mientras, a propósito de otros pecados, la Ley los ha prohibido una sola vez o en muchos casos lo ha repetido una segunda, acerca del préstamo ha dado indicaciones con más frecuencia¹⁰⁷.

En el Éxodo se lee: *Si prestas dinero a un menor de edad, a un huérfano, a un pobre, no le agobiarás por tu parte, no le impondrás intereses*¹⁰⁸. Explica lo que significa «agobiar», es decir, imponer intereses. Porque —esto es lo peor— el lazo del acreedor estrangula también al alma.

En el mismo pasaje se expresa al mismo tiempo la violencia del depredador y el tormento de una muerte espantosa: *Y si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de la puesta del sol, porque sólo con eso se cubre él, ése es el vestido de su vergüenza. ¿Con qué va a dormir? Y si por eso clamare a mí, yo le escucharé*¹⁰⁹.

106. Tanto en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento.

107. En efecto, Ambrosio cita a este respecto múltiples pasajes, tanto del Antiguo —Ex, Dt, Lv, Ne,

Tb, Jb, Sal, Pr, Si, Ez—, como del Nuevo Testamento: Mt, Lc, Hch, 2 Co, 2 Tm.

108. Ex 22, 24.

109. Ex 22, 25-26.

¿Habéis oído, usureros, qué estipula la Ley, de la cual dice el Señor: *No he venido a abolir la Ley, sino a perfeccionarla*¹¹⁰? ¡Esa Ley, que el Señor no ha abolido, la habéis abolido vosotros! «Exigir usura —dice— quiere decir sofocar». Esto mismo lo ha dicho más tarde alguno de los sabios paganos: *¿Qué es prestar con intereses? Matar a un hombre*, dice. Pero Catón ciertamente no lo dijo antes que Moisés, que fue quien recibió la Ley. Él fue muy posterior¹¹¹.

47. *Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de la puesta del sol*, a fin de que no se vean las vergüenzas del que está desnudo. Por el contrario, vosotros despojáis, incluso desnudáis, y no devolvéis. Guardaos de que el sol no vaya a caer sobre vuestra codicia, para que no os mate a vosotros el sol de justicia¹¹², porque no observáis la justicia; o de que el sol de la injusticia no vaya a surgir sobre vuestras maldades.

El día muere también para quien no lo desea, la noche cae como para Judas, quien, cuando el diablo se apoderó de su corazón¹¹³, se levantó para llevar a cabo su traición, y se hizo de noche¹¹⁴. En efecto, el sol de la justicia se había puesto para él y sobre él se había recostado el que había entrado en su corazón¹¹⁵. Le rodeó de tinieblas a fin de que no pudiera ver al autor de la luz. El miserable pereció allí, en aquel banquete por el que otros son salvados.

Por tanto, devolved su vestido al deudor, para que duerma con él y esté tranquilo. Si no quieres devolvérselo, *le es*

110. Mt 5, 17.

111. En éste, como en muchos otros pasajes de su obra —por ejemplo, *Exc. frat.*, I, 42; *Exam.*, I, 2, 7; *Abr.*, I, 2, 4—, manifiesta Ambrosio su firme convicción de que

la sabiduría pagana tiene su origen en el Antiguo Testamento.

112. Cf. Mt 4, 2.

113. Cf. Jn 13, 2.

114. Cf. Jn 13, 30

115. El demonio.

*cucharé –dice– porque soy misericordioso*¹¹⁶. Si vosotros no oís, yo oiré, yo tendré misericordia, yo no menospreciaré la oración del pobre.

48. En el Deuteronomio está escrito también: *No exigirás de tu hermano interés alguno, ni de dinero, ni de víveres, ni de ninguna otra cosa que hayas prestado a tu hermano. Si prestas a un extranjero, exigirás intereses de él, pero de tu hermano no los exigirás*¹¹⁷. Ves qué gran peso tienen estas palabras. «No exijas –dice– intereses a tu hermano», esto es: ¿exiges intereses a aquél con quien debes tener todo en común? Tu hermano comparte tu naturaleza y es coheredero de la gracia; no quieras exigir aún más, a uno de quien es difícil recuperar lo que le has dado, a no ser que posea los medios con qué pagar.

49. Y, ya que muchos, apartándose de los mandamientos de la Ley, cuando dan dinero a los comerciantes no les exigen intereses en dinero, sino que perciben en especie un cierto tipo de pago usurario, que escuchen, precisamente por eso, lo que dice la Ley: *No recibirás –dice– interés de los víveres, ni de ninguna otra cosa que hayas prestado a tu hermano*.

Eso es, en efecto, no la observancia de la Ley, sino un fraude y una tergiversación de la misma. ¿Y piensas que actúas piadosamente porque recibes del comerciante una especie de contrapartida? Por ese motivo, él engaña en el precio de la mercancía, para pagarte el interés. Y tú eres el causante de su engaño, tú tomas parte en él, a ti te favorece el montante de su fraude.

La comida es usura, el vestido es usura y todo lo que se añade al capital prestado es usura. Llámese como se llame, es usura. Si eso es lícito, ¿por qué evitas la palabra?, ¿por

116. Ex 22, 26.

117. Dt 23, 19-20.

qué lo cubres con un velo? Si es ilícito, ¿por qué buscas una ganancia?

50. Lo peor es que éste es un vicio de muchos y sobre todo de los ricos, cuyas despensas se llenan con esta práctica. Si uno piensa en preparar un banquete, envía un recado al mercader, para que le dé gratuitamente una botella de ajeno¹¹⁸; se dirige al tabernero para obtener un vino del Pícono¹¹⁹ o de Tiro¹²⁰, al carnicero para que le proporcione una vulva¹²¹, a otro para que le prepare la fruta.

Y así, juzgan que es una cortesía lo que a otros les supone un perjuicio. Tú bebes y otro derrama lágrimas; tú te das un banquete y atragantas a otros con tu comida; tú te deleitas con la música y otro llora con lamentos dignos de compasión, tú degustas una fruta y otro se traga una espina.

¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos¹²²? Espino es la usura, espino es el tanto por ciento; abrojo es el préstamo, que provoca quemaduras perniciosas. Por tanto, ¿cómo puedes recoger frutos de los espinos? Si este

118. Esta planta amarga y algo aromática —*absinthium*, en latín— se destilaba para obtener un tipo de vermut, o se aplicaba al vino para darle aroma: cf. PLINIO, *Historia natural*, XIV, 109.

119. El Pícono es una pequeña región de la Italia central a lo largo de la costa del Adriático, poco hospitalaria si se exceptúa el puerto de Ancona. Sin embargo, el interior es regado por numerosos ríos que bajan de los Apeninos y fertilizan toda la zona, famosa ya en la Antigüedad por sus vinos: cf. PLINIO, *Historia natural*, XIV, 39.

120. En su origen colonia de

Sidón, a la que eclipsó muy pronto, la ciudad fenicia de Tiro vivió su apogeo entre los siglos XI y VI a. C. Fue famosa sobre todo por su industria de la seda, la púrpura y el vidrio, pero no faltan testimonios sobre la celebridad de sus vinos. Cf. PLINIO, *Historia natural*, XIV, 74.

121. Esas partes de la vagina de determinados animales, sobre todo los cerdos, eran consideradas una exquisitez en la Antigüedad: cf. HORACIO, *Epístola*, I, 15, 41. Véase *Hel.*, 8, 24.

122. Mt 7, 16.

fruto terreno no nace de los espinos, ¿nacerá el eterno? Te enriqueces con las desventuras, buscas sacar provecho de las lágrimas, te alimentas del hambre de otros, con los despojos de la gente a la que has robado acuñas moneda y ¿piensas que eres rico, tú que pides limosna al pobre?

Mas, escucha lo que dice el Salvador: *¡Ay de vosotros, oh ricos, que tenéis vuestro consuelo!*¹²³

Capítulo 15

51. Mas, quizá me digas que está escrito: *Al extranjero le prestarás dinero a interés*¹²⁴, y no consideras lo que dice el Evangelio, que es más perfecto. Pero dejemos aparte, por ahora, este tema: considera las palabras de la misma Ley. *A tu hermano no le prestarás con intereses* —dice—; *del extranjero los exigirás*¹²⁵.

¿Quién era entonces extranjero, si no Amalec, si no el amorreo, si no el enemigo? A ellos —dice— exígeles intereses. A quien con razón deseas perjudicar, contra quien en justicia esgrimes las armas, a ése se le imponen intereses legítimamente. De ése, a quien no puedes vencer fácilmente en la guerra, puedes vengarte de inmediato con el tanto por ciento. Exige intereses de aquél a quien no es un crimen matarle.

Combate sin armas quien reclama intereses, sin espada se venga del enemigo quien como usurero exige el pago del adversario. Por tanto, donde hay derecho de guerra, allí también hay derecho a la usura. Pero es hermano tuyo todo el pueblo: primero porque es hermano en la fe, segundo porque es de derecho romano: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré*¹²⁶.

123. Lc 6, 24.

124. Dt 23, 20.

125. Dt 23, 19-20

126. Sal 22, 23.

52. Finalmente¹²⁷, también en el Levítico prescribe la Ley que del hermano no se deben exigir intereses. En efecto, le es así: *Y tu hermano vivirá contigo. No le prestarás tu dinero con intereses y no les darás tus víveres para recibir más de vuelta*¹²⁸.

Este precepto divino excluye en general todo tipo de aumento del capital. Por eso, también David juzgó bendito y digno de la morada celestial a todo *el que no prestó dinero a interés*¹²⁹. Por tanto, si es bendito el que no ha prestado, es sin duda maldito aquel que ha prestado con intereses.

Entonces, ¿por qué prefieres la maldición a la bendición? Si queréis, podéis ser benditos, podéis ser justos. Según Ezequiel, es un hombre justo quien devuelve la prenda a su deudor, no prestará su dinero con usura, no recibirá intereses y no apartará su mano de la justicia.

*Ese es justo —dice—; vivirá eternamente, dice el Señor*¹³⁰. Pero *el que no ha devuelto la prenda y ha vuelto sus ojos a los ídolos, ha cometido una iniquidad; porque ha prestado a interés y ha aceptado el incremento, ése no vivirá eternamente. Ha cometido todas esas iniquidades, morirá para siempre, su sangre permanecerá sobre él*¹³¹.

Considera cómo ha equiparado al usurero con el idólatra, como si pusiera su crimen en el mismo plano. Escoge, pues, lo que es dulce.

53. ¿Por qué estáis siempre tristes? ¿Por qué siempre tan amargados? ¿Por qué siempre ansiosos? Emane alguna vez de vosotros la misericordia, emane la verdad: sea abolida la mentira, resulte odioso el fraude. Habéis enseñado el perjurio. Se habla de «juramento de usurero», allí donde se pre-

127. Con estos pasajes acaba Ambrosio las citas del Antiguo Testamento, antes de pasar en el capítulo 16 a argumentar con el Evangelio.

128. Lv 25, 36-37.

129. Sal 15, 1.5.

130. Ez 18, 9.

131. Ez 18, 12-13.

para un perjurio. Juráis en falso con frecuencia, una vez que se os ha restituido el dinero, porque el recibo no aparece; juráis en falso después, porque afirmáis que no habéis recibido el dinero. Por consiguiente, no seáis siempre miserables, siempre avaros, siempre personas amargadas.

Son leones y cambian su ferocidad¹³². *De quien come —dice— ha salido el alimento y del fuerte y amargo ha salido lo dulce*¹³³. El texto griego pone también *y amargo*: así lo encontramos. No obstante, *del fuerte* significa que el león es fuerte por su ferocidad y el que es feroz es amargo.

Pues bien, que salga de vosotros, que devoráis dinero con vuestra avaricia, la misericordia —que es el alimento de los pobres— y que de la amargura salga algo dulce, a fin de que perdonéis su deuda a quien no tiene con qué pagar. ¿Para qué arrastráis *los pecados como con una larga sogá y como la correa del yugo de una novilla*¹³⁴?

Eso es lo que ocurre en realidad cuando prolongáis el préstamo, cuando tenéis en vuestro poder al pobre deudor. Que al menos haya un poco de misericordia, allí donde no hay ninguna esperanza de ganancia. Y digo esto, teniendo en cuenta vuestra avaricia.

Capítulo 16

54. Por lo demás, el Señor en el Evangelio dice que se debe entregar dinero en préstamo a aquellos de quienes no cabe esperar restitución. En efecto, dice así: *Si prestáis a aquellos de los que esperáis recibir, ¿qué gracia tendréis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores para reci-*

132. En 11, 38 había aludido Ambrosio a la ferocidad de los leones equiparándola a la de los usureros. En *Exam.*, VI, 6, 36 pondera esa capacidad del hombre para domar a las fieras. Aquí toma ese

ejemplo para exhortar a los prestamistas a ser misericordiosos con sus deudores.

133. Jc 14, 14.

134. Is 5, 18.

*bir. Vosotros, sin embargo, amad a vuestros enemigos y haced el bien y prestad sin esperar nada, y vuestra recompensa será grande en el cielo y seréis hijos del Altísimo, porque Él mismo es bondadoso para con los ingratos y los malos. Sed misericordiosos, así como también vuestro Padre es misericordioso*¹³⁵.

Advertís qué nombre ha recibido el usurero por parte de Dios y también qué nombre aquél que ha quedado obligado por vuestro préstamo. *Los pecadores –dice– prestan a pecadores, a fin de recibir.* Ambas partes son pecadores: el usurero y el deudor. *Vosotros, sin embargo –dice–, amad a vuestros enemigos.*

No discutáis sobre qué merecen los enemigos, sino sobre lo que conviene que vosotros hagáis. Dad dinero en préstamo a aquellos de quienes no esperáis que os devuelvan lo que les habéis dado: aquí no hay ninguna pérdida, sino ganancia. Dais un mínimo, recibiréis mucho. Dais en esta tierra y se os devolverá en el cielo; perdéis lo que habéis prestado, recibiréis una gran recompensa; dejáis de ser usureros, seréis hijos del Altísimo; seréis misericordiosos, vosotros que seréis recompensados como herederos del Padre eterno.

55. Pero, son de vuestro agrado las palabras «usurero» e «interés». Os concedo también esto. Os mostraré cómo podéis convertirlos en buenos prestamistas, cómo buscar buenos intereses.

Dice Salomón: *Presta al Señor el que se compadece del pobre y le recompensará según lo que haya dado*¹³⁶. He aquí un préstamo que de malo se ha convertido en bueno. He aquí un prestamista irreprochable, he aquí un loable interés.

No penséis, por tanto, que yo fustigo vuestras ganancias. ¿Pensáis que yo os arrebato un hombre que os es deudor? Le sustituyo por Dios, le cambio por Cristo, os muestro a

135. Lc 6, 34-36.

136. Pr 19, 17.

uno que no puede defraudaros. Por consiguiente, prestad al Señor vuestro dinero en la persona del pobre.

Él es quien se vincula y es retenido, Él registra todo lo que el indigente ha recibido —el Evangelio es su fianza—, Él promete por todos los menesterosos, Él garantiza. ¿Por qué dudáis en dar? Si se os presenta un rico de este mundo, que ofrece su garantía por un deudor, inmediatamente desembolsáis el dinero. Tenéis un pobre que es el Señor del cielo, el Creador de este mundo, y todavía dudáis y os preguntáis a qué garante más rico acudir.

56. Pero alegáis que se ha hecho pobre, aun siendo rico. Así pues, habéis visto que su garantía es sólida, su garantía es adecuada. Se ha hecho pobre, cuando pagó por nosotros y hasta ahora esa misma pobreza no defrauda, porque nos ha hecho ricos a nosotros a quienes vosotros juzgabais pobres.

En efecto, el Apóstol dice: *Se ha hecho pobre, aun siendo rico, para que vosotros os enriquecierais en su pobreza*¹³⁷. Buena es la pobreza que distribuye riquezas. No temáis, pues, vosotros la pobreza, a fin de que os hagáis ricos. Dad el dinero que os sobra y recibiréis la gracia que da fruto; atenderéis a las necesidades de los pobres y disminuirá vuestra preocupación por custodiarlo. No se perderá lo que haya recibido el pobre y lo que habréis dado al necesitado será guardado sin necesidad de guardián.

Y si buscáis un aumento de vuestras ganancias, en la Ley está la bendición, en el Evangelio la recompensa celeste. ¿Qué cosa hay más dulce que la bendición? ¿Qué cosa más grande que el cielo? Si se desean los intereses de los alimentos, incluso éstos están disponibles, según lo que leemos: *porque el que se compadece del pobre, ése mismo es alimentado*¹³⁸.

Capítulo 17

57. Por tanto, devolved las prendas que retenéis, puesto que habéis encontrado el garante adecuado.

Pero, aún murmuran diciendo que es lícito retener las prendas, y se defienden con la Ley. En efecto, dicen: «En el Deuteronomio está escrito: *Si tu prójimo ha contraído contigo una deuda de cualquier tipo, no entrarás en su casa para tomar una prenda, sino que te quedarás fuera y el hombre que ha tomado tu préstamo te sacará fuera la prenda. Pero si ese hombre es pobre, no te acostarás sobre la prenda, sino que se la devolverás al ponerse el sol, para que se acueste con su vestido y te bendiga; y esto será para ti misericordia ante el Señor tu Dios*¹³⁹. Y en otro lugar —dicen— está escrito: *No tomarás en prenda una muela, ni la piedra superior de la muela, porque ese tal toma en prenda una vida*¹⁴⁰. Y en otro lugar: *No tomes en prenda el vestido de una viuda*¹⁴¹. De estas palabras deducen que están vedadas determinadas prendas, no todas: es decir, las del pobre y la viuda, así como también está prohibido tomar en prenda la muela y la piedra superior de la muela».

58. Mas, desde el momento en que Dios en persona, a través del profeta Ezequiel, dice que es justo todo aquel que ha restituido la prenda, e injusto el que la retiene, muestra con toda certeza que se debe restituir, no una prenda en especial, sino en general toda prenda.

Desde el momento en que Job dice: *La escritura que yo tenía contra alguno, hecha bajo juramento, y leía ciñéndomela como corona, aunque no la haya roto, la devolví sin recibir nada del deudor*¹⁴²; desde el momento en que el Señor manda que no se debe esperar nada de aquellos a quienes hemos

139. Dt 24, 10-13.

140. *Ibid.*, 24, 6.

141. *Ibid.*, 24, 17.

142. Jb 31, 35-37.

dado un préstamo, que debemos recuperar, ¿cómo piensan que deben retener una prenda de acuerdo con la Ley?

Capítulo 18

59. Y para que, de modo análogo, no insistan y digan incluso que la Ley les obliga a prestar a intereses, porque está escrito: *Prestarás a muchas gentes, pero tú no tomarás empréstitos*¹⁴³, éste es el momento de discutir y de explicar con más amplitud y precisión, qué prescriben las disposiciones de la Ley sobre qué y a quiénes se ha de prestar. En efecto, la cuestión del préstamo precede a la cuestión de la prenda.

*El pecador —dice— tomará en préstamo y no pagará; por el contrario, el justo tiene misericordia y da*¹⁴⁴. Oyes, deudor, lo que debes evitar; escuchas, acreedor, lo que debes imitar. Y más adelante: *Fui joven y he envejecido, y jamás he visto al justo abandonado, ni a sus hijos buscando pan. A lo largo de toda su vida es misericordioso y da en préstamo*¹⁴⁵. ¿De dónde le viene a este justo lo que da en préstamo a lo largo de toda su vida? ¿Es, por tanto, justo el rico y cuanto más rico es uno, tanto más justo es? Mas, *difícilmente entra un rico en el reino de los cielos*¹⁴⁶.

60. Así pues, ¡dime, santo David, qué se puede dar en préstamo! He aportado un testimonio contra mí, a no ser que tú vengas en mi ayuda. Pedro decía: *Oro y plata no tengo*¹⁴⁷: ¿acaso no era justo? Explícame, por tanto, qué puede prestar¹⁴⁸, pues tú has dicho: *Dichoso el varón que es misericordioso y da: dispondrá sus palabras con justicia*¹⁴⁹.

143. Dt 28, 12.

144. Sal 36, 21.

145. *Ibid.*

146. Mt 19, 23.

147. Hch 3, 6.

148. Este es el texto del CSEL.

El códice V añade unas palabras,

que acepta F. Gori en su edición: «un justo. Así pues, mientras te leo, te pregunto y tú me explicas qué puede dar en préstamo el justo. Pues tú has dicho...».

149. Sal 112, 5.

He encontrado lo que presta el justo. Que Pedro en persona me enseñe también qué ha prestado él, cuando dijo al pobre que se dirigía a él y a Juan: *Oro y plata no tengo*. Así pues, apóstol, ¿no vas a dar nada al pobre? Sin embargo, das y das más que otros; das al pobre lo que otros no pueden dar; das al pobre algo tras de lo cual no podrá más ser pobre; das al pobre lo que incluso los ricos desean recibir; das al pobre lo que aquellos que tienen plata y oro no saben ofrecer, porque se lo impide la avaricia; das al pobre, tú que le haces más rico que los ricos.

Has estimulado mi alma, ansío este don tuyo. Dime, por favor, qué das. No me mantengas por más tiempo en la incertidumbre; quiero pedirte, si me lo concedes de inmediato. Pero has pagado enseguida: no hiciste esperar al necesitado, no despreciaste los ruegos del pobre, no le hiciste esperar por más tiempo, no subiste de vacío al templo, cuando dijiste: *Oro y plata no tengo*. No suben con las manos llenas sólo aquellos que tienen oro y plata: tampoco subió con las manos vacías el pobre, tampoco subió con las manos vacías aquél que no tenía oro y plata¹⁵⁰. Oigamos lo que da este pobre: *Pero lo que tengo —dice— te lo doy. En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda*¹⁵¹.

¡Oh pobreza deseable! ¡Oh penuria cargada de riqueza! Seguía cojo aquel a quien los ricos daban limosna; un solo pobre dio, y al punto se puso sano el que estaba cojo.

61. Así pues, el justo tiene algo que prestar, incluso tiene dinero para dar en préstamo: presta sus palabras; ése es el dinero del justo; porque *las palabras del Señor son palabras castas, plata probada al fuego, purificada de tierra, siete veces refinada*¹⁵². Esto da en préstamo el que acoge la Ley,

150. El apóstol Pedro.

152. Sal 12, 7.

151. Hch 3, 6.

el que medita la Ley, el que practica la Ley: esto ha dado en préstamo Pedro, esto ha dado en préstamo Pablo.

A ambos se les dice que se dirijan a los hombres gentiles. Al centurión Cornelio, en el caso de Pedro a quien se le dice: *Levántate y vete sin dudar, porque yo les he enviado*¹⁵³. Y se levantó y fue. Y más adelante, dijo: *¿Acaso podemos negar el agua, a fin de que sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo? Y ordenó que fueran bautizados*¹⁵⁴, es decir: *Prestarás a los gentiles*, para perdonar los pecados, perdonar las deudas, *pero tú no tomarás dinero prestado*¹⁵⁵; en efecto, el pecador toma un préstamo y no pagará por sus pecados, porque es un pecador.

A Pablo, que fue enviado a las gentes, se le dice: *Prestarás a los gentiles*¹⁵⁶. A Juan se le dice: *Prestarás a los gentiles*. A Santiago se le dice: *Prestarás a los gentiles*; a todos ellos se les había dicho: *Id, bautizad a todas las gentes*¹⁵⁷.

62. Al pueblo de los padres se le dice: «Si guardares los mandamientos, serás bendecido y *prestarás a los gentiles*¹⁵⁸ la palabra». En efecto, las palabras siguientes muestran que no se refiere al dinero: *Serás la primera de muchas gentes, pero a ti nadie te dominará. El Señor te pondrá a la cabeza y no a la cola y estarás siempre en alto y no por debajo, si escucháis la palabra del Señor Dios vuestro*¹⁵⁹. Y sigue: *Pero si no escucháis, tú serás maldito en la ciudad y maldito en el campo*¹⁶⁰. Y más adelante: *Maldito el fruto de tu vientre*¹⁶¹.

En verdad, no es el dinero el que atrae la bendición, sino el conocimiento de Dios, la predicación de la palabra, si damos en préstamo la gracia del Señor, si llevamos a los me-

153. Hch 10, 20.

154. Hch 10, 47-48.

155. Dt 28, 12.

156. Hch 9, 15.

157. Mt 28, 19.

158. Dt 28, 12.

159. Dt 28, 13.

160. Dt 28, 15-16.

161. Dt 28, 4.18.

nesterosos las palabras del Señor, si observamos los mandamientos celestiales.

Por el contrario, no acarrea la maldición, si falta el dinero a prestar; sino que eres maldito, si falta el celo, si falta la observancia de los preceptos celestiales.

Capítulo 19

63. En definitiva, así se explica claramente el misterio de la Iglesia. En efecto, ante todo ha dicho al discípulo de la Ley: «Si escuchas la Ley y la guardas, *harás préstamos a los gentiles*». Eso es lo que hicieron nuestros padres. Hizo préstamos a los gentiles Moisés, quien consiguió prosélitos, prestó Josué, prestó Gedeón, prestaron Samuel, David, Salomón, Elías, Eliseo, y si alguno quería conocer la palabra, se dirigía a ellos: la reina del Sur acudió a escuchar la sabiduría de Salomón¹⁶².

64. Cuando el pueblo judío comenzó a no observar la Ley, los extranjeros —es decir, aquellos de entre los gentiles que creyeron en el Señor Jesús— comenzaron a dar en préstamo a aquel pueblo antiguo la interpretación de las Escrituras.

Timoteo, hijo de padre griego, dio en préstamo la Palabra a los judíos, tras haber recibido el sacerdocio; y también hoy nosotros, sacerdotes de la Iglesia, prestamos la palabra a los judíos que han pasado de la sinagoga a la Iglesia: les prestamos dinero, tanto nuevo como antiguo.

En efecto, ya no tienen el que tenían: *Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen*¹⁶³, tienen dinero y no lo tienen, porque desconocen su uso, ignoran su valor, no han reconocido su figura ni su forma. Porque si le hubieran conocido, nunca habrían rechazado al autor de ese dinero diciendo: *No queremos que éste reine sobre nosotros*¹⁶⁴.

162. Cf. Mt 12, 42; Lc 11, 31.

164. Lc 19, 14.

163. Sal 114, 13-14; cf. Jr 5, 21.

Él, al volver, tras haber tomado posesión del reino, mandó convocar a sus siervos, a los que había entregado dinero y alabó a aquellos que habían dado en préstamo su dinero, pero al que había retenido inactivo el dinero de su señor le respondió: *Sabías que yo soy hombre severo: que recojo donde no deposité y siego donde no sembré. ¿Por qué no diste mi dinero a la banca? Y así yo, a mi vuelta, lo habría recuperado con los intereses*¹⁶⁵.

65. Habéis oído cuál es el dinero del buen prestamista, cuya moneda logra buenos intereses; cuyo dinero no difama al que presta, no oprime al deudor; cuyo dinero no puede recubrir la herrumbre, no puede corroer la polilla; cuyo dinero no forma parte del tesoro terrenal, sino del eterno; cuyo dinero hace rico al que lo recibe, sin infligir pérdidas al que lo presta.

Este dinero produce intereses, de manera que no da la centésima parte de lo que has dado, sino el céntuplo como fruto. Ensancha, por tanto, el horizonte de tu mente con el fin de recibir por este dinero la cantidad estipulada; concentra la mirada de tu voluntad con el fin de reconocer la efigie y la inscripción de este dinero. Examínalo atentamente, abre una cuenta bien cuadrada en la banca de tu alma¹⁶⁶, firmemente apoyada en las virtudes, escóndelo en el tesoro de tu corazón, del cual el escriba docto extrae cosas nuevas y cosas antiguas¹⁶⁷. Ves de qué tipo es este dinero, de qué manera une al acreedor y al deudor, personas enemigas entre sí.

Yo, que profería invectivas contra los usureros, ahora increpo al deudor. Deseo, por tanto, que vosotros seáis prestamistas de este tipo de dinero, de modo que quienes quie-

165. Lc 19, 22-23.

166. Para describir el hecho de abrir una cuenta bancaria firme, asentada sobre cuatro pies, Am-

brosio utiliza aquí una expresión técnica: *tabulam quadratam supra mensam constituere*.

167. Cf. Mt 13, 52.

ren tomar un préstamo acudan apresurada y espontáneamente a vosotros, para que podáis adquirir de esta manera, no unas monedas, sino el reino y no logréis maldiciones, sino la gracia de la bendición.

66. Presta este dinero el pueblo de los gentiles, que ha sabido recibir este préstamo, que ha sabido interpretarlo, que ha sabido valorarlo. Tú que necesitabas un préstamo espiritual, lo has desdeñado: has comenzado a ser pobre. Por eso, ha dicho de ti el Hijo de Dios: *El pecador tomará un préstamo y no pagará*¹⁶⁸. A ti se te dice: *El extranjero que está en tu casa tomará ascendiente sobre ti; tú en cambio descenderás cada vez más bajo*¹⁶⁹.

En efecto, no conoce la cima quien desconoce a Cristo, permanece siempre en el infierno el que no sube hasta Cristo. Por el contrario, está en la cumbre el pueblo que recibe la Palabra. Éste posee toda la riqueza de la fe, de él dice la Ley: *Éste te hará un préstamo, pero tú no le prestarás a él: él será tu cabeza, tú en cambio serás la cola*¹⁷⁰, es decir: él será el primero, tú el último y el vil.

Quitaré de Judea la cabeza y la cola, el inicio y el fin. El inicio es Cristo quien, al preguntarle quién era, respondió: *El principio, que también os hablo*¹⁷¹. Dice que Cristo es también el fin, porque Él es *el fin de la Ley para la justificación de todo creyente*¹⁷². Por tanto, el que no cree para su justificación, no tiene ni principio ni fin, sino que él mismo es su propio fin.

Capítulo 20

67. Hemos visto cuál es el préstamo legítimo, veamos ahora también la prenda, que la Ley manda sea devuelta antes

168. Sal 37, 21.

169. Dt 28, 43.

170. Dt 28, 44.

171. Jn 8, 25.

172. Rm 10, 4.

de la puesta del sol. Escucha al Apóstol, que dice en qué consiste esa prenda: *Dios nos ha dado en prenda al Espíritu dentro de nuestros corazones*¹⁷³. En realidad se llama de tres maneras: prenda, fianza, depósito. Lllaman prenda a lo que se toma a cambio del dinero; a su vez, fianza y depósito a lo que nosotros hemos encomendado a otro en custodia.

Por eso dice el Apóstol: *Sé a quién me he confiado y estoy seguro de que puede guardar mi depósito para aquel día*¹⁷⁴. Él mismo ha explicado también en qué consistía el depósito, al decir: *Guarda el buen depósito por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros*¹⁷⁵. ¿Es acaso el Espíritu el guardián de la plata y el oro confiados, o se guarda el dinero por medio del Espíritu Santo? Lógicamente, es el Espíritu quien guarda una prenda espiritual, para que las aves del cielo no vengan y la arrebaten de nuestros corazones.

68. Roguemos, pues, que Cristo custodie en nosotros esta prenda, que Él mismo nos ha entregado, y conserve lo que nos ha depositado y encomendado; porque Él no ha tomado nada de nosotros, sino que nos ha confiado lo que no era nuestro.

Por eso, se afea con una mancha de deshonor aquél que no ha guardado un depósito ajeno. Si no debemos violar con ningún engaño lo que nos ha encomendado un hombre, cuánto más nos conviene conservar con buena fe un depósito divino y espiritual, a fin de no incurrir en graves perjuicios para nuestra reputación y nuestro interés.

69. Por tanto, ésta es la prenda que la Ley prohíbe aceptar y arrebatar con violencia. Porque así consta en la Escritura: *Si tu prójimo ha contraído contigo una deuda de cualquier tipo, no entrarás en su casa para tomar una prenda,*

173. 2 Co 1, 22.

174. 2 Tm 1, 12.

175. 2 Tm 1, 14.

*sino que te quedarás fuera y el hombre que ha tomado tu préstamo te sacará fuera la prenda. Pero si ese hombre es pobre, no te acostarás sobre la prenda, sino que se la devolverás al ponerse el sol, para que se acueste con su vestido y te bendiga; y esto se te imputará como justicia ante el Señor tu Dios*¹⁷⁶.

70. Por eso me dirás: he aquí que la Ley ha prohibido tomar algo en prenda, no recibirlo; y ha prescrito devolvérsela al pobre, no a todos. En concreto, de las prendas materiales nos ha enseñado también bastante Esdras¹⁷⁷, de modo que, vosotros usureros, no podéis oponeros a lo que ha sido proclamado por vuestros padres.

En efecto, cuando se ordenó a quienes habían prestado y tomado en prenda bienes ajenos, que los restituyeran, ellos dijeron: *Restituimos y no les pedimos nada*¹⁷⁸. Buenos padres eran los que establecieron que las prendas de las deudas debían ser restituidas; buenos eran también los prestamistas que respondieron que no sólo restituirían las prendas, sino que no reclamarían el dinero prestado. Con estas palabras, os obliga tanto la decisión de vuestros padres, como la declaración de los acreedores¹⁷⁹.

71. Pero hay también otro tipo de prenda que la ley espiritual prohíbe tomar y, si llega el caso, manda devolver

176. Dt 24, 10-13.

177. Ambrosio tiene presente la versión de los Setenta, donde este pasaje, que en la Vulgata forma parte del libro de Nehemías, está incluido en 2 Esd 15, 12. Por eso se refiere a Esdras y no a Nehemías.

178. Esta es la cita que según la Vulgata es Ne 5, 12 y para los Setenta 2 Esd 15, 12, como acabamos de explicar. Es notable además que

ambas versiones utilizan formas verbales de futuro, no de presente como hace Ambrosio aquí, quizá para indicar la firme voluntad de actuar así: se promete en presente lo que se hará en el futuro.

179. Es decir, esa decisión os obliga por un doble motivo: porque son vuestros padres y porque actúan de ese modo como acreedores.

antes de la puesta del sol: una prenda que el deudor devuelve y que él mismo ha entregado. Porque es deudor todo aquel que escucha el Verbo del reino y no lo entiende. *Vino el maligno y arrebató lo que había sido sembrado en su corazón*¹⁸⁰.

Por tanto, no entres en su casa para tomar aquella prenda. ¡Ay de aquél que escandalizare a uno de estos pequeños¹⁸¹! Si ha perdido su prenda por culpa de su estupidez, tú no tendrás la culpa. Pero si es pobre, devuélvele la prenda antes de la caída del sol, porque esa prenda es su vestido. Si se cree rico, él mismo se engaña al entregar una prenda suya; pero si es pobre, que no tiene las riquezas del espíritu, devuélvele su vestido antes de la caída del sol.

72. Si se tratara de una prenda corporal, tanto más debía ser devuelta durante el día, para que no se mostrara a la luz del sol la indecencia de un cuerpo desnudo: la oscuridad, en efecto, no descubre a quien está desnudo.

Pero si el móvil hubiera sido que el pobre no habría tenido nada con que cubrirse durante el sueño, seguramente habría dicho que se debía devolver la manta o el abrigo. Sin embargo, al decir «el vestido», se entiende más bien la túnica que nos ponemos y vestimos. Por consiguiente, restituye al pobre su túnica, para que duerma con ella durante la noche.

73. ¿No te parece que la Escritura se refiere a aquel pobre a quien Cristo envía a predicar el Evangelio y le manda que vaya con una sola túnica y no buscar ninguna otra? Éste es efectivamente el pobre de espíritu que puede dormir; porque, al que está saturado de riquezas, no hay quien le permita dormir.

En efecto, el pobre duerme el sueño de la Resurrección, que el rico no puede dormir, porque le ahogan sus rique-

180. Mt 13, 19; Lc 8, 12.

181. Cf. Mt 18, 6.

zas y placeres. Duerme el descanso de Cristo, que dice: *Yo he dormido y reposado y he resucitado*¹⁸². Ésta es aquella túnica tejida en una sola pieza que Cristo vestía y que no pudieron romper aquellos soldados a quienes tú conoces. Pues ninguno de ellos rompe la túnica de Cristo, sino que reparte sus vestidos, como está escrito: *Se han repartido mis vestidos y echaron suertes sobre mi túnica*¹⁸³.

Los evangelistas se han repartido sus vestidos y echaron suertes sobre su túnica —es decir, sobre la predicación del Evangelio con la que también hoy día se viste el Señor Jesús—, que no es otra cosa sino la suerte que recayó en Matías, para que el duodécimo se uniera al número de los Apóstoles, una vez suprimido el nombre del traidor.

Con razón se ha dicho de los evangelistas que *echaron suertes*, porque la suerte depende de la decisión divina. Y por eso, porque no han hablado con autoridad propia, ni todos han dicho lo mismo, sino que muchos han dicho cosas diversas que otros no habían dicho antes, sabemos que la gracia del Espíritu Santo les ha inspirado lo que cada uno habría de decir sobre las obras del Señor Jesús en una especie de sorteo, de modo que se dividieran las acciones que realizó para ponerlas por escrito según la voluntad de cada uno.

74. También está aquella túnica de la que el Apóstol dice: *Revestíos del Señor Jesús*¹⁸⁴. Ésta es la túnica que cubre nuestras acciones vergonzosas y las envuelve de una mayor dignidad en Cristo. En Cristo, nos revestimos de entrañas de misericordia¹⁸⁵, nos revestimos de la gloria de la Cruz, escándalo para los judíos, necedad para los griegos¹⁸⁶.

Ellos se ruborizan, porque piensan que es algo de lo que avergonzarse, *nosotros sin embargo nos abstenemos de glo-*

182. Sal 3, 6.

183. Sal 22, 19.

184. Rm 13, 14.

185. Cf. Lc 1, 78.

186. Cf. 1 Co 1, 23.

*riarnos, si no es en la Cruz del Señor Jesús*¹⁸⁷. Estas cosas deshonrosas nuestras adquieren una dignidad aún mayor, porque mediante la Pasión del Señor se nos prepara un reino eterno. En efecto, cuanto más ha pecado uno, más ama¹⁸⁸.

Así pues, sepultémonos junto con el Señor Jesús, con el fin de merecer ser partícipes de su Resurrección¹⁸⁹; despojémonos del *hombre viejo con sus actos*¹⁹⁰, revistámonos del nuevo, en el cual está la remisión de los pecados.

75. Buen manto y buena túnica es, por tanto, la palabra de Dios. Con esa túnica cubrieron los hijos de Noé las vergüenzas de su padre, poniendo sobre sus hombros la capa y marchando ellos de espaldas para no ver los miembros viriles de su padre, es decir las partes del cuerpo que exigen cierto pudor por estar relacionadas con la generación humana¹⁹¹.

Y por eso, el que quiso verlas¹⁹², recibió una recompensa digna de un alma mezquina, convirtiéndose en esclavo —porque todo el que comete un pecado es esclavo del pecado¹⁹³—, por lo que permaneció inmerso en las cosas terrenas.

Que nadie quite al pobre este vestido y, si alguien se lo ha quitado, no caiga el sol sobre el hombre despojado; restitúyalo antes, no vaya a ser que el pecado del pobre pueda ser atribuido al usurero y éste comience a soportar las consecuencias, no sólo del propio pecado, sino también del ajeno.

76. Sea restituida esta prenda en la noche de esta vida, sea endosado este manto en las tinieblas de este mundo. Esta es una prenda de la suerte del Señor¹⁹⁴, no de su contra-

187. Ga 6, 14.

188. Cf. Lc 7, 47.

189. Cf. Rm 6, 4.

190. Col 3, 9.

191. Cf. Gn 9, 23.

192. Es decir, Cam. Cf. Gn 9, 26-27.

193. Cf. Rm 6, 20.

194. Nos encontramos de nuevo con el doble sentido de *sors*, «suerte, destino», pero también «participación», es decir hacer partícipe al Señor, tener parte con Él.

ria. En efecto, en el Levítico leemos que hay dos tipos de suerte, de las que se ha dicho: *Una la tirarás para el Señor, la otra para Azazel*¹⁹⁵.

El emisario¹⁹⁶ trasmite su suerte a los usureros, los siervos del señor participan de la suerte de Cristo. Tomando parte en esta suerte, Aarón alejó la desgracia de la suerte contraria cuando, situándose entre las dos fracciones del pueblo, no permitió —poniendo por barrera su cuerpo— que la muerte proveniente de los difuntos penetrase en la suerte de los vivos.

La buena prenda de esta suerte es el manto de la palabra. Nadie os despoje de esta túnica, deudores; no deis a nadie en prenda esta túnica, si no queréis estar en lo sucesivo cubiertos de vergüenza; así dormiréis entre ambas suertes¹⁹⁷ como Aarón, dormiréis entre los dos Testamentos, dormiréis el sueño de la Resurrección y podréis recuperaros a vosotros mismos. Éste es el manto, que aunque lo hayáis empe-

195. Lv 16, 8. El hebreo tiene aquí —como en los versículos 10 y 26— una palabra insólita que se traduce habitualmente —la tradición rabínica lo interpretaba como un toponímico— como Azazel, el nombre de un demonio prevaricador. La versión de los Setenta tradujo ese término como un adjetivo sustantivado que significa «el que envía lejos», «el que elimina» las faltas cometidas por el pueblo. Por su parte, san Jerónimo en la Vulgata traduce esa palabra como *capro emissario*, «el macho cabrío emisario». El sentido de la ceremonia de echar a suertes es claro: uno de los machos cabríos se sacrifica a Yavé y el otro es soltado

para que se aleje, llevándose consigo los pecados.

196. El comentario que Ambrosio hace del pasaje anterior se concentra sobre los usureros, que desempeñan la función de este macho cabrío emisario.

197. Aquí Ambrosio emplea, en vez de *sors*, la palabra griega *kléros*. Este término, tiene múltiples acepciones: en primer lugar, se designa con él, tanto el objeto material utilizado para echar suertes —un trozo de madera, un dado, un guijarro— como la suerte que se ha obtenido. Pero además, en la Septuaginta, esa palabra significa también «el lote», la parte de una herencia.

ñado, el santo Salomón en los Proverbios os invita a recuperar, diciendo: *Tómale tu vestido, porque pasa un hombre injusto*¹⁹⁸.

77. Se trata del vestido de la sabiduría, que ella misma se ha hecho de lino y de púrpura. Es decir: el vestido de la fe consiste en la predicación de las verdades celestiales y de la sangre de la Pasión del Señor. Las verdades celestiales están representadas por el lino; con el color de la púrpura se expresa el misterio de la sagrada Sangre, por el cual se otorga el reino de los cielos.

En definitiva, las palabras precedentes indican que se refiere al vestido de la sabiduría, porque ha puesto una premisa cuando dice: *Sé prudente, hijo, para que tu corazón esté contento*¹⁹⁹, y dos versículos después dice: *En cambio, cuando llegan los imprudentes causan daño; toma tu vestido*²⁰⁰.

Tómalo, por tanto, para no sufrir el daño de la imprudencia, a fin de que, quien es el más inicuo de todos los usureros²⁰¹, al verte privado de tu vestido, no intente poner al descubierto la confusión de tu vergüenza y te convenza para que te cubras con hojas y, al verte desnudo, tengas miedo de presentarte ante Dios.

78. *Restituye al prójimo –dice– a su debido tiempo, sé sobrio en palabras y compórtate lealmente con él; y en todo momento encontrarás lo que te sea necesario*²⁰². La inocencia no es partidaria de defenderse con muchas palabras.

Susana no necesitó expresarse con la voz: suplicó brevemente al Señor e inmediatamente mereció obtener la prue-

198. Pr 27, 13. Es decir, se anima a la víctima a recuperar su prenda.

199. Pr 27, 11.

200. Pr 27, 12-13.

201. El demonio.

202. Si 29, 2.

ba de su propia castidad. Los ancianos hablaban mucho, ellos que se esforzaban por esconder la verdad con palabras engañosas; no así, la hija de Judá. Calló ante los hombres, habló a Dios. Incluso la defensa hecha por una mujer resultaba ser una deshonra ante el pueblo: defender su pudor era ya una muestra de desvergüenza. Ella abrevió sus palabras, diciendo al Señor: *Tú sabes que me han acusado en falso*²⁰³. Y el Señor suscitó el espíritu del joven Daniel como vengador de la castidad.

79. Así pues, ahórrate palabras, de modo que la restitución sea la que responda al acreedor, no la lengua, o con una expresión mística: abrevia las palabras, es decir, cumple con obras. *Porque el Señor ejecutará sobre la tierra un juicio consumado y decisivo*²⁰⁴, o sea, te será conveniente un resumen somero de muchos cálculos.

Resta todo aquello que has pagado por gastos diversos, para que puedas salvar lo que ha sobrado del mismo modo que el Señor, a partir de los múltiples gastos de los judíos, hizo un breve resumen de aquel cálculo enorme de pecados, para que se salvara un resto por medio de la elección de la gracia y fuera conservado como semilla, gracias a la cual resucitaría la esperanza muerta de la sinagoga.

Capítulo 21

80. ¡Qué innoble es devolver con ingratitud el beneficio de quien te ha ayudado! Cuando decepcionas a aquél con quien estás en deuda, luego, en el momento de la necesidad, no le encontrarás dispuesto a darte un crédito.

¡Qué mezquino es que, cuando no puedes procurarte la comida, aunque todavía no debas nada, pienses que puedes

203. Dn 13, 43.

204. Rm 9, 28.

atender a tu sustento y soportar una deuda! Calcula primero cómo le pagarás y luego toma el préstamo.

«Tomaré —se dice— los frutos de mis campos». Pero éstos, que no son suficientes para el habitual consumo, ¿cómo bastarán para pagar los intereses de la deuda contraída? «Pero venderé mi propiedad». Y entonces, ¿de dónde vendrán los frutos que emplearás para cubrir los gastos? El préstamo no se paga con el dinero que produce, sino que aumenta: al contarlo, se acumula y crece.

81. Además, ¿no consideras la humillación y la vergüenza del que pide? Mientras recibes, besas las manos del prestamista soberbio, bajas el tono de tu voz, para que un sonido más fuerte de tus labios no ofenda sus oídos, para que no te oigan muchos suplicar.

La pobreza no es culpable, la indigencia no es ninguna infamia, pero tener deudas es vergonzoso, no devolverlas un deshonor. Pedirás una prórroga en cuanto comiences a verte cercado por el plazo establecido para el pago. En vez de dinero aportarás fastidio, echarás la culpa al tiempo, inventarás excusas y, aunque hayas prometido pagarlo todo, para no ser tenido por alguien que ha cometido un fraude total, apenas pagarás la mitad.

De un amigo, harás un enemigo; en vez de honra, tendrás ofensa; en vez de ser bendecido, tendrás una maldición. Considera cuánto menoscaba todo esto la reputación, reconoce cuánto dista de un hombre bueno.

82. Por eso, mientras estás libre de ataduras, échate atrás tú mismo, mantente lejos del yugo y el peso de la esclavitud. Eres rico: no tomes préstamos. Eres pobre: no tomes préstamos. Eres rico: no tienes ninguna necesidad de pedir. Eres pobre: piensa en la dificultad de pagar. La riqueza disminuye con los intereses; la pobreza no se alivia con los intereses: un mal nunca se corrige con otro mal, ni una herida se cura con otra herida, sino que se exacerba con una llaga.

83. Cuídate de que, mientras pides dinero, no vayas a empeñar tu muela, o la piedra superior de la muela²⁰⁵. La muela es el instrumento para hacer la harina; con ella hace harina, tanto la mujer que es tomada, como la otra que es dejada²⁰⁶.

Quizás es tomada aquella que continuamente muele la palabra de Dios con el fin de obtener harina; ésa fabrica harina espiritual, elimina el fermento viejo para hacer una nueva pasta, guarda su muela, interpreta las Escrituras y conserva para sí la piedra superior de la muela. En cambio, es dejada aquella que empeña su muela. Y cuando ha molido algo con negligencia, empeña la piedra que está sobre la muela.

Me pregunto, qué piedra es ésta. He leído: *La piedra que reprobaron los que edifican, ésa ha venido a ser cabecera de esquina*²⁰⁷. ¿Por qué sobre la muela? Porque Él es quien ayuda a los que muelen, Él es quien dice: *Escudriñad las Escrituras en las que vosotros creéis tener la vida eterna*²⁰⁸.

84. Usurero, no tomes en prenda esta piedra que está sobre la muela, no vayas a caer sobre ella, porque *todo aquel que caiga sobre esta piedra se quebrantará y aquel sobre quien ella cayere quedará aplastado*²⁰⁹.

Y no tomes tampoco la prenda de una viuda. Ambas cosas –privar al pobre del uso de sus medios de subsistencia, o tomar la prenda de una viuda– son graves, incluso interpretadas a la letra; pero es aún más grave, si te apoderas del verbo del alma, que así se queda viuda del Verbo, y la condenas a la esterilidad propia de la viudez.

Capítulo 22

85. Y, para que sepáis que yo os doy estos consejos con paternal afecto, para que sepáis también que es lícito hacer

205. Cf. Dt 24, 6.

206. Cf. Mt 24, 41.

207. Lc 20, 17; Sal 117, 22.

208. Jn 5, 39.

209. Lc 20, 18.

buenos préstamos, os mostraré a qué prestamista debéis imitar: *Un prestamista –dice– tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, se lo condonó a ambos. ¿Quién, pues, le amará más? Respondiendo Simón, el fariseo, dijo: Supongo que aquél a quien condonó más*²¹⁰.

Y su respuesta fue alabada por el Señor, que dijo: *Has juzgado bien*²¹¹. Rectamente juzgó el fariseo, que había pensado mal creyendo que el Señor desconocía los pecados de la mujer, en vez de perdonarla. Sin embargo, su respuesta es alabada, a fin de quitarle cualquier tipo de excusa.

86. Más se le ha perdonado a la Iglesia que ha sido reunida a partir del pueblo pagano, porque ella debía más; pero también ella pagó de más a quien no exigía, sino donaba. Ella dio el agua para lavar los pies de Cristo y los besó, porque había lavado sus pecados; llevando consigo las insignias de la paz, derramó el bálsamo sobre los pies de Cristo, al otorgar misericordia a los pobres –ellos son los pies de Cristo, porque en ellos camina Cristo con más complacencia–, y los enjugó con sus cabellos²¹².

En efecto, se somete a Cristo todo aquél que ama la humildad. *Y por eso –dice– le han sido perdonados sus muchos pecados: porque ha amado mucho*²¹³.

87. Advierte que el Señor de una parte distribuye generosamente su misericordia y de otra pronuncia sus juicios con compasión. Ha perdonado de anticipo mediante la gracia, pero sabía a quiénes perdonaba.

El judío no tiene ninguna excusa. A mí, como pecador que soy, me ha perdonado mucho; a él, por ingrato, le ha dado menos. Sin embargo, supo de antemano, tanto que el

210. Lc 7, 41-43.

211. Lc 7, 43.

212. Cf. Lc 7, 38-46.

213. Lc 7, 47.

judío, como ingrato, no era capaz de pagar aquello que había recibido, como que la Iglesia, consciente de la gracia, habría de pagar tanto más cuanto más había merecido.

Capítulo 23

88. Así pues, tenéis al prestamista a quien habéis de seguir, si queréis que se os alabe, si queréis que no suceda que seáis reprendidos. Nosotros no hacemos reproches a la persona, sino a la avaricia.

Y no se me escapa que algunos, cuando hace dos días nuestra exposición ha herido sus sentimientos, han dicho: «¿Qué pretende el obispo al meterse con los usureros, como si se perpetrase algo nuevo, como si esto mismo no lo hubieran hecho nuestros antepasados, como si el prestar dinero a interés no fuera una cosa antigua?».

Es verdad, yo no lo niego, pero también el pecado es antiguo. En efecto, el pecado procede de Adán, de él la culpa; de él también procede Eva, de él la prevaricación, de él también la condición humana.

Pero para eso ha venido Cristo, para abolir lo viejo y para renovar, mediante la gracia, lo que la culpa había hecho envejecer; para eso se sometió a la Pasión, para renovar mediante el Espíritu y absolver a todos.

En cambio, el diablo engañó a Eva para hacer caer al hombre, para imponer una carga a su descendencia.

89. ¿Qué hacen los usureros? Engañan a sus deudores, atan a los garantes. Pero Tobit no pidió una prenda, ni quiso un garante²¹⁴. Por tanto, debes correr para encontrar un garante, para vincularle con tus letras.

He aquí que se prepara otro enemigo. En efecto, si tú no tienes de dónde pagar tu deuda, él será obligado en tu

214. Cf. Tb 1, 14; 4, 20.

lugar. En este caso serás tenido por un farsante y un mentiroso, que has engañado a un amigo. Él será despojado, él será llevado a la cárcel por ti y tú le soportarás como a un exactor aún más pesado que el acreedor, porque podrá alegar: «Acosa a tu conciudadano, de quien has salido fiador».

Así sucederá que tú también comenzarás a ser ingrato y olvidarás aquello que está escrito: *No olvides el beneficio del garante, puesto que ha empeñado por ti su buena fama*²¹⁵. Te será necesario decir: «¿Quién te pedía que dieras tu palabra? Porque si tú no la hubieras dado, yo no habría recibido dinero. Recibí un dinero falso, me entregó cobre mezclado con oro ¡Ojalá no te hubieras ofrecido! Quizás el acreedor te sobornó, o tú le sobornaste a él».

90. Por tanto, cuídate de dar garantía a las deudas de otro, para que no se diga que te la has hecho pagar, no vaya a ser que si el deudor —como es costumbre entre amigos— te otorga su agradecimiento, dé la impresión de que te lo has comprado. O, en el caso de que quieras intervenir, si te conmueves interpelado por los ruegos de un amigo, si te avergüenza negarte, interviene de tal manera que seas consciente de que debes pagar de lo tuyo, si él no está en condiciones de saldar la deuda. Accede, preparado para esta eventualidad.

Porque has leído: *No otorgues fianzas por encima de tus posibilidades; pero si las diste, piensa cómo pagar*²¹⁶, y más adelante: *Socorre al prójimo según tus posibilidades y mira por ti, no vayas a caer*²¹⁷, esto es: no te empeñes con una cantidad mayor de la que el conjunto de tus riquezas pueda soportar y pagar. Porque si das lo que tienes, pierdes tus riquezas, pero no la fiabilidad. No sufre detrimento tu buen nombre, has salvado a un amigo, sin engaño por tu parte.

215. Si 29, 20.

216. Si 8, 16.

217. Si 29, 27.

También en otro pasaje te advierten los Proverbios de Salomón, que dice: «Como garante, da garantía a tus amigos, *como el que se obliga como garante de sus amigos*²¹⁸». Pero, si no tienes, escucha lo que dice Salomón: *No te des en garantía, ruborizándote en el rostro, porque si no tienes con qué pagar, te quitarán la cama de debajo de tus flancos*²¹⁹. Así pues, el buen prestamista logra gratitud, el malo aborrecimiento.

Capítulo 24

91. Pero Tobit, el santo varón, no contento con estos límites de las virtudes, fue consciente de que también al servidor se le debía pagar una recompensa²²⁰. Le ofreció hasta la mitad y con razón encontró por sirviente a un ángel²²¹. Y tú, ¿cómo sabes que no estás negando su recompensa a un justo —peor aún si es un enfermo, porque ¡ay de aquél que escandalice a uno de estos pequeñuelos!²²²—, cuando no sabes si en él hay un ángel? Porque no debemos dudar de que en cualquier criado puede haber un ángel, ya que puede ser Cristo, que suele estar también en el más pequeño²²³.

92. Da pues al servidor su salario y no le prives de la recompensa por su trabajo, porque tú eres un siervo de Cristo, Él te contrató para su viña²²⁴ y te está preparada una recompensa celestial.

No perjudiques, por tanto, al siervo que trabaja en la verdad, ni al siervo que entrega su vida; no desprecies al pobre que pasa su vida trabajando y la sustenta con el salario. Porque es matar a un hombre, negarle la ayuda que se le debe para que viva.

218. Pr 17, 18.

219. Pr 22, 26-27.

220. Cf. Tb 4, 14; 12, 1-5.

221. Cf. Tb 5, 4; 12, 15.

222. Cf. Mt 18, 6.

223. Cf. Mt 25, 40.

224. Cf. Mt 20, 2.

También tú eres un servidor en esta tierra: da su salario al sirviente para que tú también puedas decir al Señor cuando rezas: *Da su recompensa a quienes te sostienen*²²⁵.

93. Tobit te dice: *La incontinencia es la madre del hambre*²²⁶, y así enseña la templanza. Dice también: *Paga el salario de toda persona que haya trabajado para ti el mismo día y no permanezca en tu poder la recompensa de ese hombre; y tu recompensa no disminuirá*²²⁷. Te dice: *No bebas hasta la embriaguez*²²⁸; te dice: *Comparte tu pan con los hambrientos* –he aquí lo que desea que prestes– *y cubre a los desnudos con tus vestidos. Todo lo que te sobrare, dalo en limosna*²²⁹.

*Bendice al Señor en todo momento*²³⁰. Así pues, en todo esto consiste el préstamo eterno y la usura que no tendrá fin.

225. Si 36, 18.

226. Tb 4, 13.

227. Tb 4, 14.

228. Tb 4, 15.

229. Tb 4, 16.

230. Tb 4, 19.

ELÍAS

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 3:	4, 6
1, 6:	4, 6
1, 11:	4, 6
1, 16:	4, 6
1, 20-22:	4, 6
1, 25: 28 ss:	4, 6
1, 28:	19, 70
2, 8:	4, 7
2, 15:	4, 7
3, 1:	4, 7
3, 7:	4, 7
3, 7:	4, 9
3, 8:	4, 7
3, 13:	4, 7
3, 21:	4, 8
3, 22:	4, 8
4, 3 ss:	22, 85
4, 4-5:	5, 11
4, 14:	16, 58
4, 16:	16, 58
5, 24:	22, 85
9, 20:	5, 10
9, 21 ss:	5, 10
9, 22:	5, 11
18 2: 8:	5, 13
19, 33 ss:	5, 12
25, 29 ss:	11, 39

Éxodo

14, 21:	7, 21
16, 3:	18, 68
16, 13:	11, 40
16, 13 ss:	18, 68
16, 15:	11, 40
17, 6:	5, 15

19, 16 ss:	6, 16
24, 18:	6, 16
32, 1. 6:	6, 16
32, 19:	6, 16

Levítico

10, 9:	22, 81
--------	--------

Números

10, 9-10:	1, 1
20, 11:	5, 15
21, 6:	18, 68
26, 65:	18, 68

Deuteronomio

32, 32:	14, 52
32, 33:	14, 52

Josué

2, 1:	20, 74
-------	--------

Jueces

13, 4. 14:	6, 17
14, 14:	11, 39
16, 23. 29-30:	6, 17

1 Reyes

1, 15. 20:	6, 17
16, 32:	2, 2
17, 1:	2, 2
17, 1:	2, 2
17, 6:	11, 40
17, 9-10:	2, 2
17, 16:	2, 2
17, 7:	2, 2
17, 22:	2, 3

18, 1:	2, 2	23, 5:	10, 34
18, 38:	2, 3	23, 5:	10, 36
18, 45:	2, 3	32, 1:	4, 9
19, 8:	2, 3	34, 6:	22, 83
		45, 8:	10, 36
2 Reyes		69, 11:	4, 9
2, 8:	2, 3	76, 7:	5, 10
2, 11:	2, 3	81, 4:	1, 1
2, 15:	3, 4	96, 1:	20, 74
4, 38 ss:	6, 18	104, 2:	4, 9
4, 39:	11, 40	105 37 ss:	18, 68
		133, 2:	10, 36
3 Reyes		Proverbios	
17, 1:	22, 84	13, 8:	20, 76
18, 34:	22, 83	23, 29:	15, 53
18, 38:	22, 83	26, 9:	9, 28
18, 44-45:	22, 84	31, 4-5:	9, 28
4 Reyes		Eclesiastés	
2, 11:	22, 85	2, 14:	10, 36
Esdras		10, 4:	20, 75
3, 21-22 (<i>Sept.</i>):	15, 53	Cantar de los cantares	
Tobías		1, 3:	10, 36
4, 5:	9, 29	1, 3:	21, 79
4, 10:	4, 9	4, 15:	17, 64
4, 13 (<i>Sept.</i>):	8, 23	Eclesiástico	
12, 9:	20, 76	19, 2:	18, 67
Judit		26, 11:	18, 67
3, 1 ss:	9, 29	31, 24:	8, 26
8, 6:	9, 29	31, 31:	12, 43
13, 8:	9, 29	31, 32:	12, 44
Ester		31, 35-36. 38:	12, 44
4, 16:	9, 30	Isaías	
Salmos		5, 11-12:	15, 53
1, 2:	10, 34	13, 5:	21, 80
8, 7-9:	19, 71	22, 13:	19, 69
23, 5:	10, 33	23, 1:	19, 69
		23, 1:	19, 72

23, 2-3:	19, 70	3, 4:	11, 40
23, 4:	19, 71	3, 5:	22, 84
23, 4:	19, 72	3, 11;	22, 83
23, 6:	19, 72	3, 11:	22, 84
23, 14-15:	20, 73	6, 2:	11, 40
23, 15:	20, 73	6, 10:	21, 80
23, 16:	20, 74	6, 16:	10, 35
24, 1:	21, 77	6, 17:	10, 37
55, 1:	10, 33	6, 17-18:	10, 36
58, 3-6 (<i>Sept.</i>):	10, 34	11, 9-10:	3, 4
58, 6-7:	10, 34	11, 29:	22, 83
58, 8:	4, 9	13, 23:	19, 72
65, 11:	10, 33	21, 31:	20, 74
65, 13:	10, 33	26, 7:	10, 37
		26, 41:	4, 7
Jeremías		Marcos	
5, 8:	16, 59	15, 29:	16, 58
25, 27:	16, 59		
48, 32 (<i>Sept.</i>) :	16, 61	Lucas	
48, 33:	16, 61	4, 3:	1, 1
51, 7-8:	15, 56	4, 4:	1, 1
Daniel		3, 16:	22, 83
3, 46 ss:	7, 19	7, 32:	20, 74
6, 16:	7, 20	7, 33:	5, 14
6, 22:	11, 40	7, 37-38:	10, 37
10, 11:	7, 20	8, 28:	20, 75
14, 31:	11, 40	15, 10:	22, 81
		16, 9:	20, 76
Joel		16, 19:	8, 27
1, 5:	22, 81	Juan	
Jonás		3, 5:	22, 84
1, 1- 2, 1:	19, 70	4, 34:	3, 5
Malaquías		Romanos	
4, 2:	15, 55	8, 20-23:	21, 80
Mateo		1 Corintios	
3, 1:	3, 4	4, 9:	21, 79
3, 4:	3, 4	9, 25:	21, 79
3, 4:	5, 14	9, 26-27:	21, 79

9, 27:	22, 81	Colosenses	
11, 3:	10, 37	1, 16:	21, 79
11, 3:	10, 37	2 Tesalonicenses	
14, 34-35:	18, 66	3, 6:	22, 82
2 Corintios		1 Timoteo	
3, 16. 18:	21, 80	5, 23:	5, 10
4, 7:	15, 57	6, 10:	19, 69
6, 15:	20, 75	2 Timoteo	
Efesios		2, 5:	21, 79
5, 18:	16, 61	Apocalipsis	
6, 17:	22, 82	5, 11:	21, 79
Filipenses		21, 1:	21, 80
3, 13-14:	21, 79	22, 5:	21, 80
3, 20:	2, 3		

ELÍAS

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

- Abel: 22, 85.
Abraham: 5, 13, 14.
Abstinencia: 3, 4 (2); 4, 7 (2). 9 (2);
6, 16, 18; 7, 20 (2); 8, 22.
Adán: 1, 1; 4, 8 (2). 9; 20, 74.
Ajab: 2, 2.
amianto: 7, 19 (2).
Ana, madre de Samuel: 6, 17.
Apóstol, san Pablo: 5, 11; 15, 57;
16, 61; 18, 66; 19, 69; 22, 82.
Avaricia: 19, 69 (2). 71.
Ayuno: 1, 1 (2); 2, 2. 3 (5); 3, 4 (6);
4, 6 (6). 7 (4). 9 (2); 5, 14; 6,
16 (2). 17; 7, 19 (2). 20. 21 (5).
8, 22 (4). 23 (7); 9, 29 (2). 30.
31 (2). 32 (3); 10, 33 (3). 34 (5).
36. 37 (2); 11, 38 (2). 40; 12, 41;
15, 53; 17, 62; 22, 81
- Babilonia: 15, 56 (3).
bárbaros: 12, 43; 13, 46; 15, 54.
Belial: 20, 75.
- Caín: 16, 58 (2); 22, 85.
caldeos: 7, 19.
Cartago: 19, 69. 72 (3); 20, 73.
Creador, véase Dios.
Cristo, véase Dios.
- Daniel: 7, 20; 11, 40.
David: 1, 1; 10, 33. 36; 19, 71; 20, 74.
demonio: 1, 1; 10, 33; 20, 75.
diablo: 1, 1; 4, 7; 20, 75 (3).
Dios: 1, 1 (2); 2, 3; 3, 4. 5; 4, 6 (3).
7 (2). 8 (2); 6, 16 (2). 17; 10, 34
(2). 35. 36 (2). 37; 14, 52 (2);
15, 53. 55; 16, 58. 61; 17, 62;
18, 67; 19, 70 (2). 71; 20, 74 (2).
75; 22, 82. 85 (2).
Creador: 5, 13; 9, 32.
Cristo: 1, 1; 2, 2; 5, 14; 21,
80; 22, 82. 83. 84 (2).
Espíritu, santo: 16, 61 (2); 22,
83. 84 (2).
Jesucristo: 10, 36.
Jesús: 1, 1; 20, 75; 21, 80.
Mesías: 5, 14.
Padre: 3, 5; 10, 36 (3).
Salvador: 1, 1.
Señor: 1, 1 (2); 3, 5; 4, 7 (3).
9 (3); 5, 10. 13. 15; 6, 16. 17;
9, 30; 10, 33. 34; 15, 53 (2).
56. 58. 59; 19, 70; 20, 74
(4). 75 (2). 76; 21, 77 (2).
78. 80. 81.
Yavé: 15, 56.
- Domingo: 10, 34; 19, 69
- Egipto: 18, 68 (2).
Elías: 2, 2; 3, 4 (2). 5; 11, 40; 22,
83 (2). 84. 85.
Eliseo: 6, 18; 11, 40.
Embriguez: 5, 10 (2). 11 (3). 12.
14; 6, 16. 17; 8, 22; 9, 30; 10,
35; 12, 41 (2). 42. 43 (3). 45; 14,
51. 52; 15, 54 (3). 57; 16, 58. 59
(3). 61 (3); 17, 62 (2). 63; 18,
66. 67; 19, 72; 21, 79
Enoc: 22, 85.
Esaú: 11, 39.
Escritura, sagrada: 4, 9; 8, 26; 9, 28;
14, 52.

Espíritu, santo, véase Dios.

Eva: 20, 74.

Gomorra: 14, 52.

Griegos, códices: 11, 39.

hebreos: 7, 19; 15, 54.

Iglesia: 10, 36, 37; 18, 66.

Isaías: 15, 53; 19, 69.

Jacob: 11, 39.

Jazer: 16, 61 (3).

Jeremías: 16, 59, 61.

Jesucristo, véase Dios.

Jesús, véase Dios.

Jordán: 2, 3.

Josué: 20, 74.

Juan Bautista: 3, 4; 5, 14; 11, 40;
22, 84.

Judea: 22, 84.

judíos: 10, 35.

Líbano: 17, 64.

Lot: 5, 12, 14.

mar Rojo: 18, 68.

Mesías, véase Dios.

Neomenias 1, 1

Nod: 16, 58.

Noé: 5, 10 (3). 14.

Padre, véase Dios.

Paraíso: 4, 7 (3).

Pecado: 3, 4; 4, 6, 7 (3). 8, 9 (2); 5,
13 (2); 10, 37; 11, 38, 40; 13,
48; 15, 57; 16, 58, 61; 18, 66;
20, 75, 76 (3); 21, 78 (2); 22, 81.
83 (3).

Raab: 20, 74.

romanos: 15, 54.

Salvador, véase Dios.

Sansón: 6, 17 (2).

Sarepta: 2, 2.

Señor, véase Dios.

Sidón: 2, 2 ; 19, 70.

Sinaí: 6, 16.

Sobriedad 5, 10; 6, 17 (2). 18; 8, 22.
23; 10, 33, 36; 12, 45; 13, 47;
18, 66, 68.

Sodoma: 5, 12; 14, 52.

Templanza: 2, 2; 5, 10; 8, 22, 23 (2).
27; 18, 68; 19, 72

Tiro: 19, 69 (2). 70; 20, 73 (4). 74
(2).

Yavé, véase Dios.

NABOT

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

4, 4-5:	16, 67
4, 7:	16, 66
41, 56:	7, 33
49, 17-18:	15, 65

Éxodo

15, 21:	15, 65
---------	--------

1 Reyes

9, 21:	16, 69
23, 15:	12, 51
24, 4-5:	12, 51
26, 4:	12, 51

3 Reyes

18, 45:	2, 7
19, 20-21:	2, 7
20, 22:	17, 72
20, 23:	17, 72
20, 24:	17, 72
20, 35-36:	17, 72
20, 42:	17, 72
21, 1-4:	2, 6
21, 7:	9, 41
21, 7-10:	9, 43
21, 13:	10, 46
21, 19:	16, 69
21, 20:	12, 50
21, 20:	12, 51
21, 27:	17, 70
21, 29:	17, 70
22, 34 ss:	17, 71

4 Reyes

2, 12:	15, 64
--------	--------

1 Crónicas

15, 2:	16, 67
29, 14:	16, 67

Job

29, 15:	7, 36
29, 12-16:	13, 57
31, 32 ss:	13, 57

Salmos

3, 6:	15, 63
8, 3:	7, 37
16, 3:	12, 51
20, 8-9:	15, 65
33, 17:	15, 65
34, 11:	14, 60
39, 7:	4, 17
41, 2:	8, 40
50, 9:	16, 67
50, 14:	16, 67
62, 11:	6, 27
68, 6:	7, 36
68, 30:	16, 67
75, 2:	14, 61
75, 2:	14, 61
75, 3:	14, 62
75, 6 (Sept.):	15, 63
75, 6:	15, 63
76, 6:	16, 68
75, 7:	15, 64
76, 6:	6, 27
76, 11:	16, 67
76, 12:	16, 68
76, 13:	16, 69
110, 10:	15, 63
112, 9:	7, 36

Proverbios

1, 28:	12, 51
3, 28:	9, 40
3, 28:	12, 53
9, 5:	7, 33
10, 2:	6, 27
11, 26:	8, 40
17, 6a (<i>Sept.</i>):	12, 50
19, 17:	14, 60
22, 7:	14, 60
22, 8 :	14, 60

Eclesiastés

5, 9:	6, 28
5, 11:	6, 29
5, 12:	5, 25
5, 15-16:	6, 28

Cantar de los cantares

6, 11:	15, 64
--------	--------

Eclesiástico

3, 33 (32):	12, 52
4, 8:	12, 53
27, 12:	8, 38
29, 13:	5, 25
31, 7:	13, 55
31, 8:	13, 55
31, 9:	13, 55
31, 10:	13, 55
31, 28:	14, 59
34, 25:	7, 36
35, 11:	8, 40

Isaías

5, 8:	1, 2
5, 8:	3, 12
22, 13:	8, 38
32, 9:	3, 14
58, 5-9:	10, 44

Jeremías

12, 13:	14, 60
---------	--------

Daniel

13, 34:	10, 46
---------	--------

Oseas

10, 12:	7, 37
---------	-------

Habacuc

3, 8:	15, 64
-------	--------

Zacarías

12, 4:	15, 65
--------	--------

Mateo

5, 3:	8, 40
6, 20:	7, 37
6, 21:	14, 58
13, 43:	8, 38
14, 6 ss:	5, 20
19, 21-22:	14, 58
19, 23:	14, 58
25, 35:	14, 59
26, 60 :	10, 46

Marcos

10, 23:	14, 58
14, 56:	10, 46

Lucas

11, 41:	2, 8
12, 15:	6, 27
12, 17-19:	6, 29
12, 48:	16, 69
16, 9:	7, 36
16, 24:	12, 52
16, 24:	14, 60
23, 43:	8, 38

Juan

8, 21:	12, 51
8, 34:	6, 28

Hechos de los Apóstoles

8, 20:	3, 13
10, 34:	16, 68

1 Corintios

4, 4: 16, 66
5, 8: 16, 66

2 Corintios

3, 3: 10, 45
8, 2: 14, 60

Efesios

2, 13: 16, 68

Hebreos

11, 4: 16, 67

NABOT

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Abel: 16, 68.
Abraham: 12, 52.
Adán: 12, 51; 16, 68.
Ajab: 1, 1 (2); 2, 5. 6 (4). 7. 8; 9, 42. 43; 11, 47 (2). 49 (2); 12, 50. 51 (2); 16, 69; 17, 70 (2). 72 (2).
Altísimo, véase Dios.
Aminadab: 15, 64.
asirio: 14, 61 (2).
Avaricia: 5, 25. 26; 6, 29; 7, 37; 8, 40; 9, 41. 42; 11, 49 (2); 12, 52; 14, 59. 62; 16, 68.
Avidez: 11, 49

Baal: 17, 72.

Caín: 16, 66. 67.
Comunidad de bienes: 1, 2; 3, 11; 12, 53.
Cristo, véase Dios.

David: 6, 27; 12, 51 (2); 14, 61.
Dios: 2, 6. 7; 3, 13; 4, 16; 5, 19; 6, 29. 32 (2); 7, 36. 37 (2); 8, 40; 9, 43; 10, 44 (2). 45 (6); 11, 46 (2). 48; 12, 51. 53 (2); 14, 58 (2). 59. 60 (6). 61 (5). 62 (2); 16, 67 (4). 68 (3). 69; 17, 70. 72 (3). 73.
Altísimo: 16, 67.
Cristo: 11, 46; 15, 63 (4).
Espíritu santo: 10, 45.
Hijo: 14, 59.
Jesús: 12, 51; 16, 67.
Padre: 14, 59.

Señor: 2, 7. 8; 8, 40; 10, 44 (2). 45 (4); 12, 51 (3); 14, 60. 62; 15, 63. 64 (3). 65 (4); 16, 66 (4). 67 (3). 68 (2). 69. 17, 70 (4). 71. 72 (3). 73.
Dis, dios del infierno: 6, 28 (2).

Eclesiastés: 5, 25.
Egipto: 5, 23.
Elías: 2, 7 (2); 12, 50. 51 (3). 15, 64; 17, 70.

Teshbita: 12, 51.

Eliseo: 2, 7; 15, 64.
Escritura, santa: 2, 4. 6. 7; 5, 25; 6, 27; 8, 40; 12, 53; 15, 63. 64.
Espíritu santo, véase Dios.
Eva: 16, 68.
Evangelio: 12, 51; 15, 64.
Éxodo: 15, 65 (2).

Habacuc: 15, 64.
Hijo, véase Dios.

Iglesia: 10, 44. 45; 15, 64
Israel: 2, 5. 6; 14, 61 (2); 15, 64; 17, 72 (2).
israelita: 2, 6; 9, 42; 11, 47; 17, 70.

Jesús, véase Dios.
Jezabel: 9, 41. 42; 11, 49 (2); 17, 71.
José: 5, 23; 7, 33.
Judas: 14, 62.

Judea: 14, 61.

Lázaro: 5, 19; 12, 52; 14, 60.

Moisés: 12, 51; 15, 65.

Nabot: 1, 1 (3); 2, 5. 6 (3); 9, 42.
43 (2); 11, 46. 47 (2). 48; 17, 70.

Pablo, san: 16, 66.

Padre, véase Dios.

Paraíso: 8, 38; 16, 68.

Pobre: 1, 1 (3). 2 (4); 2, 4 (3). 5
(5). 7; 3, 11 (2). 13. 14 (2);
4, 16 (5). 18; 5, 19 (3). 20 (2).
21 (2). 23. 25 (2); 6, 27. 30.
31. 32; 7, 33 (3). 34. 35. 36
(2). 37; 8, 40 (5); 9, 41; 10,
45 (3); 11, 46 (2); 11, 48 (3);
12, 50 (2). 51. 53 (4); 13, 54

(4). 56 (2); 14, 59. 60 (6); 15,
63; 16, 67 (4). 68. 69.

Riqueza: 2, 5 (3); 4, 17; 5, 23; 6,
27. 28. 30; 7, 33. 37; 12, 52; 13,
55. 56. 57 (3); 14, 58. 59. 60 (2).
62; 15, 63 (5); 16, 68 (2). 69.

Samaría: 2, 6; 12, 51.

Saúl: 12, 51(2); 16, 69.

Señor, véase Dios.

sinagoga: 11, 46.

Sión: 14, 62.

Siría: 17, 72 (3).

Sobriedad: 14, 62; 16, 67.

Susana: 11, 46.

Tesbita, véase Elías.

Zacarías: 15, 65.

TOBÍAS

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

9, 23: 20, 75

Éxodo

18, 25-26 11, 38

22, 24: 14, 46

22, 25-26: 14, 46

22, 26: 14, 47

Levítico

16, 8: 20, 76

25, 36-37: 15, 52

Deuteronomio

23, 19: 2, 7

23, 19-20: 14, 48

23, 19-20 15, 51

23, 20: 15, 51

24, 6: 17, 57

24, 6: 21, 83

24, 10-13: 17, 57

24, 10-13: 20, 69

24, 17: 17, 57

28, 4: 18, 62

28, 12: 18, 59

28, 12: 18, 61

28, 12: 18, 62

28, 13: 18, 62

28, 15-16: 18, 62

28, 18: 18, 62

28, 43: 19, 66

28, 44: 19, 66

Jueces

14, 14: 15, 53

Nehemías

5, 12: 20, 70

Tobías

1, 3: 1, 2

1, 14: 23, 89

1, 17 ss: 1, 3

2, 1-8: 1, 4

2, 9-10: 2, 6

2, 11-14: 2, 6

3, 3-6: 1, 2

4, 7-10: 2, 7

4, 13: 24, 93

4, 14 : 24, 91

4, 14: 24, 93

4, 15: 24, 93

4, 16: 24, 93

4, 19: 24, 93

4, 20: 23, 89

12, 1-5: 24, 91

12, 15 : 24, 91

Job

30, 25: 1, 5

31, 35-37: 17, 58

Salmos

3, 6: 20, 73

12, 7: 18, 61

15, 1. 5: 15, 52

22, 19: 20, 73

22, 23: 15, 51

37, 21: 19, 66

37, 26: 2, 7

48, 7: 12, 42

55, 10-12:	4, 12	29, 27:	23, 90
68, 14:	5, 18	36, 18 :	24, 92
69, 5:	9, 33		
72, 14:	4, 14	Isaías	
112, 5:	2, 7	3, 12:	9, 35
112, 5	2, 8	5, 18:	15, 53
112, 5:	18, 60	5, 20:	9, 34
114, 13-14:	19, 64	50, 1:	8, 31
117, 22:	21, 83	50, 1:	8, 32
Proverbios		Jeremías	
5, 15:	5, 21	2, 18:	7, 28
15, 17:	5, 21	5, 21:	19, 64
17, 18:	23, 90	9, 6:	12, 42
19, 17:	16, 55		
22, 9:	16, 56	Ezequiel	
22, 26-27:	23, 90	18, 9:	15, 52
27, 11:	20, 77	18, 12-13:	15, 52
27, 12-13:	20, 77		
27, 13:	20, 76	Daniel	
29, 13:	7, 25	13, 43:	20, 78
Eclesiastés		Malaquías	
1, 7:	13, 44	4, 2:	14, 47
1, 8:	13, 44		
1, 9:	13, 44	Mateo	
3, 2-3:	13, 43	3, 7:	12, 42
3, 6:	13, 43	4, 9:	9, 33
7, 4:	1, 5	5, 17:	14, 46
Sabiduría		5, 41 :	1, 5
Sb 2, 6-9:	5, 17	7, 16:	14, 50
Eclesiástico		12, 34:	12, 42
8, 16:	23, 90	12, 42:	19, 63
20, 15 (16):	12, 40	13, 19:	20, 71
22, 11 (10):	1, 5	13, 52:	19, 65
29, 1:	2, 8	18, 6:	20, 71
29, 2:	2, 7	18, 6:	24, 91
29, 2:	20, 78	18, 12:	9, 34
29, 10-11:	3, 9	19, 23:	18, 59
29, 20:	23, 89	20, 2:	24, 92
		24, 41:	21, 83
		25, 36 :	1, 5

25, 40:	24, 91	9, 15:	18, 61
27, 3-5 :	4, 12	10, 20:	18, 61
28, 19:	18, 61	10, 47-48:	18, 61
Lucas		Romanos	
1, 78:	20, 74	6, 4:	20, 74
6, 24:	14, 50	6, 20:	20, 75
6, 34-36:	16, 54	9, 28:	20, 79
7, 38-46:	22, 86	10, 4:	19, 66
7, 41-43:	22, 85	13, 14:	20, 74
7, 43:	22, 85		
7, 47:	20, 74	1 Corintios	
7, 47:	22, 87	1, 23:	20, 74
8, 12:	20, 71		
11, 31:	19, 63	2 Corintios	
12, 58:	9, 35	1, 22:	20, 67
15, 4:	9, 34	8, 9:	16, 56
19, 14:	19, 64		
19, 22-23:	19, 64	Gálatas	
20, 17:	21, 83	6, 14:	20, 74
20, 18:	21, 84		
Juan		Colosenses	
5, 39:	21, 83	3, 9:	20, 74
8, 25:	19, 66		
13, 2:	14, 47	2 Timoteo	
13, 30:	14, 47	1, 12:	20, 67
14, 30:	9, 33	1, 14:	20, 67
Hechos de los Apóstoles		1 Pedro	
3, 6:	18, 60	5, 8:	7, 25

TOBÍAS

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

- Aarón: 20, 76 (2).
 Adán: 23, 88.
 Altísimo, véase Dios.
 Amalec: 15, 51.
 amorreo: 15, 51.
 Antiguo Testamento: 5, 18.
 Apóstol, véase Pablo.
 Azazel: 20, 76.
- bárbaros: 3, 9; 11, 39.
- Caribdis: 5, 16; 8, 31.
 Catón: 14, 46.
 Cornelio, centurión: 18, 61.
 Creador, véase Dios.
 Cristo, véase Dios.
 Cruz: 20, 74 (2).
- Daniel: 20, 78.
 David: 2, 7; 4, 12; 5, 18; 15, 52; 18, 60; 19, 63.
 Deudor: 3, 10; 4, 13. 14. 15; 5, 19. 20; 6, 23; 7, 25 (4); 7, 27; 8, 29; 9, 34; 10, 36 (2); 12, 40. 42; 14, 47; 15, 52. 53; 16, 54. 55 (2); 18, 59; 19, 65 (3); 20, 71 (2). 76; 23, 89. 90.
 Deuteronomio: 14, 48; 17, 57.
 diablo: 9, 33 (2); 14, 47; 23, 88.
 Dios: 4, 14; 8, 31; 16, 54. 55; 17, 57. 58; 18, 62 (2); 19, 66; 20, 67. 69. 75. 77. 78; 21, 83.
 Altísimo: 3, 9; 16, 54 (2).
 Creador: 16, 55.
 Cristo: 16, 55; 19, 66 (4); 20, 68. 73 (4). 74 (2). 76; 22, 86 (5); 23, 88; 24, 91. 92.
 Espíritu Santo: 18, 61; 20, 67 (5). 73; 23, 88.
 Hijo de Dios: 19, 66.
 Jesús: 18, 60; 19, 64; 20, 73 (2). 74 (3).
 Padre: 16, 54 (2).
 Redentor: 9, 34.
 Salvador: 9, 33; 14, 50.
 Señor: 2, 7; 4, 12; 7, 25 (2); 8, 31 (2). 32; 9, 33 (2). 34. 35; 14, 46 (2); 15, 52; 16, 54. 55 (3); 17, 57. 58; 18, 61. 62 (4); 19, 64; 20, 69. 73 (2). 74 (4); 76 (2). 77. 78 (3). 79 (2); 22, 85 (2). 87; 24, 92. 93.
- Eclesiastés: 1, 5; 13, 43. 44 (2).
 Elías: 19, 63.
 Eliseo: 19, 63.
 Escritura, santa: 1, 1 (2). 5; 5, 18 (2). 21; 19, 64; 20, 69. 73; 21, 83 (2).
 Esdras: 20, 70.
 Espíritu Santo, véase Dios.
 Eva: 9, 33; 23, 88 (2).
 Evangelio: 9, 34. 35; 15, 51; 16, 54. 55. 56; 20, 73 (2).
 Éxodo: 14, 46.
 Ezequiel: 15, 52; 17, 58.
- Gedeón: 19, 63.
 griego, texto: 15, 53.

griegos: 12, 42; 20, 74.

Hijo de Dios, véase Dios.

Iglesia: 19, 63. 64 (2); 22, 86. 87.

Jesús, véase Dios.

Job: 1, 5; 17, 58.

Josué: 19, 63.

Juan, apóstol: 18, 60. 61.

Judá: 20, 78.

Judas: 4, 12 (3); 14, 47.

Judea: 19, 66.

judío, pueblo: 8, 31; 19, 64. judíos: 19, 64; 20, 74. 79; 22, 87.

Levítico: 15, 52; 20, 76.

Ley, divina: 14, 46 (4). 49 (3); 15, 52; 16, 56; 17, 57. 58; 18, 59 (2). 61 (3); 19, 63 (2). 64. 66; 20, 67. 69. 70. 71.

Matías: 20, 73.

Misericordia 1, 3; 2, 8; 14, 47; 15, 53 (3); 20, 74; 22, 86. 87.

Moisés: 11, 38 (2); 14, 46; 19, 63.

Noé: 20, 75.

Nuevo Testamento: 5, 18.

Pablo san: 18, 61.

Apóstol 16, 56; 20, 67 (2). 74

Padre, véase Dios.

Palabra: 18, 62 (4); 19, 63. 64 (2). 66; 20, 75; 21, 83.

Pedro, apóstol: 18, 60 (2). 61 (2).

Piceno: 14, 50.

Préstamo: 2, 6. 7 (5). 8; 3, 10; 4, 12 (2). 15; 5, 19; 7, 25. 26. 28 (2); 8, 32; 9, 33; 10, 36; 12, 42; 13,

43 (2). 45; 14, 46. 50; 15, 53; 16, 54 (2). 55; 17, 58; 18, 59 (2). 60. 61 (5). 62; 19, 63. 64 (3). 65. 66 (2); 20, 67; 21, 80 (2). 82 (2); 22, 85; 24, 93.

Proverbios: 20, 76.

Redentor, véase Dios.

Reina del sur: 19, 63.

Resurrección: 20, 73. 74. 76.

Salomón: 13, 44; 16, 55; 19, 63 (2); 20, 76; 23, 90 (2).

Salvador, véase Dios.

Samuel: 19, 63.

Santiago, apóstol: 18, 61.

Señor, véase Dios.

Sijor, río: 7, 28.

Simón, el fariseo: 22, 85.

Sirenas: 5, 16.

Susana: 20, 78.

Tímoteo: 19, 64.

Tiro: 14, 50.

Tobías: 23, 89

Tobit: 1, 1; 2, 6. 7; 23, 89; 24, 91. 93.

Usura, usurero: 2, 7; 3, 10; 4, 12 (5). 14; 5, 19. 21; 6, 23. 24; 7, 25 (5). 26 (5); 8, 31 (2); 32 (3); 9, 33 (3). 34; 10, 36 (2). 37 (2); 11, 38 (3). 39 (2); 12, 40; 13, 43 (4). 44 (4). 45; 14, 46 (2). 49 (5). 50; 15, 51 (2). 52 (2). 53; 16, 54 (3). 55; 19, 65; 20, 70. 75. 76. 77; 21, 84; 23, 88. 89; 24, 93.

Verbo: 20, 71; 21, 84.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	5
I. ELÍAS Y EL AYUNO	10
1. El tema	10
2. La composición	11
3. Fecha de composición y fuentes	18
II. NABOT	25
1. El tema	25
2. Composición	29
3. Fecha de composición y fuentes	32
III. TOBÍAS	33
1. El tema	33
2. Composición	36
3. Fecha de composición y fuentes	40
IV. LA PRESENTE TRADUCCIÓN	42

Ambrosio de Milán

ELÍAS Y EL AYUNO - NABOT - TOBÍAS

ELÍAS Y EL AYUNO	47
NABOT	107
TOBÍAS	155

ÍNDICES

<i>Elías - Índice bíblico</i>	217
<i>Elías - Índice de nombres y materias</i>	221

<i>Nabot - Índice bíblico</i>	223
<i>Nabot - Índice de nombres y materias</i>	227
<i>Tobías - Índice bíblico</i>	229
<i>Tobías - Índice de nombres y materias</i>	233